



MI
CASA
EN
LLAMAS
SOFÍA
ROS

Índice

Portada
Sinopsis
Mi casa en llamas
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Agradecimientos

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Sofía y su pareja Adam se esfuerzan para convertir su día a día en una aventura constante y lo consiguen; son la pareja perfecta. Durante un viaje a París acaban por azar en un club de intercambio de parejas. La vivencia les parece estimulante y deciden entregarse a la búsqueda de nuevas experiencias sexuales sin renunciar a su relación y con una única condición: la sinceridad.

Pero poco a poco Sofía verá cómo estas experiencias los arrastran a una espiral de emociones tan fuertes que pondrán a prueba los cimientos de su relación de pareja y, en consecuencia, de su vida entera.

SOFÍA ROS

MI CASA EN LLAMAS



Dijo Roland Barthes que una verdad de más de cinco líneas se convierte en ficción. Mierda. Pero, señor Barthes, la historia que aquí cuento es real. Lo es para mí. Vale, es una realidad cocinada en mis adentros y soltada como un gran eructo que debe saber a algo que recuerda a aquello. Lo acepto. Es más, he cambiado algunos detalles por respeto a las otras personas. Por respeto a mí misma, el resto permanece exactamente como lo viví.

CAPÍTULO 1

Por las mañanas Adam tardaba dos horas en convertirse en Adam. Yo, medio segundo. Me despertaba de golpe con el click que hacía mi antigua alarma justo antes de ponerse a sonar y saltaba fuera de la cama, impulsada por pensamientos. Mermelada. Blusa nueva. Hoy veo a Jenni. Me lavaba la cara, me preparaba el desayuno y me sentaba junto a él con el plato sobre el colchón para observar su despertar a cámara lenta.

Adam dormía como si tuviera la cama encima y no debajo. Los brazos extendidos más arriba de la cabeza, los labios carnosos aplastados contra la almohada y las piernas congeladas en un movimiento de escape. A él la alarma no le servía de nada, una pequeña parte de su cerebro se mantenía en vilo dedicada exclusivamente a apagarla. Incluso caminaba mal cuando tenía que ir al baño porque no aguantaba más. Se incorporaba y, con los ojos aún cerrados, avanzaba por el pasillo extrañado por la proximidad de las paredes. Como si hubiera aprendido a andar aquel día. Y tiritaba, tiritaba mucho, aunque fuera pleno agosto. Solo era friolero cuando no estaba despierto.

A pesar de todo, yo le hablaba. Adam, mi madre me ha mandado un mensaje, ya han podado los árboles de enfrente de su casa de la playa. Le ponía el móvil en la cara porque, aunque le veía un poco dormido, pensaba que le gustaría saberlo, siempre comentaba que era una pena que las sabinas impidieran ver el agua, solo unos metros más allá. ¿Adam? ¿Has visto, Adam? Y él murmuraba palabras sin sentido en este planeta.

Eso me ponía tan de mal humor como saludar a un vecino y que no me contestara, y así lo sentí durante un tiempo, hasta que le encontré la gracia y dejé de contarle cosas importantes antes de mediodía. También él hizo concesiones, está claro, yo tengo una aversión ludita al aire acondicionado, uno de sus inventos favoritos, y casi todas las noches doy patadas de potro a causa del extraño síndrome de las piernas inquietas que afecta a las mujeres de mi familia.

Ese sábado se levantó a la hora de comer, como todos los fines de semana. Cuando finalmente consiguió librarse de las sábanas, le enseñé la lista de la compra para que diera su visto bueno. A las once venían amigos y habíamos pensado preparar cuatro tonterías para picar y un cóctel inventado. Nos gustaba mucho cocinar, pero a diferencia de mí, él no tenía suficiente con hacerlo en casa. Trabajaba como cocinero en el turno de noche de un restaurante del centro.

Cuando íbamos al supermercado, saltaba a la vista lo mucho que nos entendíamos. No hacía falta que habláramos demasiado para sincronizarnos. Nos separábamos, cada uno por su lado; a él le gustaba escoger las proteínas y a mí las verduras y el alcohol. Adam se movía con rapidez y excitación por los pasillos, con los pantalones algo caídos y los brazos por delante del cuerpo, pulsando el aire con los dedos. Tenía un andar cómico de niño hiperactivo, impulsivo e intenso. Sin duda, en la prehistoria él fue cazador y yo recolectora, aunque a Adam se lo habría cargado un bisonte cada mañana.

Me mandó una foto mientras escogía aguacates. Me la había tomado escondido tras el estante de los frutos secos, después de escribirme que le sabía mal, pero que había visto a la mujer de sus sueños en la frutería. Le encontré hablando animadamente con una señora mayor en la cola frente a la pescadería y me detuve para observarle un rato desde fuera, eso siempre renovaba mis sentimientos por él.

¿No le da pena cómo mueve las antenas esa langosta? Está agonizando, le dijo Adam a la señora. Ay, sí, hijo, tengo el corazón en un puño. Me parecía tan sensual que supiera diferenciar una tilapia de una perca como que las personas le dieran tan poco miedo. Señor pescadero, por favor, mate de un golpe seco a este pobre bicho, que mi amiga y yo estamos sufriendo muchísimo. La señora estalló en una carcajada, se apoyó con timidez en el brazo de Adam y él le acercó la cabeza melodramáticamente contra su pecho. Qué alto era. No mire, no mire, pronto se habrá terminado.

Por la noche, con la casa llena de gente, se lo conté a nuestros amigos. Todos se reían mucho con él. Fue espeluznante, dijo Adam con gravedad exagerada, porque yo sabía que como buen cocinero no le importaba lo más mínimo que la comida le llegara aún viva a la cocina. ¿Sí?, le pregunté con incredulidad. Como ver morir a Sebastián de *La Sirenita* cantando *Bajo el mar*. Y cantó. Qué mal lo hacía. A otro le habría dado vergüenza entonar mal o aceptar que nunca le dejaron de gustar las películas de Disney, pero Adam

se regodeaba en sus particularidades con una mezcla de inconsciencia y espectáculo. ¿Sebastián era la langosta?, preguntó Jenni, provocando la indignación de Adam. La langosta dice, ¡Sebastián es un cangrejo rojo y su canción ganó un Óscar en 1990!

Jenni y yo habíamos ido juntas al colegio, aunque la amistad no surgió hasta que dejamos de vernos por obligación todos los días. Nos fuimos encontrando en las cenas de exalumnos, a las que acudían cada vez menos asistentes, hasta que solo quedamos ella y yo. No nos parecíamos en nada. Yo siempre llevaba encima un libro para cuando la realidad me aburriera; Jenni, unas pinzas para eliminar cualquier pelo que le saliera en las cejas. Yo podía identificar por lo menos veinte quesos, mientras que Jenni no distinguiría un pedazo de gruyer de un trozo de porexpán, debido a su anosmia, una especie de ceguera del olfato. Para mí todos los coches eran exactamente iguales, pero Jenni sabía a la perfección que la cilindrada es el volumen que desplaza el pistón entre el punto muerto inferior y el superior. Y entendía qué significaba eso. Conectábamos en un plano distinto, teníamos la convicción de habernos conocido en una vida anterior. La sabiduría de Jenni parecía haberse acumulado a lo largo de más años de los que había vivido.

También había venido el chico al que conocí un par de años antes en un bar de heavy metal y que me había presentado a Adam. ¿Dónde está la bebida, Sofía? Le ofrecí el cóctel caliente de ron con zumo de manzana, que había dejado reposar a fuego lento con vainilla, canela, clavo y cáscara de limón. El ron se añadía al final, para que no perdiera ni un grado de alcohol. Bastaba con oler el combinado para emborracharse, el vapor caliente del zumo, mezclado con el ron añejo, se abría camino por las fosas nasales justo antes de beber. Te gustará. Le gustó. Unas horas más tarde lo vomitaría todo junto a un árbol frente al portal de casa.

Ya tenemos bebida, dijo Laura, ¿jugamos a yo nunca? Ese juego de adolescentes desbocados al que nos resistíamos a renunciar los jóvenes adultos como nosotros, que nos creíamos ya maduros por llevar dos o tres años en el mundo laboral, consiste en preguntar algo que quien tiene la palabra no ha hecho nunca para que beban un sorbo los que sí lo han hecho. Nosotros, sin embargo, nos pasábamos por el forro la primera regla y quien hablaba normalmente confesaba algo que sí había hecho para presumir y emborracharse a partes iguales.

Siempre empezaba Laura haciendo la misma pregunta. Yo nunca me he

metido un dedo en el culo y me lo he olido después. Y bebía con un extraño orgullo. A Laura la conocí el primer día de universidad. Subió en la misma parada de bus que yo y me fijé en ella porque llevaba una carpeta de mi facultad. Era muy blanca de piel y muy rubia, la raya de los ojos larga y perfectamente dibujada. Reconocí por las fugas de sus auriculares que escuchaba *Common People*, de Pulp, una de mis canciones favoritas. Tendrían que pasar seis o siete años hasta que la destrozáramos juntas en un karaoke. La peor elección del mundo, el *crescendo* final es imposible.

¿Vale si me lo he metido, pero no me lo he olido después? Claro que no, dijo Laura, igual que no se le puede llamar langosta al cangrejo Sebastián. Yo nunca he sido infiel, siguió la novia de Emma, que se llamaba Carol, o quizá Cristina. Emma y yo nos conocimos en un trabajo de verano. Tardó dos años en confesarme que era lesbiana, aunque lo había intuido el día que intentó enrollarse conmigo. Me hice la tonta. Era como un lord inglés: refinada, altiva y tradicional. Emma nunca le había puesto los cuernos a Carolistina, así que no bebió. Un año más tarde habría tenido que hacerlo.

Es mucho peor imaginar que te los ponen que hacerlo tú. ¿No pensáis que podríais tener un desliz y darle poca importancia, pero si le ocurriera a vuestra pareja lo consideraríais algo gravísimo? Era un desequilibrio contradictorio, pero yo lo sentía así. Podía imaginarme besando a alguien impulsada por un cariño repentino o la alineación de los astros y no darle demasiada importancia, a pesar de que para mí los besos son pequeños polvos. Pero pensar en Adam haciendo lo mismo me provocaba una metamorfosis a bicho bola que me llenaba de inseguridades obsesivas.

Podía entender mis impulsos de frivolidad y aventura, pero sería incapaz de aceptar lo mismo en él. El porqué me intrigaba. Me pregunto, dijo Jenni, por qué ser infiel es hacerle daño a alguien si la supuesta víctima no ha participado en el suceso en sí mismo. Es lo que dejas de hacer con tu pareja, contestó Emma, y haces con otra persona. Pues tampoco, siguió Jenni, ese momento es solo de quienes están presentes. ¿Y no es ese el drama, que haya otros momentos con otras personas? Por eso no vale la pena contarlo, intervino Laura, no hace falta si no ha sido importante. Con eso yo no estaba de acuerdo. ¿Importante para quién? Dejemos que cada uno decida lo que es importante, dije, sería peor que no me lo contaran que el hecho de que hubiera ocurrido.

Mi hermano también estaba ahí, había estado muy callado. Le gustaba

observar y el silencio jamás le resultaba incómodo. Era algo mayor que nosotros, pero disfrutaba de una segunda juventud después de haber vuelto de París, donde había vivido un año para superar una ruptura amorosa poniendo distancia. Yo no acepto la infidelidad bajo ningún concepto, dijo solemne, con las palmas de las manos unidas y los índices sobre los labios. Me decepciona que sea algo tan frecuente, añadió. En París se había dado de alta en una red de *couchsurfing*, donde ponía a disposición de las jóvenes viajeras el sofá de la tía Lucette. Todas las chicas con las que he estado tenían novio, nos contó. ¿Y no será que todas las mujeres con pareja que viajan solas y buscan alojamiento en casa de un hombre que vive solo esperan encontrar justamente eso?

Yo nunca me he enrollado con una persona de mi mismo sexo, lancé. El chico que me había presentado a Adam quiso aclarar el concepto. ¿Qué es enrollarse? ¿Darse besos? ¿Tocarse? ¿Follar? Lo aceptamos todo, a veces lo más inocente es lo más intenso. Anda ya, Sofía. El sexo adopta muchas formas, continué, siendo abucheada por el resto. Follar, Sofía, meter y sacar. Si te refieres a follar, solo beberán Emma y su novia. Yo nunca, nunca he probado cosas con una persona de mi mismo sexo, reformulé. Además de ellas dos, bebimos Laura, Jenni y yo. Dejadme adivinar, dijo desafiante Carolistina mientras se secaba la boca con el reverso de la mano, os habéis besado entre vosotras, de fiesta, para calentar a los tíos... sin lengua, claro. ¡Con lengua!, gritó Laura. Sofía es la única chica a la que le he comido la boca, en una fiesta muy punky de San Valentín que montamos el primer año de universidad. ¿Te acuerdas? Sí, Laura, seguramente para calentar al personal, pero también para experimentar. Ya me estoy poniendo tonto, soltó Adam, que antes de conocerme se había besado con el chico que nos presentó, pero no bebió porque no le había gustado.

Yo nunca he hecho un trío, se animó Adam, dando un sorbo a su vaso ya casi vacío. Con unas compañeras del colegio, continuó rebosante de orgullo, cuando tenía quince años. Qué va, dije yo, que conocía la historia, durmieron en la misma cama y se rozaron los brazos porque era demasiado pequeña para los tres. ¡No! ¿No? No follamos, pero nos estuvimos manoseando y yo me corrí. Si no se corren todos, no es trío, sentenció Jenni. Pues yo sí que bebo, dijo el chico que nos había presentado, pero le obligamos a escupir el alcohol de vuelta en la copa para que antes nos contara su experiencia. Tampoco lo suyo lo consideramos un trío de verdad.

Yo nunca me liaría con alguien que esté aquí. Esa siempre salía y siempre terminábamos con ella. Bebimos todos y golpeamos la mesa con los vasos vacíos. Jenni propuso jugar a los dilemas. Qué preferirías, ¿pesar el doble o medir la mitad? ¿Vivir en la mejor casa del peor barrio o en la peor casa del mejor barrio? Y lo más importante, ¿preferirías comerte un bombón de chocolate con sabor a mierda o un bombón de mierda con sabor a chocolate? Nunca entenderé por qué todas las personas que responden a esa pregunta escogen sin dudar la segunda opción. En general, la gente prefiere tener mierda entre los dientes y engañar a sus sentidos antes que descubrir a qué sabe la mierda comiendo chocolate.

Qué preferiríais, preguntó Laura, ¿follar con vuestra pareja cada día, pero verla follar cada mes con otro, o follar con ella solo dos veces al año? La mayoría de los chicos respondió que lo primero, a Adam incluso le ponía la idea. La mayoría de las chicas, lo segundo. Yo no sabía qué contestar. Me da pánico una vida sin sensualidad, dije, casi que prefiero pasarme al otro extremo. Esa es mi novia, susurró Adam al grupo, dando codazos de satisfacción. Parece imposible hasta que empezamos a tener parejas estables, continué. ¿No os pasa que cada vez hay que esforzarse más para no atontarse? Y si te acostumbras a follar solo una vez al mes, de repente han pasado tres y ni te has enterado, dijo Emma. Su novia bajó la mirada. A mí no me va a pasar, aseguré, alzando el puño al techo. Prefiero ver a Adam follar cada mes con otra. No sabes lo que dices, murmuró Carolistina. Siempre habrá mujeres dispuestas a satisfacer a vuestros novios hipersexuales, añadió Emma. Pero vamos a ver, no pude contenerme, ¿quién se ha inventado eso de que, a pesar de que nos tengamos que quitar a los tíos de encima toda la vida, cuando nos asentemos cambiarán las tornas y seremos unas pobres desgraciadas? Las mujeres envejecemos más rápido y peor, dijo la novia de Emma. Anda ya, y las canas les quedan bien a los hombres, como las arrugas de la experiencia, le respondí. Eso es. No, eso es marketing y estaba siendo irónica. Es una tontería sin sentido. Será una tontería, pero cuando tengas cuarenta no le vas a interesar a nadie y en cambio Adam tendrá que quitarse de encima a las de veinte, continuó Emma. Ojalá se le metiera un bicho bola por la nariz una noche. ¿Salimos?

CAPÍTULO 2

Fuimos de fiesta. Adam y yo nos retiramos a las cinco de la madrugada para coger un avión a París. Laura nos acompañó hasta el aeropuerto evitando los controles de alcoholemia, como hacíamos siempre. Pasadlo bien, cabrones, gritó con la ventanilla bajada, y tened cuidado, que queremos veros juntos mucho tiempo y a los dos años siempre hay crisis.

En la cola para facturar recibí un correo de mi hermano con recomendaciones de cosas nuevas que había descubierto en la ciudad y algunas que le habían quedado por explorar. No habíamos planeado nada del viaje, iba a ser genial.

Había ido a París decenas de veces. Mis padres estudiaron juntos en la Sorbona y volvíamos a menudo movidos por una nostalgia que, aunque no nos pertenecía ni a mis hermanos ni a mí, de alguna manera nos había sido transferida. Mi madre es catalana con raíces francesas por el lado paterno; mi padre, de Estados Unidos. Él había hecho el camino inverso del nuevo al viejo mundo a los veinte años. Ella nunca había vivido en Francia. Se casaron en Barcelona en los años setenta y en vaqueros para que ella pudiera salir de un país en dictadura.

Volvieron a Barcelona después de la universidad, tras la muerte de Franco en el setenta y cinco, cuando mi hermana mayor estaba a punto de nacer. París era un territorio mítico para mí, siempre que iba sentía que la ciudad me encontraba cambiada. Nos quedamos en casa de la tía Lucette, la hermana de mi abuelo, en Saint-Germain-des-Prés. Hacía pocos años que había fallecido. El piso era minúsculo y daba a un luminoso patio interior. Al entrar no pude evitar fijarme en el sofá y pensé en todas las mujeres que habrían dormido ahí durante el año que mi hermano había dedicado a curarse de su última relación. Vaciamos las maletas y nos tumbamos en la cama, agotados.

Nos dormiremos, Sofía..., no queremos dormirnos aún. Hay muchas crepes que nos esperan. Cuando salimos a la calle, lucía un sol radiante, muy

poco habitual en esa ciudad acostumbrada a las nubes. Eso es porque sabían que venías, dijo Adam con una media sonrisa. Anda ya. ¿Has visto qué floristería más bonita?, pregunté para desviar la atención de sus halagos, aunque me divertían mucho. A Adam le encantaba que le regalasen flores. ¿Te parece normal que haya tan poca gente en la calle?, continuó él. Yo lo veo normal. Claro, porque están conteniendo en los Campos Elíseos a todas las personas que se han enterado de que venías, Sofía, si no esto estaría atestado de gente. Era como un hombre orquesta. En ocasiones, Adam cogía el teléfono y fingía que llamaba a una supuesta oficina de operaciones especiales en mi honor, la OES. Estoy con Sofía en la calle Grenelle, le gustaría que hubiera más flores y algún parisino atractivo con una baguette bajo el brazo. Y cuando ya nos habíamos olvidado, se nos cruzaba de repente un desconocido que llevaba una barra de pan. ¿Ves? Pero no es muy guapo, Adam. Vaya, un segundo, y volvía al teléfono para echarle a alguien una bronca monumental. He dicho atractivo, Manuel, ¿cómo se te ocurre mandarnos a un señor con un diente de oro? Vale, de acuerdo, a ti te parece pintoresco, ¿pero verdad que esto no es la OEM? ¿O es que no me he enterado y ahora trabajamos para la oficina de Operaciones Especiales de Manuel? No escatimaba en detalles, podía estarse quince minutos hablando con nadie y disculparse luego por pasarse tanto rato al móvil, decía que el puesto de presidente de la OES no estaba garantizado para siempre. Más que un hombre orquesta era una navaja suiza de la seducción.

Paseamos hasta Sennelier, una tienda de materiales de arte fundada en 1887 donde compraban sus colores Cézanne, Monet o Gauguin. Esa era siempre nuestra primera parada cuando llegábamos a la ciudad, para que Adam recompusiera su estuche de dibujo, que luego utilizaría en los jardines del Museo Rodin. Cuando fuimos a pagar, me fijé en un periódico que estaba apoyado sobre el largo mostrador de madera que nos separaba de la caja. En él se veía una fotografía en la que posaba un grupo de chavales con falda. En Nantes, centenares de niños se habían vestido de chicas para ir al colegio como protesta contra el sexismo en las aulas.

Llegamos hasta los jardines de Notre Dame y nos sentamos con nuestras crepes. La mía, de crema de castañas; la de Adam, de berenjena, atún, tomate y huevo. ¿Qué te apetece hacer? La noche siguiente queríamos celebrar nuestro segundo aniversario con una cena. Abrí el email de mi hermano y buscamos algún lugar especial entre sus reseñas. A los dos nos llamó la

atención el mismo sitio. De vuelta a casa nos dimos cuenta de que alguien, en un viaje anterior, había colocado junto a la cama un gran espejo de pie que la tía Lucette tenía en la entrada. Nunca salía de casa sin comprobar que no tenía algo entre los dientes. No me gustaba demasiado la nueva ubicación: si me levantaba por la noche para ir al baño, seguro que me asustaría al creer que había alguien más en la habitación. Pues a mí me pone mucho, dijo Adam. ¿Y eso? ¿Para verte la cara de tonto que se te pone cuando te excitas? ¿Quieres verla? Sin darme cuenta, ya no llevaba los pantalones y tenía a Adam entre las piernas. Déjame que te haga algo y te miras tú. Eres muy generoso, pero no me gusta verme así. Pues a mí me parece muy estimulante. Ponte detrás y te miro yo a ti, le pedí, en esa posición nunca podía verle la cara y me entró curiosidad. El día siguiente lo pasamos andando, por lo menos veinticinco kilómetros. Acordamos que el metro de París olía a pedo a la plancha y, aunque a pesar de eso tenía su encanto, nos encantaba recorrer la ciudad a pie. Compramos quesos en la Rue Mouffetard. Adam quería probar el Napoleón, uno de leche cruda de ovejas Manech que sabía a mantequilla, frutas y hierbas de montaña, y que resultaba imposible de encontrar en Barcelona. En la Place des Monges compramos *macarons* de violeta, esos merengues que siempre parecen más ricos de lo que son en realidad. Pero no podía evitarlo, me entraban por los ojos y era incapaz de resistirme a cualquier cosa que supiera a violeta, la flor preferida de la mujer de Bonaparte. Josefina incluso escribía sus cartas con tinta perfumada con ese aroma.

También compramos ropa en Le Marais, tomamos un café en la Place des Vosges y recordé lo mucho que me había gustado ir sola a la casa de Victor Hugo, en el número 6, cuando tenía quince años. Adam decía que podía prescindir de visitarla, que yo era la intelectual, así que subimos hasta Montmartre para ver la ciudad desde lo alto. Estaba sentada en uno de los escalones que llevan hasta el templo, mientras Adam lo visitaba, cuando se me acercó un chico italiano. ¡Eres perfecta, bellísima! Te he visto decirle eso mismo a una japonesa hace un momento... Porque lo pensaba, respondió. Eres un tiracañas, pero me gusta que todas las mujeres te parezcamos perfectas. Cuando apareció Adam, el italiano me estaba contando que tenía un negocio de alquiler de motos más abajo y que estaba invitada a subirme en una cuando quisiera. A él le da miedo que vaya en moto, le contesté señalando a Adam, que miraba la escena entretenido y con expresión de

orgullo. El italiano se fue rápidamente al verle.

CAPÍTULO 3

No sé qué esperar de un bufé africano. Ni yo, dijo Adam. No teníamos ni idea de lo que nos íbamos a encontrar para cenar. El asterisco junto a la nota de mi hermano indicaba que él aún no había estado allí, así que tampoco le podíamos preguntar. «*Bufé africano en un local que no es lo que esperarías de un self-service y que solo abre por las noches». El texto venía del blog de un conocido *foodie* de Londres y era tan enigmático que nos vimos arrastrados por pura curiosidad. Había que vestirse con elegancia, se advertía, «aunque la gente acaba olvidando sus pertenencias y los postres se esconden en el piso de arriba». ¿Hay que subir escaleras para terminar la cena? Me resultaba imposible imaginar cómo serían los postres africanos. ¡África es un continente de treinta millones de kilómetros cuadrados!

Volvimos al piso, nos cambiamos de ropa y salimos disparados hacia aquel lugar misterioso cerca del Canal Saint Martin. Me puse un vestido de blonda negra con la espalda descubierta que me había comprado en Nueva York el año anterior. El taxi nos dejó frente a un gran bloque de hormigón sin ventanas que parecía el palacio de un príncipe ciego. Nos habíamos olvidado de hacer la reserva. ¿Seguro que es aquí? Un vigilante guardaba la única puerta de entrada, de color azafrán. ¿Aún está abierto el bufé? Qué más da, respondió sin mirarme. ¿Cómo que qué más da? Después de murmurar algo en francés por el walkie, nos abrió la puerta y nos invitó a pasar.

Esperaba descubrir de golpe de qué iba todo aquello, pero para mi decepción llegamos a lo que parecía una antesala, donde varias personas hacían cola en silencio frente a una ventanilla. ¿Igual dentro hay un cine? Me fijé en el suelo de moqueta color crudo con motivos geométricos en marrón. Las paredes estaban cubiertas de madera oscura y de grandes paneles de tapiz claro de donde colgaban decenas de espejos enmarcados en ébano. En uno de ellos alguien había escrito con carmín «El espejo miente». Cubriendo las paredes, máscaras de todas las formas y materiales. Arcilla, piedra, madera,

metal e incluso marfil. También había muchas plantas de hojas enormes y todo olía a sándalo. Saqué el móvil para mandarle una foto a mi hermano, pero alguien se abalanzó sobre mí para quitármelo. Está prohibido, dijo un señor de la cola señalando un cartel muy evidente, que con tanto estímulo se me había escapado. Mostraba una cámara tachada y debajo ponía «Fotos no. Esté aquí y ahora». Qué señalética más filosófica.

Cuando finalmente llegó nuestro turno, la chica de detrás del cristal nos pidió un nombre. No tenemos reserva. Tranquilos, no trabajamos con reservas, solo quiero un nombre. Sofía. Muy bien, Sofía, dijo mirándonos a los dos como si acabáramos de darle el nombre de ambos, aquí tenéis vuestra llave y los pareos. ¿Pareos? Os recuerdo que está prohibido llevar nada más. Nos cobró setenta euros a toda prisa, nos dio una llave y señaló una pequeña puerta tras la que encontramos unas escaleras estrechas. *Allez, allez.*

Al final de las escaleras había una sala más, un tanto oscura, que estaba cubierta de taquillas. Un señor se desnudaba en una esquina y metía sus cosas dentro de una de las consignas. La nuestra es la 237. ¿Crees que hay que quitárselo todo? Todo, respondió el señor, girándose hacia nosotros mientras se ataba un pareo naranja alrededor de la cintura. ¿Es que hay termas? Se marchó sin contestarme por un pasillo aún más oscuro y nos quedamos solos.

Arreglarnos para esto. ¿No había que venir elegante? No sé, es todo muy raro, Sofía. Pasadas las consignas, al final del largo pasillo, había una enorme puerta de madera con cristales tintados. Al otro lado se oían carcajadas. ¿Estás cómodo? Sin ropa interior, ya te digo. ¿Y si nos hemos metido en un lugar peligroso? Venga, Sofía, si tomarías la Bastilla solo por vivir la experiencia. Sin dudarlo, pero con casco. Adam se lanzaba sin miedo a lo desconocido y eso me fascinaba de él. Yo me acercaba a las cosas como un gato y me sentaba a esperar si no las veía claras. Extendió la mano hacia mí y me invitó a hacer nuestro saludo personal, un gesto de esos que se inventan los amigos o una banda de narcos. Le di la palmada inicial, nos giramos sobre nosotros mismos, a la vez y sin bajar las manos, para dejarlas caer el uno sobre el culo del otro. ¡Vamos!

Abrimos la puerta lentamente. Había mucha luz al otro lado. Cuando por fin la cruzamos, algunas personas se giraron para mirarnos y reanudaron enseguida sus conversaciones. Varios grupos de gente, también algunas parejas, estaban sentados en sofás Chester desperdigados por un gran salón que compartía el estilo de la antesala. Plantas, máscaras, esculturas y ese olor

a madera de sándalo mezclada ahora con azafrán, nuez moscada y canela. ¿Dónde está la comida? ¿Y las mesas? Nos fijamos en que todos tenían un plato sobre las piernas y recordamos que se trataba de un self-service. Tras una columna descubrimos la fila de bandejas repletas de manjares variados. Adam se acercó vacilante hasta ellas, la calidad de la comida determinaría toda la noche. Plátanos cocidos al vapor..., murmuró. ¿Bien? Cuscús con aceitunas y limón..., continuó. Huele genial. Tiene muy buena pinta, añadió al fin. Mira este guiso con cacahuets y huevo picado. A mí me apetecían los langostinos cocidos en salsa de coco con cebolla y cilantro y el estofado de pescado ahumado y arroz con legumbres. Más allá había también jarras de té tunecino con menta y piñones y zumos de hibisco y limón con jengibre fresco. Tampoco faltaban las bebidas alcohólicas que una atractiva chica preparaba al momento, sin mediar palabra. Cogimos algo que parecía llevar vodka y licor de avellanas y fuimos a sentarnos con nuestros platos rebosantes.

Iba haciendo equilibrios con la comida en una mano y la copa en la otra cuando mi pareo se desató, deslizándose lentamente hasta mis pies. Adam, grité, ayúdame. Le dio un ataque de risa. No puedo, también tengo las dos manos ocupadas. De repente estaba desnuda en medio de la sala, pero apenas me miró nadie. Dejé la comida donde pude y volví a atarme el pareo al hombro, esta vez con doble nudo. Nos sentamos.

Teníamos cerca un grupo de cuatro personas muy jóvenes que hablaban como si no se conocieran de mucho. Intentamos averiguar quién era pareja de quién, pero no estábamos seguros tan siquiera de si se trataba de dos parejas. Observé al resto de comensales, uno por uno, y me invadió una sensación inquietante. Éramos treinta o cuarenta personas y resultaba imposible precisar un elemento en común, más allá del pareo que nos igualaba a todos. Al otro lado de la sala, una decena de personas de más edad estallaron de repente a reír porque un hombre tenía dificultades para pescar con un dedo la aceituna de su vaso de vermut. Flotaba en el aire una alegría tan contenida como ligera.

Entonces escuché la música, sonaba Melody Gardot. *Your heart is as black as night*. El grupo de cuatro personas muy jóvenes se levantó y se dirigió hacia una hilera frondosa de plantas altas. No me había fijado en ella, era una vía de paso. Disculpa, le pregunté a la chica de los cócteles, ¿los postres están por allí? Sonrió y no dijo nada.

Dejamos los platos vacíos y cruzamos la hilera de plantas para encontrarnos que desembocaba en otro largo y oscuro pasillo, o más bien un túnel, donde varios grupos de personas charlaban en un tono de secretismo y una pareja se abrazaba contra la pared de piedra. La música había cambiado, ahora le tocaba a Lisa Ekdahl. La única luz que a duras penas nos iluminaba era la del final del corredor, cegada a momentos por el tráfico de gente en la sala contigua. Vimos pasar a una chica desnuda. Nos cogimos instintivamente de la mano y seguimos andando. Ya muy cerca de la salida, se detuvo otra mujer agarrada a dos hombres, que se apartaron al vernos llegar. Al otro lado había una majestuosa piscina tallada en la piedra. Algunas de las personas que habíamos visto en el comedor se bañaban tranquilamente, desnudas dentro del agua. Para acceder había que bajar unas pequeñas escaleras en el centro de aquella especie de gruta rodeada de esculturas, velas y luces de aceite. Te lo dije, unas termas.

Nos decidimos a entrar. Antes de quitarme el pareo, respiré hondo e intenté abstraerme del entorno. Nunca había estado en un spa mixto, pero la gente parecía muy discreta. Colgué la prenda en unas barras de acero que había clavadas a lo largo de la pared y me acerqué lentamente al agua, escudada tras el cuerpo de Adam, que sentía menos pudor que yo. De repente lo vi dentro, alargando los brazos hacia mí. Estaba desnuda frente a un corrillo de gente que se bañaba dos metros más abajo. Me golpeó en ese momento la consciencia total de mi cuerpo y me sumergí tan rápido como pude, sintiendo cómo el maquillaje se diluía en el agua caliente con olor a cloro. Ya no me queda nada, pensé. Cuando volví a sacar la cabeza, Adam me dio un beso en la frente.

¿Es la primera vez que venís?, nos preguntó un chico calvo con una sonrisa afable. Sí. ¿Vosotros? No, respondió. Se nota que es vuestra primera vez, estáis tensos. Buscábamos los postres, dije yo. Su compañera se rio con cariño. En ese caso, añadió, tenéis que subir arriba. La pareja salió de la piscina con la misma naturalidad que si estuvieran vestidos y no pude evitar fijarme en sus cuerpos. Ella tenía celulitis y él, una vena inflamada detrás de la rodilla.

¿Has visto a esa gente? Miré hacia una esquina donde dos parejas hablaban animadamente. Creo que ellas se están tocando, comentó Adam. Serán pareja. Creo que no. Uno de los hombres le dio un beso en el hombro a una de las mujeres. Esos dos sin duda lo son... Y, de golpe, un gemido. Pero no le

puede estar metiendo los dedos dentro del agua, dije, tú y yo lo hemos probado en la playa y no funciona.

Adam no me escuchó, tenía los ojos fijos en ellas. La chica que había gemido hizo un movimiento brusco y la otra, apoyada contra la pared, la acercó a su cuerpo con un gesto tierno. Le recogió el pelo en un moño para que no se lo mojara y le apartó de la cara algunos mechones sueltos. Un rato después, ambas salieron del agua y subieron las escaleras que llevaban al piso de arriba. Vamos a seguirlas. Me levanté con cierta vergüenza, aunque ya no tanta, y acompañamos a las dos mujeres como si fuera algo casual. Una le puso la mano en la espalda a la otra y la fue bajando a medida que subían escalones, hasta posarla sobre sus nalgas. Las acarició como si fueran la barriga de una embarazada.

Cuando llegamos arriba, nos encontramos con un tercer pasillo, el más largo de todos y lleno de puertas. Me pareció imposible que todo eso cupiera en aquel bloque de hormigón, que ahora me resultaba más bien una olla a presión donde guisaban misterio. Las mujeres se metieron en la primera entrada que quedaba a la izquierda, una zona de duchas abiertas. Luces rojizas iluminaban a medias el espacio, ahí dentro se podrían haber revelado fotos. Ignorando nuestra presencia, una de las mujeres cogió un poco de jabón y se puso a frotar a la otra con una sensualidad casi pornográfica. Luego la aclaró con una jarra de cerámica llena de agua y se agachó para dejarla en el suelo. Antes de volver a alzarse, acercó su boca al cuerpo de ella y bebió del agua que goteaba entre sus piernas. Ahora sí era porno.

Nos fuimos cuando aparecieron los dos hombres que antes estaban con ellas. Entraron a la ducha junto a las mujeres, que ahora se besaban. Cuando miré hacia atrás, vi que estaban follando. Qué fuerte. Continuamos andando con los ojos muy abiertos a lo largo del pasillo, sin soltarnos de la mano. Se oían suspiros, aquí y allá, detrás de las paredes. Había habitaciones a cada lado, puertas abiertas con ventanas cerradas, puertas cerradas con ventanas abiertas y estancias separadas de otras mediante barrotes. La arquitectura de la fantasía, guiándonos a través de corredores y umbrales hacia otras personas en lugares desconocidos.

Nos paramos frente a una de las ventanas, tras la cual una pareja se exhibía. Ella estaba tumbada sobre un colchón alto y él, de pie frente a ella, penetrándola. Eran el calvo de la piscina y su mujer. Acercaos, dijo él entre gruñidos, aquí tenéis vuestro postre. Dios, qué vergüenza. Podéis tocarla,

¿verdad, cariño? Sí, suspiró ella con los ojos en blanco. Adam le puso la mano sobre un pecho, que se balanceaba con los embates del hombre. ¿Y tú? No, respondí, aún petrificada por el comentario del postre. Contestó que le parecía perfecto y me guiñó un ojo.

Se la follaba de forma casi mecánica. Ella le apartó la mano a Adam del pecho y se la acercó a la boca para chuparle un dedo. Él me miró. ¿Te parece bien esto? Sí, le respondí segura. Ella me dijo «todo está bien» solo moviendo los labios. Aunque había notado una punzada de alerta al ver a Adam acercarse a la mujer, el hecho de que estuviéramos todos así, vulnerables, me daba una paz que me hacía sentir más bien poderosa.

Mañana tenemos una fiesta vainilla con nuestros compañeros de trabajo. Somos abogados, nos contó el hombre aún dentro de la mujer y con la frente chorreando goterones de sudor. ¿Fiesta vainilla? Así es como llamamos por aquí a la vida real, donde nos comportamos como se espera, aclaró él, y me di cuenta en ese momento de que esos extraños nos estaban mostrando mucho más de lo que le dejaban ver a la gente con la que se relacionaban cada día. Aquí está todo permitido hasta donde llega el consentimiento, pero recordad que es la presencia de un sí y no la ausencia de un no lo que cuenta. Debimos grabarnos eso en la mente.

Un rato más tarde entramos en una habitación abarrotada para intentar enrollarnos entre la intimidad de otras personas. Había ido creciendo una tensión entre nosotros y teníamos ganas de ver cómo nos sentíamos en esa situación. Al fondo parece que hay un hueco. Pasamos por encima de los cuerpos tratando de no pisar ningún órgano vital, hasta que a mitad de camino se alzó una cabeza. ¿No veis que ya no queda espacio? Aún hoy, años más tarde, me sigue dando vergüenza recordar cómo aquella mujer de mediana edad detuvo al tío que tenía encima para decirnos, ajena a nuestra vulnerabilidad e inocencia, que estábamos estorbando. Volvimos atrás. No te preocupes, Sofía. Me escondería bajo unas sábanas ahora mismo. Es fascinante lo humano que es todo esto y tú eres mi humana preferida. Y entonces me dio un beso de esos que se dan los abuelos.

Pasamos frente a una habitación donde una chica le hacía sexo oral a otra. Quedaba mucho espacio junto a ellas, así que nos animamos a entrar y ponernos a su lado. Aquí estarás mejor, dijo Adam y su mirada se quedó fija en ellas. A mí me incomodaba examinarlas de esa forma; tan solo el hecho de que estuvieran ahí ya aturdiría mis sentidos. Le abracé y Adam me devolvió el

abrazo, aún con la cabeza ladeada. Estoy aquí, le susurré. Es que es tan excitante, nunca había visto esto más que en una pantalla. Colocó su mano, como si fuera por accidente, sobre el pie de una de las mujeres y entonces me besó. Esta vez como lo hacen los adolescentes. De repente se apartó para arrimarse a la que estaba tumbada y a punto del orgasmo. De pie frente a ella, le acercó su cuerpo a la boca, pero la chica lo rechazó con una mueca. Adam, por favor, no hagas eso. Me negaba a molestarme con él en una situación tan extraña para ambos, así que continuamos nuestro camino.

En la siguiente habitación, una morena de piel muy blanca abrazaba a un canoso de piel muy oscura; parecían un yin yang humano. Frente al colchón había un hombre sentado en una silla con su novia encima, no se podía distinguir si estaba o no dentro de ella. Al fondo, una pared de barrotes permitía ver la sala contigua. Estaba vacía. Cogí de la mano a Adam y le llevé hasta allí, necesitaba habitar un buen rato con él aquel mundo nuevo, ser fieles al acontecimiento. Cerré la puerta detrás de nosotros y me puse a cuatro patas encarando a los yin yang tras los barrotes e invitando a Adam a follarme desde atrás. Ella me miraba mientras él le hacía lo mismo. Me corrí enseguida. Me daría cierto morbo, dije girándome hacia Adam, no saber a quién tengo detrás... Si abrieras la puerta, podrías invitar a pasar a los hombres que quisieran entrar. ¿Quieres que lo haga? Es solo una fantasía. Pues estás en el sitio perfecto para llevarla a cabo. Verles solo las manos en mi cintura, continué. A mí me pondría mucho, contestó él, y me di cuenta de que tenía un novio tan sexual que eso le impedía ser celoso.

Cuando salimos de la habitación, sentí que ya éramos como los otros y me alegré de haber vivido esa experiencia. Llegamos hasta el final del pasillo, ya solo por verlo todo. Había una enorme cama con dos o tres orgías paralelas. O quizá era una sola. Una mujer gritaba mucho. Era imposible distinguir a quién pertenecían todas esas extremidades que parecían pegadas por fluidos. Ahí no me metería. Yo tampoco. Dimos media vuelta y deshicimos en silencio el recorrido hasta las duchas, donde varias personas se daban placer unas a otras sin que ya nos causara sorpresa.

Y de repente estábamos en la calle, como si nos hubiera escupido fuera el edificio. El aire fresco fue como un sopapo de realidad contra nuestra piel recién secada, vestidos tal y como entramos, pero con olor a cloro y completamente despeinados. Joder. Bienvenida de vuelta al mundo vainilla y feliz segundo aniversario, gritó Adam con los brazos alzados.

CAPÍTULO 4

Nos tomamos un chupito de Pernod en el bar de al lado, creyéndonos observados por todos. Seguro que se nota de dónde venimos, seguro que se nos huele. Quizá aquí hay gente que estaba dentro. Repasamos la clientela desde la barra. ¿Te suena alguien? Nos sonaba todo el mundo. Le propuse a Adam sentarnos un rato frente al bloque de hormigón antes de ir hacia casa. ¿Por qué? Para despedirme. ¿Qué quieres decir? La entrada ha sido repentina, alarguemos la salida. Nos fumamos un cigarrillo apoyados en una verja, al otro lado de la calle.

Vimos acceder al edificio a dos parejas en el transcurso de media hora, ambas muy bien arregladas. La colonia de un hombre de cierta edad llegó hasta nosotros. ¿Por qué se ponen camisas brillantes y tacones de aguja si toda esa ropa va a terminar embutida en una consigna? Para demostrarle al vigilante que son gente bien. O quizá no saben dónde se meten. Iban a tiro fijo, parecían habituales, aunque podía intuir sus nervios incluso a distancia. Seguro que los nervios no se los quitan nunca, al fin y al cabo, esa es la gracia, ¿no?

Volvimos al piso cogidos con fuerza de la mano, del mismo modo que habíamos hecho pocas horas antes al cruzar aquellos pasillos, por instinto. Nos metimos en la cama. Adam me acarició el pelo hasta que me quedé dormida, como hacía cada noche, y agradecemos que allí no hubiera nadie más que nosotros mismos.

He soñado que había gente recostada en los muebles de la habitación, observándonos mientras dormíamos, le conté a la mañana siguiente, sentados en la librería de Le Fumoir, un lugar donde servían tanto cócteles como cafés, desayunos o cenas, a pocos pasos del Louvre. Yo he dormido como un ceporro. Pedí un zumo détox con manzana, pepino y limón. Adam, un pollo entero con mantequilla y estragón.

Fue como descubrir un mundo paralelo, dijo él. ¿Crees que conocemos a

gente que va a sitios así? Estaba segura de que sí. ¿Y cómo se lo vamos a contar a tu hermano? Le diremos que al final no fuimos a ningún lugar de su lista, que encontramos un sitio por la calle que no recordamos cómo se llama. Nunca me habría imaginado que en un lugar como ese hubiera gente tan joven. Era cierto, de haber sabido dónde nos metíamos, probablemente habría pensado que estaría lleno de cincuentones y me habría largado por patas.

Tengo ganas de volver, dijo Adam. ¡No! ¿No? ¿Volverías ya mismo? Esta noche, por qué no, ir a ver de nuevo todo aquello sabiendo lo que nos vamos a encontrar. ¿Qué gracia tendrá entonces? Estaremos más cómodos. Yo no quiero llegar a sentirme cómoda en un lugar como ese. ¿Por qué no? Porque dejaría de ser interesante. Lo disfrutaríamos más. Para cómodo ya tenemos esto, dije abriendo los brazos al restaurante, disfrutémoslo también. ¿Pero te gustó? Sobre todo porque descubrí cosas nuevas de ti. ¿En serio? Quizá más bien me reencontré con ellas, con la impulsividad y el descaro que me enamoró al principio. Ya sabes cómo soy, Sofía... Lo sé, pero era todo tan nuevo, tan imprevisible e incontrolable que lo sobrellevamos juntos cada cual a su manera... y observarte con esa distancia me estimuló.

¿Y los otros? ¿Los que estaban ahí? Me paré a pensar un momento. Sé que, por mucho que te quiera, es poco probable que nunca llegue a excitarme nada más. Está claro, dijo él, y me siento tranquilo con ello. Una cosa es el sexo y otra el amor, ¿no? ¿Por qué crees, preguntó, que no lo habíamos hablado hasta ahora? Porque acojona, pero ya te he visto tocando una teta ajena y, la verdad..., no me siento menos deseada. Creo que es porque estábamos juntos. Sí. Es un buen sitio donde llevar a cabo fantasías. Estaba de acuerdo con él, aquel bloque de hormigón era como un pulmón para el compromiso, una forma de oxigenar el olvido forzado de cosas a las que renunciamos por algo mayor.

Ahora me apetecía el otro extremo, aunque fuera para no perder el equilibrio. Pasear todo el día como los más odiosos de los enamorados, mimetizarnos y fundirnos con el paisaje. Coger un *bateau-mouche* en el Sena, conocer a una pareja de Santa Coloma de Gramanet que hubiera empezado a salir a los quince años, irnos los cuatro de pícnic a los Campos de Marte, sacarnos selfies frente al muro de los «te quiero» en Abbesses, crearnos un perfume de pareja en L'Artisan Parfumeur, ver la puesta de sol desde las escaleras del Sagrado Corazón, encerrar en un armario el espejo que había junto a la cama e irnos a dormir temprano y sin miedo.

Una pareja de unos cincuenta años estaba tomándose un vermut unas mesas más allá. Ambos leían el periódico, dejándolo de vez en cuando para mirar por la ventana, rebañar el plato con el dedo, observarse cuando el otro no miraba. Podrían haber estado allí, dijo Adam. Sí, y esos también. Otra pareja charlaba con una camarera. A Adam le pareció que ellas se gustaban. ¿Crees que se atraen o te gustaría que fuera así? Sonrió. Es que las dos están muy buenas, ¿te importa que lo diga? Le respondí que no me importaba si era lo que pensaba, aunque el comentario me resultó algo crudo.

Intentar reconocer a la gente que tenía algo más que la vida vainilla se convertiría en una afición durante mucho tiempo. ¿Crees que en Barcelona hay sitios así? Seguro que sí. Podríamos buscarlos. Exploremos sin buscar. Es lo mismo, Sofía. No, una cosa es estar abierto a que te pasen cosas como la de anoche y otra distinta es ir a su encuentro. Pero si no vas en su busca, no las vas a encontrar nunca. Adam, ayer fue así.

A pesar de todo, yo me sentía un poco culpable. ¿Por qué? No lo sé, no lo entiendo, no pienso que haya hecho nada malo. Ni siquiera hicimos nada, dijo Adam, ni nos liamos con nadie ni nos metimos en ninguna orgía. Yo opinaba que desnudarnos entre desconocidos, intimar a su lado, que nos oyeran correr... era como hacer sexo en grupo, aunque no me la metiera nadie más. ¿Lo probarías con una chica? Lo pensé unos minutos. Aunque ya tenía la respuesta, no sabía cómo expresarla.

La realidad era que, cuando se me calentaba la cabeza y cerraba los ojos, cualquier tarde de domingo en el sofá, con una mano bajo el chándal, a veces veía mujeres. No sé si me atrevería, contesté. ¿Nunca? Eso no lo sé, pero no me atrevería ahora. ¿Por qué? Quizá, algún día, me gustaría atreverme, preferí decir antes de dar más explicaciones. ¿Lo están pasando bien en París?, preguntó de repente el camarero al traernos la cuenta. De vicio, respondí con picardía. Disfrútenlo, es la ciudad del amor. Esto sí es amor, añadió Adam cuando ya se había ido. Todo esto contigo.

Volvimos a casa para hacer las maletas y Adam se metió en la ducha. Yo me cambié de ropa y, al desnudarme frente al espejo, me vino a la cabeza aquella frase que había visto pintada con carmín. «El espejo miente». Me miré por todos los lados desde los que recordaba que me habían visto en el bufé africano, así, sin ropa, intentando imaginar la impresión que había causado a la gente que estaba dentro del agua o a los que presenciaron cómo hacíamos nuestras cosas en la habitación de los barotes. Tenía las tetas

pequeñas en relación con mi altura, pero ¿quién me servía como referencia? Me parecieron poco sensuales y a la vez agradecí que no lo fueran. Qué pensamiento más raro. Desvié la mirada: se me marcaban las costillas bajo la clavícula y algunas estrías en cada muslo. Me agobiaba no ser perfecta o, más bien, no ser neutra, como un dibujo de una mujer que ilustra una palabra de una enciclopedia. Creo que no quería que nada destacara demasiado, ni por exceso ni por defecto. El agua dejó de sonar en el baño y Adam salió de la ducha.

Reanudé mis conversaciones con el espejo de vuelta a Barcelona. No podía dejar de mirarme cada vez que me desnudaba, intentando acostumbrarme a mi cuerpo. Me daba la impresión de que lo había estado evitando. Una tarde que Adam se fue a ver a sus padres, decidí hacerme fotos para no dislocarme el cuello con esa curiosidad que me había entrado de golpe. Hacía mucho tiempo que no cogía la cámara, la fotografía siempre me había seducido. A los diez años pedí que me regalaran la primera máquina para hacer más llevadera mi perpetua conciencia del paso del tiempo. Me producía mucho placer poder congelar momentos, captar un recuerdo al que todos nos podíamos remitir con las mismas palabras, creando la ilusión de que lo habíamos vivido juntos.

Programé el disparador automático para que hiciera una foto cada diez segundos, con tal de que me diera tiempo a ir cambiando de postura. Nunca me he visto de esta manera, me decía, con la de fotos de mi cara a todas las edades que corren por ahí. Tenía la boca de mi abuela paterna y los pómulos de mi bisabuelo materno, pero ¿de quién había heredado el resto de mi cuerpo? Quizá a la tía Lucette también se le formaba aquel hoyuelo en la nalga derecha cuando se recostaba del lado izquierdo. No quería evocarla así. ¿Por qué? Si lo imaginaba en ella, el hoyuelo me parecía especial. Yo me había enamorado de cosas como esas en otros.

La mayoría de las fotos me provocaron rechazo al primer instante. Me sorprendí de sorprenderme y me acordé de aquello que me dijo una vez un fisioterapeuta. Prueba a dibujar tu cuerpo, no tendrás ni idea. Y no, no la tenía. Había preferido formarme una imagen global más bien borrosa, verme siempre en espejos empañados. Hacerlo ahora con tanta crudeza parecía que minaba mi autoestima, pero continué porque también intuí que al otro lado había algo interesante.

¿Qué les pasa a mis hombros? Uno siempre se veía más arriba que el otro,

estaba un poco torcida... y, joder, ¿tengo celulitis en las pantorrillas cuando me pongo de cuclillas? Mierda, las venas se me marcan mucho por todos lados... Y vaya arrugas aparecen cuando me siento de esa forma..., no volveré a sentarme así jamás. Encima, nada volverá a ser como ahora, todo seguirá transformándose. Habría sido más fácil desviar la vista, como hasta entonces, dejarles a los otros la gestión de mi propio cuerpo.

Pasado un rato me fijé en lo que creo que advertiría en unos años, regañándome por no haberlo visto en el momento. Como cuando miras a una persona diferente. La juventud, la humanidad..., una poesía entera de formas, texturas y cicatrices. Al final ya nada me parecía tan raro. Me quedé dormida abrazando la cámara.

CAPÍTULO 5

Cuando conocí a Adam, yo vivía en una portería oscura y húmeda, donde me independicé con mi primer sueldo como becaria en la universidad. No era mucho más que un salón grande con una cocina abierta y una habitación y un baño minúsculos. Las paredes estaban cubiertas de madera para mantener a raya las humedades. El sol solo entraba durante unos pocos minutos al día, colándose a última hora de la tarde entre los edificios de enfrente, a menos que un coche o un perro provocaran un eclipse al detenerse frente a las ventanas que quedaban a ras de la acera.

El primer hombre en cruzar esa puerta fue Daniel, un profesor que me sacaba casi una década y que se convirtió en mi primer novio. Era la época de las primeras cosas. El día que quedamos por primera vez, lejos de la universidad y en secreto, vi en Daniel una mirada que me decía que, si yo quería, podía follar con él. Follar con alguien, también por primera vez. Si me apetecía, en cinco minutos, podía estar bajándome las bragas un profesor en el baño del bar, mientras las familias tomaban café en las mesas de la terraza antes de seguir con las compras matutinas. Joder, qué excitante es la posibilidad.

Había tardado en follar, más de lo que tarda la mayoría de la gente, o eso pensaba en aquel momento. Tenía diecinueve años. Me alegré de haber esperado hasta acumular muchísimas ganas. Fue como entrar en una discoteca, subirme al podio y bailar sin pensar, saltándome esa época rara en la que no sabes qué haces ahí, entre tanta gente sudada, sujetando un vaso largo de algo que cuesta demasiado tragar.

Asalté a Daniel mientras veíamos *Tigre y dragón*, de Ang Lee, en el sofá de la portería y una hora después acumulaba varios orgasmos y el entusiasmo de poder hacer eso cada día. Lo pasé tan bien que nos consideré pareja por destino, no me di cuenta de que quizá estaba confundiendo deseo con amor y que esa relación iba a convertirse en una lección más de Daniel. No nos

veíamos tanto como yo quería, ni él tenía tantas ganas de sexo como me habían contado que les pasaba a todos los hombres. Tampoco le di importancia a otras cosas, como el poco interés que mostraba por la realidad de una chica de mi edad, su afición por aislarse del mundo o que a sus treinta años su madre aún le dejara cada día la comida preparada en la nevera. Cualquier gesto anodino era puro erotismo para mí, como el que hacía con el dedo corazón para subirse las gafas de pasta o esa reacción de su cuerpo en el segundo once de su querida *Today*, de los Smashing Pumpkins. No necesitaba más.

Daniel nunca acercó su cara a mi sexo. Decía que no le apetecía y evidentemente no quería forzarle a algo que le hiciera sentir incómodo. Tardé un año en acumular el coraje de preguntarle por qué no le atraía la idea. Se disgustó y respondió que no tenía que ver conmigo, solo que no era normal hacerlo. A todas mis amigas se lo hacen, le dije, y a él le indignó que me comparara con otra gente, porque hay más diferencias entre dos personas que entre dos animales de distinta especie, decía recitando a Michel de Montaigne. Daniel era muy así. Tenía una inteligencia muy creativa a la que no siempre sacaba partido. Yo solo quería follar y, a base de intentarlo, acabé aprendiendo mucho y cogiéndole cariño al profesor.

El cunnilingus se convirtió, efectivamente, en la palabra clave de todas mis búsquedas de porno en Internet. Bueno, no es exactamente cierto. Si escribía «cunnilingus», solo aparecían artículos científicos y, como no existe una palabra coloquial, como «mamada», pues buscaba «*pussy licking*». Daniel me decía que las obsesiones no son buenas y que aún sería capaz de dejarle por eso. ¿Cómo pude dudar de la importancia que tenía realmente eso para mí? No concebía la posibilidad de conocer a alguien mejor que Daniel. A lo sumo, distinto. Creía que la mayor demostración de amor era el sacrificio, que los problemas que surgían ponían a prueba mi capacidad para amar. Tardé cinco años en darme cuenta de que Daniel no me hacía feliz y que era responsabilidad mía ponerle remedio.

Seis meses después de cortar con él, Laura y yo montamos una fiesta en la portería como excusa para invitar a un chico que había conocido el fin de semana anterior en un bar de heavy metal. Me enrollaba con alguien distinto cada semana, para recuperar el tiempo, pensaba, fastidiada por la idea de llegar a los veinticinco sin haber estado más que con un hombre.

Montamos una barra en la azotea común del edificio, pero se puso a llover

y en el último momento tuvimos que bajarlo todo de nuevo a la portería. El chico del bar de heavy metal me llamó unos minutos antes de llegar para preguntarme si podía venir con unos amigos. Uno de mis colegas es moro, dijo, espero que no seas racista. Siempre hacía esas bromas con la mayor seriedad, se parecía un poco a Groucho Marx.

Al abrirles la puerta, ubiqué enseguida a Ahmed. Medía por lo menos metro noventa, tenía el pelo negro y rizado, muchas canas, la piel oscura, los ojos de un verde líquido y las pestañas kilométricas. A sus veintidós años aparentaba muchos más porque trabajaba por las noches, explicó, y dormía poco y mal. Qué curioso, ayer soñé que me llamaba por teléfono un Ahmed. ¿En serio?, respondió aprovechando el momento para darme un repaso de arriba abajo con una lentitud que me pareció descarada para un chico de su edad.

Ese mediodía había cambiado la comida por una siesta y había soñado que estaba sentada en una enorme mesa redonda con Laura, disfrutando de un espectáculo que se parecía demasiado al videoclip de *I want more*, de Faithless. De repente me vibraba el móvil y, al mirar la pantalla, veía que me llamaba un tal Ahmed. Tenía su número registrado, el nombre me resultaba familiar, pero no conseguía ubicarlo. Confundida, respondía a la llamada. Ahmed me preguntaba si había mirado el signo 14 y yo le seguía el rollo, pero no tenía ni idea de qué me hablaba. Lo miraré al volver a casa, le decía.

Cuando me desperté, cogí el *I Ching* que mi hermano me había prestado solo unos días antes. El texto del hexagrama 14 decía: «La Posesión de lo Grande. Se manifiesta la posibilidad de un gran cumplimiento, pero este aún no es certero. La administración de la abundancia conlleva una gran responsabilidad y debe gestionarse con autodominio y humildad con tal de que el gran hombre no termine poseído por aquello que intenta poseer».

Administrar la abundancia iba a convertirse en uno de los mayores retos de los años siguientes, tanto para Ahmed como para mí. En realidad, me llamo Adam, aclaró, de magrebí solo tengo el aspecto. Ya decía yo que no tenías nada de acento. Mi colega siempre hace la misma broma cuando me presenta, es un poco tontorrón. Voy a intentar enrollarme con él, solté sin pensarlo mucho. Siempre he admirado que Adam no se desanimara por ese comentario. Notaba que le gustaba, se mantuvo siempre cerca de mí durante la fiesta, molestándome afectuosamente hasta que le di un bofetón cariñoso en la mejilla. Si a lo largo de esta noche me das dos más, dijo, no responderé

de mis actos. Fue muy rápido poniendo sobre la mesa un código para que yo pudiera activar algo con él cuando quisiera.

El chico que nos había presentado estaba mientras tanto muy entretenido mirando los tesoros que yo había acumulado con los años. No había nada de valor, pero me ha costado mucho tiempo volver a sentirme tan en casa como en aquella portería. Cada mañana me despertaba la música que se escapaba por los auriculares de los barrenderos que quitaban las hojas de mis ventanas. También aprendí a identificar a mis amigos por sus pasos. Las rutinas se traducían en sonidos como los de las ruedas de la maleta de cada domingo a las diez de la noche o las llamadas de una chica adolescente a su abuela cada miércoles a las tres y cuarto de la tarde. Escuché la máquina de escribir. Mi objetivo sexual de la noche había cogido la Smith Corona turquesa que mi abuela americana me había regalado de pequeña y, aunque no tenía tinta, estaba pulsando con fuerza las teclas para dejar marcadas las letras sobre un papel que aún guardo.

Y con el surrealismo que tiene la vida, estamos aquí. Yo, dos amigos y un magrebí. En la era del PVC ha sido el metal el que nos ha unido... Manda cojones. Y tres tristes tigres que buscaban una azotea han acabado en un comedor con el parqué en la pared y tres y tres hacen seis y nos falta uno para tener los pecados capitales... de los cuales solo gobierna uno: la lujuria..., lo mejor para cuando sales de fiesta. Y acabaremos solos, como si lo viera, pero con la vanidad por los suelos nos haremos una paja imaginando que nos lo montamos con la chica que más nos ha gustado en esta noche que comienza. Mil gracias por la hospitalidad... que tanto cuesta encontrar, si no eres médico..., que no es el caso. Besos en el hígado y abrazos en los tobillos.

Unas horas más tarde recogimos las botellas vacías que habían quedado esparcidas por la casa y nos dispusimos a salir para ir a una discoteca. Cuando ya estaban todos fuera de la portería, entré en el baño y me tropecé con Adam, que estaba subiéndose la cremallera del pantalón. Vaya, dijo, sí que vas fuerte. Su amigo debió de oírme reír y entró detrás de mí, cerrando la puerta y colándose entre los dos. Ya estamos los tres, exclamó, nosotros te enseñamos lo nuestro si tú nos enseñas lo tuyo. Venga, vale, acepté yo, acercando las manos a mi pantalón. Se miraron sorprendidos, sonriendo

como lo hacen los borrachos que aún están a tiempo de frenar. Saqué el móvil lentamente. Es el iPhone 1, susurré. ¿Cuál es el vuestro? Salí del baño rápidamente. Venga, tarados, que os dejo aquí dentro.

Llegamos andando a la discoteca y, a los pocos minutos de entrar, ya le estaba dando un beso al amigo de Adam. Me rechazó poco después porque antes de ir a mi casa había descubierto que yo había estado follando poco antes con otro amigo suyo, pero le había dejado de ver porque no olía a nada. Le parecía una traición a su amistad con él. Dice que eres suya, recuerdo que me soltó como si fuera un halago. No me importó, tan solo quería pasar el rato.

Estaba bailando con Laura cuando se acercó Adam. Señorita, ¿le importa que baile con su amiga? Antes de irse, Laura me dio un beso en los labios. Hala, ya te lo he dejado calentito. Sonaba *Ella Elle L'a*, de Kate Ryan, un hitazo de ese año. Cuando me giré, Adam estaba petrificado con la boca abierta. Le di un suave bofetón. ¡Solo te queda uno! Antes de que acabara la frase, ya le había propinado el tercero y, antes de que terminara de dárselo, él ya me estaba dando un beso que duró hasta que encendieron las luces del local.

Nos echaron de la discoteca y unos cuantos fuimos a dormir a mi casa. La portería era pequeña, pero tenía un sofá lo bastante grande como para albergar a tres o cuatro personas ebrias. Adam se subió al taxi con nosotros y después a mi cama. Recuerdo que lio un porro mientras hablábamos tendidos sobre el colchón. Fúmatelo con calma, que ahora vengo. Me tumbé y le di una larga calada, disfrutando de la música que se repetía en mis oídos. Adam no se fue a ninguna parte, a no ser que lo que había entre mis piernas para él fuera otro lugar. Me corrí en su boca por lo menos un par de veces antes de que se animara a entrar. Me tocaba como si fuera una cáscara de huevo, pero no escatimamos en guarrerías. Quería correrse en mi cara, lo que me pareció una manera tímida de pedirme hacerlo sobre mi lengua. Pobre Adam, no sabía que él estaba tan obsesionado con hacer eso como yo con que me hicieran sexo oral.

Al día siguiente había quedado para comer con Laura y comentar la noche. He estado con el mejor amante del mundo, le solté, como a todos los amigos con los que hablé los días siguientes. A Jenni le parecía premonitorio que yo hubiera soñado con un tío con el mismo nombre que Adam se había inventado. Además, se dejó un jersey en casa, así que podría volver a verle

fácilmente. En ese momento estaba muy desapegada de todo y disfrutaba de la soltería..., pero la personalidad de Adam creaba adicción.

Con la excusa de devolverle el jersey, pasé una madrugada por el restaurante donde trabajaba. Ya estaba cerrado cuando llegué, pero un compañero suyo que aprovechaba para fumarse un cigarrillo antes de irse me dejó pasar por debajo de la persiana metálica. Tú debes de ser Sofía. No, soy Carmen. Mierda. Al ver la sonrisa en mi cara, se arriesgó y me dijo que le sabía mal, pero que Adam solo hablaba de una tal Sofía. ¿De Carmen nada? Nada de Carmen. Bien.

Le encontré solo en la cocina, tenía la chaqueta negra del uniforme algo sudada en la espalda. Lo justo. Llevaba un gorro atado a la nuca con unas tiras y por un momento me pareció un pirata que acababa de abordar un barco lleno de sartenes de cobre. Las aguantaba en una mano, inquieta por dejarlas ordenadas en su sitio, mientras removía algo con la otra. Era una salsa de un amarillo intenso. Lamió la cucharilla, cerró los ojos y murmuró algo antes de dejarla en el lavaplatos. Lo puso en marcha, dejó las sartenes en una estantería y se paró frente a la salsa de nuevo, ahora con las dos manos sobre la encimera metálica.

Tenía ganas de verle la cara, pero aún no se había percatado de mi presencia. Se puso de cuclillas frente al recipiente como un niño que acaba de ganar un pez en la feria. Le oía respirar. Me fijé en la cocina: estaba completamente limpia a excepción de aquello con lo que parecía intentar hablar. Se quitó el gorro y se frotó la cabeza como si estuviera intentando que saltara una chispa. Volvió a levantarse, alzó el recipiente y metió dentro un dedo entero. Cuando se giró, lo tenía en la boca, y entonces me vio, apoyada en el marco de la puerta con su jersey colgado de un brazo. Se dejó caer unos milímetros hasta encontrar la encimera con la cadera, cruzó las piernas y me miró, sin sorpresa y en silencio.

Muy poco higiénico eso, ¿no? Cogió el recipiente y lo vació en una papelera, sin dejar de mirarme. ¿Qué haces aquí? Te he traído esto, le dije mostrándole el jersey, te lo dejaste en casa. Bien, veo que ha funcionado. Me acerqué hasta él, que aún no se había inmutado. Quería pegarle y besarle a partes iguales. Eres un chulo. Qué va. Llevo un rato observándote. Tenía una idea, dijo, me ha venido a la cabeza durante el servicio. ¿La salsa? Sí, respondió, dándose cuenta de que aún tenía un poco en la mano. ¿Qué pasa con la salsa? No me termina de convencer. ¿Le falta algo? O le sobra, no

estoy seguro.

Me contó que quería buscar algo más líquido, más dorado. Que la cúrcuma tenía un sabor demasiado intenso a tierra y que sabía que se había obsesionado con usar semillas de mostaza cuando quizá no le iban bien del todo. Estuvimos hablando mucho rato sentados en unos taburetes, terminando botellas de vino abandonadas durante la noche. Me encantaba Adam en uniforme y solo pensaba en quitárselo.

He venido en coche, ¿quieres que te acompañe a casa? No, respondió. ¿No? Llévame a cualquier otra parte. Subí hacia una gasolinera al pie de la montaña del Tibidabo, compré chocolate y café y le llevé hasta donde empieza la torre de telecomunicaciones. A veces vengo aquí. ¿Sola? Sí, cuando necesito perspectiva. Desayunamos viendo cómo salía el sol, aunque, la verdad, ni me acuerdo de eso. De repente era de día, no hubo silencios románticos ni nada por el estilo. Teníamos demasiadas ganas de estar juntos para fijarnos en el amanecer. ¿Qué quieres, Adam? Que me pasen cosas. Y le pasaron, muchas.

CAPÍTULO 6

Aquel verano fuimos a conciertos, nos colamos en piscinas, hicimos saltar alarmas, nos paseamos por librerías y dejamos notas a los futuros lectores de nuestros libros favoritos. Vivíamos de diez en diez minutos. Cuando estábamos juntos, tan solo hacía falta un cruce de miradas para fingir que aún no nos conocíamos y presentarnos de nuevo con personalidades inventadas, en un delicioso bucle de primera cita. Fui entrenadora de caracoles, bibliotecaria rusa y gerente de una piscifactoría.

Él era un sueño de sonrisa perpetua, cariñoso y atento, astuto y divertido; un dios doméstico que se aficionó a pintarme la raya de los ojos porque se le daba muy bien el dibujo. Al poco tiempo de estar juntos, cumplí veinticinco años y me sorprendió cocinando veinticinco platos distintos, entre los cuales estaban mis favoritos de cuando era niña. Tuvo que comprar una vajilla nueva porque la que tenía no bastaba para servirlo todo.

Adam había crecido con su madre en los suburbios de Barcelona. Su padre murió poco después de que él naciera y la familia paterna terminó por desaparecer de su vida. Su madre tenía seis hermanas y muchas sobrinas —el clan materno solía concebir niñas— y la abuela era la cabeza de la dinastía. A los dieciocho años, Adam decidió cambiarse de orden los apellidos. A todas aquellas mujeres les daba tanta pena que se hubiera quedado sin padre que le concedían a Adam todo lo que quería, así que criaron a un niño con sobrepeso y algo caprichoso.

No tenía complejos, ligaba con cholas de barrio haciéndolas reír y se metía en peleas con sus novios, aunque era un desertor nato y salía corriendo cada vez. Se metía constantemente en líos, pero la violencia le parecía absurda y no se avergonzaba de tener miedo. En realidad, nunca le conocí muchos miedos, tan solo a las arañas. Cuando veía una, se encerraba en cualquier sitio y me suplicaba que la hiciera desaparecer.

Cuando cumplió la mayoría de edad, empezó a trabajar por las noches en

un conocido restaurante del centro, como lavaplatos, mientras seguía estudiando por las mañanas. Era muy ambicioso y perseguía las cosas hasta el límite de lo que su cuerpo podía aguantar. Fue así como logró ser, cuando le conocí, uno de los cocineros más jóvenes y con mayor responsabilidad del restaurante.

Daba gusto verle cocinar hasta tal punto que en una ocasión tuve celos de una escarola. Sus compañeros dejaban que me colara en la cocina de vez en cuando sin avisarle, para poder verle trabajar. Esos eran mis preliminares favoritos. Trataba los alimentos como si fueran amantes, a veces incluso les susurraba cosas. El día de la escarola, le escuché comentar que no había hortaliza mejor, más modesta y exquisita. Es crujiente, es rizada y es amarga... ¿qué más se puede pedir? A mí no me gusta, tío, respondió su compañero. No le escuches, le dijo Adam al manojito verde y despeinado que sostenía ahora frente a sus ojos, no habla de ti. Estás tarado. La mujer perfecta es como una de estas. ¿Como una escarola? Sí, divertida, áspera y caótica..., pero también humilde y digestiva. Pártela, anda.

Lo hizo con las manos. Me contaría después que es mejor así para no romper sus filamentos. Con cuchillo dicen que se oxida más rápido, pero en realidad solo es que me gusta tocarla. Era un hombre de oficio, minucioso y perfeccionista, aunque también algo torpe. Podía estar cortando cebolla en juliana con una precisión sublime y a la vez desparramando a golpes un saco de harina con el otro brazo. Pero daba igual, se reía y lo recogía. Le resultaba fácil perdonarse y eso lo hacía invencible.

Prefería pedir perdón que permiso, algo que me fascinaba puesto que yo llevaba numerosos frenos en la cabeza. También tenía una sorprendente dimensión espiritual cristiana, que contrastaba con su lujuria vital y complementaba de maravilla mi interés por el posibilismo, que, a diferencia del agnosticismo, no solo hace preguntas, sino que busca respuestas. No hablábamos el mismo idioma, pero decíamos las mismas cosas.

El primer mes juntos me deshidraté y casi mato tres plantas de sed, pero estaba muy satisfecha de estar viva. Me sentía privilegiada por compartir tiempo y espacio con aquella persona tan explosiva como ordenada que tenía la molesta afición de mantener en su cabeza varias cuentas atrás. Faltan doscientas horas para que estrenen esa película en el cine, llevamos un tercio de verano, nos queda un siete por ciento de luz diurna.

A veces se cubría la cara con las manos al ver la tele: sentía vergüenza

ajena cuando alguien, en la pantalla, se ponía en una situación ridícula, aunque él no habría tenido problemas en vivirla en sus carnes. He descubierto que nos abrazamos mal, me dijo en una ocasión mientras paseábamos. ¿Hay una forma incorrecta de abrazarse? Pues claro, Sofía, te lo voy a enseñar. Eres un listo. No, esto es muy serio. Paró a un chico que caminaba absorto en su música. Disculpe. El chaval se quitó los auriculares. Yo sentía vergüenza y admiración por Adam. Quiero enseñarle a esta chica que hay una forma correcta de abrazarse, ¿le importa? Al desconocido se le rompió la seriedad de la expresión y abrió los brazos como si no tuviera más remedio. Abrácame normal, le pidió Adam, sin pensarlo. Mal. ¿Por qué? Se lo voy a contar, estate atenta, Sofía, que luego lo practicaremos tú y yo. Adam seducía al mundo desafiando sutilmente sus normas. Extienda el brazo izquierdo por encima de mi espalda, como hago yo, eso es, y el derecho bajo la axila... Si se fija, le dijo con tono científico, así los corazones están uno sobre el otro. Muchas gracias por su tiempo y que tenga usted buena tarde. Parecíamos la pareja perfecta. Quizá lo éramos en potencia. Gestionar la abundancia iba a suponer un reto mayúsculo.

Las últimas semanas de verano nos fuimos a Nueva York. Cuando cumplí seis años, mis padres nos anunciaron que nos mudaríamos a los Estados Unidos, mi abuela paterna, a la que apenas conocíamos, estaba delicada de salud y quería que sus nietos pudieran pasar un tiempo cerca de ella. Volvimos a Barcelona cuando murió, unos años más tarde, excepto mi hermana, que ya era universitaria y quiso quedarse. La echamos todos terriblemente de menos, hasta que mi hermano y yo nos acostumbramos a ser solo dos.

A mi hermana le había ido muy bien. Vivía veintiocho pisos por encima de la calle en un rascacielos del Upper East Side, muy cerca de Central Park. En lugar de paredes, tenía ventanales vertiginosos del suelo al techo y un pequeño balcón al que salía a gatas para regar porque le daba miedo que se la llevara el viento. Se había casado con un médico judío y no quería tener hijos —nunca entendió por qué se suponía que aquellas criaturas egoístas daban lecciones de vida—, y se reía cuando yo le decía que quería seis o siete. Cuando la llamé para contarle que había conocido a Adam, dijo que iban a pasar el verano en Barcelona y que no dudáramos en ocuparle la casa. Coincidimos dos días con ellos: dormimos en el enorme estudio que se habían montado en una de las habitaciones, donde se acumulaban recuerdos

de una vida en la que yo no había participado. Esos días me fui de compras con ella y me hice con el vestido negro de blonda con la espalda descubierta que llevaría, dos años más tarde, al bufé africano de París.

Cuando se marcharon, nos trasladamos a su habitación, que daba al East River. Por la noche, desde la cama, veíamos las luces de los barcos moviéndose de un lado a otro y cada mañana nos despertaba el sol antes de que pudiera sonar ninguna alarma. Esa casa nos hacía sentir más maduros de lo que éramos. Descubrí que mi hermana había guardado mis anuarios del colegio americano, así como el diploma para «la alumna más servicial», que escondí rápidamente de Adam porque me parecía muy poco atractivo. Pasé una mañana intentando localizar en Facebook a algunos de mis antiguos compañeros de clase, pero todos vivían en otros estados. Jon está en Brooklyn, comentó Adam; hacía mucho tiempo que no veía a ese viejo conocido suyo del País Vasco que se había instalado en Nueva York, pero, por trabajo, estaba pateándose el mundo.

A la hora de volver a Barcelona, Jon nos animó a quedarnos en su piso de la calle Driggs, faltaban apenas unos años para que el barrio de Williamsburg se convirtiera en una meca hípster. Los siguientes diez meses iba a viajar mucho y nos propuso que hiciéramos nuestra su casa. Adam consiguió convencer a su jefe para que le guardara el puesto con la excusa de estudiar en el Culinary Institute of America y yo continué trabajando desde la oficina que tenía mi empresa en la Sexta Avenida.

Todo nos resultaba fácil. Vivir con Adam era una delicia. Nos entendíamos sin esforzarnos y su forma de digerir la vida era un espectáculo. Solía reírse en sueños, a carcajada limpia. La primera vez que lo hizo pensé que estaba despierto, pero cuando le pregunté qué le hacía tanta gracia me respondió, en duermevela, que, evidentemente, los caballos que iban con patines. Otras veces, cuando intentaba despertarle, simplemente porque su alarma llevaba dos horas sonando, me daba las excusas más surrealistas. Un momento, que estoy paseando por el Louvre, vuelve en un rato que voy a subir el dinosaurio al halcón milenario o, Sofía, por favor, que estamos construyendo una rotonda en el río.

Me encantaba ir al cine a ver comedias con él, porque tenía una risa de lo más contagiosa. Cuando algo le hacía gracia, todo el patio de butacas terminaba llorando a carcajadas con él y eso no había quien lo parara. La gente le adoraba y a mí me hacía sentir como una noche de tormenta. Lo

mismo me asustaba como me apaciguaba, y temía que pudiera desaparecer en cualquier momento atraído por algo más excitante.

Yo no confiaba demasiado en sus palabras, aunque estuviera despierto, porque sabía que jugaba con ellas. Decía que le ayudaba un guionista que tenía contratado. Si hubiera querido, en vez de cocinero podría haber sido cómico. Mi pequeño circo andante, exagerado y sensiblero, con un fondo de verdad que venía directo y sin filtros desde el corazón. Demostraba lo que sentía de otras formas, siempre con las manos, que también movía mucho cuando hablaba. Era en ellas en las que había que fijarse.

A mí siempre me gustó la cocina, pasar horas preparándome algo en compañía de una copa de vino y Billie Holiday, pero cuando empecé a vivir con Adam en Nueva York, me di cuenta de que para él era importante ser el protagonista de esa actividad. Cuando estaba solo, comía cualquier cosa: él cocinaba para los demás. Al principio me costaba mirarlo desde el sofá, tumbada sin hacer nada. Me encantaba revivir el primer día que le observé en el restaurante, absorto en su salsa dorada, pero me sabía mal que lo hiciera todo por mí. ¿Por qué? Puedo ser tu pinche. No, déjame cuidarte. Pero no hace falta, Adam. Y se ponía muy triste, hasta que entendí que no le estaba dejando quererme a su manera.

Cuando me acostumbré, volví a reclamar mi espacio en los fogones. También para mí era una forma de expresarme. A él no le costaba mirarme mientras lo hacía, pero Adam no conseguía tener las manos quietas y en ocasiones preparaba un menú completo con él abrazado a mi espalda. Aprovechaba la posición para supervisarme, dudando de mi elección de utensilios o de las proporciones de mis aliños. Adam, por Dios. Yo solo digo que quizá no quieras cortar ese ajo con el cuchillo del pan. Tienes que dejarme hacer. Solo son sugerencias. Necesito poder cocinar, algún día, algo especial para ti. Lo estás haciendo. Sola. Vale, tienes que saber una cosa. ¿Qué pasa? Hay una receta que me gusta mucho. ¿Una receta tuya? No, una receta del mundo, dijo Adam solemne. ¿Cuál? Los espaguetis a la carbonara. No la has preparado nunca. Y nunca lo haré. ¿Por qué? Solo los como en restaurantes, pero nunca he probado una carbonara perfecta. ¿Por qué no la haces? Soy un romántico. ¿Es un amor platónico? Un día pensé que me enamoraría de la persona que cocinara la mejor del mundo. Reto aceptado.

Doce meses después de conocernos y doce antes de lo ocurrido en París, Jon volvió a Nueva York y nosotros, al piso de mi hermana. Ella me había

hablado de un sitio escondido en Central Park al que había que llegar entrando al parque por el lado este de la calle 106. Una vez dentro, era fácil perderse por caminos de tierra, pero el adecuado culminaba en una gran cascada.

Un atardecer, cuando nos quedaban pocos días para volver a Barcelona, llevé a Adam a aquel lugar con los ojos vendados. Tardamos por lo menos media hora en llegar. Cuando le quité la venda, le dio un ataque de risa. ¿Seguimos en Nueva York? Es un secreto. ¡Es una pasada! Se acercó hasta el agua para tocarla. Me gustaría casarme contigo, solté yo sin pensarlo demasiado. Se giró. Se me ha contagiado tu impulsividad. Se quedó callado. No digo que nos casemos ahora, Adam, ni tan siquiera en un año... En realidad no digo que nos casemos, solo digo que puedo imaginarme contigo, pero no sin ti. Silencio. Adam, di algo. Sofía, ¿por qué no vamos a Las Vegas?

CAPÍTULO 7

Cogimos un vuelo a Los Ángeles, alquilamos un Ford Mustang descapotable, cruzamos el desierto de Mojave por el camino largo y entramos al Strip escuchando a Elvis Presley. Podríamos haber volado directamente a Las Vegas, pero eso habría tenido menos magia. Aparcamos el coche en la primera capilla que nos pareció digna de Tarantino y preguntamos cómo iba la cosa. Había que ir a la oficina del condado a gestionar los papeles.

En la cola muchas de las parejas no se conocían de nada y aprovechaban los minutos de espera para aprender lo máximo el uno del otro, con tal de que su relación pareciera real. Tienes que saber que en una ocasión asesiné a una persona, le dije a Adam, pero fue por accidente. Y tú, que tengo una seria adicción al cilantro, pero me estoy rehabilitando. Parece que somos los únicos que no nos casamos por conveniencia. Nosotros nos casamos por diversión, Sofía.

¿Hace solo un año que os conocéis? ¿Estáis seguros? La oficinista que nos tocó tenía dudas rutinarias, pero Adam se las aclaró. Quería casarme porque ella tiene pasaporte americano y pensaba pagarle un dineral para poder beneficiarme de sus privilegios y ampliar mi negocio de crack en los Estados Unidos..., pero nos hemos enamorado en la cola. Funcionó: la mujer nos puso el sello y nos entregó la licencia para casarnos.

Joder si fue divertido. Por la noche nos metimos en el jacuzzi de nuestra suite, a la que nos transfirieron sin coste alguno después de comentarle a una trabajadora del hotel que al día siguiente nos íbamos a casar. Cubrimos el detector de humos con un gorro de ducha y nos fumamos un puro metidos en el agua. Luego, nos jugamos a la ruleta cinco dólares, que perdimos junto a una pareja que había apostado setecientos. Hay que saber jugar. Cenamos en un restaurante mexicano, bailamos en el Studio 54, vimos un show de strip-tease y nos subimos a una montaña rusa que daba vueltas alrededor del hotel.

Llegamos a la capilla con resaca y sudando como cerdos, por lo menos

había cincuenta grados a pleno sol. Podéis compartirlo por Internet, nos comentaron cuando entramos, y pondremos vuestros nombres en el cartel luminoso que tenemos colgado fuera. Para que lo vea todo el desierto. Colocaron un ordenador sobre un pedestal frente al cenador rodeado de flores donde debíamos esperar al clérigo; bueno, aún no sé qué era exactamente ese hombre. Dedicamos los últimos minutos antes de que llegara a despertar a nuestros familiares y amigos y avisarles de que era muy importante que encendieran sus ordenadores. No entendían nada. ¿Tenéis vuestros votos? ¡No! No tenemos nada... Y aunque el clérigo era un entrañable señor mayor, nos miró con cierto desprecio. Adam se sacó del bolsillo de la camisa un pequeño cuaderno. Yo sí los tengo.

Siempre me ha hecho ilusión eso de convertirme un día en nosotros. No te agobies, tú eres tú y yo soy yo, pero, llámame sentimental, me gusta formar parte de este equipo. Nuestro equipo. Tendremos un escudo propio, que lo sepas, hace unos días que hago pruebas a cuatro colores. Las tienes todas en este cuaderno, mis votos son nuestro emblema. Escoge el que más te guste, pero mi versión favorita es la que lleva dibujada una croqueta como símbolo de nuestra unión. Fuerte por fuera y blanda por dentro. Me entró la risa. Sofía, estás a tiempo de pensártelo. En serio. Hago bromas malas y soy bastante torpe. Pero también te quiero, más que mucho, mucho más que a una escarola.

Mi turno. A veces hueles a apio, empecé sin pensarlo mucho, pero es algo que se agradece en un mundo que a menudo apesta. Prometo que voy a protegerte de las arañas, pero tienes que saber que nunca las mataré..., las sacaré de casa con un vasito y un papel. También, si hace falta, te protegeré de ti mismo, pero tampoco a ti voy a matarte y, por descontado, no te sacaré de casa con un vasito y un papel. Ni voy a cambiarte como a una nevera estropeada, te quiero también por lo que se te rompe, aunque sea por torpeza. Prometo perfeccionar la pasta a la carbonara hasta que sea la mejor del mundo. Y no hacerte responsable de mi felicidad. Un día discutiremos a lo loco, pero quiero que sepas que prefiero estar bien contigo a llevar la razón. Y que siempre seré tu fan número uno. Y que mis logros serán los nuestros y tus retos, los míos. Y que cuando las cosas vayan mal, creeré que lo mejor está por venir.

No lo sabía entonces, pero estaba recitando un compromiso conmigo misma más que con Adam. Nunca dejaría de esforzarme en lograr todo

aquello, día tras día sin descanso, aunque eso terminara con nosotros.

Cenamos en el restaurante del Stratosphere, una torre giratoria a trescientos cincuenta metros de altura. Mis padres y su madre se pusieron de acuerdo para hacer la reserva desde Barcelona cuando se enteraron de que nos estábamos casando. Solo se habían visto una vez, en el aeropuerto, cuando volamos a Nueva York. Recordamos durante la cena todos los detalles de cómo nos habíamos conocido, como si hubiera pasado una eternidad. Hoy hace justo un año. ¿Cómo vamos a celebrar el segundo? Pues en París entre gente desnuda, me habría gustado decirle, pero en ese momento nos habría sorprendido mucho que eso fuera a ocurrir. Éramos todo lo que necesitábamos, nuestra atención hacia el otro indivisible.

Al regresar a Barcelona, pocos días más tarde, nos iríamos a vivir juntos a nuestro propio hogar. Nos mudaríamos al primer lugar que viéramos, cualquier cosa estaría bien. Pero antes nos quedaban unos días a solas en el piso de mi hermana en el Upper East Side. Los aprovechamos para despedirnos de nuestros amigos. A algunos hacía pocos meses que los conocíamos, pero eran los primeros que teníamos del todo en común. También invitamos a cenar en nuestra casa prestada a Jon, para celebrar con él que nos habíamos casado y que volvíamos a Barcelona.

Jon era un tío que, cuando te hablaba, te miraba de reojo. Aunque viajaba mucho y se dedicaba a lo que le gustaba, llevaba una melancolía encima como otros llevan perfume. Cuando le vi entrar comentando sobre los quince conserjes uniformados con los que se había cruzado antes de llegar a nuestra puerta, pensé que el lujo le molestaría. Apenas le había visto durante los últimos meses, pero hubiera jurado que llevaba puestos los mismos pantalones que la última vez, largos y de color beis, llenos de bolsillos para almacenar recuerdos de aventuras y quizá alguna navaja que le sirviera, imaginé, para cortarse un trozo de melón en cualquier momento. Y, sin embargo, no le molestaba el lujo. Llevaba el pelo despeinado, aclarado por el sol de Belice, tenía los ojos grandes y azules y una cicatriz bajo el labio que bien podría haberse hecho él mismo para ligar, porque siempre pensé que le quedaba muy bien, pero fue su primo quien le abrió la barbilla con una piedra cuando eran críos. Jon me gustaba, pero entonces no habría imaginado jamás que poco tiempo después follaríamos en esa misma casa, primero en el sofá y luego en la cama.

CAPÍTULO 8

La chica de la peca del bufé africano podría ser odontóloga, me recuerda a una que me quitó una muela del juicio. Y al que se parecía a Art Garfunkel me lo imagino cortando bistecs en una carnicería, dije yo. Pues a mí me pareció un hípster. La mujer que le acompañaba no tenía pinta de haber ido a muchos sitios como aquel, quizá hacía poco que se conocían, quizá una década.

¿Crees que la pareja con la que hablamos ha cumplido ya todas sus fantasías? Quizá no se han atrevido con todas, quizá ya se han aburrido de ellas. Nosotros fuimos por casualidad, dijo Adam, ¿pero ellos cómo lo decidieron? Es verdad que entramos sin saber, pero tampoco nos marchamos.

Cuando volvimos de celebrar nuestros dos años juntos, Adam y yo hablamos muchas veces de aquel viaje, cada noche después de cenar, hasta que se vaciara la botella de vino de turno. Imaginábamos la vida de las personas que habíamos visto en el bufé, identificándolas por algún rasgo físico, pues nadie dio un solo nombre. Qué más daban los nombres. ¿Qué crees que tenemos en común con ellos? Las ganas de probar cosas nuevas, contestó Adam. ¿Tú crees que son unos depravados? ¿Tú crees que nosotros lo somos? Me levanté del sofá para coger otra botella. Al fin y al cabo, se le llama depravación a lo que se sale de lo estándar. ¿Pero tú crees que la mayoría de la gente practica el mismo tipo de sexo? Yo creo que es como la paella, cada uno la hace como le da la gana. Están los que la cocinan en una sartén y los que la hacen en una paellera, ¿no? Sí, y, aunque hay cierta diferencia, dile tú a Manolo que lo que hace los domingos es una aberración. Están los que le ponen carne, pescado o las dos cosas, continué yo, estándar no es sinónimo de normal.., más bien de normativo.

¿Tú sabes qué son los swingers? ¿Gente que baila swing? Adam había estado buscando información. Son parejas que hacen intercambios. ¿De cromos? De pareja. Ya, ya... Una dimensión paralela donde cada pareja se

cocina su propia paella, ¿no? Eso es. Adam había leído que solo en Estados Unidos había por lo menos cinco millones de swingers, en su mayoría personas de la generación X, que eran los que entonces iban por los cuarenta y a los que les resultaba muy difícil desprenderse de sus cajas de CD. La cosa empezó durante la Segunda Guerra Mundial. El índice de mortalidad de los pilotos norteamericanos era tan alto que sus familias estaban muy unidas, hasta el punto de que daban la bendición a los que sobrevivieran para ofrecer apoyo emocional y físico a las esposas de los que no lo consiguieran. En ese momento enviudar no era solo triste, sino también peligroso.

¿Los swingers son parejas abiertas? Aceptan que su pareja tenga otros compañeros sexuales, me respondí a mí misma consultando desde mi móvil la entrada sobre relaciones abiertas. Los swingers van siempre juntos, dijo Adam, por lo menos eso entendí. ¿Y crees que siempre es solo sexo o a veces se enamoran? Supongo que cuando te abres a este tipo de cosas, las posibilidades son infinitas. En ese momento sentí miedo combinado con excitación. La angustia es el mareo de la libertad, dije pensando en voz alta. ¿Qué? Lo decían los filósofos existencialistas: el miedo a caer y al mismo tiempo a lanzarse al vacío producido por la experiencia de poder elegir qué hacer.

Encontré en YouTube un vídeo de entrevistas a swingers y lo reprodujimos en la tele. Mientras lo veíamos, Adam me dio un masaje en los pies. Lo hacía a menudo sin preguntar y a mí me parecía una bendición que siempre necesitara tener un trozo de mundo entre las manos. Las parejas del vídeo parecían más jóvenes de lo que eran en realidad, como si la fuerza de la gravedad les afectara menos. Se cogían de la mano, se miraban de una forma especial, parecían relajados. No escondían su atracción por otras personas ni cómo les excitaba la honestidad con su compañero, al que tocaban como si fuera un pilar inamovible en un mundo cambiante. En ese momento, nosotros también éramos un poco así.

Hablaban de los celos que a veces sentían, decían que asumían que no lo eran todo para el otro. Recordé *El profeta*, de Khalil Gibran, uno de los libros favoritos de mi madre, que me regaló cuando las cosas ya no iban bien con Daniel. Fue escrito hace por lo menos setenta años, me dijo, todo irá bien. Dejad que en vuestra unión crezcan los espacios, subrayó, y que los vientos dancen entre vosotros. Llenaos mutuamente las copas, pero no bebáis solo de una. Hasta las cuerdas de un laúd están separadas, le leí a Adam, aunque

vibren con la misma música. Los pilares sostienen el templo, pero no están juntos.

Pensé que los swingers eran como surferos del amor, que habían conseguido mantener el equilibrio juntos, pero cada uno sobre su tabla. ¿Se habrían caído muchas veces antes de conseguirlo? Eso no lo explicaban. Decían que su vida era excitante, que no hacían aquello para encontrar una pareja mejor, que eso sería absurdo, sino que se trataba más bien de una manera de reafirmar la que habían escogido. Tenía sentido. La adaptación hedonista es la tendencia de los humanos a volver constantemente a un nivel relativamente estable de felicidad. En el caso de los swingers, los cambios se integraban a la vida de forma compartida y pactada. Así, el retorno a la normalidad era mucho más rápido y los periodos de bienestar, más largos.

Existe una exclusividad, pero sin dominio, dijo una pareja en el vídeo. ¿No es eso contradictorio? No, porque al final del día están juntos, me respondió Adam. Amor sin sentido de propiedad. Me preguntaba si alguien habría sentido algo más intenso de lo esperado por alguna de esas personas que no eran sus parejas. Quizá, pero los sentimientos pueden cambiar muy rápido, comentó una mujer, y no vale la pena marear a nadie por lo que sientes durante un rato. Es en el momento en que algo empieza a formar parte de nosotros cuando lo compartimos. Me gustaría ir a otro local swinger, dijo Adam. ¿Por qué? Para ver esto en directo. Bueno, ver esto y también cómo follan, respondí. ¿No te parece un planazo? La energía le agitaba el cuerpo y a la vez me miraba con ternura. Era cocinero, el mundo físico le despertaba un hambre infinita. Es como volver a ser soltero, pero sin serlo, dijo. No hay que tomárselo a la ligera. O quizá sí. Veo riesgos. Porque están ahí, pero son riesgos controlados. ¿Estamos seguros de que eso existe? Claro, es como subirse a una montaña rusa. Me conmovió tener de repente un tema nuevo del que hablar con él.

Me soltó los pies y se puso de cuclillas sobre el sofá. Piénsalo, irte a un sitio a ligar para follar esa misma noche, ahí mismo, pero sin renunciar a nada de lo seguro. Pero yo no soy un valor seguro. ¿No lo eres? No quiero serlo. Está claro que podemos perdernos el uno al otro, Sofía, pero estamos bien. Ahora sí. Pues eso. Tengo mis dudas de que a mí me excite el sexo por el sexo. ¿Pero te gusta la idea de poder follar alguna vez con otra persona que no sea yo? No lo sé. No pasa nada, aceptémoslo, no voy a quererte menos. En ese momento me sentí tan apreciada como libre.

Vale, lo acepto, me gusta la idea de pensar que no serás la única persona con la que folle en lo que me queda de vida. A mí también. Mi cuerpo se tensó. Me da miedo, porque estoy muy segura de mi capacidad de control, pero no puedo controlar la tuya. Tenemos que confiar el uno en el otro. Tenía razón. ¿Puedes encontrar algún tipo de excitación, por pequeña que sea, en imaginarme con otra mujer? Sentí un sobresalto. ¿Sofía? Mi cabeza se negaba, pero algo se me incendió por dentro. Hay algo muy primario que te responde que sí, que podría llegar a excitarte. ¿Verdad?

¿A ti te pone imaginarme con otro hombre? Te hace más excitante. ¿Por qué? Me recuerda que es algo que puede pasar y, dejando que pase, me llena de alegría que al final del día sigas escogiéndome a mí. Sin duda le gustaba jugar con fuego. Pero hablamos solo de sexo, ¿no, Adam? Sí. Yo nunca fui así. ¿Qué quieres decir?

Durante el tiempo que había transcurrido entre mis relaciones con Daniel y Adam tuve mis historias. Me lie con unos cuantos chicos que me atraían por algo más que el físico. Como Pau, un pijo asilvestrado que me cautivó el día que dijo que, como era bastante peludo, sería una ofensa que alguien mencionara osos en su presencia. Cada vez que lo recordaba me reía y eso fue suficiente. La cosa nunca empezaba solo porque estuvieran buenos, no podía follarme a un tío muy guapo si cada vez que abría la boca sonaban faltas de ortografía. ¿Recuerdas cuando te regalé esa lista de mis búsquedas de porno? En nuestra primera Navidad juntos, en Nueva York, le compré a Adam una postal de esas que, cuando las abres, suena una melodía. Dentro le escribí mis palabras más frecuentes para buscar vídeos guarros en Internet. Era algo que me había preguntado muchas veces. Escogí la que llevaba música, le conté, para saber cuándo la miraba y poder prepararme para la vergüenza. Esa noche, al hablar de volver a un local swinger, sentí como si tuviera que estar preparada para regalar una tarjeta a cada persona desconocida que no me causara rechazo.

Soy de seducción lenta... Está claro que a veces veo tíos que me parecen atractivos, pero no pienso que ojalá me coman el coño. ¿No? No. Puedo tocarme imaginando que un completo desconocido me empotra contra una pared, pero en el mundo real eso no me excita porque es peligroso. ¿Y si pudieras hacerlo con un hombre felizmente casado que ha pagado bastante para jugar a ese juego? Quizá sí..., pero antes necesitaría conectar. ¿Conectar? Eso me motiva más. ¿Qué quieres decir con conectar? ¿Te ha

pasado alguna vez que te has cruzado con alguien que vibra a la misma frecuencia que tú? Supongo. Bueno, pues a mí esa reciprocidad me llena de vida. ¿Pero son personas que te follarías? Son personas con las que me apetece estar un rato más, Adam. Y, eventualmente, follar. O quizá no... Lo que viene antes de follar me excita mucho más, sobre todo porque en pareja eso ya no es posible. Pero, Sofía, entenderse con alguien no es algo a lo que uno renuncia para estar en pareja. ¿Te parece bien que cene con Pau un día? Con Pau follaste. El sexo era malo, pero me entendía con él a otros niveles. Él quizá no lo interpretaría bien. ¿Y tú? Me incomodaría un poco porque una cosa es el sexo y otra, los sentimientos, dijo Adam, aunque no se trate de amor, aunque sea solo cariño... Y yo no me planteo tener relaciones con otras personas... Que hables de amor es lo que me asusta. Hablo de lo que viene antes. ¿Las fantasías? Sí, las fantasías, pero de una naturaleza distinta a las tuyas. Si tienes fantasías, Sofía, yo te animo a llevarlas a cabo. ¿Por qué te gustaría a ti ir a un local swinger? Yo soy menos selectivo con la gente que me atrae, hay mujeres guapas por todos lados. Y pensar que ahora podrías follarte a algunas de ellas te excita. Sí, porque, aunque renunciar a ello nunca me ha agobiado, sino que lo he asumido como normal, soy muy joven y la vida es muy larga. Claro. Y a la vez no dudo que quiero pasarla contigo, pero no me gustaría cansarme de comer macarrones. ¿Macarrones? Eres mi plato favorito, Sofía, pero creo que apreciaré aún más los macarrones si no son todo lo que como. Me ilusionó la idea de ofrecerle un bufé entero. Aunque no me entre en la cabeza que pueda cansarme de los macarrones, es posible que un día me sienta empachado. Me gustaba esa forma de verlo y en cierto modo la compartía.

Además, tienes que tener en cuenta que yo antes era gordo. No eras gordo. GORDO, Sofía, GORDO... De niño pesaba más de cien kilos. Creía que solo estabas un poco rechoncho. Tenía más tetas que cualquiera de mis compañeras de clase. Hace mucho tiempo de eso. No hace tanto que me cambió el metabolismo, aún no me he acostumbrado. Vamos a ver, ¿pero a ti no te habían hecho tu primera mamada en el instituto? Sí, una chica de un curso superior, dijo con orgullo. No me parece a mí eso propio de un chico con complejos. No se trata de que tuviera complejos, sino que nunca pensé que podría ligar con quien quisiera. ¿Y aquella chica? Supongo que nos encontramos. ¿Y las de tu clase? Para ellas era el oso amoroso, el eterno amigo, mi peso las acercaba y entraban en órbita conmigo. ¿Te abrazaban

todas cariñosamente y tú te ponías enfermo? Claro, creo que pensaban que era evidente que nunca se interesarían por mí, que yo debía saberlo, que eso le quitaba presión a nuestra amistad. Pues si te vieran ahora... Cuando te conocí, no podía creerme que hubiera ligado con una chica como tú. ¿En serio? Lo que quiero decir es que estoy eufórico. ¿Por haber perdido peso? Porque ahora puedo escoger. Pero eso ya lo sabías. Pero ahora, contigo, con todo esto, es como si pudiera recuperar el tiempo perdido.

Le pregunté a Adam si entre sus fantasías estaba la del trío. Responde tú primero. Me gustaría, admití, pero no lo necesito. Yo tampoco lo necesito, pero estaría bien. ¿Con una chica? Idealmente, pero no me importaría que fuera con otro chico, dijo Adam. Es bueno saberlo. Aunque yo no haría nada con él, aclaró. De acuerdo. ¿Tú te ves con dos tíos? Mucho hombre, recuerdo que respondí, pero debe de tener su gracia. ¿Preferirías que fuera con una chica? Puestos a escoger, contesté, quizá sí... por probar algo nuevo. Me encantaría verte con una mujer, Sofía. Y yo estoy segura de que les gustas a muchas mujeres guapísimas. Ojalá un día hagamos un trío con alguna de ellas.

CAPÍTULO 9

Me pone nerviosa la idea de interactuar sexualmente con alguien de forma premeditada. Piénsalo así, Sofía, son los mismos nervios que se tienen antes de salir de viaje... Te apetece muchísimo, pero justo antes te agobias porque ya querrías estar allí. No, no era comparable. Encendió el ordenador y abrió la página de Chatroulette, una web que se había popularizado en los últimos meses y que te conectaba de forma aleatoria con una cámara encendida en cualquier lugar del mundo. Si no te gustaba lo que veías, podías descartarla y esperar a la siguiente conexión. Era un entretenimiento típico entre grupos de amigos que quedaban el fin de semana para beber y se conectaban por curiosidad. También podías encontrar hombres solos masturbándose y alguna mujer. Pocas.

Apareció un grupo de chicos de nuestra edad que estaban tomando unas copas. Tenían el ordenador en una esquina y ninguno atendía a la pantalla. Creo que hablan alemán. Los observamos unos segundos, hasta que me levanté y grité: *Gute nacht, Deutschland!* Un chico miró de reojo y volvió a la conversación. ¡Están pasando de nosotros! Quizá son daneses, Sofía. Adam fue a la cocina a buscar una botella de tequila y yo me puse el reto de llamar su atención. Intenté hacerles creer que era una de las pocas chicas que se conectaban solas. Me arranqué la camisa con dramatismo, sabiendo que debajo llevaba por lo menos dos capas más. Algunos se giraron hacia la pantalla. ¿Y ahora qué? El anonimato era divertido y me tranquilizaba saber que podía darle al botón de finalizar la conexión en cualquier momento para teletransportarme a otro lugar del mundo.

Adam se detuvo en el marco de la puerta y me miró sorprendido. Me estaba quitando un calcetín. ¿Estás haciendo un strip-tease? Haz como que apareces con un ataque de celos, le dije disimuladamente. Me levanté la camiseta y fingí que se me atascaba en la cabeza. Oí cómo se reían. Adam interpretó al novio confuso y simulamos una acalorada discusión. Me ayudó,

con fingido enfado, a quitarme la camiseta de la cabeza, la lanzó por los aires y cayó casualmente en su cara. Nos aguantamos la risa y, justo antes de que se nos escapara, nos lanzamos el uno sobre el otro para enrollarnos con exageración. Al otro lado aplaudían. Cerré la conexión. ¡Qué divertido!

Apareció el bajo vientre peludo de un tipo que se estaba masturbando. Omití. ¿No te pone? Qué dices, para nada. ¿Cómo puede ser, si te gustan los hombres? Apareció ahora en la pantalla una chica con la cabeza fuera de plano. Me gustaría que te quitaras la camiseta, escribió en el chat. Se la quitó Adam. No, ella. Solo si te la quitas tú primero, contesté. Yo lo he dicho antes. Lo hice. Adam me preguntó si me apetecía que nos liáramos delante de ella. ¿Por qué? Es lo que quiere ver. No me parecía divertido. La chica se desconectó mientras hablábamos.

Quizá lo que te voy a decir no te va a gustar, dijo Adam. No me asustes. Los dos miramos porno. Sí, ¿y qué? Yo a veces me conecto a webcams. ¿Pagando? No, claro que no...◆ Me conecto a webcams donde otra gente como yo se está masturbando. ¿En serio? Sabía que no te gustaría. No he dicho eso. ¿Te parece sórdido? No lo sé. Me excita ver a mujeres normales, en sus casas. ¿Pero cuándo haces eso? Alguna vez que he llegado tarde del restaurante y tú ya estabas durmiendo. ¿Me eres infiel por Internet? Nunca lo he visto así. Exagero, pero es gente de verdad. Es porno en directo. Es cibersexo. Eso es muy de principios de siglo. ¿La palabra? Sí. Yo hice sexo virtual con Daniel en alguna ocasión, nunca me gustó, pero sin duda me parece algo mucho más íntimo que el porno. No vuelvo a saber de esas personas, Sofía, es imposible. Os usáis un poco mutuamente. Supongo.

Pensaba que Adam y yo no teníamos secretos. Sabía que era un tipo muy sexual, lo tuve claro desde la primera vez que nos acostamos juntos..., no iba a sorprenderme ahora. Pero me sorprendió. Gracias por compartirlo conmigo, le dije. Estaba seguro de que no me juzgarías. Quizá lo estaba haciendo.

¿Quieres que te lo enseñe? ¿Ahora? Así ves de lo que hablo. Me estaba mostrando un lugar vulnerable de su mente y entré cuidadosamente. Puso una web que era una locura. Empezó a emitir nuestra imagen para que otros pudieran iniciar un videochat con nosotros. Recibimos constantes avisos de solicitud, la mayoría de hombres que solo mostraban el palmo cuadrado de sus miembros. Pero no hay mujeres, dije. Pocas, pero las hay. ¿Y qué hay que hacer? Debemos esperar a que vengan a nosotros. Si nos ponemos a buscarlas, tendremos que ver muchas cosas que no nos van a gustar. Incliné

la pantalla del portátil para que no se vieran nuestras caras. Esto es pasar de cero a cien en nada. Te ayudará a perder el miedo a los desconocidos. Me levanté. ¿Dónde vas? Le iba a preguntar qué haríamos al conectar con otro usuario cuando aceptó la solicitud de una chica estirada sobre un colchón con las piernas abiertas. No me excitaba nada ver eso de aquella manera, pero antes de poder decírselo a Adam, él ya se estaba tocando por encima de los pantalones.

¿Vas a masturbarte ahora? Se sirvió un chupito más de tequila y se lo bebió de golpe. ¿No te excita verme? Claro que sí, pero tan de repente... Antes decías que había algo muy primario que se te prendía al imaginarme con otra mujer. Sí, pero... Empezó a bajarse los pantalones. ¿Y qué sientes ahora? Me entró la risa. ¿Te ríes de mí? Alucino con lo rápido que puedes llegar a encenderte. No es tanto por la chica de la pantalla como porque tú también estás aquí. No estoy excitada. Me encanta poder hacer esto contigo. Me quedé mirándole. Estaba de pie junto al sofá, con los pantalones bajados y los calcetines largos despuntando bajo la tela vaquera. Me pareció una imagen un poco triste y a la vez conmovedora. Me senté junto a él y hundí mi cara contra su pecho. Le aparté la mano, la cambié por la mía e hice el trabajo con precisión mecánica.

Eres increíble, Sofía. No me ha gustado. Pensaba que estábamos compartiendo algo muy íntimo. Sí, y me alegro por eso, pero no me ha excitado. Qué pena, ojalá te hubiera gustado. Odiaba quitarle la ilusión. Soy como soy. Si no te gusta, hay muchas mujeres. Joder, Sofía, ¿por qué dices eso? Tan solo te lo recuerdo, no vayas a vivir frustrado a mi lado porque no me excita el sexo delante de una cámara. ¿Pones toda la relación en duda porque habría preferido que lo pasaras bien? Lo hago porque tú no quieres tanto que yo esté bien como que esté bien con lo que tú quieres. Pensaba que te estaba ayudando. ¿A mí? Creía que era parte del ejercicio. No sabía que esto era un ejercicio. Ojalá te hubiera gustado, repitió. Prefiero conocer a la gente cara a cara, Adam, no solo a trozos... Esto del vídeo no es para mí.

Te propongo algo. Dime. Si me he abierto a ti de esta manera, es para que tú también te sientas cómoda con las cosas que te excitan. Yo necesito más tiempo. Me ha costado, Sofía, explicarte esto de las cámaras. Bueno, no pasa nada, no me parece tan importante. No lo es, ni esto ni lo que tú tengas en la cabeza. ¿Qué quieres decir? En París me contaste una fantasía, ¿te acuerdas? ¿En la habitación de los barrotes? Sí. Me cubrí la cara con las manos como

los niños, que se creen que así desaparecen. No sientas vergüenza. Pero la siento. Te propongo que me cuentes estas cosas, sin más. ¿Por qué? Porque compartirlo te hará sentir bien. ¿Te ha hecho sentir bien a ti? Sí, porque es algo de mí que existe y sabía que lo respetarías. Yo quiero explorar, Adam, de momento solo eso. De acuerdo.

CAPÍTULO 10

La mañana siguiente me despertó el olor de unos cruasanes recién hechos. Adam se estaba quitando la chaqueta mientras me acercaba la bolsa de papel. ¿Qué haces despierto tan pronto? Creo que he bajado a la panadería en pijama, dijo, con los ojos medio cerrados. Pero si es domingo. Sí, ahora mismo vuelvo a meterme en la cama. ¿Son para mí? Claro. Qué ilusión. Luego iré al mercado y te prepararé una paella. ¿Por qué? Porque te quiero. Yo también te quiero, pero... Siento haberte incomodado ayer, Sofía. No pasa nada. Estoy contento. Y se durmió.

Yo ya no podía hacerlo. Me levanté con cuidado, porque sabía que le daría pena darse cuenta de mi ausencia, y me comí los cruasanes sola, en el sofá donde horas antes le había hecho una paja. Era admirable, pensé, la forma en la que se había sincerado conmigo. Yo era más opaca con mis fantasías, pero la despreocupación con que él compartía las suyas me animaba a tener menos pudor. Adam sabía llevarme hacia mis límites.

Puse a Omara Portuondo en el altavoz. Aunque de adolescente había fingido divertirme bailando, no lo hice de verdad hasta que fui a Cuba. Era la primera vez que viajaba sola. Una noche salí a pasear por La Habana Vieja. Llevaba escondida una botella de ron y me paré para darle un sorbo frente a una casa de donde salían fragmentos de boleros, de chachachá, de rumba del carnaval, gritos y risas.

Entre, flaquita, me dijo un mulato al verme sentada frente a la casa. No se quede *vestía* y sin *bailal*. Le seguí, subí unas escaleras y me acojoné de miedo al ver a toda esa gente sudada moviéndose al son de la música. Los bailarines del Tropicana se habían juntado en esa pequeña sala después del espectáculo de la noche, me contó el chico que me había animado a entrar. Iban vestidos de calle y se hablaban bailando. Baila, chica, baila. Os vais a reír de la blanquita. Me cogió de la mano y me llevó dentro del huracán. Solo podía distinguir su sonrisa. No es que los negros bailemos mejor que los

blancos, gritó sin dejar de moverse, es que pensamos menos... Escucha la música y luego escucha un poco más hasta oírle el corazón. ¿El corazón? El latido, mi *amol*, está en el fondo. Pensé que se trataba de simple palabrería. Pero entonces lo escuché, el corazón de la música, que se sincronizó con el mío. De repente no sentía la cabeza.

Adam seguía durmiendo. Desempolvé una máscara de encaje negro que había comprado años atrás en un mercadillo navideño y encendí la cámara. Había algo salvaje que me recorría las venas, algo a lo que no le importaba que fuera en pijama y con máscara. Ese algo terminó por arrollarme: me quedé en braguitas y me puse unas medias que no llevaba nunca porque me llegaban solo hasta el muslo y pasaba frío; cogí manzanas y globos terrestres, la vieja máquina de escribir, no sabía qué buscaba. Oí que Adam murmuraba: mercado, paella y marisco. ¿Qué haces? Fotos. Retiró la cortina que separaba el dormitorio de la sala de estar y se incorporó enseguida al verme. Qué guapa. Se me ha prometido una paella. Que así sea. Se vistió. ¿Qué vas a hacer con ellas? ¿Con qué? Con las fotos. De momento, guardarlas. Podrías hacer un blog. No las compartiría nunca. No se te ve la cara. No le veo el sentido.

Mírate Tumblr, dijo al volver del mercado. ¿Tumblr? Es una web donde muchas chicas como tú comparten sus fotos y hablan de sexo desde un punto de vista feminista. Parece contradictorio. ¿Cómo puedes decir eso, Sofía? ¿El qué? Que una foto de tu cuerpo es antifeminista. Solo digo que feminista no es. Mira la web, te sorprenderá. ¿Y tú cómo la conoces? Ya te dije que me gustan las mujeres reales. Pero ¿qué son las mujeres reales? Las que no son solo una foto perfecta. Guardé la cámara y me puse el delantal. No hace falta que me ayudes, dijo. Podemos cocinar juntos. No, esta paella te la hago yo, ponte cómoda y mira esos blogs. Eso hice, y vi las fotos de una afroamericana con pedazos de papel de oro pegados en los pezones. Llevaban un texto que decía «la belleza no es un esfuerzo de control» y otro en el que ponía «mi cuerpo no es una invitación». Encontré también un GIF animado de una mujer con una galaxia en la cara, una foto de una chica con flores secas metidas bajo unas medias translúcidas color carne y una gran pared de yeso cubierta de coños. Era una escultura en la que habían participado cuatrocientas mujeres cediendo moldes de sus partes para protestar contra la proliferación de la vagina estándar en el porno.

No por ir desnuda soy solo sexo, escribía una usuaria bajo una foto en la

que aparecía sin ropa, tumbada sobre su cama. Algunos comentarios discrepaban: Vas desnuda, ¿cómo no vas a ser solo sexo? No porque mi cuerpo te guste a ti se convierte en sexo. Cosas que olvidamos, escribía otra usuaria: las mujeres son peludas, no todos los coños son simétricos, existen secreciones vaginales más allá de la excitación sexual, algunas de estas secreciones huelen, el sistema reproductivo femenino no es sucio y todo esto está bien. Su texto acumulaba medio millón de notas.

Llegué hasta una fotógrafa que sacaba fotos de tetas y contaba la historia de cada mujer. Algunas eran pequeñas, incluso inexistentes; otras, enormes, operadas, caídas, con arrugas, con estrías, asimétricas, con pezones oscuros, claros, puntiagudos, para dentro o con pelos. Me gustan todas, había comentado alguien. Qué tranquilidad me dio, después de pasarme la vida escuchando que tenía poco pecho. Me creé un blog. Le puse por título *Not Sophie's World* sin darle muchas vueltas y colgué mi primera foto. No tardé nada en recibir los primeros mensajes, aunque no eran de otras chicas como había pensado, y no lo fueron hasta que me impliqué realmente en la comunidad un tiempo más tarde.

Empezaron a escribirme tíos y algunos anónimos que alababan mi cuerpo y me pedían que me tomara fotos concretas que me describían con pelos y señales. Me ponía muy nerviosa al leerlos, por lo que le pedí a Adam que lo hiciera por mí y durante unos meses me transmitió los mensajes que —yo no lo sabía— él estaba también respondiendo. Sin darme cuenta, el blog se convirtió en un juego sexual para él. No tenía entonces nada de mi mundo, como ya venía vaticinando el título.

CAPÍTULO 11

El piso donde vivíamos era el primero que habíamos visitado juntos después de volver de Nueva York. Era más bien pequeño, pero nos enamoró el salón, que conectaba con el dormitorio a través de una estructura antigua de madera que parecía el telar de un teatro. Colocamos unas pesadas cortinas tras las que se escondía nuestra cama, allí donde estaría el escenario.

Después de varios meses viviendo allí, aún quedaban cajas acumuladas. Abrí una al azar y me sorprendieron muchas cosas: ovillos de lana, tintes en polvo, ilustraciones de olas que me había dado por coleccionar, piedras pintadas, remaches, celos de colores, una máscara de papel de un elefante que brillaba en la oscuridad, tarjetas de tiendas extrañas en ciudades donde había estado, un libro de islas imaginadas por la literatura, otro de zumos y uno más de cómo hacer jabón. También había una selección de postales de cuando vivía fuera, de amigas, de mis padres, que me habían enviado desde París, o de la canguro que me escribía en verano. Me di cuenta en ese momento de que ya no leía en la cama cada noche antes de apagar la luz ni cosía ni escribía; no tenía a mi alrededor objetos que me recordaran quién era.

Esas cosas que empezamos haciendo al principio de una relación con mucho gusto y poco criterio nos acompañan mucho tiempo hasta volverse cansinas. Seguimos con ellas porque eso es lo que hacemos juntos. Adam y yo nos conocimos en verano, a cuatro días de empezar las vacaciones, a cuatro días de tener mucho tiempo libre. Dos años después, seguíamos metiéndonos en la cama demasiado tarde y demasiado cansados, haciendo las mismas cosas que nos divertían entonces. Era nuestra forma de volver a sentir lo que sentimos al principio. Tenía muy claro que, si volviera a empezar una relación con alguien, establecería durante los primeros treinta días lo que querría hacer con esa persona toda la vida.

¿Te gusta hacer manualidades?, preguntó Adam desde la puerta, con una ceja levantada. Tienes un montón de papeles, celos, pegatinas... Me gusta

hacer cosas con las manos. ¿Desde cuándo? Hace unos años me topé con un manifiesto que había escrito una bloguera, lo tituló *La nueva domesticidad*. Alababa las tareas que se habían considerado tradicionalmente femeninas y decía que, aunque nuestras madres las habían despreciado porque sintieron que las oprimían, ahora sus hijas las echábamos de menos. Mi madre siempre me animó a subirme a los árboles y a correr por las calles, pero quizá también me apetecía sentarme y aprender a tejer mis propios jerséis. Ella temía convertirse en una mujer doméstica y renunció a ciertas aficiones por ambición, para ser más como los hombres, pero, aunque trabajaba más horas que mi padre, él seguía esperando cada día el plato en la mesa. Yo puedo cocinar toda la vida para ti, contestó Adam, mientras tejes jerséis o lees un libro.

Adam también había ignorado algunas de sus aficiones junto a mí: no se tiraba horas montando un set de Lego o una noche entera construyendo la casa de sus sueños en los Sims, como decía que hacía antes de conocerme. No quería comportarse como un niño enganchado a los juegos o estar demasiado tiempo sin mí, si yo estaba también en casa. Él prefería que lo hiciéramos todo juntos, pero eso nos había llevado a dejar de hacer cosas que nos gustaban a cada uno por separado. Pues sí, quiero leer sola un rato, le dije, seguro que hay algo que te apetece hacer ahora mismo sin mí. Parecía increíble que eso fuera una novedad. Me puse a leer *Sobre el miedo*, de Krishnamurti. «Uno nunca tiene miedo de lo desconocido —subrayé—, uno tiene miedo de lo conocido llegando a un fin». Me quedé dormida en el sofá.

Cuando Adam me despertó, sostenía una gran lámina de papel en las manos. Mira, bella durmiente, te he dibujado. Había esbozado una de mis últimas fotos, desnuda frente a un espejo apoyado en el suelo, con la cámara en las manos para cubrirme la cara. Había hecho otro boceto del bufé africano, pero ese le daba vergüenza enseñármelo. Venga, va... En el dibujo aparecía la pareja con la que habíamos hablado, follando a nuestro lado mientras ella y yo nos besábamos. Pero esto no ocurrió, le dije. Me excita imaginar que sí, ¿no lo habrías hecho de estar más relajada? No. Pues yo creo que ellos buscaban que nos liáramos los cuatro. No me ponían. Siempre estás en mis fantasías, Sofía. Últimamente tenemos muchas, Adam, ¿no crees? La crisis de los dos años, Sofía... Visto así... Visto así, no la llevamos tan mal.

¿Crees que estamos intentando que no se apague la llama? Nuestra llama está lejos de apagarse. Pero, por alguna razón, estamos insistiendo con este

tema. Estamos evolucionando, Sofía. No dejemos que esto se coma otras cosas. ¿Qué cosas? El resto de cosas, todas las que dejamos en cajas. A mí me gusta que estemos tan poco apegados a ellas. Somos unos yonquis de las nuevas experiencias, Adam..., de viajar, cocinar y follar. Lo dices como si fuera algo malo. No lo es, pero tampoco estoy segura de que sea un tesoro agarrarnos solo a nuestro propio cuerpo y lo que podemos hacer con él. No será siempre así. Supongo que la crisis de los dos años es esto. ¿El qué? El fin del presente. A mí no me hables tan filosófico. Sonreí. Me refiero a la borrachera del enamoramiento, Adam, cuando uno solo ve el ahora. Vaya, que viene la resaca. Recordar que hay un pasado y un futuro, sí. ¿Sabes eso que dicen de que lo mejor para la resaca es tomarse una caña? ¿Mantenerse borracho? Solo un poco, Sofía.

CAPÍTULO 12

Cuando te mudas a un piso nuevo, no piensas en los bares, pero siempre hay uno cerca. Donde bajas a comprar tabaco o donde, con el tiempo, un día te van a guardar algo que un amigo va a pasar a recoger cuando no estás. En nuestro caso era una tasca destartada que había logrado aguantar el tiempo suficiente como para que a su vejez se le llamara encanto. La camarera nocturna se llamaba Abril y gran parte de la clientela la trataba como si fuera una amiga de la infancia.

Se parecía a Jennifer Connelly después de despertarse de un coma muy largo. El pelo oscuro y despeinado, la voz ronca, rota, arrastrada... y unos grandes ojos azules bajo unas cejas que le daban una expresión de eterno asombro y confusión. Como si hubiera visto un precioso caballo atado a una farola para darse cuenta un segundo más tarde de que era de cartón. Levitaba sobre las mesas, la veías en un extremo del bar y de repente en el otro, aguantando con una mano una bandeja con cinco o seis cervezas llenas. Mostraba la fuerza de alguien que acaba de ser golpeada por un tsunami y ahí está, sacudida pero viva.

A veces bajábamos al bar solo para hablar un rato con ella, cuando sabíamos que no tendría mucha gente o porque tenía que contarnos alguna de sus aventuras. Era una fanática de la libertad. En una ocasión nos contó que había traducido a John Stuart Mill como quien te cuenta que acaba de preparar un bloody mary. Había estudiado filosofía. Quería trabajar en una prisión, debatir con los internos sobre los grandes temas mediante diálogos socráticos. Terminó siendo nuestra primera confidente sobre lo que había pasado en París un par de meses atrás.

¿Gente que va a ese sitio en pareja para estar con otras parejas? Eso es, dejando en una taquilla la ropa y el concepto convencional de pareja. La ropa, el concepto de pareja y los celos supongo, dijo ella, que se sostenía la cara con una mano, mirándonos con ojos de haber visto un caballo atado a una

farola. Y los celos, aunque al ir en pareja es raro... No se viven igual, contesté yo. No sé qué son los celos, aseguró Abril, vamos, sé lo que son, pero no cómo se sienten. ¿Nunca los has tenido? No, al contrario, me parece excitante enrollarme con alguien que le genera atracción a otras personas. Eso es poco común. Mi padre me pedía que le cubriera las espaldas con sus infidelidades. Joder, eso es aún menos común. Supongo que tendrá algo que ver... Mi madre era una amargada que nos hacía la vida imposible. ¿Pero se merecía que la engañarais? No es cuestión de si se lo merecía o no, simplemente así éramos todos más felices... Tengo que recoger, ¿me ayudáis?

Salimos del bar después de haberlo limpiado todo y nos acompañó hasta la puerta de casa. Mierda, exclamó, se me ha olvidado poner la alarma. Chicos, me encantáis, nos vemos otro día, quiero saber más de todo esto. Es jueves, comentó Adam, mañana podemos ir con sueño al trabajo, ¿por qué no vuelves cuando hayas puesto esa alarma y te tomas con nosotros la última? Hecho, dadme cinco minutos. Sofía, me dijo Adam tras cerrarse la puerta del portal, ¿te gusta Abril? Es muy guay, sí. Voy a contarte algo increíble. ¡Dime! Antes, en el bar, cuando te has ido al baño, me ha dicho que si me despistaba, te seducía. ¿En serio? Creo que le gustamos. ¿Los dos? ¿No lo ves? ¿El qué? Está aislada de nuestro entorno, el trío perfecto.

Yo no me había enterado de todo eso. ¿Pero te lo montarías con ella? Abril era muy atractiva, pero no me había fijado en ella de esa forma. Entramos en casa. Si Abril hubiera tonteado directamente conmigo... si hubiera surgido algún tipo de tensión sexual entre las dos..., pero es todo muy amistoso, ¿no crees? Sonó el timbre.

Abril se sentó en una butaca roja que teníamos junto al sofá, donde estaba Adam. Yo cogí una silla y me puse a su lado, con las piernas extendidas sobre él. Sin darnos cuenta, la estábamos enjaulando en un triángulo perfecto. Nos preguntó cuáles eran las fantasías que habríamos querido hacer en París, de haber sabido que íbamos a un lugar como ese. Un trío, soltó Adam, con otra chica. ¿Es algo que queréis hacer los dos? Me miró con curiosidad, esperando una respuesta. Lo hemos hablado alguna vez, respondí, pero tampoco es que estemos buscándolo. Si surgiera, lo haríamos, añadió Adam. Sí, supongo que no me importaría probarlo. ¿No te importaría?, me preguntó Abril acentuando su natural expresión de desconcierto. Me gustaría probarlo alguna vez. ¿Qué es lo que te atrae?

No lo había pensado demasiado. O quizá sí, pero me daba demasiada vergüenza racionalizarlo. Las mujeres tienen algo muy sensual, confesé, una sensualidad distinta a la de los hombres. Está claro. Eso me atrae, esa diferencia. Descríbela. ¿En serio? Solo tengo curiosidad, dijo Abril. Bajé la guardia con ese comentario, no quería que pensara que hablaba de ella. Vale. Me quedé un rato en silencio. Cuando quieras, me animó Adam. Esa sensualidad de las mujeres ha estado mayormente en mi cabeza, empecé. ¿Qué quieres decir? Que es, del todo, una fantasía sexual... No he tenido nunca necesidad de llevarla a cabo y sé seguro que nunca me enamoraría de una mujer.

Me estaba costando, ¿por qué me estaba resultando tan difícil? Supongo que me mueve mucho la curiosidad de los sentidos. Está claro que las mujeres tenemos un tacto y un olor distinto, dijo Abril. Sí, y yo soy una mujer, pero de alguna forma... me gustaría tocar a una como un hombre. ¿Como un hombre? Sí, ya lo he dicho. Cuando me imagino esto, me pongo en el lugar de un tío... me estimula el contraste. A mí me encantaría ser un tío una vez en la vida, dijo Abril. ¿Verdad? Es como que hay una parte de mí masculina y, si me concentro en ella, si fuera un tío por un día, sé que estaría loco por follar con una tía. Yo si fuera tía por un día, intervino Adam, no podría dejar de tocarme. Lo que dice Sofía, intentó aclarar Abril, es que ella estaría menos interesada en su cuerpo de hombre que en utilizarlo con una mujer. Eso es.

Les conté que antes de conocer a Adam estuve buscando rollos pasajeros y los encontré. Cuando lo dejas con una persona, es como si en el mundo no quedara nadie, hasta que un día empiezan a aparecer posibilidades. Un día apareció Nina. Hasta ese momento estaba convencida de que a mí las mujeres me provocaban rechazo sexualmente. Y, sin embargo, una noche, después de salir de la oficina, accedí a que la becaria me pagara la entrada a una discoteca a cambio de dejarme poner una crema en el clítoris. Estábamos en la cola cuando me lo propuso, sacó un botecito del bolso y me contó que a veces lo usaba cuando se iba de fiesta. ¿Pero qué es? Un ungüento raro que da una sensación de frío-calor y vas contenta toda la noche. La gente normal se toma una copa, Nina. ¿Quieres probarlo? ¿Ahora? Te doy un abrazo, cuelo mi mano bajo tu falda y lo tenemos hecho en medio minuto. ¿Aquí, en la cola? Si te atreves, te pago la entrada. Y me atreví.

Yo es que creo que con una mujer sería una princesa, interrumpió Abril;

solo me dejaría hacer cosas, pero no me atrae la idea de hacerlas yo. Pensaba lo mismo hasta que conocí a Nina, me dejé hacer unas pocas cosas y luego me encontré pensando en hacérselas yo a ella. ¿Era entonces cuando te imaginabas que eras un hombre? Bueno, la fantasía recurrente era verme en esa posición, quizá para darle sentido..., pero me faltaba confianza para asumir ese rol. ¿Por qué? Era un shock imaginarme de esa forma y es mucho más cómodo dejarse llevar. ¿Por qué un shock? Porque te preguntas si no ha sido siempre así, si en realidad no te gustan las mujeres. ¿Y qué si fuera así? Nada, pero me gustan más los hombres. Y un poco las mujeres. De otra forma, y eso me hace sentir insegura. ¿Porque es algo solo sexual?, preguntó Abril. Supongo. ¿Y te parece malo?

Pensé unos minutos. Claro que no, si me siento extraña con esto, es por otras razones. ¿Porque te sientes masculina? Sí..., cada vez estoy más segura de que el género tiene mucho de sensaciones, y esas sensaciones fluctúan. Yo también, dijo Abril, podemos ser mujeres, pero sentir la feminidad y la masculinidad como energías que van y vienen dependiendo del momento y de la situación. Exacto, y con las mujeres, por ejemplo, el deseo se concentra en llevar yo la iniciativa. ¿Con los hombres no? Es curioso, respondí, con ellos me gusta más dejarme llevar, incluso que me dominen un poco... Que quede claro que hablo solo de sexo. Está claro, zanjó Abril.

Adam escuchaba atento como quien mira un partido de ping-pong muy reñido, nunca había oído tantos detalles de mis impresiones sobre todo aquello. A mí me pasa algo parecido, pero al revés, dijo Abril. ¿Sí? Los hombres sacan mi lado masculino, tomo la iniciativa por puro juego, me los llevo al baño del bar y luego no me llames. ¿Crees que todo eso es cosa de hombres? Creo que las cosas más divertidas son varoniles. ¿Esas son las cosas más divertidas?, pregunté. No poner freno, sí, ir por casa con pantalones de chándal y sin camiseta, comer mucho, beber mucho, mandar mucho y querer follar mucho. Somos un poco así, reconoció Adam, pero no generalicemos. En todo caso, no se considera apropiado en las mujeres. Para ser justas, dije yo, tampoco la mesura, la paciencia o la ternura están bien vistas en ellos. Porque somos muy dualistas. Y si nos salimos de esos roles, somos unas guarras, unas gordas, unas borrachas y unas marimandonas. Y ellos, unos flojos y unos calzonazos, dijo Abril. Una amiga mía dice que los mejores hombres son medio mujer y las mejores mujeres son medio hombre. Pues yo, cuando pienso en mujeres, me apetece ser una princesa, repitió

Abril. Os complementáis a la perfección, dijo Adam.

¿Cómo fue lo de Nina? Aquella primera noche, lo único que tenía que hacer era dejar que deslizara la mano bajo mi falda y se colara por el lateral de las braguitas. Nada que no hubiera hecho Nina ya a sus veinte años, a pesar de la inocencia que desprendía y la forma que tenía de bromear sobre su virginidad. Adam, que conocía la historia, añadió que Nina decía que se la había regalado a un vibrador cualquiera porque nunca había estado con un hombre. Pero sí con muchas mujeres. ¿Y qué tal la crema esa? La verdad, no noté nada. ¿Pero pasó algo con ella? Esa noche me fui a casa antes de las seis porque al día siguiente me tenía que levantar pronto. ¿Te fuiste sin más? Nina me había dado un cigarrillo para que me lo fumara cuando me marchara, en un banco frente a la discoteca. Tiene que ser en ese banco, dijo, y piensa en nuestro beso. ¿Qué beso? Evidentemente, me besó.

Nina consiguió que le dedicara un rato de cada una de las noches que compartimos de fiesta, que no fueron pocas. Aparecía por sorpresa en cualquier momento, me cogía de la mano y me llevaba a una esquina para darme un beso huracanado, casi deshonesto porque me parecía que quería convencerme de algo que nunca me quitó el sueño. No pensaba en ella después ni le mandaba mensajes; no se colaba en mi cabeza. Quizá en mis fantasías, pero me aterraba la idea de llevarlas a cabo y me convencía pensando que solo jugaba conmigo.

¿No follaste con ella porque te daba miedo hacerlo mal? Supongo, le respondí a Abril, nunca me apeteció ser patosa, no poder controlar el momento... y la idea de que fuera ella quien me enseñara no me atraía. Ya. Supongo que también necesitaba prepararme mentalmente para poder disfrutar de una experiencia como aquella. Precisamente con esas experiencias es con lo que te preparas, dijo Adam. Yo sabía que llevaba razón. Bueno, así soy yo, ante la duda, escojo la prudencia, repliqué. Hay cosas que no sabrás si te gustan hasta que las pruebes, insistió él. Estaba bastante segura de que me iba a gustar, pero aún no era capaz de hacerlo... Me veía desde fuera desnuda en una cama, perdida y confundida, y me daba a mí misma un poco de pena. El sexo es eso, prosiguió Abril. Claro que es eso, pero creedme, lo que realmente me atraía de la idea de Nina era follármela yo.

Yo me liaría con vosotros, soltó Abril de repente. Adam puso su cara de orgasmo. Joder, pensé. ¿Me apetece? Sí, me apetece, y lo tengo al alcance de

la mano. Me había sentido cómoda hablando con Abril, exteriorizar todo eso me había servido para acercarme a ella. Le había estado contando mis rarezas sexuales respecto a las mujeres y ella las había entendido, incluso encajaban con las suyas. Miré a Adam, que nos observaba expectante. Es él quien me da miedo, pensé, lo que pueda hacer con ella. ¿Y si me siento sola entre los dos? Todo es probarlo, me dije a mí misma, sin la experiencia, el pensamiento se me vuelve represivo. Mierda, tengo la regla. Abril, veámonos otro día, dije levantándome de la silla y rompiendo el triángulo, necesito dormir al menos cinco horas. Abril y Adam se quedaron clavados en sus asientos. Les di dos besos a cada uno y corrí a la habitación a esconderme bajo las sábanas. Sofía, oí que decía Adam al otro lado de la cortina, nos vamos a la cocina a tomarnos la última, así no te molestamos.

Al día siguiente, Adam estaba molesto conmigo y yo con él. ¿Qué te pasó? Me fui a dormir. ¿Por qué? Tengo la regla. Qué putada. Bueno, ya estoy bastante acostumbrada. Si no ayer habríamos hecho un trío, Sofía, con una chica, dijo emocionado. Bueno, no lo sé. Ella y yo estuvimos hablando de cómo montarlo, literalmente, sin tapujos, fue increíble. A mí lo que me parecía increíble era que me contara esas cosas con aquella alegría. Me habría gustado estar en esa conversación, Adam. Pero te fuiste a dormir. ¿Y si me voy, no podemos dejarlo para otro día? Abril y yo no teníamos sueño, lo estábamos pasando bien. Ya, Adam, pero no es una cosa que vayáis a organizar vosotros dos. ¿Pero te gusta Abril? Abril me gusta, pero no estoy segura de si de esa manera. ¿Quizá son los nervios? Estoy tratando de descubrir lo que me gusta. ¿Y qué es? Pues me encanta el carácter de Abril, pero anoche, cuando me metí en la cama, intenté distinguir mejor las mujeres que aparecen en mis fantasías y no se parece a ellas. ¿Cómo son? Completamente distintas a mí, bajitas, con curvas... Con Abril está muy fácil, continuó Adam, si quieres experimentar... Está aquí y ahora, aunque no sea la chica de tus sueños... y antes de follar con alguien que te guste mucho no está mal quitarse el susto. Quizá sí, y te juro que ayer me lo planteé hasta que recordé que tenía la regla, pero me he levantado pensando que yo no hago esas cosas. ¿Y qué hay de malo en probar a hacerlo de otra forma? Tienes prisa, Adam. Sofía, ¿cuántas chicas crees que vamos a conocer que nos dirán, directamente, que quieren meterse en la cama con nosotros? No tengo ni idea. Pues yo creo que es muy difícil, que es excepcional. Móntalo si crees que es tan fácil, háblalo con Abril, id empezando si es lo que te apetece.

Aquella propuesta no solo me apartaría del juego, también contribuiría a construir una complicidad especial entre ellos que haría más difícil que yo encontrara mi lugar. A partir de ese momento, Adam y Abril serían la pareja y yo, la persona a la que había que seducir. Me lo quiero tomar con calma, Adam. Con estas cosas hay que saltar, no pensarlo demasiado. ¿Y vamos a hacer esto a lo salvaje? ¿Por qué no lo probamos, simplemente, y luego ya vemos? Terminé por decirle que se olvidara del trío si no sabía gestionar un quizá.

CAPÍTULO 13

León era estibador de abuelas. Se acercaba a ellas con una sonrisa refulgente, porque tenía varios dientes de oro, y las sacaba a bailar. Eso les decía para que se le agarraran al cuello y así poder cargarlas en la silla mecánica que las subía a sus habitaciones. Me encantaba observarle cuando iba a ver a mi abuela en la residencia. Me gustaba imaginarme que se trataba de un amor reencontrado. Ellas, con la cabeza ya en otro lado, no esperaban volver a ver a León ni tampoco lograban reconocerle del todo. Él había sido descongelado después de permanecer cincuenta años en una cámara criogénica y había conseguido encontrarlas para llevarlas en brazos hasta la cama y recordarles que las había conocido de jóvenes. Y que seguían igual de estupendas. Así las trataba León.

Mi abuela era la única que aún mantenía intactas sus facultades mentales. Le costaba caminar y llevaba dentadura postiza, pero no necesitaba los servicios de León y se pasaba el día estudiando los productos bancarios para sacar rendimiento a su pensión de viudedad. Intentaba controlarlo todo, que las enfermeras no se olvidaran de darle ninguna pastilla a nadie y que a sus compañeras no se les fuera la cabeza por completo. Eso no era posible. Aquellas mujeres, que habían dedicado su vida a cuidar de los otros, por fin podían descansar y dejarse atender como cuando eran niñas. Pero, en realidad, era evidente que dentro de su cabeza ninguna había logrado el descanso. Incluso en la demencia, lo tenían todo presente, se agarraban a ello como si fuera la única columna derecha que quedaba en pie. Narcisa estaba postrada en una silla de ruedas con la barbilla bien alta y los ojos muy abiertos, siempre mirando al techo, mientras hacía que planchaba murmurando conversaciones que habían empezado décadas atrás. Dolores creía vivir en una fiesta constante de la que era la anfitriona. ¡Hola, Dolores! Hola, bonita, ya has llegado, al fondo del jardín está la comida, dime si necesitas cualquier cosa.

En el comedor, mi abuela se sentaba siempre con dos mujeres. A la izquierda, una señora cubierta de joyas y fulares de seda que miraba el horizonte sin pestañear; mi abuela solía comentar que se sonaba la nariz en los manteles. A la derecha, la enferma de Alzheimer. Me voy mañana, me dijo. Cada día pensaba que se iba al día siguiente y cada día mi abuela le rompía los sueños. Mañana no te vas. Que sí, mujer. Siempre dices lo mismo, ¿es que no te acuerdas? Era evidente que no. Después de cenar la ayudaba a levantarse de la silla y caminábamos hasta su habitación. Ya están las tres sordas viendo la tele. Pero si no oís nada, les gritaba todas las noches y ellas le sonreían.

Cada una tiene su frase, me contó mientras la ayudaba a meterse en la cama, procurando no ser demasiado maternal con la persona que había dado a luz a mi madre. Es curioso cómo se han quedado con una idea sin importancia, vete tú a saber por qué, y la repetirán hasta que desaparezcan, me dijo. Mis hijos son todos médicos. Tengo que acordarme de acordarme. Mi padre está muy decepcionado. Tonterías. Me pregunté cuál sería mi frase.

No te olvides de decirle adiós a la soltera, me recordó al irme. La soltera era Inés y solía sentarse hasta las tantas en la puerta de entrada. Lo haré, abuela. Tenía los ojos cerrados cuando llegué al recibidor y me senté en la silla que había justo enfrente. No duermo, murmuró. Inés, solo quería avisarla de que ya me voy. De acuerdo, niña, ten cuidado. ¿Puedo preguntarle algo? Claro..., pero date prisa, que tengo que irme al teatro. ¿Por qué nunca se casó? Abrió los ojos y se quedó mirándome. Pensé que quizá había sido demasiado brusca. Me interesaban otras cosas, dijo al fin. ¿Otras cosas? Otra vida. ¿Y la tuvo? De nuevo me contempló en silencio mucho rato. No era posible, Lola, sabes que lo que tú y yo queríamos no era posible.

Salí de la residencia trastocada y llamé a Emma para tomar una copa y contarle todo lo de Abril. Ella se había dado cuenta a los quince años de que le gustaban más las mujeres que los hombres y le dio fiebre la primera vez que besó a una chica. Sus padres aún no lo sabían y seguían sin saberlo diez años más tarde.

¿Tú con una chica?! Emma subía mucho el volumen cuando hablaba. Pero si te gustan más los tíos que a un tonto un lápiz. ¡Pero si cuando nos conocimos intenté convertirte y no hubo manera! Conocí a Emma en un trabajo temporal cuando aún estaba estudiando. Era vanidosa y llevaba el pelo largo y denso recogido siempre en un moño enmarañado como una red

de pesca, excepto por los bucles que dejaba sueltos y retorció entre los dedos cuando hablaba. Tenía mucho de sirena mitológica, disfrutaba enloqueciendo a los navegantes. De hecho, fue engendrada en el mar, fruto de un polvo que sus padres echaron la noche en que se conocieron. Cuando su padre supo que su rollete se había quedado embarazada, aceptó su responsabilidad, pero cortó la relación antes de que empezara, estaba enamorado de otra.

¿Por qué no follaste conmigo esa vez? No lo sé, Emma, hace un montón de años de eso. Al poco de conocerla, la invité a quedarse a dormir en casa, habíamos cenado juntas y se había hecho tarde. Al irnos a dormir, dijo que hacía mucho calor y se quitó la camiseta. Quítatela tú también, Sofía. Estoy bien así, respondí. Saltó en braguitas encima de mí e intentó quitármela ella, pero le dije que tenía mucho sueño. Me quedó claro que no te gustaban las mujeres, te puse las tetas en la cara y me diste un corte. Quizá no me gustabas tú, Emma, quizá es algo que ha evolucionado en mí. ¿Pero entonces eres bisexual? Yo no diría eso. Me pareces un poco mayor para descubrirlo ahora. Emma era una millennial tardía que había preferido quedarse en la generación X. Era algo que nos pasaba a los que habíamos crecido sin Internet, pero que tuvimos que adaptarnos. De alguna forma, escogíamos en qué generación incluirnos.

No es algo tan serio. Entonces, ¿a qué mujer tienes ganas de comerle la almeja? Emma, por Dios... ¿Podemos ir paso a paso? Con toda su clase y distinción, cuando hablaba de sexo a Emma le salía de dentro un niño de catorce. Hay una camarera. Le conté la historia de arriba abajo. Pero entonces no te la quieres tirar tú, dijo, os la queréis tirar los dos. Yo no diría tirar... y, en cualquier caso, ¿no es lo mismo? ¿Lo es para ti? No, en realidad no. ¿Te gustaría estar sola con ella, Sofía? No me atrae tanto, pero en el marco de un trío... Te lo voy a volver a preguntar de otra manera: ¿te gustaría estar sola con una chica, Sofía? Sí, me gustaría. ¿Qué haces entonces? Juntar fantasías. Se puso a reír. ¿Qué? Nada, que quizá no es el momento para ser práctica. Lo sé, Emma, pero ella está aquí y ahora. ¿Y qué? También está aquí y ahora ese barbudo y su bulldog francés. Tenía razón, pensé. De no estar con Adam, exploraría todo aquello de otra manera..., pero estaba con él y algo me arrastraba a tratar de aprovechar que nos habíamos cruzado con Abril.

Por el momento, dijo Emma, el juego está entre Adam y ella, ¿no? Le dije a Adam que se olvidara, para ganar tiempo, hacerme a la idea y ver por dónde quiero tirar, pero sí... me abrieron la puerta y no veía cómo entrar. Cada uno

tiene su ritmo, señaló Emma. Está claro. No estoy segura de que lo tengas tan claro, Sofía, pero ¿quieres que te diga lo que pienso? Una de las cosas que más valoraba de Emma era que decía las cosas sin tapujos. La camarera quiere liarse con Adam y no te estás dando cuenta. Quizá es Adam el que quiere liarse con la camarera, la interrumpí, ¿podemos tener un poco de camaradería femenina? Como quieras, es tu novio. ¿De verdad que eso es lo que piensas? Se calientan solos. Ya..., pero Adam dice que no le interesa si yo no estoy ahí. Porque así se sentirá mejor. Si fuera así, que tengo mis dudas, Emma, por lo menos no me estaría engañando a mis espaldas. No sé si es peor engañarte en tu cara. Adam no es así, Emma. ¿Acaso no se ha estado divirtiendo en ese bar con la excusa de hablar de ti, pero, al fin y al cabo, hablando de sexo con una mujer que no eres tú, cuando tú no estás?

Me dolió que la conversación se torciera de esa forma, que Emma no me ayudara a perderle el miedo a Abril y a la imagen de Adam con ella. ¿Podemos hablar de lo que realmente me preocupa a mí? Como quieras, Sofía, yo ya te he dicho de qué creo que va todo esto. Me has dicho de qué crees que va para Adam. Es verdad, ¿qué te preocupa entonces a ti? Vale, tengo fantasías y me digo a mí misma que no me hace falta llevarlas a cabo, pero creo que es una excusa para no intentarlo... porque si puedo, ¿por qué no hacerlo?

Emma se pidió otra cerveza. Es solo sexo, tampoco voy yo compartiendo por ahí que un día quiero ponerme un *strap-on* y follarme a una mujer que le apetezca, pero si un día veo la oportunidad, la aprovecharé. A mí me excita esa idea también. Pues vive con ella, me aconsejó, es todo lo que tienes que aprender a hacer, aunque te lleve mucho tiempo. Tiempo... el que a mí me hiciera falta. Si ya sabía yo que era justo eso lo que necesitaba.

CAPÍTULO 14

Esta noche salgo con los compañeros del restaurante, me dijo Adam. ¿Finalmente se han alineado los astros? Ya te digo, no nos acordamos de la última vez. Es que salís fritos de ahí. Como una flor de calabacín rellena de queso y anchoa. Eso, fritos, pero al estilo tempura. Me apetece un montón. Llevo motivándoles toda la semana, ayer llené la nevera de Red Bulls y por mis huevos que salimos. Huevos de perdiz con sobrasada y miel. Qué cojones, huevos de avestruz con butifarra negra. Claro, no sé dónde tengo la cabeza. No vendré a cambiarme de ropa, pasaremos por casa de Rafa, que vive en el centro. Me parece genial.

Adam había estado algo serio los últimos días, decía que el ritmo en el restaurante estaba siendo un calvario y que todos necesitaban tomarse un respiro. Sabía que no era solo eso lo que le pasaba, el ambiente se había enrarecido desde que le dije que se olvidara del trío. Yo también estaba pensativa, me costaba tomarme mi tiempo con su frustración flotando en el aire. Pero, al fin y al cabo, me lo estaba tomando. No creo que vuelva demasiado tarde, un par de copas y para casa.

Cuando Adam salía, salía. Normalmente le daba pereza unas horas antes, pero al final lo hacía y acostumbraba a volver mucho más tarde de lo que preveía. Cada noche era la mejor de su vida. Le oí llegar a las ocho de la mañana. Retiré la cortina que separaba la habitación del salón y, al hacerlo, cayó al suelo un ovillo de lana. Me había quedado dormida tejiéndome un jersey. Adam estaba acurrucado en la butaca roja, abrazándose las piernas. ¿Lo has pasado bien? Me miró, sorprendido. Tenía la cara mojada. ¿Qué pasa? Bien, ha ido bien. Cuando Adam lloraba, lo hacía como un niño, sin molestarse en secarse los mocos ni las lágrimas. Estás llorando. Estoy muy borracho. Me incorporé y puse un pie en el suelo frío.

¿Por qué lloras? No lloro. Era muy evidente que sí. Estaba sacando de la cama el otro pie cuando dijo que había sucedido algo. Noté un relámpago

cayendo en el centro de mi cabeza, irradiando un calor expansivo que me cegó durante unos pocos segundos y se convirtió en un leve mareo. Volví a cubrirme con las sábanas. Cuando alguien dice que ha pasado algo es que algo ha hecho, pero no lo ha asumido aún. Lo siento, soy un gilipollas, dijo viniendo hacia la cama. Nada, en realidad no ha pasado nada, pero soy un gilipollas. Me relajé. Se sentó a mi lado. No entiendo nada. La prima de Rafa... Y el relámpago de nuevo. He tonteado un poco con ella. Me relajé. Ella me reía las gracias y yo le hacía más. ¿Ya está? Ya está... No, no está, te lo quiero contar porque te quiero y porque no tiene ninguna importancia. Y otro relámpago, estaba a punto de ponerme a llover.

Salimos a la calle a fumar un cigarrillo y se me tiró encima..., te juro que se me echó encima. ¿Os habéis besado? Me besó ella. El trueno y la lluvia, no pude aguantarme las lágrimas. ¿Te ha gustado? Estaba segura de que me diría que no. Sí, pero me he apartado enseguida, porque sabía que estaba haciendo algo mal. No podía creerlo, nunca jamás pensé que Adam fuera ese tipo de persona, estaba convencida de que su afecto era mayor que sus impulsos. Y lo has sabido después de besarte con ella, claro. Me he sentido fatal, Sofía.

Me levanté de la cama. ¿Y qué más? Nada más, te lo prometo, ha sido una tontería. Me dijiste que no te apetecía liarle a solas con nadie, que solo tenía gracia si era algo que hacíamos juntos, ¿es que de repente eso ha cambiado? De repente me dejaste sin nada, Sofía. ¿Sin nada? Lo de Abril me dejó tocado, me hiciste renunciar para siempre a un trío... Estaba desencantado contigo. Me parece muy feo que me eches la culpa, si frené aquello, fue justamente porque no me parecía que supieras gestionarlo... y es evidente que así es. Estoy muy borracho. ¿Cómo se llama? Da igual. Era cierto, daba igual, pero una lo pregunta para revolcarse en la mierda, no sabe muy bien por qué, y luego se le queda el nombre grabado y seguro que no se lo va a poner nunca a una hija. El nombre de la chica era mi favorito, pero vamos a cambiárselo y la llamaremos Aviso.

Me fui a la habitación de las cajas a llorar a mis anchas, no quería verle. ¿Cómo pudo hacer eso? Le veía tan enamorado que no lograba entender cómo era posible que me estuviera castigando por no haberle dado el juguete que quería cuando lo quería. El Adam que yo conocía no era ese tipo despechado, esclavo de sus impulsos. Hasta ahí llegaba la dictadura de su fantasía. La sensación de dejar de confiar en alguien a quien quieres es

desgarradora, porque te mete el miedo en el cuerpo durante años, aunque sea solo un beso, aunque te lo haya contado. Una no puede emprender un viaje tranquila mientras no tenga la seguridad de que el lugar de donde parte seguirá existiendo. Había hecho de Adam mi casa y de repente estaba durmiendo en el suelo sobre un cartón. Literalmente. Él se pasó el día en la cama, aullando como un lobo herido. A mí me dolía escucharlo, pero más me dolía el zarpazo que me había dado. Y verme encerrada, con tantas cosas en cajas... Virginia Woolf estaría muy decepcionada. Llamé a Jenni desde la habitación. Necesito dar una vuelta.

Jenni me pasó a recoger una hora más tarde. No me dejes, me pidió Adam al verme en la puerta con la chaqueta puesta. Todo tú eres un drama griego, le repliqué y salí dando un portazo. No quería dejarle, pero había roto la confianza que tenía en él en un momento en el que la habíamos vestido de gala y expuesto en una estantería de casa. Me subí al coche de Jenni y fuimos hasta una iglesia que quedaba al lado de la portería donde yo había vivido sola, en la otra punta de la ciudad. Nos sentamos en las escalinatas, como solíamos hacer tiempo atrás. Lie un porro y se lo conté todo: lo de París y la historia con Abril. Le parecía una locura. ¿Por qué ibais a hacer algo así, no tenéis suficiente el uno con el otro? Quiero pensar que sí, le respondí, pero también sé que no puedo serlo todo para Adam. Estaba tratando de acostumbrarme a la idea de verle con Abril; si le dije que se olvidara de todo, justamente era para poder seguir ese proceso con más calma. Desconfío de las cosas a las que hay que ponerle tantísimo esfuerzo para que compensen, dijo Jenni. Lo que más me ayudaba, le dije yo, era pensar que todo eso era algo a lo que Adam podía renunciar. Pues parece que no es así, Sofía. En mi cabeza, todo esto con Abril se fue transformando como una de esas ilustraciones. ¿Qué ilustraciones? Aquellas ilusiones ópticas... ¿Conoces la copa de Rubin? ¿Esa imagen de la copa y las caras, que dependiendo de cómo enfoques la mirada ves una cosa o la otra? Sí. Pues antes yo solo veía las caras, no conseguía distinguir la copa, aunque supiera que estaba ahí. Había empezado a verla, en algunos momentos, como un trofeo... Pero ahora esto.

Mira, Sofía, yo pienso que la gente se equivoca y no somos perfectos. Lo sé. Tú eres prudente, pero Adam es un hombre de acción y sabes que eso es algo que te gusta de él, porque contrasta contigo. No si me falta al respeto. Pero te lo ha contado. Eso no cambia nada. Te ha sido infiel, es cierto, Sofía,

tú que le habías dado la oportunidad de no tener que renunciar a nada. NO la ha querido aprovechar, Jenni. Lo que es peor, continuó ella, lo ha usado de excusa porque tiene mucha prisa... y también debió de pensar que ya te estabas haciendo a la idea de verle un día con otra persona. Pues mal. Lo que quiero saber, Sofía, es qué es más importante para ti. ¿Que Adam sea fiel, que te respete esforzándose en ser perfecto, o que te sea leal, que te respete con sus defectos?

Antes de dejarme en casa me aconsejó mantener la relación con Adam a la temperatura adecuada. Los cambios repentinos no son buenos para el amor, lo decía siempre mi abuela... Ni frío ni hirviendo, mantén la olla humeante, Sofía. Cuando abrí la puerta, estaba sentado en el sofá, viendo la tele. Parecía muy preocupado. ¿Me vas a dejar? Aún no. Me senté a su lado y vimos basura durante horas, sin decir nada. Quería acariciarme y dejé que lo hiciera, disfruté durante un rato de tener el control. El tiempo se había parado finalmente. Estoy muy enfadada con tu padre, decía una actriz en la pantalla. Pero si no te ha puesto los cuernos, le respondió su hija. Manda cojones, protesté yo en voz alta. ¿Cambio de programa? No. Pero lo ha pensado, continuó la madre, y eso es peor... porque me los puede poner cuando quiera... Yo, en cambio, desde que me casé nunca he pensado en otro hombre. ¿Y Miguel Bosé? Los que salen en la tele no cuentan, hija. Lo siento muchísimo, dijo al fin Adam.

CAPÍTULO 15

Trabajaba entonces en una oficina en la plaza Real, uno de mis lugares favoritos de Barcelona. Sin calcularlo, ponía el pie dentro cada día a la misma hora, las 8:17.

El trabajo no me definía, pero lo que me gustaba hacer durante horas no me habría servido para pagar las facturas en este siglo. De pequeña, cuando me preguntaban qué quería ser de mayor, mis respuestas provocaban levantamientos de cejas. Pasaba horas dibujando casas con ruedas. Les pintaba varios pisos y piscinas, galerías, toboganes y jardines. Lo que quería hacer de mayor era vivir en una de esas casas y tomar fotografías, dibujar a los transeúntes o parar en un parque y representar una obra de teatro desde la ventana.

Aquel lunes llegaba Emma, que había alquilado un puesto en el mismo coworking. O, mejor dicho, había convencido a su jefe, Joel, para que lo hiciera. Necesito ver a más gente aparte de a este tío, me contó, no le soporto. Emma solía decir que su jefe era el rey del postureo. El típico cuarentón casado en plena crisis, Sofía. ¿Aún tontea contigo? No, por suerte. Le presenté a una amiga. ¿Y se han enrollado? Claro. La mesa que quedaba detrás de mí estaba vacía desde que se habían ido dos emprendedores y crucé los dedos para que fuera la que le asignaran a Emma. Aunque la última vez que hablamos la odié un poco, nada me hacía más feliz que tenerla cerca, porque era escurridiza.

Hacía apenas cinco años que vivía en Barcelona, era una chica de pueblo. Tenía alquilado un piso en el Born y había que subir ciento dieciséis peldaños de piedra de otro siglo para alcanzar su puerta. Como vivía arriba del todo, la terraza comunitaria del edificio quedaba justo al otro lado de su rellano y la usaba de sala de estar para completar los veintidós metros cuadrados por los que pagaba. Empezamos a pasar ahí las tardes al salir del trabajo tomando cervezas hasta que el sol nos decía basta.

Me costó varias puestas de sol admitir que quizá tenía razón, que, en cuanto frené lo de la camarera, Adam se fue corriendo en busca de otra. ¿Pero fue solo un beso? No me jodas, Emma, que tú dejaste a tu ex porque no le gustaba la sombra de ojos. Lo que no le gustaba era que me maquillara. Pues eso. A Adam no dejaste de gustarle, le gustó otra durante un rato. Quizá sí, pero en un momento le pudieron más cinco minutos con ella que ahorrarme el dolor que me iba a causar. Conociéndolo, Sofía, no creo que lo pensara mucho.

Le perdonas por ser humano. Joder, parece que yo sea la mala de la peli. No, claro que no, pero tienes una idea muy idealizada del mundo, Sofía. La vida es sucia y fea, continuó, bonita también, pero si tuviera que ser un barrio de Barcelona, sería el Raval. Emma siempre lo comparaba todo con los barrios de Barcelona. Piénsalo, dijo, tú tienes tu piso bonito, pero sales a la calle y te roban, te gritan, es la jungla. Ya. La gente es así, nos hacemos daño aunque no queramos, vamos dando golpes con nuestra maleta y dejando la basura donde podemos. Yo no soy así, aseguré. De repente se te cruza una bici, quizá te mata, igual te encuentras a alguien que te regala algo porque te ve triste o agobiada o quiere alguna cosa a cambio y luego desaparece. Pues vaya mierda. Adam no es un puto árbol en tu parque favorito, Sofía, colocado junto al banco donde te gusta sentarte a leer... Ve haciéndote a la idea de que hará cosas que te parecerán mal. Ya. Tú también puedes cometer errores, tus errores, cuando empieces a preocuparte más por ti misma que por lo que te rodea.

¿Me estás sugiriendo que le ponga los cuernos? Emma estaba incubando una infidelidad que terminaría con su relación con Carolistina, quizá lo dijo por eso. Solo te digo que tú también tienes derecho a cometer errores si aceptas los de los otros. Éramos la pareja perfecta, Emma, nunca habría esperado algo así de él. Pues me alegro de que uno de los dos rompiera algo, porque las flores se marchitan y los niños se mueren... Joel le es infiel a su mujer y ya ves tú lo tranquilo que vive. ¿Conozco a la chica a la que se está tirando? No, es una conocida del pueblo que me pidió consejo profesional y les puse en contacto... En todo caso, estoy segura de que ha estado con muchas otras antes de volver a su casa perfecta con los niños y el perro. Eso me deprime. Pues a mí me alegra que Adam te lo haya contado, pero eso no te ha devuelto la confianza, ¿me equivoco? No. No se equivocaba.

CAPÍTULO 16

Yo no necesitaba follar con otras personas. En algunos momentos me gustaba la idea, no vamos a engañarnos. Hacerlo con el jardinero de mis abuelos una tarde de verano después de comer, agarrada a la corteza de un pino. Mirarme las marcas en las manos, bajarme la falda y decirle que ha estado divertido. El jardinero tenía mi edad y regaba las plantas de la casa del pueblo, aunque ya nadie la habitara. Cuando mi abuelo murió y mi abuela se instaló en la residencia de Barcelona, nos dijo que quería seguir imaginándose el jardín con las hortensias en flor.

En realidad, lo que me gustaba de esa idea era poder decidir si llevarla o no a cabo, ser capaz de aspirar si quería a mis sueños de niña de vivir en una casa con ruedas y tener un amor en cada puerto. Eso no lo había mencionado. También un compañero del alma, un socio emocional, una amistad en llamas. Pero seguir sintiendo chispazos. Lo que entonces yo llamaba un amor en cada puerto ahora lo reconocía como una aspiración de independencia, el rechazo a aislarme del mundo y pagar un precio demasiado alto por amar con todo el corazón. Sentir atracciones sin culpabilidad. Parecía una preocupación propia de una vida pasada en la que las mujeres iban calladamente de una cárcel a otra.

Aquella mañana sentí un chispazo. Cuando ya hacía unas cuantas horas que habíamos empezado la jornada, entró un hombre a la oficina. Parecía que venía de un after. Llevaba una chupa de cuero negro que se veía a la legua y que costaba mucho más de lo que aparentaba. Habría encajado en cualquier rincón dispar de la ciudad, desde un concierto en el Liceo hasta una pelea callejera en La Mina. Se acercó hacia mí con andares de guapo, de «lo sé», de «ahora me ves y quizá nunca más». Y siguió caminando más allá de mi mesa. Un par de segundos después, como un trueno, le oí hablar. Se te ha terminado eso de mirar vídeos de gatitos mientras trabajas. Me giré. Soy Joel, el jefe de Emma, hemos alquilado esta mesa. Igual alguno de los vídeos que veo te

gustarían. Se rio. Volví a mi pantalla de ordenador y la re Coloqué para que me devolviera su reflejo. Hoy sé que a ambos se nos despertó una curiosidad mutua, pero tardamos mucho tiempo en mantener una conversación.

Ha venido un tío muy guapo a la oficina, le conté a Adam cuando volví a casa. Comentar a lo bruto el físico de otras personas con las que nos cruzábamos era algo que habíamos hecho desde el principio de nuestra relación. Una pareja moderna, de las que no se ofenden cuando el otro le da un repasón a una tía con un escote generoso o a un tío con el culo del *David* de Miguel Ángel. Nunca me consideré una persona celosa, quizá por un esfuerzo racional. Pero cuando mi ex Daniel tonteaba con estudiantes de la universidad, sentía que me despreciaba, porque a mí me pedía mantener nuestra relación en secreto. No tenía muy buena aceptación que un profesor y una alumna tuvieran una historia. Ahora pienso que él no quería renunciar a aquello que, a diferencia de lo nuestro, estaba visto con normalidad. Malditos dobles estándares.

Me dijiste que te contara cosas y quería contarte esto. ¿Cuándo? Cuando me enseñaste lo de los chats de vídeo. Ah..., bueno, imagino que habrás visto a muchos hombres guapos desde entonces, Sofía. Este me motiva de otra forma. ¿Ah, sí? No sé de cuál, pero mi exploración va por aquí. Vale. Hablarle a Adam de Joel nos ayudó a los dos: creo que él vio en eso una oportunidad de sentirse menos culpable y yo, menos víctima. Adam siempre se postuló como alguien sin ningún tipo de celos, aunque eso también lo pondría a prueba más tarde. A mí me perdían los gestos, los olores, los andares, las interjecciones que formaban una personalidad única. Aparte de guapo, Joel se consideraba a sí mismo un tonto voluntarioso. Tenía el sueño de vivir en una biblioteca con chimenea y decía que en sus años mozos se había metido en el cuerpo todo tipo de drogas. Quizá por eso ahora le interesaba la meditación.

Un día se reía con cualquier chiste malo y al siguiente estaba cerrado como un mejillón. Se podía entrever, con tan solo mirarlo, que sentía cosas que le costaba mucho esfuerzo expresar, como si con los años hubiera encarcelado al niño que una vez fue y ahora quisiera liberarlo sin matar al adulto en el que se había convertido. Me parecía un lobo solitario en busca de su manada. En realidad, tardé muchísimo tiempo en ir descubriendo esas cosas de él, ponía una distancia prudencial con el mundo y a mí me costaba cargarme esos muros. No estaba segura de si viajaría en coche con Joel diez mil kilómetros,

una medida que me resultaba muy útil para averiguar qué personas me interesaban de verdad. Lo único que sabía era que me apetecía hundir un momento la nariz en su piel como hacía con las esponjas húmedas. ¿Quizá por venganza? No, Sofía, Adam y Aviso abrieron una ventana donde encontraste a Joel, pero nunca formó parte de una venganza. Esa era la verdad.

CAPÍTULO 17

De pequeña, cuando me ponía nerviosa, dejaba de respirar. En una ocasión, tocando la flauta al unísono con mis compañeros, el profesor detuvo la clase para llamarme la atención. Sofía, estás haciendo vibratos. Tan solo probaba algo, respondí levantándome tras mi pupitre. ¿Te crees mejor que el resto? Él también se alzó tras su mesa. Claro que no. Pues me lo parece. Quizá lo que pasa es que es usted un mediocre. Hacía dos días que había aprendido la palabra. La clase cayó en el más absoluto silencio. Alguien tosió. ¿Cómo te atreves a insultarme? Aguanté la respiración. Vienes a la escuela para aprender de tus profesores y no para dar tú las lecciones.

¿Cómo voy a coger aire sin que se note demasiado? Sofía, ¿por qué no te vienes aquí delante y nos explicas a todos cómo hay que tocar? Puedo taparme la cara un momento y volver a coger aire, pero se va a notar. Y, de repente, una bola palpitándome en el pecho, notaba cómo crecía a medida que yo me encogía. Pensaba que era una queja de los pulmones. Venga, Sofía, tócanos algo, instrúyenos. Agarré la flauta con rabia, clavé mis ojos en el profesor y solté todo el aire con fuerza, en una sola nota estridente y molesta como un grito. ¡Fuera de clase! Y mi respiración volvió a la normalidad.

Cuando pensé que había encontrado la forma de pasar página de lo ocurrido con Aviso, reconocí esa misma bola. La sentía rechinar cuando Adam me abrazaba aquellos días. Le había perdonado, ¿por qué seguía ahí esa cosa? Continuó creciendo y, aunque me molestaba, podía pasar muchas horas ignorándola, incluso llegué a creer que ya no existía. Aprovechaba cuando no la miraba para devorarme.

El día que llegué a casa después de que el profesor de flauta me increpara delante de la clase, le pregunté a mi madre si se podían romper cosas con música. Bianca Castafiore lo hace en los cómics de Tintín, le dije, cuando canta el *Aria de las joyas*, las copas de cristal siempre explotan. Eso es porque entra en resonancia con ellas. ¿Qué quiere decir que entra en

resonancia? Al tintinear una copa se oye un sonido agudo, una nota musical, ¿verdad? Sí. Cuando La Castafiore canta en el tono de esa misma nota — tiene que ser exactamente la misma—, hace vibrar el aire con la fuerza precisa para que, al chocar con la copa, parta el cristal. Seguramente, aquel día en la escuela, al soplar con rabia la flauta, entré en resonancia con mi dolor y lo hice vibrar hasta que estalló. Esta vez tenía que conseguir lo mismo.

Decidimos pasar un fin de semana en la montaña, en una casa que tenía la familia de Adam en un pueblo diminuto de los Pirineos. Había servido de segunda residencia a sus bisabuelos, quienes en su momento tenían que subir andando dos o tres horas desde la población más cercana, ya que no se podía acceder ni en coche. Aquel viernes por la mañana Emma estaba de reuniones con Joel y me había dejado un paquete encima de la mesa. Era un libro. *¿Qué quieren las mujeres?*, de Daniel Bergner. Llevaba una dedicatoria: «Para mi Sofía, la princesa de las mil caras. De las mil mujeres. Te admiro y te quiero. Tuya: Emma». Volví a poner el libro en el sobre y lo guardé en mi bolsa. A la hora de la salida cogí el metro hacia el restaurante donde trabajaba Adam para ir juntos a recoger el coche que nos prestaban para el fin de semana.

Iba escuchando a Dustin O'Halloran cuando me senté en el vagón. Me gustaba fijarme en lo que se colaba de fuera entre canción y canción, durante ese breve silencio. Mi novio de apellido se llamará Sparrow, dijo una niña entre el Opus 54 y el 7. Podríamos quedar cuando yo te diga, entre el 21 y el 15. Cómo me estoy volviendo de estúpida, entre el 15 y el 28. Ya llego, cariño, que nadie se mueva, entre el 38 y el 44. A veces las apuntaba al otro lado de mi diario, trocitos de otras vidas. Se terminó el Opus 44 y ya no le siguió nada. Como tantas otras veces, me dejé los auriculares puestos por pereza y presté atención con disimulo a los cuchicheos de dos amigos que iban sentados a mi lado. Tendrían veinte o treinta años. Más bien treinta, quién sabe hoy en día.

El de las gafas de pasta se quejaba porque a su novia cada vez le apetecía menos follar. El de la barba opinaba que las mujeres tienen la pasión dormida. Si quieres despertarla, tienes que resolver una decena de jeroglíficos, dijo. Quizá no le gustes tanto a tu novia, pensé yo, o quizá sí le gustas, pero se aburre contigo y no quiere dañar tu ego. De repente pararon de hablar y levanté la mirada. Una chica con los pantalones muy cortos y unas medias finas cruzó el pasillo que nos separaba. Ella no bajó la mirada,

pero para ellos se detuvo el mundo. Parte de las nalgas le sobresalían por debajo del tejano. Vaya jamelga, susurró el de las gafas. Lo de ir enseñando el culo no hace falta, añadió el de la barba, como si la chica se vistiera para él. Festival de contradicciones.

¿Estás bien, Sofía?, me preguntó Adam cuando al fin tomamos la autopista. Sí. No estaba bien, pero sabía por qué y me avergonzaba. Me había sentido incómoda al recoger a Adam en el restaurante, aunque siempre me encantó verle cocinar. Me fijé en sus compañeros, que me saludaron con amabilidad mientras Adam terminaba de recoger el servicio de mediodía. Falsos, pensé, visteis cómo Adam se enrolló con la prima de Rafa y debéis de estar pensando que soy una desgraciada. Una responsable de sala que no me había visto llegar se puso a hablar con Adam. No alcanzaba a escuchar la conversación, pero ella se reía. A él se le veía relajado, despreocupado, y le dio un azote cariñoso con un paño. Yo no lograba dejar de oír esa voz que susurraba que Adam me dejaría por otra, más irreflexiva y valiente, porque él vivía y se arriesgaba y se equivocaba y se perdonaba y yo me ahogaba en un vaso de agua. La bola, la puta bola. Mi cerebro iba por un lado y la bola por el otro y no sabía cómo entrar en resonancia con ella.

La casa de la montaña era de piedra por fuera y de madera por dentro. La escalera que llevaba al piso de arriba se había ido torciendo con los años y la cocina aún funcionaba con leña. Mientras Adam extendía con esmero su material de dibujo sobre la mesa de la sala, yo encendí el fuego en la chimenea. Cogí el libro de Emma. ¿Estás quemando libros? Así es, el fuego ha prendido con una copia de tu madre de *Cincuenta sombras de Grey*. Niña mala.

¿Qué vas a dibujar? Ninfas y sirenas. Me tumbé en el sofá, junto al fuego, y empecé a leer. El libro, escrito por un periodista americano, hablaba de estudios científicos sobre el deseo sexual femenino, la mayoría de los cuales contaban con escaso apoyo económico. Me enganchó la lectura y lo terminé aquella misma noche. Toma ya, exclamé al cerrarlo. Adam se acercó hasta el sofá y le hice un hueco. ¿Te lo has acabado? Esto que nos ha pasado, dije, no va a centrarse en que tú estás insatisfecho y que yo me muero de miedo por que me dejes por otra. Vale. Te he perdonado, Adam, porque, aunque me heriste, creo de verdad que no querías hacerlo. Gracias. Pero me hiciste daño y el corazón se me ha quedado aturdido. Lo siento. De repente, me he visto sufriendo siempre. Pero esto no va a volver a pasar, Sofía, te lo prometo. Ya

no es lo que pasó, sino cómo me he sentido luego. ¿Y cómo te has sentido? Como se siente alguien que piensa que nunca podrá llegar a satisfacer a la persona que ama, pero ¿sabes?, este libro me ha hecho pensar en mí.

¿Y qué has pensado? Que esto que siento he aprendido a sentirlo. Cuéntamelo todo. Creo que hace mucho tiempo algo asustó a los hombres y eso dio forma al mundo. ¿Tan lejos vamos a irnos? Sí. ¿Qué es lo que crees que asustó a los hombres? Que las mujeres pudieran tener hijos. Es lo único que explica por qué la vida a nosotras nos sale tan cara. Piénsalo, continué, el ser humano es una de las criaturas más agresivas. Hemos invertido mucho esfuerzo en armas cada vez más crueles y mortíferas, nos hemos cargado miles de especies animales y a millones de personas en guerras y atentados. El hombre es un lobo para el hombre, dijo Adam. Las mujeres podemos ser muy retorcidas, pero no vamos matando lo que nos estorba. Y si no se nos ha aniquilado aún, es porque somos necesarias para la reproducción. Quiero pensar que no solo es por eso. ¿Sabes que han sido asesinadas más mujeres en los últimos cincuenta años, solo por serlo, que hombres en todos los conflictos bélicos del siglo XX? No todos los hombres somos así. Sin duda, pero todos los que son así son hombres.

¿Crees que la vida aún os sale cara? Nos seguimos casando aunque eso signifique perder nuestro apellido, dedicarnos a cuidar de otros o luchar a contracorriente por mantener nuestros talentos y ambiciones. Eso no tendría que ser así y va cambiando poco a poco, ¿no crees? Creo que la familia fue la cárcel que nos montaron. ¿No te gusta la familia? Me gusta, pero en su origen era mucho más conveniente para un hombre, porque era la única forma que tenía de saber con certeza que los hijos de su mujer también eran suyos. ¿Y por qué querrían casarse entonces las mujeres? Muchas creen que es el día más feliz de su vida. No lo comparto, pero lo cierto es que hubo un momento en que era muy importante para ellas tener a un hombre al lado que las protegiera de otros hombres. Las mujeres ya no buscáis eso. Y, sin embargo, sigue siendo peligroso ir sola de noche por calles poco concurridas.

Lo que resulta extraño, dijo Adam, es que parece que es a las mujeres a las que os importa más formar una familia. Si fuera así, ¿por qué iban a mutilarles los genitales a centenares de millones de niñas para que no puedan disfrutar nunca del sexo? No lo sé. El objetivo de la ablación es facilitar que encuentren marido. Si no tienen clítoris, seguro que no serán infieles con otro hombre. Qué barbaridad. Yo veo aún mucho miedo, Adam. Además, se dice

que sois menos sexuales que nosotros. Y también que si a nosotras nos apetece ir un día sin camiseta por la calle, estamos buscando que nos violen, que nuestros pezones son obscenos, que somos unas frescas si tenemos fantasías o mucho sexo. Tengo amigos, dijo Adam, que diferencian entre las chicas que son para follar y las que son para casarse... No lo he entendido nunca.

¿Pero qué tiene esto que ver con nosotros dos? Todo. ¿No crees que todo esto ha cambiado ya mucho? Ha cambiado, pero no tantísimo, y además es de donde venimos... ♦ No hace ni cien años que las mujeres que pedían votar eran consideradas criminales. Yo no pienso que estés aquí para servirme. Pero en algún momento has pensado que estaba aquí para satisfacerte y yo he pensado que me quedaría desamparada si no lo lograba y me dejabas por otra. Ninguna de las dos cosas es cierta. Yo lo siento así. Ya. Mi madre y mi abuela te contarán orgullosas que a los doce años los hombres empezaron a decirme cosas por la calle. ¿A los doce? Había dado el estirón. Se suponía que debía estar orgullosa, pero que mi cuerpo les excitara es repugnante... y más que se atrevieran a decírmelo. Pensarían que eras mayor. ¿Y qué? Es agradable gustar. Se trata de ser follable. Mola. A mí no me mola nada que haya hombres que crean que existo para su consumo. Esta gente dice cosas sin esperar nada. El otro día, un tipo me preguntó adónde iba tan guapa, no le respondí. ¿Y? Me dijo que tenía que respetarle más. Me entró miedo y me metí en una tienda.

Cuéntame más cosas del libro. Explica que se intentó aprobar una Viagra femenina hace poco, en Estados Unidos, pero la administración americana de fármacos no dio el visto bueno para comercializarla. ¿Por qué? El informe decía que se temía que alterara el tejido social. No entiendo. Hay estudios que aseguran que el aumento de la libido en las mujeres promueve las relaciones fuera del matrimonio y que por lo tanto la satisfacción femenina puede ser una amenaza para la familia como orden social. Flipo. Yo también, Adam.

Faltaban entonces tres años para que finalmente se aprobara un fármaco para la libido de las mujeres. Lybrido sería su nombre comercial. En esta ocasión, la Administración estadounidense informó de que los controles se habían llevado a cabo solo en mujeres con relaciones monógamas de larga duración, por eso de que la mujer ya goza de buena libido cuando el amante es relativamente nuevo. El autor del libro escribiría entonces un artículo en el *New York Times* analizando la entrada del medicamento en el mercado e

insistiendo en que casi la mitad de las mujeres tienen algún tipo de disfunción sexual y que podría deberse a la monogamia en sí misma. Pero que la mujer tenga más ganas de sexo cuando el amante es nuevo, dijo Adam, tampoco significa que en el fondo sea polígama. No lo sabemos, Adam, estaría bien descubrirlo.

¿Salimos a dar una vuelta? Bajamos las escaleras hasta la puerta. Estoy harta de sufrir por si te enamoras de otra, de pensar que eso no debería asustarme tanto y a la vez excitarme imaginándote follando con alguien que no soy yo. ¿Te imaginas eso? A veces, pero siempre estoy ahí y me miras con cara de «te quiero sin fisuras y esto es solo sexo guarro» y empieza el bucle de nuevo. ¿Por qué? Necesito saber que es solo sexo para disfrutarlo, pero ¿y si sientes algo más? No sería tan tonto. Quizá sería noble. ¿Y tú qué quieres, Sofía? Ese es el problema, se acabó distraerme de lo que quiero yo. Si tienes fantasías, adelante con ellas. ¿No te asustan, Adam? Estoy muy seguro de mi valía... Si me dejaras por otra persona, no podría pensar más que en lo mucho que estás perdiendo. Creo que muy pocos hombres lo verían de la misma manera. Decías que lo que nos ha pasado no iba a ir de mi insatisfacción ni de tu miedo a perderme, ¿de qué va a ir entonces? Pues de esto, de aceptar que hay vida fuera para los dos, aunque nos queramos con toda el alma o justamente porque nos queremos con toda el alma. Está oscureciendo, cojamos las linternas.

¿No crees que el trío sería una buena forma de empezar? No pienso que la cosa vaya específicamente de tríos. ¿Pero estamos de acuerdo en que queremos seguir juntos? Vayamos compartiendo lo que sintamos. Sofía, estar bien contigo es lo más importante para mí. Para mí también. Vayamos con cuidado, por favor. Por descontado. ¿Qué es lo que quieres hacer? No lo sé, por el momento solo andar. Noté cómo entraba en resonancia. No hagamos nada que tienda a separarnos, continuó Adam, vivamos juntos las fantasías. De acuerdo, pero si alguna vez las queremos vivir por separado..., lo hablamos. Vale. Lo del trío te lo digo después de haberlo pensado con calma, Sofía. Creo que sería buena idea porque nos daría aire, una experiencia compartida, el riesgo de sentir celos sería menor y no habría espacio para mitificar a la otra persona. Vamos viendo. Le cogí de la mano y cerré la puerta detrás de nosotros.

CAPÍTULO 18

Cuando mi hermana me comentó que ella y su marido dejarían libre por Semana Santa el apartamento de Nueva York, le dije que no se preocupara, que Adam y yo iríamos encantados a regarles las plantas. En esa época, todo lo que ahorrábamos nos lo gastábamos en vuelos, tanto el dinero como los días de vacaciones. Jon nos citó en The Gutter, un bar con bolera en el barrio de Williamsburg, en Brooklyn. El local estaba en un almacén industrial, un edificio bajo de ladrillos rojizos cubiertos de grafitis, sin más indicación que un cartel con la palabra «BAR». La entrada era oscura y conducía hasta una amplia sala pobremente iluminada. En ella estaba sentado Jon.

Nos pusimos al día. Hacía casi dos años que no nos veíamos, desde que ocupamos su piso durante diez meses. ¿Ya te has comido todos los tupperts que te dejamos? Creo que aún queda uno de paella, lo guardo por nostalgia. Cada vez que Adam y yo cocinábamos algo que llevara más de una hora, guardábamos en el congelador una ración para él. Jon era periodista de viajes, llevaba ese tipo de vida con la que muchos sueñan cuando llegan a casa reventados por el trabajo en la oficina. Hacía unos meses que había vuelto del Sudeste Asiático y ahora trabajaba en una revista cultural.

Me apetece cierta estabilidad, nos contó, asentarme un poco. Un poco, dije, qué gracioso. Ya sabéis cómo soy... Me gusta el movimiento, pero a veces echo de menos quedarme un rato quieto. Un poco, un rato... No te veo yo muy convencido. Tienes una vida divertida, intervino Adam. Pero tú sabes cómo es, tío, hace años que me conoces, tengo a mi familia desesperada porque no me ven nunca y creen que voy a morir solo y pobre en alguna calle del Caribe. Sería muy propio de ti, comenté yo. Al menos podré decir que he vivido como me ha dado la gana. Chicos, es nuestro turno.

Se me daban bien los bolos, o quizá estaba teniendo un golpe de suerte. Sofía, te vuelve a tocar. Cogí la bola y caminé majestuosamente hasta la línea de tiro. ¡Chula! Me giré. Adam y Jon estaban sentados en la penumbra, con

las piernas ligeramente separadas y una cerveza en la mano. ¿Es que tienes miedo de que se te haya acabado la racha, bonita? Qué va. Yo soy la racha, bonito. Fue entonces cuando lo pensé. ¿Y un trío con Jon? Para mí era mucho más fácil seducir a un hombre que a una mujer. Lancé mi bola. Strike.

Aproveché cuando Jon se fue al baño para comentárselo a Adam. Estoy seguro de que estaría encantado, dijo. ¿Cómo lo sabes? Porque es un guarro. No quise preguntar más para no arrepentirme. ¿Y a ti, qué te parece? La idea me pone. ¿Estás seguro? No querría que te sintieras incómodo en ningún momento. ¿Te gusta mucho? Me apetece mucho, pero Jon me gusta con la misma tranquilidad que Guatemala... Estaría bien ir, pero no me obsesiona ese viaje. Entonces no le beses. ¿En la boca? Eso me costaría verlo, Sofía. Vale, si por lo que fuera pasara en algún momento, nada de besos. Nada de amor. Vale.

Jon volvió del baño mirando el móvil. Hay una fiesta, unas calles más abajo, en otro edificio industrial... ¿Os apetece? Adam y yo nos miramos. Mucho. Cuando llegamos al lugar, Jon desapareció entre la gente y nosotros nos pusimos a bailar. Ahora como si fuéramos la policía secreta. Ahora, como niños de catorce años. Como jubilados. Como amigos. Como amigos que quieren follar el uno con el otro, pero ninguno se atreve a dar el primer paso. Lo estábamos pasando bien, pero después de lo que habíamos hablado en la bolera, no podíamos evitar estar pendientes de Jon.

La mayoría de los asistentes a la fiesta eran españoles que llevaban más o menos años viviendo en Nueva York. Disculpad, ¿conocéis a Jon? Sí, somos colegas, ¿vosotros también? Hemos venido con él hace un par de horas, pero le hemos perdido de vista. Creo que lo he visto fuera con Nora, comentó uno. Adam propuso salir solo a buscarlo. Si me lo encuentro, se lo digo, ¿vale? ¿Qué le vas a decir? Le propondré dar una vuelta para fumar y quizá se lo explique como una fantasía que tenemos, de hombre a hombre, a ver cómo responde. Me pareció bien y acepté, asustada, con ganas y miedo al mismo tiempo. Me dio un beso y salió.

Me puse a bailar sola, intentando abstraerme, pero no podía dejar de mirar la puerta. ¿Se lo estará diciendo? El corazón me iba muy deprisa. Cerré los ojos para ignorarlo todo, pero no lo conseguí. Crucé la sala impulsivamente hasta llegar a la calle. Cogí aire. Jon y Adam aparecieron por una esquina, riéndose. Sofía, preciosa, gritó Jon al verme. Al llegar a mi lado, alzó la mano para que se la chocara. Sois muy grandes, dijo, y entró a la fiesta. Miré a

Adam, me sonrió y asintió a cámara lenta. Dios mío, en unas horas tendré la polla de este tío dentro de mi cuerpo. Eso fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Las ganas y el miedo se convirtieron de golpe y porrazo en solo miedo, pero para mí ya no había vuelta atrás. Me había subido a un puente y no iba a traicionar mi decisión de tirarme.

Nos tomamos un chupito de tequila en la barra, sin intercambiar palabra, y nos pusimos a bailar. Los tres evitábamos mirarnos, bailando cerca, pero sin tocarnos. Hasta que Jon me puso la mano en el hombro y se acercó a mi oído. Esto va a terminar pronto, susurró. Mejor, le respondí. Tengo que mojarme la cara en el baño, ahora vuelvo. Le di un beso a Adam. Te estaba echando de menos. No era cuestión de apartarlo. Bueno, ahora no está. Te quiero. Yo también. Nos enrollamos hasta que encendieron las luces un rato más tarde. Jon no había vuelto. Le esperamos en la calle, hasta que nos quedamos solos. ¿Tú crees que aún está dentro? No lo sé. Un guardia de seguridad nos pidió que cruzáramos al otro lado para no molestar a los vecinos. Vámonos, le dije a Adam, no quiero esperar más. Parecía más decepcionado que yo.

¿Qué ha pasado? No lo sé, quizá se ha acojonado. No me ha parecido que le acojonara la idea cuando se la he propuesto. Nos subimos a un taxi, arrancó y recosté mi cabeza sobre el hombro de Adam. ¡Esperad! Me giré para ver a Jon a través de la ventanilla trasera. Parecía más sobrio de lo que recordaba. *Stop the car*. Jon nos alcanzó y se subió detrás por la puerta que quedaba a mi lado. Vamos al Upper East Side, le dije al conductor. ¿Al piso de tu hermana? Sí.

Y se hizo el silencio. Nos entró a todos una especie de vergüenza que se prolongó durante un tiempo que se hizo muy largo y muy incómodo. Al terminar de cruzar el puente de Williamsburg, Jon nos contó que en inglés hay nombres para cualquier tipo de corrida. No podía creer que estuviera hablando de eso. *Cumlace* es una contracción de las palabras en inglés para «collar» y «semen» y sirve para designar las gotas blancas que caen formando una hilera de perlas sobre la clavícula. Cállate, cállate ya, pensé. Le pedí al conductor que pusiera música. El sol estaba saliendo sobre el East River, cerré los ojos e intenté dormirme. Solo conseguí fingirlo. Finalmente llegamos a casa, pero aún faltaba la subida en ascensor hasta el piso veintiocho.

Al abrir la puerta de casa, el sol nos cegó. Estaba amaneciendo. ¿Os importa si me doy una ducha? Claro que no, tienes toallas limpias en el tercer

cajón. Fui deprisa hasta el equipo de música y cargué la discografía entera de Nouvelle Vague. Está siendo muy raro, ¿no crees? Es lógico que nos resulte raro, respondió Adam. ¿Estás bien? Muy bien. ¿Estás seguro de hacer esto? Sí, ¿y tú? Yo no estoy segura de nada, pero vamos que nos vamos. Irá bien. Voy a la cocina a preparar unas copas, tú quédate por aquí. ¿Y si sale desnudo del baño? ¿Te incomoda encontrarte a un amigo en bolas en el salón, Adam? Un poco. Pues vete haciendo a la idea, no creo que se vuelva a poner la misma ropa que llevaba. Entré en la cocina y llené tres vasos con un Lagavulin de dieciséis años que había en la despensa. Cuando salí, Adam y Jon hablaban como otras tantas veces, sentados el uno junto al otro en el sofá. Se había vuelto a poner la misma ropa.

El cuñado de Sofía trabaja en uno de los principales hospitales de la ciudad, le estaba explicando Adam. ¿Me hacéis un hueco? Me senté entre los dos. Que alguien haga un brindis. Por ti, Sofía, dijo Jon alzando el vaso. Por los tres. Dimos un sorbo largo, todos a la vez, y dejamos los vasos en sincronía sobre la mesita de enfrente. La música estaba alta, cubría bien el apuro.

Adam me dio un beso en el cuello. Jon hizo lo mismo. Está pasando, pensé yo. Adam me puso una mano bajo la camiseta, Jon también. Miré hacia el techo. Adam me levantó su lado de la camiseta, Jon hizo lo mismo. Miré hacia abajo. De repente tenía sus cabezas sobre mi pecho, un pezón en cada boca. Parecía la forma más lógica de comerse unas tetas. Los ojos de Jon escalaron mi cuello y fue a darme un beso. Cobra. Pasemos de los besos en la boca. Ah, vale. Adam se levantó. Sofía, ven aquí. Me puse de pie, me dejé llevar, me ponía la idea. Jon, toma un condón, pero no te corras dentro, aunque lo lleves puesto. Lo que digáis.

Adam me quitó la camiseta, yo me bajé la falda y la lancé con un golpe de tobillo. La encontraría horas más tarde cubriendo la foto de nuestra boda en Las Vegas. Estábamos los tres de pie: Jon desnudándose, yo en braguitas y con los zapatos puestos y Adam completamente desnudo, no sé cómo. Me abalancé sobre su cuerpo con ganas de algo cotidiano y empecé a hacerle una mamada, apoyando las rodillas en el *chaise longue*. Sabía que Jon estaba detrás de mí, así que intenté abstraerme de su presencia, hasta que noté sus manos sobre mi culo, la lengua caliente entre mis piernas. Parecía físicamente imposible. Miré la cara de Adam, que miraba a Jon. Vaya imagen, oí que decía. Fóllatela, le respondió Adam. Noté cómo buscaba entrar. Y entró. Me

contraje, gemí con la boca llena y Jon se corrió dentro al momento. Lo siento. Adam no dijo nada.

Me giré para mirar a Jon directamente a los ojos por primera vez desde que Adam hablara con él en la fiesta. Esta es tu cara de orgasmo, le dije. Así es, rara de cojones, ¿no? Me fascina la expresión única de placer de las personas que me gustan. Le quité el preservativo con la intención de reanimarle. Llegados a ese punto, aquello no podía durar tan poco. Veamos cómo hueles... a látex, a jabón, a sexo y, mmm..., a pimienta. ¿A pimienta? Espera, déjame confirmarlo. Sí, sabes también a pimienta. Mientras le chupaba, empecé a tocarme. Adam cogió un vaso y tomó un sorbo de whisky. ¿Te importa si apoyo el vaso en tu espalda? Seguro que lo había visto en algún vídeo guarro; la idea me excitó. Estuvimos un rato así: mi boca en el cuerpo de Jon, el cuerpo de Adam en el mío, los dos compartiendo un whisky caro que se iban pasando por encima de mi espalda.

Los cogí de la mano y los llevé hacia la habitación. Me gustaría que os tocarais para mí. Me senté sobre el colchón y los observé un rato. Los dos me miraban con los ojos turbios. Me deslicé hasta el suelo para verlos desde abajo. Ahora me miraban de reojo. Madre mía, qué excitante. Extendí mis manos hacia sus cuerpos, posé una sobre cada uno. Arriba, abajo, arriba, abajo. Adam me acarició el pelo; Jon, la mejilla. Así que te gusta esto, dijo Jon. Mucho. Me puse una polla en cada lado de la cara, lamía una y ahora otra. Adam se corrió en mi boca. Jon me tiró del brazo hacia arriba, me puse de pie y con un movimiento brusco me lanzó sobre la cama. Me dio un ataque de risa. Ríete, dijo. Colocó una mano sobre mi espalda, la arqueé, y con la otra me dio un pequeño azote en el culo. Me estremecí y agarré la sábana con las manos para no salir disparada.

Vi cómo Adam se sentaba en la butaca de la esquina. ¿Todo bien? Todo genial, es muy excitante verte así. Tú recupérate, le dije, en un rato quiero seguir de espaldas y no saber a quién tengo dentro. Adam, dijo Jon, ¿te importa si yo sigo mientras tanto? Por mí no paréis, pero lo que quiera Sofía. No pares, respondí yo. Cuando Adam vuelva a estar listo, me gustaría que os corrierais los dos a la vez en el mismo sitio. Jon se corrió en mi espalda en ese momento. Joder, exclamó riendo, soy incapaz de seguir indicaciones. Adam le relevó.

Me corrí mientras Jon me comía tumbado sobre la cama. Chicos, quiero que os pongáis detrás de mí y os vayáis alternando, a ver si averiguo quién es

quién. Jon, Adam, Adam, Jon, Jon, Adam... parecía que invocaba a John Adams. Terminé por perder la cuenta, también la cabeza; estaba agotada, borracha de alcohol y de sexo. Empecé a imaginar que había muchos más tíos en la habitación, que tenía a mi disposición una erección eterna. Estoy a punto de correrme otra vez, oí que decía Jon. Me giré y me tumbé boca arriba. Encima, por favor. Se corrió en mi clavícula. Un *cumlace*, ¿eh? Se tumbó. Luego le siguió Adam, intentando hacerlo en el mismo sitio. Se dejó caer sobre la cama como había hecho Jon, pero fue directo al suelo. Nos reímos. Lo que ha pasado aquí ha sido fantástico, dijo Jon, estoy muy agradecido. Adam volvió a subirse al colchón. Seis piernas. Y en ese mismo instante se terminó la música y se hizo el silencio. ¡Hemos echado un polvo tan largo como la discografía entera de Nouvelle Vague!

Jon se fue después de unos largos abrazos con cada uno de nosotros. Me desperté hacia las cuatro de la tarde con agujetas. Salimos a dar una vuelta por Central Park, que nos quedaba muy cerca. Hacía un día perfecto. Pero de repente Adam dijo que estaba muy callada. Estoy cansada, pero contenta de haber vivido esta experiencia. ¿Sí? Sí... Me encantaría viajar al pasado y decirle a mi Sofía adolescente, insegura, tímida y torpe, que no se preocupe, que vivirá cosas increíbles. Pero te noto apagada. Es cansancio, de verdad, ha sido como ir a un parque de atracciones... la excitación de subirme a la montaña rusa más alta, hasta que te bajas, mareada, y piensas que ha sido más bestia de lo que creías que iba a ser. ¿Fuimos demasiado bestias? No, no es eso, solo que ahora me apetece comer fruta, que me des un abrazo, querernos.

¿Te sigo gustando? Claro que me sigues gustando, Adam, incluso más que ayer. Pero no estuve a la altura de Jon. ¿Por qué? Estuve flojo. Estuviste generoso. Pero él lo hizo mucho mejor que yo. Pues estar con otro hizo que echara de menos tu olor, tu tacto..., aunque estuvieras ahí. Me alegro de oír eso. El mejor sexo sigue siendo el que llevo años mejorando contigo, si esperaba a dos Adams, me equivocaba. La asimetría de dos cuerpos distintos era algo con lo que no había contado. Te envidio, dijo él, me encantaría tener esa experiencia con dos mujeres. Lo sé. Le has regalado a Jon un recuerdo con el que tocarse toda la vida. Se lo hemos regalado los dos y él a nosotros. Aquella noche cociné para Adam su querida carbonara. Llevaba tiempo perfeccionando la receta, desde que le prometí que conseguiría preparar la mejor del mundo. En los últimos años había leído un sinfín de recetas y mantenía un registro de todas las pruebas, junto con los comentarios de

Adam. Los espaguetis están demasiado duros; la salsa de huevo, demasiado líquida; me gusta el beicon en trozos más grandes, más finos, más crujientes. Esa noche logré hacer la mejor de todas. Durante la cena, Adam me preguntó si me gustaría volver a quedar con Jon antes de irnos. Claro, para despedirnos. Para follar, digo, para hacerlo mejor. Estoy satisfecha, ¿tú no? Me quedaría más tranquilo si pudiera volver a repetirlo... ¡Me jode tanto no haber estado a la altura! Adam, fue perfectamente imperfecto.

No volvimos a ver a Jon hasta el último día, en su casa, donde nos invitó a cenar con unos amigos. De camino a Brooklyn nos preguntamos si él estaba buscando algo. Vamos viendo. Temíamos que las cosas se hubieran enrarecido entre nosotros, pero, cuando nos abrió la puerta, aclaramos nuestras dudas. Estaba como siempre. No supe cómo saludarle: quería darle un abrazo, pero al final aposté por los dos besos, como marca el protocolo entre conocidos. Noté que llevaba perfume y me pareció una señal de interés. Qué ilusión volver a pisar esta casa, nuestro primer hogar juntos.

Nos presentó a sus colegas, la mayoría españoles, también había algún italiano. ¿Dónde están los neoyorkinos? Mientras estuvimos viviendo aquí, dijo Adam, hicimos muchos amigos nuevos, pero al irnos nos dimos cuenta de que ninguno era realmente de la ciudad. Quizá llevaran años viviendo en Nueva York, pero todos habían llegado desde otro lugar, persiguiendo un sueño. Pero Nora es de Queens, ¿no? ¿Quién es Nora? Está al caer, dijo Jon. Y sí, es de Queens. Sonó el timbre. Uno de los amigos de Jon se levantó para abrir la puerta, mientras él terminaba de preparar unas tapas en la cocina abierta al salón. Vais a comer jamón y chorizo del bueno, mi madre me los trae escondidos al vacío dentro de paquetes de medias.

Entró una chica, saludando en español con acento americano. Jon dejó dos platos de embutidos sobre la mesa y le dio un beso en la boca. ¿Vosotros sois Sofía y Adam? Jon me ha hablado un montón de vosotros, ¿cómo lo habéis pasado? Bien, respondimos, intentando disimular la sorpresa. El otro día Jon no quiso decirme cuánto tiempo hace que salís juntos, mentí. ¡Dos años!, gritó él desde la cocina. No quise decírselo para que le picara la curiosidad, cariño, no te vayas a pensar que no sé cuánto tiempo llevamos saliendo. En verano hará dos años, confirmó ella sonriendo.

Me sentí culpable el resto de la noche y no pude dejar de pensar en ello. ¿Habría follado con Jon de haber sabido que tenía novia? No era cosa mía, pero a mí no me hubiera gustado que alguien me hiciera eso. Me jodió mucho

que Aviso besara a Adam sabiendo que él tenía pareja. ¿Pero no habría sido más humillante de haber sido ella quien le hubiera rechazado por esa razón? Ella no me hizo nada. Fue Adam, de inicio a fin. Prefiero creer en el criterio de cada uno, pensé, tanto si nos equivocamos como si no. Pero al llegar a casa vomité la cena.

CAPÍTULO 19

Gula soñadora, murmuró Adam al abrir los ojos aquella mañana, ya de vuelta en Barcelona. ¿Qué dices? Estaba soñando que tenía hambre, hambre en duermevela. No le entraba nunca nada por las mañanas a menos que estuviéramos en un hotel con desayuno continental. La lógica de eso se me escapa. También he tenido un sueño erótico, añadió. ¿Conmigo? Estabas tú, siempre estás tú. Y seguro que había alguien más. Otra chica. No me digas. Sí, estábamos los tres, aunque al principio os observaba un rato a vosotras. ¿Y quién era ella? No lo sé, pero tú estabas fantástica. Sabes que no era yo, ¿verdad? Pues se parecía mucho a ti. Dicen que cuando soñamos nos convertimos en todos los elementos del sueño, con lo que tú eras tú mismo y también eras yo, eras la otra chica, la cama, la habitación e incluso el tiempo que hacía fuera.

¿Y cuándo vamos a hacer eso? ¿Un trío con una chica? Sí. No lo sé. Pongámosle fecha. No creo que esto funcione así. Eso hará que no se retrase. Adam, tómatelo con calma. ¿Por qué? Porque la prisa no lleva lejos. Eso es fácil de decir cuando tú ya has estado con dos tíos. Toma ya. ¿Qué? Ese argumento no vale, listo. ¿Por qué no? Porque ahí estuvimos los dos. Pero ya me entiendes, Sofía. ¿Crees que me hiciste un favor? No, claro que no, pero los dos sabemos que eso fue un prelude. A mí no me hacía falta hacer un trío, Adam, y sin duda no pagaré ahora una compensación por haberlo hecho. No es una compensación. Lo es si no puede ser a mi ritmo.

De niña siempre me quedaba sola comiendo en la mesa. Siempre. Tardaba por lo menos una hora más que mi familia en acabarme lo que tuviera en el plato, y eso si no me quedaba dormida. Disfrutaba mucho comiendo, pero era sumamente lenta. Mis padres, en cambio, ambos de familias numerosas, se habían acostumbrado a comer con la máxima rapidez antes de que alguien se terminara lo que quedaba. No tenían paciencia para esperarme sentados y seguían con sus vidas alrededor de la mesa, incluso cuando íbamos a un

restaurante. Me esperaban dando una vuelta o aprovechaban para hacer alguna compra.

Durante mucho tiempo me molestó que no me acompañaran, pero con los años le fui encontrando la gracia a que se adaptaran a mí sin alterar mi ritmo. No me hacían correr, ni me obligaban a dejar la mitad del menú que me habría zampado con gusto, ni le pedían a un camarero que me pusiera las sobras en un tupper. Adam, sin embargo, no quería levantarse de la mesa y pensaba que observándome fijamente conseguiría que comiera más deprisa.

¿Te habrías enrollado con la novia de Jon? No, claro que no, Adam. Si ella hubiera querido, digo. Te he entendido. ¿Si hubiera insistido, le habrías dicho que no? No lo sé. Me excitaría mucho que me dijeras que sí. Tú me preguntas y yo te respondo, ¿es que era ella la otra chica del sueño? No, pero podrías ponerle algo más de emoción. Cómo nos hemos levantado, ¿no? ¿Cómo? De mala leche, Adam. Solo te digo lo que siento. Me haría ilusión que a ti también te excitara la idea. Pues sueñalo o pásame un guion de lo que necesitas que te responda. No te pongas así. Es que estás muy raro. Solo envidia la experiencia que has vivido. Estabas ahí, viviste lo de Jon con tanto o más entusiasmo que yo. Le expliqué que insistiéndome solo conseguía que me sintiera forzada racionalmente a hacer algo que yo aún no terminaba de sentir, algo que solo intuía que llegaría si me esperaba el tiempo necesario para que se acompasaran deseo y pensamiento. Creo que había llegado el punto en que eso le daba igual, solo necesitaba que pasara cuanto antes y como fuera. Para mí aquello era inaceptable, pero lo cierto es que me sentía un poco en deuda con él. Con el tiempo y todo lo que pasó después, me he dado cuenta de que Adam buscaba en mí reafirmarse a sí mismo y que esa simetría forzada entre los dos solo podía convertir nuestra relación en un trueque. No iba a transformarme en un bien de consumo, conseguiríamos hacerlo bien. Mira, Adam, será cuando sea, cuando aparezca alguien, cuando me apetezca. Le sonaba a excusa, temía que me estuviera engañando a mí misma. ¿Por qué iba a hacer eso? Es que no entiendo por qué te resulta tan complicado. Tú no eres yo, Adam.

Las aventuras no tenían que ser una prueba insoportable, un reto constante por demostrarme cuánta ansiedad podía llegar a tolerar. No me niegues el trío ahora, Sofía. No te lo estoy negando, solo digo que no te obsesiones. ¿Y qué propones? Nos podemos complementar bien, siempre lo hemos hecho. ¿Cómo? Vamos a hacer una cosa, le propuse, un juego. ¿Cuál? Que cada uno

piense una actividad para el otro. ¿Una actividad? Algo que tú creas que me puede gustar, por cómo soy, y yo lo mismo. Vale. Y una condición. ¿A qué te refieres? Pensamos en una actividad que le guste al otro, pero aparte hay que poner una condición que sea solo de uno. ¿Como qué? Pues..., por ejemplo, yo pienso en ir al acuario, que sé que te encanta, pero mi condición es que vayamos hasta allí a pie porque a mí me gusta pasear. ¿Y lo haremos? Tiraremos una moneda y a quien le toque organizará la salida. ¿Puede ser algo en casa? Claro, libertad total. Suena divertido. Pero piensa bien la actividad, Adam, tiene que ser más importante que la condición.

Tiramos la moneda y salió cara. Le tocó a él. Vamos a hacer una sesión de sexo tántrico, dijo Adam. ¡Me encanta! ¿Lo has hecho alguna vez? No, pero sé lo que es. Un ejercicio de elevación del sexo a un plano místico a través de la paciencia y la consciencia del presente, explicó Adam, he hecho mis deberes. ¿Y la condición? Que otro día hagamos lo que tú habías pensado para mí. De acuerdo, pero aún no te diré lo que era. Adam llenó la habitación de cojines y velas, prendió incienso, buscó música relajante y calentó una tetera de hierbas. Me pidió que me pusiera cómoda y me sentara de frente a él. Me cogió de las manos y me dijo que llevábamos mucho tiempo con fantasías en la cabeza, follando con los ojos cerrados para imaginarnos cosas que no estaban pasando, que solo habíamos vivido en el pasado o queríamos vivir en el futuro. Estoy de acuerdo. Creo que tienes razón, Sofía, que debemos volver a encontrarnos antes de plantearnos meter en nuestra cama a más personas. Dios, qué bien sentaba eso.

Me dejé llevar por sus indicaciones, respiré hondo y clavé mis ojos en los suyos, como me pedía. Seguimos todos los pasos, pero lo cierto es que al final fue un polvo más, solo que más lento. Conseguí estar presente a ratos, pero también me di cuenta de que acelerar mi placer recordando o imaginando era algo que estaba empezando a resultar difícil de evitar. Ha sido divertido, le dije. Sí, la novedad siempre lo es. Me ha relajado mucho sentirte a mi lado, no corriendo hacia otra cosa. Claro que estoy a tu lado, respondió, nunca voy a dejarte sola. Y ahora, tu condición. Es verdad, ¿vas a decirme qué habías pensado para mí? Claro. ¿Iremos al acuario a pie? No, iremos a un local como el de París que he encontrado en Barcelona. Se le iluminaron los ojos. Pero también está mi condición. Tú dirás. Iremos a mi ritmo, llegaremos hasta donde yo pueda. Si solo quiero pasear, será solo pasear. Que así sea.

CAPÍTULO 20

La puerta de entrada me recordó a las de los prostíbulos que se encuentran alrededor de la plaza Francesc Macià, que resultan invisibles hasta que estás preparada para verlas. Aquella era grande, blanca y brillante, con molduras geométricas y un gran pomo dorado, pulido como el pecho de la Julieta de Verona.

Abrió una mujer de unos sesenta años. Podría haber sido una tía lejana a la que, ocupada preparando nuestra llegada, no le había dado tiempo a arreglarse. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta negra que le caía hacia un lado dejando a la vista un hombro, y el pelo recogido en un moño. Pasad, pasad.

Por dentro, incluso antes de que se me acostumbraran los ojos a la oscuridad, se notaba que era un bar cutre venido a menos. La mujer nos dio la llave de una taquilla y nos invitó a tomarnos una copa. Todo eran hombres excepto ella. Eso me resultó alarmante. Nos sentamos. Tenéis que quitaros la ropa si bajáis, pero aquí arriba hay que estar siempre vestidos. De acuerdo. Lo pagaréis todo al final, añadió acercándonos los vasos.

Un señor triste y desaliñado se levantó de su taburete y arrastró los pies hasta una puerta que quedaba al final. Imaginé que era el baño. Di un sorbo a mi bebida. Momentos después vi a través de la copa un pene saliendo de la pared. Se me fue el alcohol por el otro lado y empecé a toser. El resto de clientes se me quedaron mirando. ¿Qué pasa? Creo que se ha asustado al ver eso, dijo la mujer señalando el muro. Es un *glory hole*. ¿Te apetece acercarte? Aunque fuera lo último que pudiera hacer en la vida, no, gracias.

Las parejas están abajo, nos indicó la mujer. Los hombres que vienen solos no pueden bajar a menos que se lo pida una pareja. ¿Y si es una pareja de hombres? Está prohibido, no tenemos manera de saber si son solo amigos y, si lo son, molestan mucho. ¿No hay problema con las parejas de mujeres? Claro que no, incluso si son amigas..., pero no vienen nunca solas.

¿Estáis buscando un unicornio?, nos preguntó cuando ya casi nos habíamos terminado la copa. ¿Disculpa? Un unicornio es lo que vienen buscando todas las parejas... Una chica joven y guapa, sin novio, que tenga ganas de montárselo con vosotros y no se enamore de ninguno de los dos. Suerte con eso, dijo sin esperar nuestra respuesta. Decidimos bajar. Al salir de los vestuarios, cubiertos con toallas, cruzamos una pequeña sala en penumbra, llena de butacas de cuero sintético frente a una gran pantalla con porno. No había nadie. Tiene su rollo, pensé, me ponía imaginarme que era una prostituta con un cliente atractivo. Nadie nos echará del cine si te la chupo en la butaca. Oh, sí, juguemos a eso.

La sala contigua era mucho más grande, como la de la orgía de París. Estaba cubierta de colchones de plástico iluminados en rojo. Al final había una puerta más. Detrás estaba completamente oscuro. Las paredes eran de la misma piel sintética que las butacas. Mierda, he tocado algo mojado. Sécate en la toalla, luego nos damos una buena ducha. Parece un túnel del terror, susurré. Seguimos andando. ¿Lo oyes? ¿El qué? Gemidos. Se escuchaban cada vez más cerca. Toqué el hombro de una mujer agachada. Hay alguien aquí, Sofía. Se oían inspiraciones y espiraciones, lametazos, suspiros, jadeos. Creo que son dos tíos y una tía, le dije a Adam al oído. ¿Con quién hablas?, oí que me preguntaba a lo lejos. Salí rápidamente de ahí.

Fuimos a parar a una habitación ocupada casi al completo por una bañera de hidromasaje. Una pareja de treinta y pocos charlaba en el agua. ¿Qué tal? Bien, ¿es la primera vez que venís? No, dijo la chica, venimos de vez en cuando. Ahora hacía ya un par de meses, ¿verdad? El chico dudó. O quizá más. ¿Os importa si entramos? Claro que no. Había un muro de medio metro alrededor de la bañera, tuve que levantar una pierna para meterme dentro. La chica debió de intuir mi apuro y le dio de repente un beso a su acompañante, momento que aproveché para entrar y zambullirme entre las burbujas.

¿Sois pareja? Sí, respondió Adam. ¿Vosotros no? Qué va, somos amigos, de esos que a veces quedan para meterse una raya y follar. Ah, qué bien, la amistad es bonita. ¿Qué os parece este sitio? Cutre, dije. A ver, que la idea puede ser divertida, pero... A nosotros nos gusta justamente por eso, porque es cutre, me interrumpió él. ¿El toque guarro? Eso, el toque guarro, dijo ella, estas cosas tienen que ser así. A mí también me gusta el toque guarro, dijo Adam. Nos da palo el postureo de esos locales más pijos y estirados que han abierto en Barcelona, dijo el chico, este es de toda la vida y, al fin y al cabo,

la gente termina desnuda, ¿qué más da? Adam se giró de repente hacia mí. Qué guapo era. Bajó los ojos para que le siguiera la mirada. Me costó unos segundos distinguir bajo el agua la mano de la chica, que había empezado a tocarle.

¿Te molesta?, me preguntó ella. No, solo se me hace un poco raro. Si quieres, paro. Adam parecía estar disfrutando. Pensé en mi condición, ir a mi ritmo. Si quieres, puedes pararlo, me dije a mí misma. Adam cerró los ojos y apoyó la cabeza en el muro. No hace falta. Era la primera vez que veía a otra mujer haciéndole eso. Le vi a él, en París, tocando una teta que no era mía, pero esta frontera era nueva.

La primera barrera sexual que superé en mi vida fue aceptar que yo me tocaba, y digo aceptar porque empecé a hacerlo antes de saber lo que hacía. Lo reservaba para los fines de semana, cuando íbamos a la casa de mis abuelos en el pueblo. Andaba hasta los campos cercanos y me escondía detrás de las balas de paja con la excusa de leer. La naturaleza me hacía de sordina.

Mis manos tendían sin más a explorar y la sensación agradable me animaba a repetir. Imaginaba que eso era el sexo, una gran caricia. A veces pensaba en algunas personas que me atraían por razones increíblemente específicas, como un compañero de clase porque era zurdo y muy amable con las cocineras del colegio o el veterinario del pueblo de mis abuelos maternos, porque me hacía reír y le gustaba Prince. Volvía a casa antes de que anocheciera, con los dedos arrugados y la mente contrariada.

El presagio de mi madre se iría cumpliendo y con los años estaría más interesada en pasar los fines de semana en la ciudad. Mi sentido de la responsabilidad consiguió que mis padres me dejaran quedarme sola en casa desde los doce años, aunque mis hermanos se fueran con amigos. Finalmente podría gemir en una cama, como se hace de verdad. En una ocasión incluso me decidí a llenar la bañera con globos de colores llenos de agua, excitada por la idea de tocarme sintiendo sus pliegues y curvas. Era domingo y en vez de globos tuve que contentarme con la caja entera de guantes de látex de usar y tirar que encontré bajo el fregadero de la cocina. Bendita suerte.

Me metí en la bañera con sumo cuidado, me recosté suavemente sobre mi arsenal de fantasía y empecé a masturbarme, abandonada por fin al placer después de una hora de preliminares hinchando los malditos guantes. Al más mínimo movimiento, el roce del plástico sonaba a rugido de tripas, pero, cuando uno se toca, lo hace con la pasión del amante nuevo, le pone toda la

energía porque nada importa más que saciar el capricho. Finalmente conseguí evadirme y, sin darme cuenta, estaba agarrándome a los guantes como si fueran las extremidades de otras personas, algunos incluso recibieron besos. Al poco rato me estaba follando la bañera entera de dedos de látex. Este tipo de recuerdos me hacen replantearme el concepto de virginidad. Aún tardaría seis o siete años más en tener sexo con otra persona.

Las mujeres estáis fantásticas en lugares como este, dijo el chico. ¿En bañeras? No, en este tipo de locales, donde antes solo entrabais si cobrabais. Ella seguía masturbando a Adam, que empezaba a poner cara de orgasmo. ¿Sabes que las orgías romanas las organizaban mujeres? No, respondí. Las que montaban las bacanales eran las sacerdotisas y al principio estaban reservadas solo para ellas. Qué interesante. Su compañera se levantó y salió del agua. Nos vamos. ¿Te has corrido?, le pregunté a Adam cuando desaparecieron. No..., creo que les has cortado un poco el rollo. ¿Yo? No estabas transmitiendo sexualidad. Pero ha sido él quien se ha puesto a recorrer los anales de la historia y ella quien ha decidido marcharse. Solo digo que impones un poco, Sofía, con cariño. Era cierto que me costaba mostrarme sensual, así de entrada, siempre me había pasado. Nos fuimos hasta la sala de los colchones y nos sentamos en una esquina a observar a la gente.

Una pareja muy joven se tumbó a nuestro lado. Ella se puso encima de él, se quitó la toalla y empezaron a follar. Creo que nos están invitando, le dije a Adam. Si te apetece unirte, ya sabes, solo tienes que decírmelo. Espérate. En París la gente hacía eso, se ponía cerca de otra pareja hasta llegar a tocarles, como quien no quiere la cosa. Creo que la invitación aún no es formal. Era hipnótico mirarlos tan de cerca. Llegó otra pareja, de la misma edad, y se puso al otro lado. Parecía que los imitaban. Los dos hombres tendidos sobre el colchón, ellas encima dando saltos. Las mujeres se cogieron de la mano, una le chupó un dedo a la otra, la otra le puso una mano en el pecho como haría un sordo con un altavoz. Y se besaron. Ellos se apartaron discretamente y se sentaron al borde del colchón. No intercambiaron palabra. Las dos chicas se abrazaron. La de encima se giró sobre ella misma hasta formar un sesenta y nueve.

Los hombres se miraron, asintieron y se pusieron de rodillas sobre el colchón, cada uno tras una mujer. Empezaron a follar con ellas, que seguían en la misma posición, hasta un orgasmo final que fue llegando escalonado

para todos. Al terminar se separaron, cogieron papel de una expendedora clavada en la pared, en la que no me había fijado. Se secaron, se saludaron, ellas con dos besos en las mejillas y ellos dándose la mano. Por un momento me pareció que estábamos viendo algo marcha atrás. ¿Sois de Barcelona?, oí que preguntaba uno, mientras andaban hacia las duchas. No, de Hospitalet. Adam y yo perdimos la vergüenza al verlos marcharse y continuamos con lo nuestro. A medio polvo, alguien se puso muy cerca de nosotros.

¿Me estás tocando? No soy yo, tienes a un tío detrás. Aparté la mano desconocida y seguí con lo mío, hasta que unos segundos más tarde me llegó su olor, dulce y masculino, caliente, untuoso como un pedazo de madera bañado en almizcle y aromas. Empecé a salivar y a distinguir la esencia en la lengua. Me sentí intoxicada, adicta a ese aire cocinado por el cuerpo de un hombre al que no veía. Inspiré con fuerza por el instinto de llevar su olor dentro de mi cuerpo. Me transportó a un lugar que no podía identificar. Era animal. Eso era, olía al veterinario, al veterinario del pueblo que me hacía reír y escuchaba a Prince. Extendí la mano hacia atrás sin girarme y toqué el olor vivo con la yema de los dedos, decepcionada de que la piel se interpusiera entre nosotros. Se le erizó, una erección en cada vello.

Ese tipo de cosas eran las más sensuales para mí. Me emocioné por nuestra vulnerabilidad compartida, por la poca importancia que tenían en ese momento los nombres, las condiciones sociales, los conflictos de cada uno. Somos personas, pensé, tan solo nos exploramos, regalando y recibiendo gestos altruistas de cariño. En un acto reflejo, me giré para verle. Era un señor de por lo menos setenta años, pequeño y flácido como un pollo desplumado, tenía una sonrisa burlona en la cara y una joroba descomunal en la espalda.

Me asaltó el rechazo y me fui corriendo al baño. Cuando volví, ya no estaba. ¿Qué ha pasado? ¿Tú has visto a ese tío? No me he fijado, dijo Adam. ¿Te acuerdas de Gollum, de *El señor de los anillos*? Sí... Pues su hermano feo. Me sentí culpable por haber dicho eso, por todo lo que me había atraído antes de verle.

Estábamos a punto de irnos cuando se acercó una pareja más, dos cuarentones atractivos. Iban vestidos. Se revolcaron junto a nosotros, aproximándose cada vez más haciendo la croqueta. Ella buscó a Adam con la mano, él se acercó. Sofía, me susurró, tú marcas el ritmo. Ella se desabotonó la camisa, llevaba una alianza. El hombre, mientras tanto, le estaba quitando

los pantalones. El mismo anillo. Ella le ofreció los pechos a Adam, él me miró. Yo estaba bien. Hundió la cabeza en ellos. El marido luchaba por desatracar uno de los pies de su mujer de la pernera del tejano y yo decidía qué hacer. Finalmente me acerqué a Adam, le aparté del pecho de aquella mujer y le miré las tetas. Eran muy bonitas, la piel suave y los pezones mojados de saliva. Ella me sonrió. Acerqué las manos, las toqué con delicadeza, me recordaron los globos de agua. Olía bien. Colocó una mano tras la nuca de Adam y le acercó de nuevo. Chupé el pezón que me quedaba más cerca. Adam hizo lo mismo con el otro.

¿Por qué no le haces algo a mi marido?, preguntó ella. Ha desistido de quitarme los pantalones. Le miré y él encogió los hombros. Se quitó la camiseta. El hombre estaba fuerte. Por qué no te acercas, le dije, me resistía a separarme demasiado de Adam. Se puso a mi lado, expectante. Le bajé la cremallera y empecé a hacerle una mamada. Parecía disfrutarla. Escuché a Adam pedirle lo mismo a la mujer. ¿Sin condón? No, eso nunca, me parece increíble que tu novia esté haciendo eso. Aparté corriendo la boca y escupí en el suelo. Joder, no lo he pensado. Tengo condones, dijo el marido. A mí ya me da mal rollo, respondió la mujer, hay que tener un poco de cabeza. Tardó varios minutos hasta que consiguió volver a pasar el pie por el pantalón para irse. No paro de cagarla, Adam. Lo que pasa es que estás acostumbrada a no intentarlo, si la cagas es que te has arriesgado y yo me alegro por ello.

Al salir del local nos encontramos a una de las parejas que se habían enrollado en los colchones. Habíamos dicho que solo follaríamos entre nosotros, le decía ella a él. No lo he pensado demasiado, cariño, el otro se ha puesto contigo y me he metido donde he podido. Pues habérselo dicho, era nuestra regla. Empezamos a andar en silencio detrás de ellos, espiando la conversación. Uno se deja llevar en estas situaciones, no podemos ser tan exigentes. ¿Por qué aceptaste entonces esa regla si a la primera de cambio has tenido que metérsela a una desconocida? No lo sé, decía él preocupado, no lo sé. Te has follado a otra cuando acordamos que no pasaría. Tú también te has follado a otro. ¡Yo no sabía a quién tenía detrás! ¿Me vas a decir que no has notado que no era yo? Pues no. Habían avanzado demasiado y ya no les oíamos. Qué pena discutir saliendo de un lugar así. Que no nos pase nunca. Que no nos pase nunca.

CAPÍTULO 21

El trayecto en tren desde Barcelona hasta Mataró, donde vive Jenni, es uno de mis favoritos, porque corre paralelo al mar en primera línea. Requiere un esfuerzo abstraerse de la atrocidad que supone para el paisaje que una vía férrea separe las ciudades de sus playas a lo largo de sesenta kilómetros, pero las vistas desde el vagón son inmejorables. Así somos los humanos, ignoramos que formamos parte de la foto si lo que tenemos enfrente nos distrae lo suficiente.

Jenni me esperaba en el aparcamiento de la estación, subida en su coche. Se estaba maquillando con la cara pegada al retrovisor; siempre que quedábamos la encontraba en la misma postura. Aquella noche íbamos a cenar y tomar unas copas. Jenni tenía poco criterio con los restaurantes, pero le gustaba escoger y a mí me daba igual. Aunque no haya nada que deteste más que pagar por una mala comida, comer era lo que menos importaba de estar con ella; pasar un rato con Jenni resultaba siempre tan alimenticio que compensaba el vino peleón y las croquetas descongeladas.

Me subí al coche y nos fuimos al restaurante. Pocas veces hablábamos de trabajo, pero Jenni estaba triunfando en el suyo. Era la comercial mejor valorada de su empresa, seguramente gracias a su talento para leer a la gente y a su desprecio por ciertos valores. Yo misma la había ayudado a falsificar el título de la universidad porque se veía capaz de asumir el cargo antes de terminar la carrera. Si no fuimos demasiado amigas en el instituto, era porque en ese momento me asustaba su inclinación a incomodar a la gente. Nunca le importó lo que pensarán los otros de ella, disfrutaba removiéndoles. Con el tiempo me di cuenta de que era algo admirable.

Cuando le conté que habíamos hecho un trío con Jon y todo lo que había sucedido en aquel antro de paredes revestidas de semen, respondió con genuina y alegre curiosidad. Hizo preguntas, le enseñé fotos de Jon, le describí los personajes del local de intercambio. ¿Lo haces por Adam? Así te

removía Jenni, mostrando sus dudas, sosteniéndolas con las manos con respeto, pero alzadas el tiempo que hiciera falta. Entiendo que pienses eso, me estoy poniendo en situaciones que yo no habría escogido. Por eso lo digo, Sofía. Son incómodas para mí, pero luego me siento orgullosa de haber estado ahí. ¿Por qué? Porque quiero explorar y estoy dejando que Adam me abra camino. ¿A qué precio? No sería tan tonta de meterme en esos jardines si quisiera tener una relación normal. Eso lo sé, pero ¿a qué precio? Pues al precio de ir más allá de mis límites, sí, ¿pero no dicen que lo interesante está fuera de la zona de confort? Tú la zona de confort te la pasaste hace ya tres pueblos. Sé que tendría que cuidar más de mí, de lo que yo quiero y cómo lo quiero, pero Adam es muy intenso y también estoy aprendiendo a tratarlo. ¿Aprende él a tratarte a ti? Intento que lo haga, sí. Llevas tú toda la carga, entonces. ¿Y cómo puedo hacerlo si no, Jenni? No lo sé.

Me preguntó qué era lo que quería explorar. Le expliqué que no quería convertirme en una mujer enjaulada y asustada. ¿Qué es lo que te hace sentir así? El amor, tal y como aprendemos todos que debe ser, una sola persona que reafirme todas nuestras expectativas y deseos. ¿No es eso lo que está pasando ahora con Adam? En cierto modo sí, porque estamos cruzando esa frontera, y en otro modo ya no. ¿No? Estoy intentando ver a Adam sin esperar que se convierta en mí. Eso está muy bien... siempre y cuando no te olvides de ti misma, no te vayas a convertir tú en él. Joder, Jenni. ¿Qué? Que tienes toda la razón, esa está siendo la lucha principal. ¿Entonces crees que no vas a ser monógama? No tengo ni idea, por el momento solo quiero poder escoger. Para poder escoger necesitas saber cuáles son las opciones. Y ahí está lo interesante, que me estoy conociendo, me estoy enfrentando a mi forma de sentir el amor y el erotismo.

Después de cenar paseamos hasta el mar. La oscuridad era absoluta, no sabía si creía que estaba viendo las olas porque las oía o de verdad podía verlas. ¿Te meterías en el agua? Solo lo haría contigo. Empezó a llover. Entremos, aunque nos dé miedo. No me da miedo. A mí sí me daba respeto. Nos quitamos la ropa y nos quedamos desnudas. No hacía demasiado frío, el agua aún estaría caliente tras el verano. Jenni me cogió de la mano y anduvimos hasta mojarnos los pies, desesperadas por sentir algo distinto. La solté y empecé a correr preguntándome si tenía los ojos abiertos o cerrados, daba lo mismo. Solo quería zambullirme en la oscuridad líquida. Me quedé inmersa en el silencio unos segundos.

Cuando salí a la superficie, Jenni estaba cerca, saltando sábanas de olas. ¿Por qué no está aquí todo el mundo? Porque llueve, porque hace frío. No tanto. ¡No tanto! Nos resistimos a girarnos hacia las luces. Estuvimos un rato así, sintiéndonos completamente presentes por cortesía de la naturaleza abrumadora.

Nos paseamos por Mataró empapadas de agua y rebozadas en arena, con el rímel corrido bajo los ojos. Vamos a ser malas, propuso Jenni. Me encantaba escucharla decir eso. ¿Cuál es el plan? El plan es muy sencillo, vamos a buscar una plaza, subirnos de pie a un banco y quedarnos quietas y calladas como si fuera lo más normal del mundo. ¿Y entonces? Eso que te cuesta tanto, Sofía, mantenerte en tu posición a pesar de lo que digan los demás. ¿Nos quedaremos ahí quietas? Verás como no dicen nada. Cuando una persona se sienta sola en un restaurante y se da cuenta de que no le gusta la carta o de que tenía que hacer otra cosa, no se marcha para que no parezca que tiene un comportamiento errático. Lo mismo pasa si estás sentada al fondo del autobús y te llama la atención algo frente al parabrisas. Una no se levanta y recorre el bus entero para mirar lo que le interesa, sino que se queda quieta y renuncia a lo que habría hecho de ser invisible. Si lo hiciera, no pasaría nada.

Algunas personas no se daban cuenta de nuestra presencia sobre los bancos de la plaza hasta que estaban muy cerca. Otras se acercaban lentamente y nos miraban como si fuéramos estatuas. Normalmente callaban de golpe, se cogían de la mano y pasaban de largo. Un hombre gritó al vernos y echó a correr. A nadie se le ocurrió preguntarnos qué estábamos haciendo. ¿Y si han naufragado?, le dijo una mujer a su marido como si no pudiéramos oírlos. Cuando se iban, nos partíamos de risa, hasta que aparecían los próximos.

Cuando se nos secaron el pelo y la ropa y la arena se desprendió de nuestras pieles, volvimos a ser personas corrientes, salvo por el maquillaje. Estábamos fumándonos el último cigarrillo cuando apareció una amiga de Jenni que volvía de una fiesta. Mírala, ¡la madre moderna! He dejado al niño con Carlos, dijo, acercándose. ¿Qué hacéis? Hablar un rato, siéntate con nosotras. Jenni le preguntó si tenía fantasías.

¿Sexuales? De las que quieras, añadí yo. Qué coño, sexuales. *Eyes Wide Shut*, dijo enseguida. La fiesta de las máscaras, ¿sabéis? O sea, las orgías, puntualizó Jenni. No, la corrigió, lo que me excita es el castillo en silencio, lleno de gente bien vestida con la cara cubierta... Haciendo orgías, dijo Jenni

de nuevo, no hace falta que te avergüences. Me avergonzaría contaros que me he masturbado esta tarde mientras mi hijo dormía, pero esto no me avergüenza porque sé que no es solo por las orgías. A mí también me parecería atractivo todo lo que rodea a las orgías, comenté. Me pidió un cigarrillo. ¿Pero tú fumas? No. Lo encendió. Ahora sí, tan solo a veces... ¿Estabais hablando de fantasías? No esperó a que respondiéramos. Si supiera cómo llegar, sin duda iría a un sitio como ese. ¿Con Carlos? No me lo planteo en serio y no estoy segura de que a él le gustara la idea. Pero dicen —se acercó más a nosotras y susurró— que hay un sitio exactamente así en Barcelona.

De vuelta a casa imaginé cómo debía de ser aquel lugar, si es que existía. Un castillo en la montaña de Collserola, quise pensar, con un jardín con flores. En mi cabeza era como la antigua finca de la familia Desvalls, construida dos siglos atrás en Horta. El famoso parque del laberinto es uno de sus jardines abiertos al público. Me vi corriendo descalza entre los muros de plantas, con flores en el pelo.

Cuando me tumbé en la cama, no podía dormir. Ya estaba amaneciendo. Me volví a levantar y puse la música con la que a veces despertaba poco a poco a Adam, subiendo ligeramente el volumen con cada canción. Busqué en Internet el sitio del que había hablado la amiga de Jenni, temiendo encontrarme con el antro al que habíamos ido u otro parecido. Adam empezó a murmurar, eran solo las ocho. Me encantaba darle besos cuando estaba dormido, susurrarle que aún era pronto, que podía seguir en la cama muchas horas más.

Encontré información sobre el Club del Fuego Infernal, una sociedad secreta de la Inglaterra del siglo XVIII de la que había formado parte Benjamin Franklin. Se decía que era un grupo elitista y hedonista que había empezado a reunirse en la mansión de Darshwood la noche de brujas de 1752. Como sucedió con ellas, la Iglesia no tardó en acusar al club de montar rituales satánicos y orgías. En esas reuniones entre intelectuales libertinos y mujeres de la alta sociedad, leí, era obligado asistir con la cara cubierta para proteger la identidad de los que querían hacer realidad unos deseos que a día de hoy siguen siendo motivo de vergüenza.

Y así llegué a las fiestas de Andrej Lorenc, un suizo que organizaba seis encuentros anuales en castillos europeos desde el año 2005. Los asistentes tenían que ponerse máscaras venecianas hechas a mano y capas de satén con

capucha. Lo que pasaba dentro del castillo, en este caso, estaba relacionado con el placer y con ninguna otra cosa. Su inspiración era *El relato soñado*, la novela corta de 1925 en la que se basó *Eyes Wide Shut*. Me estaba acercando.

La localización exacta del lugar de encuentro se comunicaba unas horas antes a los setenta invitados que lograban entrar en la lista y que se habían desplazado hasta la ciudad más cercana al castillo. La entrada costaba unos cuantos centenares de euros, pero era gratuita para las mujeres que fueran solas. Los hombres sin pareja o las parejas de hombres no podían entrar, como ya venía siendo habitual, para proteger a los asistentes de un campo de nabos de heterosexuales que se hicieran pasar por gays si no conseguían que ninguna mujer los acompañara. Y porque el sexo entre hombres les sigue pareciendo grotesco.

En las fiestas de Killing Kittens, que se iniciaron también en 2005, las mujeres eran además las responsables de llevar toda la iniciativa. Se decía que la fundadora era íntima amiga de Kate Middleton. El proceso de selección también parecía exigente: el resto de la comunidad decidía quién pasaba el corte después de revisar fotografías, datos físicos y también académicos. Lo llamaban aristocracia sexual.

Había algo de ese elitismo que me incomodaba y a la vez me daba tranquilidad. Acéptalo, Sofía, prefieres pagar por un menú gourmet servido en porcelana fina a comer en un bar de carretera. No es cierto, me refutaba a mí misma, un bar de carretera puede tener mucha magia. La cocina puede estar igual de sucia en un sitio que en otro. Me importan las sensaciones y los contrastes me las suelen producir. Lugares elegantes en los que pasan cosas guarras. Eso es. Me gusta la elegancia guarra.

Finalmente encontré un lugar en Barcelona que respondía a la descripción de la amiga de Jenni. Se trataba de un palacete a cuatro vientos levantado en 1906 por un maestro de obras que también concursó para encargarse de la mítica estatua de Colón en Barcelona. No consiguió ganar. El edificio estaba situado en el número 69 de una calle de la zona alta, a los pies del Tibidabo.

Cuatro pisos construidos sobre un terreno de ochocientos metros cuadrados, un torreón coronado por una cúpula de cerámica vidriada y un frontón presidido por un relieve del Corazón de Jesús que parecía ignorar lo que pasaba a sus espaldas. Tenía un jardín en la parte posterior. ¡Oh, sí, un jardín! Estaba cubierto de césped y rodeado de árboles y plantas. En el centro se distinguía una piscina vigilada por una mujer de piedra, seguramente parte

de la colección privada del propietario. Hacía pocos años que se había abierto aquel club liberal. Organizaban fiestas temáticas, bailes de fantasmas, noches de vampiros y hasta encuentros inspirados en *Cincuenta sombras de Grey* para los interesados en el sexo duro.

Emma me mandó una nota de audio cuando pasaban ya de las ocho y media. Creo que el lunes no iré a la oficina, he pasado mala noche. ¿Te encuentras mal?, ¿necesitas algo? Tengo el estómago revuelto, ¿qué haces tú despierta? Aún no me he ido a dormir, ayer quedé con una amiga y hace un rato que he vuelto a casa... Estoy desvelada. ¿Y qué haces? Acabo de descubrir el palacio de los placeres. ¿Qué es eso, Sofía? ¿Alguna vez te has preguntado dónde sale de fiesta la gente fina y corrompida? Pues van ahí. ¿Un sitio de esos donde la gente hace orgías? Qué manía... Es un palacete antiguo donde no hace falta meterse en orgías. Huelo a trío. Sobre todo irán parejas, no creo que haya mucha mujer joven y atractiva que pase así la noche del sábado. ¿Cenamos en mi casa el finde que viene y vamos juntas a verlo? Adam va a querer venir. Claro, que se venga.

Me gustaba la idea, Emma apreciaba la magia tanto como yo. A veces, cuando quedábamos de noche, se sobreexcitaba como una niña pequeña, me cogía del brazo y andaba inquieta esperando el momento de que una aventura la asaltara en una esquina o le cayera de un tejado. Una vez nos colamos en una boda que se estaba celebrando en un hotel. Abría los ojos como si se le fueran a salir, era una atractiva desequilibrada. Convicción y para dentro, Sofía, me dijo Emma frente al cartel con los nombres de los novios, a estas horas irán todos demasiado borrachos para preguntarse si hemos estado aquí todo el tiempo... y pongamos a prueba la relación, liguémonos a la esposa.

CAPÍTULO 22

Aquella semana bajé Las Ramblas andando cada día para llegar al trabajo, desde la plaza de Cataluña hasta la plaza Real. El viernes me di cuenta de que miraba al suelo todo el rato, esquivando pies de turistas y cubos de flores. Me propuse levantar la cabeza y verles los ojos a las personas con las que me cruzaba. No puede ser tan difícil. Lo era, hasta que lo hice y vi que nadie me miraba a mí. Sonreiré a quien me aguante la mirada más de tres segundos. A pesar de los varios centenares de personas con los que coincidí, no pasó ni una vez.

Llegué al cruce del pasaje Colón y entré en la pequeña cafetería donde vendían los mejores cruasanes de chocolate de la ciudad. Pedí uno para llevar a la chica que atendía tras el mostrador, sin apartar la mirada del cesto de cruasanes. Les sonreí. Estaban recién hechos: habían empañado el cristal de la vitrina. Y un café americano, por favor. Me senté en un taburete unos metros más allá y me fijé en ella. Tenía el pelo de un naranja imposible cogido en un moño deshilachado a la altura de la nuca. Algunos moños mal hechos parecen obra de ninfas y colibríes, otros quedan como si vinieras de traficar con droga. Aquel era de los primeros.

Levantó la mirada mientras esperaba que la máquina de café me llenara el vaso. Un Misisipi. Siguió mirándome. Dos Misisipis. Aún me observaba. Tres Misisipis. Le sonreí y me devolvió la sonrisa. Bajé la cabeza, satisfecha y agitada. Qué bonito momento, tan tonto, tan corto, solo nuestro. ¿Quieres azúcar? No, gracias. Podía volverme adicta a esos instantes fugaces y tiernos tan humanos con desconocidos, y pensé que jugaría a ese juego toda la noche en aquel palacete. ¿Cómo podía algo tan insignificante ser tan revolucionario para mí?

Adam me escribió mientras subía las escaleras de la oficina. Estaba pensando en esta noche, decía, y he empezado a tocarme imaginándote. No sabía qué responderle. ¿Cómo me estaría imaginando? Me agobié. Quería

contarle lo de la chica de la cafetería, pero habría hecho falta un poeta para entenderme. Estoy reunida, luego hablamos. Al volver a casa unas horas más tarde, me olvidé de mirar a la gente y subí Las Ramblas enganchada al móvil. Hice algunas búsquedas impulsivas, que no me devolvieron resultados, tan solo el recordatorio de que mi pregunta era absurda. Fue como cuando enciendes la cámara y tienes activada la frontal, tu propio reflejo te da un puñetazo. Así de fea eres normalmente. Quería encontrar testimonios de gente corriente. ¿Dónde estaban las Marías y los Josés que querían pasárselo bien con sus parejas, pero a la hora de la verdad se asustaban? ¿Qué era lo peor que podía pasar? Emma estaría allí.

Estoy nervioso, anunció Adam cuando se lo propuse. ¿De verdad? Cada vez que hacemos algo así, me siento como si fuera a jugar un partido de fútbol con un equipo nuevo con el que no he jugado nunca. Me siento como tú. No hace falta ir. Era todo lo que necesitaba oír. Si no es este fin de semana, será otro, Sofía. Algo me decía que teníamos que lanzarnos. No hay que hacer nada que no nos apetezca a los dos, no hay que hacer nada. Sentí que nos estábamos cuidando, en ese preciso momento, me tranquilicé y le propuse seguir con los planes. Vale.

Nos reímos, gritamos, pusimos música y nos preparamos copas, bailamos por la casa, de repente follamos, comimos algo, nos sentamos a hablar, encendimos cigarrillos, nos vestimos, nos acicalamos en el espejo uno junto al otro, mucho más de lo normal, tanto como cuando estábamos solteros. He estado pensando en qué es lo peor que podría pasar, le dije, para intentar entender qué es lo que me da miedo. ¿Y qué es? Lo primero, perderme. ¿Y lo segundo? Ser la mejor, sentirme importante para ti. A él le pasaba algo parecido, no le quitaba el sueño que otro me hiciera disfrutar si él seguía por lo menos a la altura. A mí me da miedo fallar, dijo, como aquel día con Jon. No fallaste. Pero él estuvo mejor que yo... y no es que prefiriera que hubiera estado peor, solo yo quería haber estado mejor de lo que estuve.

El código de vestimenta era elegante y sexy —eso decían en su web—, así que me vestí como si fuera a la fiesta de graduación de una universidad de pago. Tenía una camiseta de seda negra con un estampado de hojas verdes que siempre pensé que era suficientemente larga como para servir de vestido, pero demasiado corta para la vida real. Ese era el día. Lo más probable es que hagan que nos desnudemos antes de entrar. No, en su web dicen que puedes ir vestido. Al maquillarme, me pinté un lunar que no existía, bajo el ojo

izquierdo, como la vedette Dita Von Teese. No sé por qué lo hice, quizá era mi pequeña máscara o quizá una marca de guerra, acumulación dérmica de coraje, pero desde aquel momento me lo pinté siempre antes de salir hacia una aventura de ese tipo.

Adam me trajo un bourbon. Se había puesto sus pantalones más caros, que se compró en un arrebató dos años antes en una de sus tiendas favoritas. Llevaba una camisa verde botella, chupa de piel negra y unos zapatos Oxford. ¿Qué opinas? Creo que estás muy bueno. ¿Me van a dejar entrar? Te van a hacer la ola mientras entras. Qué tonta. ¿Me permite un baile, caballero? Sonaba la versión de Roseaux del *Walking on the moon*. Esos momentos, tranquilos en casa, a punto de salir fuera pero aún dentro, serían los que más echaría de menos con el tiempo. La seducción sencilla, la cotidianidad sensual, la conexión a ritmo de jazz, abrazados en nuestro refugio seguro. Señorita, deje de mirarle el culo a mi mujer, dijo Adam dirigiéndose al maniquí que teníamos en una esquina de la sala. Me lo habían regalado mis padres cuando, al terminar la universidad, quise aprender a coser.

Emma nos esperaba en la puerta de su casa con un cubata en cada mano. ¿Os gusta el ron con Coca-Cola? Antes de que pudiéramos responder, nos dijo que no tenía nada más que eso y una botella de vino para la cena. Venga, contadme dónde vamos a ir mientras termino de cocinar. Le preocupaba entrar sin pareja por si se le echaban todos encima. Tienen un código de conducta muy estricto, puedes decir que no tantas veces como quieras, que nadie se va a molestar. Todo el mundo nos va a estar siguiendo, dijo, esperando que hagamos un trío. Si no nos mola el rollo, nos vamos.

¿Y no va a estar lleno de viejos? No lo sé, Emma, esperemos que no. Llevamos los platos al comedor. Emma había preparado una ensalada con mozzarella y granada y unos filetes de ternera con foie: siempre cocinaba lo mismo cuando invitaba a su casa. ¿Esperáis algo de esta noche? No, pero ya sabes que se nos metió en la cabeza hacer un trío, explicó Adam. Y la camarera pasó de vosotros. Bueno, hubo una oportunidad. No, no la hubo, dije yo. Pero de no haber tenido la regla, tampoco te habrías atrevido, Sofía. Cuando hablamos la última vez, estabas cagada de miedo. Es verdad, le respondí a Emma, se me mueven muchas cosas. Para Adam se trata de follarse a una mujer más; para mí consiste en follarme a la primera mujer. A las mujeres nos gusta menos el sexo, dijo Emma, somos más complejas y

emocionales. Cómo puedes decir eso, tú que eres de las pocas chicas que conozco que admite que ve porno, que sueña con pollas, que les compra vibradores a sus novias. Creo que soy una excepción. Las lesbianas terminamos por follar poco y hablar mucho. Yo creía que lo que era una excepción es que a Emma no le diera vergüenza hablar de ello.

Me gusta el porno gay, soltó de repente. Normal, dijo Adam. Pero entre hombres. Ah, joder. ¿Qué pasa? ¿No será que tú no te la has pelado viendo a dos mujeres? Bueno, es distinto. Ah, sí, ¿por qué? Porque el sexo entre mujeres es universalmente excitante. No, le increpó Emma, lo que pasa es que todo lo que les guste a los hombres heterosexuales se considera universal. A mí me excita la idea de ver cómo ella disfruta con otra persona, confesó Adam. ¿Y a ti, Sofía? No lo sé, me pone imaginarle con otra mujer, pero a la vez siento celos. A mí en cambio no me pasa, continuó Adam, los celos no los siento. Quizá en el fondo no lo quieres, Sofía. Confío más en mi cuerpo que en mi cabeza, Emma, sé que los celos me enseñan algo. ¿El qué? Necesito saber que si Adam finalmente prefiere estar con otra, no tiene nada que ver conmigo y habría pasado igualmente aunque no se la hubiera follado. Pero eso ayuda, dijo Emma. O al revés, añadió Adam.

¿Tú podrías hacerlo, Emma? ¿El qué? Algo así, con tu pareja. No, no podría verla con otra. Les has sido infiel a todas tus novias, le recordé a Emma, son ellas las que tendrían que estar preocupadas. En todo caso, cambió ella de tema, dirigiéndose a mí, más allá de tus rayadas con tus retos, ¿estás preparada para comerte un coño? Qué vergüenza. Emma cerró los ojos. Me lo estoy imaginando, dijo. Para, Emma. Mmm... lo haces bastante bien. Cogí mi vaso de agua y vacié lo que quedaba sobre su cabeza. ¿Qué haces? Te estabas calentando demasiado. Con lo que le gustaría a Adam ver cómo te comes una almejita. Ni te lo imaginas, aseguró él. Callaos ya. Adam y yo te ayudamos. ¿Es muy pronto para ir hacia allá? A Emma le habían hablado de una asociación de fumadores de cannabis cerca de su casa. Me han dicho que es como un club inglés, con chimeneas, sofás de cuero, un billar... Sirven vino y porros, ¿nos hacemos socios?

Esperaba encontrar una nube de humo, pero apenas olía a hierba. Tenemos un sistema de ventilación muy potente, nos contaron mientras recorriamos un pequeño pasillo cubierto de estanterías con libros. Podéis tomar prestados los que queráis y traernos los que ya no os quepan en casa.

Una banda de jazz tocaba swing en directo. El sitio estaba lleno a reventar.

Pedimos unas copas de vino y las llevamos hasta la única mesa que estaba vacía. Anda, dime algunos trucos para ligar con mujeres, le pedí a Emma. Ella me cogió por la cintura y me acercó a su cuerpo. La tía Emma te va a enseñar lo que necesites, pequeña padawan. Tenía su rodilla entre mis piernas, rozándome mientras me hablaba.

¿Ves a esa chica en la barra con la diadema de flores? Sí. Cogió mi copa de vino y se la bebió del tirón. Vete a buscar otra, mírala fijamente mientras esperas a que te sirvan y ella terminará por mirarte. Entonces le dices que te gusta mucho su diadema y que debe de servirle para ligar. Mírale la boca. Hice lo que me había aconsejado Emma y la chica me respondió que no le hacía falta ligar, que tenía novio. Bueno, eso no quita que haya gente que se fije en ti. Sonrió y me sentí poderosa. Busqué la aprobación de Emma a lo lejos, pero estaba hablando con Adam. Me acerqué. Adam dice que por qué no nos dejamos de tonterías y hacemos el trío nosotros. Le estaba diciendo que sería divertido, continuó Emma, pero que tú no quieres follar conmigo. Y tú, Emma, ¿quieres follar con un tío? No lo hago desde los dieciséis. Su primer y único novio resultó ser gay.

Juguemos una partida al billar, Emma y yo contra Adam. ¿Follarías conmigo, entonces?, me preguntó Emma mientras le ponía tiza a su taco. Ya sabes la respuesta, lo hemos hablado muchas veces. Adam me miraba nervioso mientras se preparaba para el primer tiro. Podríamos estar las dos con él sin apenas tocarnos, dijo ella. No le veo la gracia. En realidad, Emma tan solo se estaba dejando llevar por la sensación de sentirse deseada en un momento en el que estaba muy sola, me daría cuenta con el tiempo. Dos meses antes su novia la había dejado al enterarse de que Emma le había puesto los cuernos.

Quizá tendría que invitar a una amiga esta noche, para que se venga conmigo. ¿Por qué? Es que vosotros iréis a por vuestras historias y no quiero quedarme colgada. Eso no va a pasar. ¿No vais a hacer nada? La idea es conocer el sitio por primera vez, ¿por qué no vamos y nos dejamos llevar sin más? A ver si me responde, dijo Emma ya con el móvil en la mano y salió a la calle porque dentro no había cobertura. Adam y yo la esperamos en un sofá. El club se había vaciado, era casi la una. Estoy flipando con Emma, murmuró Adam, tenemos que irnos rápido para allá. No me hagas un Abril, le respondí a Adam. ¿Un Abril? Hablar con Emma de hacer cosas los tres sin que yo esté en la conversación.

Cuando Emma volvió, parecía que le hubiera bajado el alcohol de golpe. Mi amiga no va a venir. Pues vayamos tirando. Paso, dijo Emma. ¿Qué? Me voy para casa, he bebido demasiado y el porro me ha rematado... Ya iremos otro día. Pues si no te importa, Emma, nosotros vamos a coger un taxi. Quizá si no la hubieras rechazado, comentó Adam de camino al club liberal, se habría venido. Quizá, pero la he rechazado. ¿No te gusta nada Emma? No me veo haciendo un trío con una amiga. Una amiga lesbiana. Eso no cambia nada. Yo diría que sí. No seas neandertal, Adam, ser lesbiana no la convierte en un juguete. Tienes razón.

Nos bajamos del taxi. ¿Tú crees que este sabe dónde nos ha llevado? Seguramente. Salía música del jardín, también se escuchaban risas y gente hablando, no se veía nada tras la reja. ¿Entramos? ¿De verdad quieres? Claro, Adam, en ningún momento me he echado atrás. Pero si no tienes la intención de hacer nada ahí dentro, quizá es mejor que nos vayamos. ¿Qué? Nos sentamos en un banco frente a la puerta de hierro forjado. Que si vamos a ir solo a mirar, no vale la pena pagar, la entrada no es barata. Pero vamos a tener que hacerlo algún día. Sí, pero o vamos a por todas o no vamos. En casa decías que no haríamos nada que no nos apeteciera a los dos. Por eso, si no te apetece hacer nada, no entremos. Me apetece entrar, ¿no es hacer algo el pasearnos por todos los rincones de esta casa, observar a la gente, tomarnos una copa en el jardín con los pies en la piscina y, en definitiva, sentirnos cómodos? Es un local swinger, no la casa de la pradera. Me da igual lo que sea. Si tu condición para entrar es que folle con alguien, no puedo hacerlo.

Éramos la típica pareja que discutía en la puerta. ¿No querías perder el miedo, ser más impulsiva? No de esta manera. Añadió que lo que yo quería era una libertad controlada y que eso era una contradicción. No quieres ir a la selva, Sofía, quieres ir a un zoo. ¿Y qué es esto sino un zoo?, ¿has visto la verja? Antes de tocar los animales, quiero verles los dientes, Adam. ¿Por qué coño es tan complicado de entender? Porque tengo muchas ganas de que pasen cosas. Lo sé, pero también puedes estarle más agradecido a la vida con lo que tienes, con lo que ya está sucediendo..., con poder simplemente hablar con una amiga mía de follártela. Eso no es nada si no pasa.

CAPÍTULO 23

Me senté con las piernas cruzadas en el suelo del salón. Rememoré las indicaciones que me daba mi padre cuando me unía a sus sesiones matutinas de meditación. Respiré hondo tres veces, cerrando los ojos con la tercera exhalación. Intenté concentrarme en los sonidos, esforzándome en dejar pasar los pensamientos que mi mente insistía en no abandonar. Esto te va grande, ¿a qué juegas? Traté de ignorar la cabeza enfocando toda mi atención en los pequeños ruidos que llegaban a mis oídos. Un vecino debía de estar colgando cuadros. ¿A estas horas? Alguien pasaba el aspirador. Yo también debería pasar el aspirador. Un niño gritaba en la calle que algo no le gustaba. Eso debería decir yo, con esa contundencia.

Empecé a recorrer mentalmente mi cuerpo, de arriba abajo, atenta a lo que notaba. Me dolía la cabeza, tenía flemas en la garganta y un cosquilleo en la rodilla izquierda. Los pensamientos obsesivos seguían pidiendo audiencia. Conseguí llegar hasta los dedos de los pies. Me enfoqué en atender a mi respiración, en que no se alterara. La sentía en la barriga. Fui contando las inhalaciones y las exhalaciones, hasta diez y vuelta a empezar. Dieciocho, diecinueve... Mierda, he vuelto a distraerme. Otra vez. Finalmente conseguí que mi mente no se entretuviera con ningún pensamiento durante unos pocos minutos. ¿Sofía? Adam se había despertado.

No voy a enamorarme nunca de Emma, dijo medio dormido. Me acerqué hasta la cama. No me preocupa eso, solo tengo la sensación de que yo voy rezagada y no me esperas. Puedo ir más lento o tú puedes ir más rápido, una de dos. No estoy de acuerdo. Se incorporó. Pero si es de una lógica aplastante. Yo no puedo ir a tu ritmo, Adam, pero tú sí puedes ir al mío. ¿Y si te llevo en brazos? Creo que pensó que eso me halagaría. No, en brazos ni de coña. ¿Con una carretilla? Uno de mis problemas era que Adam me hacía reír, y eso dificultaba gritar un «no me gusta» con contundencia.

Volvamos al sitio de ayer, le propuse, me apetece verlo. A mí también.

Pero solo verlo. Me parece bien, prefiero eso que nada. ¿Verdad? Sí. Pues eso es adaptarte a mi ritmo, bajar la marcha o nada. Llegamos frente a la verja de hierro forjado pasada la medianoche. Un taxi paró a nuestro lado y de él salió una pareja de unos treinta y tantos. Buenas noches. Buenas. Miré al suelo. La cabeza alta, Sofía. Me incomoda encontrarme gente en la entrada. Pulsaron el timbre y se encendió una pantalla. Pasad.

¿Entramos con ellos? Un momento. Se cerró la puerta. Respiré hondo tres veces y le di al timbre. Subimos por unas escaleras de piedra que giraban tras una hilera de plantas que escondían la entrada al interior de la casa. Un señor enfundado en un traje nos dio paso al recibidor. La pareja con la que habíamos coincidido estaba cruzando una gran cortina de terciopelo rojo que quedaba al fondo.

Bienvenidos, dijo una chica joven, ¿os tenemos registrados? No. Vais a tener que darme las chaquetas, el bolso y los móviles. Necesito los teléfonos, está totalmente prohibido pasar con ellos. Os daré una pulsera electrónica que contabilizará todo lo que consumáis, tenéis cinco copas incluidas. Cargó con nuestras cosas y desapareció tras una puerta. Este trabajo un día lo harán drones, comentó Adam. La chica volvió a aparecer. ¿Vais a necesitar taquilla? No sé. No tengáis prisa. Tenéis piscina, ¿verdad?, pregunté. Sí, pero hace un poco de frío para bañarse. La llave va con pulsera para que no la perdáis si os quedáis sin bolsillos. Se rio de su propia broma.

En el tercer piso tenéis el torreón, que es una zona VIP. Si queréis entrar, venid aquí para que os lo añada a la cuenta... o podéis subir libremente si os invita una pareja que haya pagado su entrada. De acuerdo. Eso es todo... Espero que disfrutéis, dijo, abriendo la cortina roja para que pasáramos. ¡Bienvenidos!, oímos que les decía a los siguientes visitantes, ya desde el otro lado.

Nos quedamos unos minutos frente al vestíbulo. A la derecha nacía una amplia escalera de mármol, guardada por la estatua de una mujer desnuda que estaba iluminada por un foco. Más allá se intuía una puerta acristalada. A diferencia de lo que esperaba, reinaba el silencio. Sonaba una música melosa, como de ascensor de un centro comercial de otra época. Algunas personas tomaban algo en las butacas junto a un ventanal y charlaban en voz baja.

Una pareja se detuvo delante de nosotros. Nos daban la espalda y parecía que estaban decidiendo hacia dónde ir. Él iba con traje negro. A ese le vamos a llamar Peter, dijo Adam. Ella llevaba un vestido rojo, uno de los tirantes se

le había deslizado por el brazo. Emily, dije yo. Algo muy gracioso debió de decir Peter, porque Emily estalló en risas. Él le puso la mano en la cintura, le levantó el vestido y le dio una palmada en el culo. No llevaba bragas. Joder.

Los seguimos hacia el salón que quedaba a la izquierda, flanqueado por un bar y una puerta con una cortina de perlas. Al otro lado de la cortina había una chimenea encendida. La apartamos con cautela y las perlas sonaron a río. El fuego resultaba hipnótico y el resto de la sala estaba a oscuras. Sofía, me susurró Adam, mira hacia allí. Cuando se me acostumbró la vista, vi a un hombre sentado en una butaca junto al fuego. Tenía en su regazo a una mujer. Nos miraron. ¿Has visto? Sí. Pero entonces me fijé. Él tenía los dedos bajo su falda, incluso se oía la humedad del gesto. Los retiró y, sin apartar la vista, los llevó hasta la boca de ella, que los chupó de arriba abajo.

Cruzamos el salón hasta el bar, donde Peter y Emily compartían una botella de champán en un cuenco con hielo. Ella estaba sentada en uno de los taburetes, que eran transparentes. ¿Os pongo algo? Dos gin-tonics, por favor. Quiero agacharme, le dije a Adam. ¿Por qué? No lleva bragas. ¿Te pone? Quiero agacharme. Hazlo. Emily aún tenía uno de los tirantes bajados y se le veía un pecho. Como si me hubiera comunicado telepáticamente con él, Peter le pellizcó el pezón. ¿Cuántas veces nos hemos puesto cachondos en una discoteca?

¿Todas? ¿Cuántas veces me habrías hecho eso en mitad de la pista? Muchas. ¿Eres consciente de que aquí puedes? Podría bajarme ahora mismo la cremallera del pantalón y que me la chuparas. Me acerqué y le bajé la cremallera con dramatismo. Chicos, sexo aquí no. Era el camarero. ¿Cómo? Donde queráis, pero no en la barra. Ups. Huimos.

Seguimos nuestro paseo con las copas en la mano. Nos acercamos hasta la puerta de cristal vidriado que quedaba junto a la escalera. ¿Qué crees que hay detrás? ¿Un pasillo? Sofía, un poco de magia. Un coro de orquesta lírica haciéndole un *bukake* a un tío. Había un pasillo con más estatuas.

Espera, ¿y esta? Antes de llegar al final encontramos una puerta más. Muy pequeña, de madera, parecía un armario. Tras ella había una escalera. Quizá no deberíamos... Hay una luz roja al final, bajemos. Qué bien lo estaba pasando. Olía a humedad, pensé en una bodega. ¿Pero has visto lo que hay aquí? Clavados en cruz, directamente sobre la piedra, había dos listones de madera con cuatro esposas, una para cada extremidad. Al lado, un colgador con todo tipo de fustas y látigos, con empuñadura de látex, de cristal, de

madera, con tiras de cuero, de satén, con plumas. Cuerdas y vendas para los ojos. ¿Y esto? Parece bastante evidente, ¿no? Me subí a un sofá plateado que tenía forma ondulada, primero hacía una onda más pronunciada y luego una más pequeña, como una eme redondeada o una ola. Para ver la tele seguro que no es.

Estírate, me ordenó Adam con autoridad. ¿Cómo? He dicho que te estires. Me entró la risa. Me puse boca abajo sobre la curvatura más alta. Ah..., ya veo. El culo me quedaba a la altura de su cintura, él seguía de pie. Me levantó el vestido. Estaba de espaldas al colgador y oí a Adam escoger juguetes. No me hagas daño. Claro que no, dijo, acariciándome las nalgas con lo que parecía una pequeña fusta. Estamos en una mazmorra, necesitamos una palabra clave.

¡Tormenta!, exclamé. ¿Tormenta? He pensado en tormento. Cuando sea excesivo, diré esa palabra y pararás. Pues «tormenta» es el nuevo «no». ¿Así puedo decirte que no tantas veces como quiera y no me harás caso? Exactamente, corroboró. Pues, por favor, supliqué, no me des con eso, NO ME DES. Pam. Me estremecí. Ya sabemos por qué huele a humedad, dijo Adam. Oímos abrirse la puerta de arriba, alguien bajaba la escalera. Tormenta. Me levanté rápidamente, me bajé el vestido y lo estiré con las manos. Buenas noches. ¿Vamos?

Podríamos haber seguido, dijo Adam. Se me ha acelerado el corazón, como si nos hubieran pillado haciendo algo malo. Volvamos después. Encontramos una puerta de cristal llena de marcas de manos que daba al jardín. Árboles crecidos, plantas y flores, entre las que se escondían más y más esculturas de hombres y mujeres desnudos. El suelo estaba cubierto de piedras de río hasta la piscina rectangular rodeada de césped. Bajo un cobertizo de madera, un grupo charlaba sobre unos sofás rojos rodeados de estufas de gas.

Vosotros sois nuevos, nos dijo un chico al vernos. Es la primera vez que venimos. Le sonreí. ¿Vosotros os conocéis? Quedamos por Internet, somos miembros de una red social de swingers. Aquella red era una especie de catálogo de pollas y tetas, donde las parejas empezaban a hablar para después quedar en un local como ese. Ninguno parecía tener más de treinta años. Adam fue a buscar dos copas más. Será un tópico, pero pensaba que los swingers eran mayores.

¿Tú no eres swinger? Me resulta imposible etiquetarme. Me miraron

extrañados. Me senté en el único sitio que quedaba libre. Yo soy Diana, la mujer del chico que os ha saludado. Me presenté. ¿Estáis disfrutando de la noche? Está siendo divertida, por el momento solo hemos explorado la primera planta. Pues os espera lo mejor. ¿Habéis estado ya en la discoteca? Me señaló un invernadero al otro lado del jardín, de donde salían luces estroboscópicas. Aún no. Adam volvió y Diana le hizo sitio a mi lado. Cariño, estoy cachonda, le dijo a su marido, que estaba de pie frente al grupo. Siempre igual, le respondió él con ironía, compórtate, por favor.

Diana y su marido tenían veintinueve años y hacía seis que se movían por ambientes liberales. Tenían un hijo, habían empezado a salir muy jóvenes y ella se quedó embarazada antes de cumplir los veinte. Tuvimos que encontrar una forma de sobrevivir, contó él. Diana empezó a gatear por el suelo de madera, maullando. Cariño, charlemos un rato con estos amigos y luego te llevo para arriba. Carla me ha dejado seco para un buen rato. Una chica se rio entre dientes. Estaba cogida de la mano de un chico. ¿Crees que esa es Carla?, le susurré a Adam. No lo sé... Es que Carla es muy Carla, dijo el chico que la acompañaba, antes de darle un beso. Espero que se haya limpiado la boca, amigo, añadió el marido de Diana. Es Carla, qué fuerte.

Diana gateó hacia nosotros. Se le balanceaban los pendientes. Llegó hasta los pies de Adam y restregó las mejillas en sus piernas. El resto seguía hablando. Yo no sabía qué hacer, así que la miraba. Tenía la barbilla bajada, los ojos clavados en los de Adam, parecía que pedía permiso. Empezó a lamerle las rodillas sobre la tela. Él fue abriendo lentamente las piernas, inclinó la cabeza y le puso una mano sobre el pelo. Algo de todo eso me estaba gustando muchísimo. ¿Puedo?, me preguntó Diana, ahora mirándome a mí. Tú misma, dije sin pensar. El corazón me aporreaba la frente, parecía que quería salir. Diana abrió la boca sobre su bragueta, con las manos aún en el suelo. Ahora miraban todos y yo no sabía dónde meterme, como cuando un grupo te canta el feliz cumpleaños. Dolía y mojaba, a la vez. Las primeras veces es todo muy confuso, oí que murmuraba alguien a mi izquierda.

Adam se desabrochó el botón del pantalón y Diana le chupó la piel por primera vez, sin dejar de mirarle. No sé si estoy excitada o celosa, le dije a la chica de la izquierda. Es fascinante, ¿verdad? Estoy dividida, como si me resultara placentero que me cortaran una pierna. Nadie le está haciendo daño a nadie, mujer. Por un lado, quería apartarle el pelo a Diana, acariciarle la mejilla, servirle a Adam en bandeja. Por el otro, sentía rabia hacia ella, como

si me estuviera tarareando *Don't cha*, la canción de Pussycat Dolls. Era una dualidad tortuosa, imposible de ignorar.

Recordé lo que me decía siempre Jenni: pregúntate si te apetece, si quieres y si puedes. Me apetecía, quería, pero no estaba segura de si podía. Vas demasiado vestido, dijo Diana de repente, levantándose del suelo. Sentí alivio y frustración. Su novio me acercó la mano para ayudarme a salir del sofá. Cuando se la cogí, dio un tirón seco, me abalancé sobre él y me dio un beso rápido en los labios. Gracias. El placer es mío.

Se fueron al bar a rellenarse las bebidas. ¿Qué tal?, me preguntó Adam. Creo que solo me quiero relacionar con animales y bebés, le respondí. Se echó a reír. Me he sentido frágil e insegura, me hierve la cabeza y el cuerpo. Me acerqué hasta la piscina y me detuve frente al agua, me entraron ganas de llorar. ¿Tan mal lo has pasado? No sabría decirlo, mi cuerpo quería más, mi cabeza no dudaba, pero el corazón... Me puso la mano en el pecho. Todo está bien. Es como si me hubiera dedicado a contarle a mi corazón, desde que nací, un cuento muy distinto..., una película de amor de mierda que a mi cuerpo ya no le excita y a mi cabeza le parece una farsa. ¿Qué voy a hacer? Date tiempo. Es lo que necesito. Vamos a bailar.

El invernadero se encontraba en una esquina del jardín. En la pared lateral trabajaba un DJ y en la del fondo estaba la barra de bar. En el centro de la pista había una pequeña tarima redonda con una barra de baile giratoria. Emily estaba bailando con Diana. Las miraba una mujer que quise imaginar que era doctora, llevaba una falda por debajo de las rodillas, melena rubia por encima de los hombros, gafas y un gin- tonic que sorbía con pajita. El novio de Diana se estaba enrollando con otra que se parecía a Liv Tyler. Un hombre se había desabrochado la camisa, estaba cogido de la mano de su pareja, pero cada uno miraba hacia un lado. Un chico bailaba entre dos chicas. Algunas parejas tímidas miraban y cuchicheaban enganchadas al cristal. Parecía que iba a explotar todo en cualquier momento.

Scream & Shout, de will.i.am y Britney Spears. El inicio de la canción me dio un escalofrío, se me fue la cabeza y se me erizó la piel. «*Bring the action*». Adam y yo nos entendíamos mejor bailando que hablando, nos movíamos al ritmo del mismo idioma, inventado y torpe.

Se escabulló al baño y me quedé sola bailando. Observé a la gente, éramos muchos. A diferencia de Las Ramblas, aquí tenía que escoger a quién aguantarle la mirada. Me fijé en un hombre cuarentón porque parecía que

llevaba lentillas blancas. Me sonrió. Le sonreí. Se acercó. Llevaba lentillas blancas y, a excepción de eso, vestía bastante corriente. Hola, soy Marc, ¿y tú? Sofía. No te había visto nunca por aquí. Es la primera vez que venimos. Ah, amiga, yo soy un veterano. ¿Ah, sí? Mi mujer y yo llevamos veinte años en el ambiente, así que cualquier pregunta que tengas, ya sabes. Tengo un montón. Dime qué es lo que más te preocupa. El ritmo, respondí. Pensaba que hablaríamos de celos, es de lo que queréis hablar todos los novatos. De eso hablaremos más adelante, seguro, pero antes de nada el ritmo. Elabora. Marc, tú y tu mujer ¿queríais hacer las mismas cosas al mismo tiempo? Quiero decir, ¿coincidíais en el ritmo al que os queríais tomar esto? Esto no es para ninguna pareja que tenga que solucionar problemas, me atajó. No es que tengáis que venir con todos los problemas resueltos, pero sí con la manera de resolverlos. ¡Marc, no me estás respondiendo! Claro que sí, tontorrón. Me gustaba su proximidad. Lo que digo es que si tú y tu pareja vais a ritmos distintos, y me imagino que si a ti te preocupa es porque eres la lenta, tienes que subirte al asiento del conductor. Eso es lo que le digo yo, pero a él le jode un poco. Pues que le joda, es normal que le joda. Tú tendrás que vivir con que le joda y él, con que vayas poco a poco.

Yo descubrí con todo esto que era bisexual, continuó Marc, pero tardé tres años en poder ponerlo en práctica. Si mi mujer no hubiera tenido paciencia, me habría dejado al año por considerarme un cobarde insatisfecho. Me hizo gracia que la preocupación no fuera que le gustaran los hombres, sino que no se atreviera a buscar sexo con ellos. Me voy un momento y ya estás ligando, dijo Adam, bromeando, al verme hablando con Marc. Cuida de Sofía, amigo.

Seguimos bailando hasta que la música cambió a reguetón y con ella se disolvió el hechizo a golpes sincopados. El entorno había cambiado. La doctora de las gafas estaba apoyada en la cabina del DJ, que la miraba de reojo suspirando mientras un tipo le levantaba la falda. Dos mujeres hablaban tranquilamente en la barra y una tercera les metía los dedos a ambas. Una tía agachada, en cuclillas, se la estaba chupando a un tío que simulaba seguir una conversación. No, no estaba en cuclillas, se había sentado sobre la cara de un hombre tumbado en el suelo. De pronto, unos metros más allá, vi a Emily sentada en la pista, entre las piernas de los que bailaban. ¿Le habrá pasado algo? Le cogí la mano a Adam y me acerqué a ella. Estaba haciendo la tijera con Liv Tyler. Esto es una locura. Entiendo que no tengan celos, le dije a Adam, ¿qué importa que a esa chica le estén comiendo el coño si ella se la

está chupando a otro? Cada uno mira por sí mismo porque saben que la persona con quien comparten su vida también está entretenida. Parece sano, ¿no? Yo cuido de mí en tu lugar y tú cuidas de ti en el mío. ¡No hemos subido aún al piso de arriba!

Al entrar en el edificio principal, oímos cómo gemía una mujer contra la puerta de la mazmorra. Una estatua nos tapaba a otra chica morena, con el pelo muy largo, que se había arqueado para hundir la cara entre sus piernas. Cuando pasamos por su lado, sacó la cabeza y nos miró, con la cara mojada. Se chupó los labios y continuó con lo que estaba haciendo. Cerramos tras nosotros la puerta de cristal que llevaba al vestíbulo y subimos las escaleras hasta una sala distribuidora. Junto a la barandilla, en un sofá, una mujer masturbaba a un hombre con los pies.

Algunas personas se apelotonaban frente al cuarto pequeño. Cuando se dispersaron, nos pusimos en primera fila. No había más luz que la que entraba del exterior. Pude intuir la dimensión de la habitación por los cuerpos de los tipos que estaban en fila, de cara a la pared. La estancia medía aproximadamente seis hombres desnudos. Cada uno estaba follándose a una mujer distinta, que supuse a cuatro patas sobre un largo colchón. El aire cargado y caliente me abofeteó la cara y el olor a semen era nauseabundo. Lo volvería a recordar dos días más tarde, cuando, al llegar a la oficina, me encontrara el suelo fregado con lejía. El semen huele a lejía, joder.

Seguimos hasta la sala más grande, que tenía un ventanal enorme. Una cama de pared a pared acogía a varias parejas que estaban intimando. Imaginé cómo debía verse aquello desde la calle y las casas, siluetas de un submundo que se ha escapado de los dormitorios. Junto a la cama había una chimenea con marco de mármol. Me abracé a un cojín —los había a centenares— y empezamos a observar lo que pasaba. Peter, al que no había visto en toda la noche, se follaba mecánicamente a una mujer que no era Emily mientras me miraba como si fuese un hoyo de golf. Ella estaba estirada y en silencio: parecía sexo entre fantasmas. Él no desviaba la mirada ni un segundo, incluso dudé que pestañeara. Me parecía obsceno, desprendido de lo que estaba haciendo, sin alma, pero a la vez me excitaba su mecánica precisa. Peter y yo nos corrimos a la vez, a cuatro o cinco metros de distancia. Quizá eran diez.

Podía disfrutar aquello, lo había hecho, pero no me dejaba satisfecha. Estaba todo expuesto, cada uno de nosotros colocado en el mostrador de un

tendero desordenado. La sala, tan abierta, se cargaba el erotismo y nos convertía en objetos de consumo. Peter y yo nos habíamos devorado aprovechando el poco misterio que encontramos en la distancia, pero eso no nos había alimentado. Observé al tío que le estaba restregando la polla por la cara a su apasionada acompañante mientras miraba el culo de una mulata, a la tía que buscaba tocar tetas mientras se follaba a un pelirrojo pálido y delgado tumbado bajo ella. El aliento compartido se fue haciendo cada vez más sonoro y empecé a sentir una unión incontrolable, un oleaje, el fluir de la casa: yo era todo eso y por unos segundos todo fue infinito.

Un 5 de diciembre, el Premio Nobel de Literatura Romain Rolland le escribió una carta a Sigmund Freud explicándole que había experimentado una sensación espontánea de eternidad, de unión con el mundo, en la que no existían ni límites ni ataduras. Un sentimiento religioso involuntario, como oceánico, le dijo. Freud opinaba que el sentimiento oceánico de Rolland más bien era una primitiva sensación de ego, la evocación del periodo en el que de niños no nos distinguíamos del resto del mundo, en el que creíamos que el pecho de la madre que nos alimentaba formaba parte de nosotros mismos. En ese momento sucedían ambas cosas. Estaba experimentando una sensación que revoloteaba alrededor de las columnas de mármol, de la chimenea, de las piernas desnudas y que nos abrazaba a todos. Aquello fue lo que valió más la pena.

La mayor parte de las fantasías se presentaban femeninas. Los hombres o penetraban a sus parejas o a otra mujer, mientras que ellas estaban embarcadas en un crucero de nuevas experiencias. Quizá nosotros no tenemos tantas posibilidades, comentó Adam. ¿Qué quieres decir? Que no hay hombres tumbados con las piernas abiertas en un sofá esperando a que alguien les lama el culo. Tenía razón. No hay una liberación total. Pero al menos hay una liberación de la mujer, que no sucede en la vida real. La liberación de ellos quizá no es tan sexual, pero sí social... Están menos subidos de tono que en la calle, no persiguen ni llevan la voz cantante. Y, sin duda, obtienen más, concluyó Adam.

Le pregunté si le daba miedo todo eso. ¿El qué? Estas mujeres, tan seguras, tan salvajes. No, para nada... Me parece una actitud muy atractiva, Sofía, ¿por qué tendría que darme miedo? Estos submundos existen porque no tienen cabida ahí fuera, porque se han excluido, porque no interesan... Se consideran repugnantes, enfermizos, disfuncionales... Creo que esto es lo que

se teme cuando se insiste tanto en que la mujer digna cuida de la casa, de los hijos, de no envejecer, recibe a su marido con una copa fría en la mano, vive solo para contentar a los otros y pierde el apetito sexual cuando se casa. Estas son las putas, las brujas, las malas madres egoístas y sucias, repudiadas y castigadas. Las que se iban a quedar solas en el mundo, seguí, a las que nadie iba a querer, las que no buscan protección en los hombres, las de moral ligera, las proscritas. Y míralas, dije con emoción, aquí están haciendo algo para ellas, disfrutando sin cargas, queriéndose las unas a las otras, colaborando, sin celos ni competencia. Ellos tienen mérito también, dijo Adam. Sin duda, son un equipo. La confianza lo es todo, le dije, levantándome.

Volvimos al bar, donde unas cuantas parejas charlaban tranquilamente. Pedimos las últimas copas y ocupamos los últimos asientos, al lado de una pareja. Buenas noches. ¿Lo estáis pasando bien? Acabamos de llegar, respondió ella. Soy Eva. Mira qué bien, yo soy Adam y ella, Sofía, ¿y tú? Álex. ¿Por qué habéis venido tan tarde? Teníamos entradas para el teatro, dijo él. Hay que aprovechar a la canguro, añadió ella. Tenemos dos niños, de cuatro y cinco años. Además, así no hay que mentir si nos preguntan qué hemos hecho esta noche. ¿Quién os pregunta? La familia, comemos con ellos todos los domingos. Los niños dirán que ayer se quedaron con la canguro; ellos nos preguntarán qué hicimos y les podremos explicar lo que vimos, sin riesgo a que nos pillen. Se nos da fatal mentir, dijo Álex. Somos amateurs, añadió Eva.

¿Es la primera vez que venís? La tercera. Joder, los amateurs somos nosotros. Nos lo tomamos con calma, siguió Álex, por el momento solo venimos a mirar, aún no hemos pisado nunca las camas. Para mí es lo peor de este sitio, dije yo. La primera vez que vinimos tardamos un año en planificarlo. Joder, ¡un año! ¿Y cómo fue la cosa? Hacía tres que no follábamos, confesó Eva, estuvimos varias veces al borde del divorcio. Yo tenía fantasías, muchas, pensaba que era la prueba irrefutable de que ya no deseaba a Álex. Pero un día en una discusión lo soltó, continuó él, y eso nos llevó hasta aquí. Nos dimos cuenta de que nos habíamos acostumbrado a vernos como papás y a la vez habíamos estado cociendo fantasías. Lo natural era intentar llevarlas a cabo juntos.

Me da mucho miedo tener hijos y que me pase eso, les dije, es una de las razones por las que quise venir a un sitio como este. Será así unos años,

contestó Eva, y será fantástico..., pero estate atenta a salir pronto de esa dinámica, esfuérate en recordar quién eras antes porque querrás recuperar a esa hija de puta... y hacerlo será bueno para tu familia. ¿A quién se le ocurrió venir? A mí. A ella, dijeron a la vez. Me alegré de oír eso, de volver a confirmar que estos sitios existían porque nosotras lo queríamos.

¿Y estáis contentos, creéis que esto va con vosotros? Sí, afirmó Eva, nos da mucha vida... Hemos follado en los baños del teatro, nunca habíamos follado en unos baños públicos. Qué fuerte, no le hemos contado todo esto a nadie. Álex, le interrumpió Eva, ese tío se parece a tu hermano. Joder, es mi hermano, ¿qué coño hace aquí? ¡Mierda! Se fueron.

El hermano de Álex me recordó a un compañero de la universidad al que no veía desde que terminamos las clases. ¿A quién que conozcamos podrías imaginarte aquí? Jugamos un rato a eso. Sofía, cuánto tiempo. ¡Era David, mi compañero de la universidad! Quién nos iba a decir que nos encontraríamos aquí. NADIE. ¿Soléis venir? No, es la primera vez. También la nuestra. ¿Y qué buscáis? Gente afín, respondió David, nos parece un sitio tan normal como otro para tomar unas copas. ¿Sí? Lo que no nos parece normal es la monogamia. Estamos de acuerdo, les dije, por lo menos en la teoría. ¿Vosotros sois swingers? No, contestó David con contundencia. Vamos a fumar fuera. Escribeme alguna vez, Sofía. ¿Pero nos vemos ahora? Se fueron y no volvimos a verlos en toda la noche. Regresamos al jardín. Había un chico de unos treinta largos charlando en una butaca. Antes nos habíamos cruzado con él y me había penetrado con la mirada. Volvió a fijar la vista en mí a través del cristal. Al vernos cruzar la puerta hacia el jardín, se levantó y se acercó hasta nosotros.

Buenas noches, ¿cómo estáis? Era francés. Hablas bien español. *La justa*, respondió. No, no hablaba tan bien. Soy Adrien. Venimos de París. Apareció una chica más joven y tímida. Maya habla poco español, pero comprende. Estaban pasando el fin de semana en Barcelona, habían venido solamente para conocer este club. Vimos el lugar por *el* Internet y pensamos que estaba bonito y mañana partimos. ¿Hace cuánto que estáis juntos? *Estamos* amantes ocasionales, respondió Adrien, tenemos los dos novio en París. ¿Los dos el mismo novio? ¡Oh, *non*, ella novio y yo esposa! ¿Y saben que estáis aquí? Su novio, sí; mi esposa, no.

¿Cuántos años tienes?, le pregunté a Maya para escucharla hablar. Veinticuatro, doce menos que Adrien. ¿Te gustan los hombres?, le preguntó

ella a Adam. No, no de esa manera. ¿Y a ti las mujeres?, se dirigió a mí. Tenía la voz dulce y rasgada como una crepe de limón y azúcar. Me gustan, pero no creo que me enamore nunca de una. Yo tampoco, dijo Maya, sonriendo por primera vez. Es solo algo sexual. Se mordía el labio inferior todo el rato. ¿Os parece si nos tomamos una copa? Invitaba Adrien.

Bajé la guardia, pensando que la noche ya no podía dar más de sí. Como cuando meditaba, sentí que estaba en ese punto en el que dejas que tu cabeza haga lo que quiera durante unos minutos. Es algo que llega después de un buen rato de esfuerzo en observar cómo van y vienen los pensamientos, sin pararse en ellos. De repente te dices: ahora, párate donde te dé la gana. Y se hace un vacío, un silencio. No se te ocurre nada en qué pensar. El cerebro es fascinante, se colapsa con las órdenes y da paz si dejas que circule como quiera.

En el bar, Maya nos contó que estudiaba un máster en administración y dirección de empresas. Ella y yo nos habíamos sentado en unos taburetes y Adam y Adrien se quedaron de pie a nuestro lado. Practica sexo con una compañera de clase, dijo Adrien. ¿Tú has estado con mujeres?, me preguntó Maya. Solo besos. ¿Ah, sí? *Oui*. Maya volvía a morderse el labio. Enséñame cómo. ¿Cómo? Cómo le das un beso a una mujer. Bueno, igual que a un hombre, le dije, y me sentí estúpida justo después. Maya me acarició la cara, se acercó a mí y me mordisqueó el labio como para pedir permiso. Y se lo di. Creo que está celoso, aseguró Adrien, señalando a Adam mientras hacía el gesto de limpiarse la baba con el revés de la mano. Fui a darle un beso a él, pero Maya se giró antes y se lo dio ella. Sus lenguas se mezclaron a un palmo de mi cara. De repente, delante de mí, en una barra de bar, Adam se estaba enrollando con otra.

Estaba atractivo besando, pensé. Ahora estuve yo celoso, dijo Adrien. Maya dejó salir una risita y Adrien se me acercó. ¿Me darías tú uno a mí? Claro. Le besé. Era más duro y más rasposo, sabía a alcohol y tabaco. Creo que la prefiero a ella. Maya me cogió de la mano, se levantó del taburete y empezó a andar hasta la sala donde ardía la hoguera. Me giré al cruzar la cortina de perlas: Adam y Adrien nos seguían. Ella se sentó en un colchón que quedaba al lado de la chimenea, se quitó la camiseta y me ayudó con la mía. Nos quedamos unos segundos así, quizá unos minutos, mirándonos. También nos contemplaban dos personas desde la butaca, me daría cuenta luego.

Adam se colocó a la izquierda de Maya y Adrien al otro extremo, a mi derecha. El francés me puso la mano en el hombro. Cuando me giré, me dio otro beso, aprovechando para desabrocharme el sujetador, que lanzó a una esquina. También vi volar el de Maya, que le había quitado Adam en un gesto simétrico. Me gustan tus pechos, dijo Adrien. Ahí me ganó, pero no pude evitar decir: son pequeños. Son bonitos. Eché de menos a Adam y estiré el brazo por detrás de Maya hasta alcanzar su mano con la punta de los dedos. Se estaban besando.

Maya puso su mano sobre las nuestras; Adrien, bajo mis bragas. Estás mojada, susurró. Maya nos soltó las manos, apartó a Adrien, se puso de pie frente a mí y me tumbó sobre el colchón. Me quitó lo que me quedaba de ropa, se acercó para darme un beso, pero bajó como un rayo hasta mi ombligo y aterrizó ahí. Hacía círculos sobre él mirándome fijamente.

Puse las manos sobre la cabeza de Maya y la empujé con suavidad para que hiciera eso mismo un poco más abajo. Su lengua, caliente, pequeña y delicada, me volvió loca. Cuando abrí los ojos, vi a Adrien masturbándose al lado de mi boca. Vale, puede ser divertido. Empecé a chuparle a él como estaba haciendo Maya conmigo, pero al darse cuenta de que Adam estaba solo a su lado, Maya le hizo lo mismo. Lo agradecí. Veía la cabeza de Maya moviéndose arriba y abajo, la cara de Adam formando un orgasmo. No sentía celos, solo una paz hueca, una especie de limbo. Cuando lo recuerdo ahora, imagino una parte de mí saliendo de mi cuerpo, cruzando la sala hasta la butaca más allá de la chimenea, echando a los que miraban, sentándome y observando la escena mientras me retuerzo un mechón de pelo entre los dedos.

En *Annie Hall*, la protagonista abandona su cuerpo para fumarse un porro mientras ella y Woody discuten su ausencia emocional. Pero tienes mi cuerpo, dice ella. Yo lo quiero todo. Me acerqué a Maya, quería unirme a ese juego y darle a Adam aquel placer que tantas veces había imaginado. Adrien se puso un preservativo, entendió mi gateo como una invitación, me cogió de la cintura y empezó a follarme. Me impedía alcanzar a Maya y Adam. Ella se apartó un momento y pude ver que él estaba algo flojo. La ayudó a recostarse y le comió el coño: es lo que hacía Adam para volver a excitarse. La cabeza de Maya reposaba sobre el colchón justo debajo de la mía. Le di un beso. Siéntate sobre mí, me dijo. Adrien no me dejaba ir, me estaba agarrando de los pechos muy fuerte, hasta que me hizo daño. No vuelvas a hacer eso.

Me deshice de Adrien y me senté con cuidado sobre la cara de Maya. Nunca me gustó esa posición, pero la petición era excitante. Se corrió, con sus gritos silenciados por mi cuerpo. Adam intentó follar con ella de nuevo y Adrien volvió a reclamar mi atención. Por un rato, me olvidé de Adam y Maya, buscando correrme e intentando cansar un poco al francés, todo hay que decirlo. Conseguí mi orgasmo, pero él seguía duro como el mástil de una bandera. Maya le estaba haciendo una paja a Adam, que seguía teniendo algunos problemas. Lo siento, repetía él; no pasa nada, repetía ella. Me uní finalmente a ellos, sentándome al lado de Maya. Me puso la mano entre las piernas y yo hice lo mismo. Iba totalmente depilada y era muy agradable al tacto. Quiero comerte, le dije. Me encantaría que lo hicieras. Maya se estiró: tenía un cuerpo precioso, terso y pálido. Le di un beso, le acaricié los pechos con las manos y con las mejillas. Olían a jardín. Bajé olisqueándola. Inspiré profundamente e identifiqué un aroma lácteo a sexo femenino. Eso se parecía más a lo que había imaginado de niña que sería el sexo, una gran caricia muy intensa, una ópera de caricias. Empecé a salivar, me apetecía notar ese sabor y ese calor en la lengua. Estoy haciendo esto, pensé de repente, estoy haciendo esto. Y dejé de pensar otra vez al notar cómo ella se hinchaba y palpitaba entre mis labios.

Adam se tendió a mi lado para ver de cerca lo que hacía. Dame un beso, me pidió. Yo tenía la boca caliente y mojada de Maya. Qué excitante, y sin embargo, no puedo follármela. Relájate, le dije, déjate llevar. Adam estaba preocupado, agobiado y decepcionado. ¿Quieres que paremos? No, no. Ven aquí, le pidió Maya, déjame que vuelva a intentar reanimarte. Adrien aprovechó el momento y volvió a cogerme de la cintura. ¿Puedo? Sí, pero no hay forma de que te corras y estoy empezando a sentirme mal. A Adrien le pareció un elogio.

¿Puedo meterme en tu culito?, preguntó con acento francés. *Cu-li-tó*. La Sofía sentada en la butaca volvió corriendo hasta el colchón. Ni de coña. Ya me había cansado de Adrien, le quería fuera, sentí que estaba pagando un peaje. Quería concentrarme en Adam y seguir con Maya, que tampoco le hacía caso a Adrien.

Me acerqué a ella, se sacó de la boca la polla de Adam y me la puso en la mía. Y de nuevo en la suya, y de nuevo en la mía, y ahora un beso con Adam entre las dos. Volvió a aflojarse y me sentí mal por él. Se sentó, derrotado, con la espalda contra la pared, y volvió a disculparse. Maya se puso a su lado.

No pasa nada, vamos a descansar. *Somos* solos, oí que me decía Adrien al oído con su ya épica confusión verbal entre «ser» y «estar». Vamos a terminar, ¿o estás muy lejos de correrte? Volvió a meterse dentro, me corrí en vacío, una sensación muy extraña. Entonces me metió los dedos. Adrien, ya está, hombre, no puedo más, córrete tú, por favor. ¡Pero eres tú quien se está corriendo! No, ¿qué? Estaba soltando líquido a chorros. Me había pasado una vez, tiempo atrás, pero no era habitual en mí y tampoco me hacía notar nada extraordinario. Cuando terminé, me pidió que se la volviera a chupar. Tenía la boca entumecida, pero quería que terminara de una vez. Y lo hizo, en mi boca. Me aparté y escupí. ¿Qué haces? ¿No te gusta? Sí, me gusta, pero no de cualquiera. Lo siento. Adrien se fue corriendo al baño. Me vestí pensando que tenía que hacerme una prueba de enfermedades de transmisión sexual. Maya y Adam me miraban sonriendo. ¿Te lo has pasado bien? Muy bien. Hasta hace un momento, había un montón de gente mirando en la puerta, dijo Adam. Ni me había dado cuenta. ¿Crees que David nos habrá visto? Creo que se han ido hace mucho rato. Me fui al baño. Me encontré a Adrien desnudo a medio camino y levantó la mano para que se la chocara.

Cuando volví, Adrien y Maya ya no estaban. Se habían ido al bar para terminarse la botella de champán que había comprado Adrien. El camarero me guiñó el ojo. Para ser la primera vez que estás con una mujer, te felicito, dijo Maya en francés. Eso me alegró mucho, y también le estaba muy agradecida por haber sido tan considerada con los dos. Era imposible tener celos. Me apuntó su email en una servilleta. Yo le apunté el mío, pero nunca me escribió, ni siquiera me respondería. Adrien nos preguntó si queríamos ir a su hotel. No. ¿Estás segura?, preguntó Adam. Más que segura. Tengo una pastilla que podrías tomarte, le dijo Adrien a Adam. Así que era una puta pastilla lo que se había tomado. Podría follar durante horas, Sofía, dijo Adam, esto ha sido un poco frustrante para mí. Lo sé, cariño, pero a mí me ha estado dando este todo el rato con su erección sintética y estoy destrozada. Quiero dormir.

Aquella noche soñé que Maya y Adrien esperaban en el salón a que nos levantáramos. Al abrir los ojos, me acordé del día después de mi primer polvo. Estaba deshidratada, orgullosa y serena, como si finalmente conociera un secreto que muchos ya compartían. Me quedé tumbada en la cama, sonriendo, hasta que Adam se despertó. Me alegra tanto que estés aquí. Preparé café. ¿Cómo te sientes? Muy bien, contento, cuántas conversaciones

innecesarias hemos tenido, ¿no? ¿Qué quieres decir? Que me sabe mal que hayamos discutido últimamente por cosas que aún no habían pasado. Estaba obsesionado con dejar claro mi interés y tú te aburrías antes de vivirlo siquiera.

¿Recuerdas cuando me preguntaste cuántas veces al año iría a locales liberales? Sí, nos enganchamos porque tú decías que quizá una vez al año y a mí me parecía poquísimo. Tú querías ir una vez al trimestre. Al trimestre, como la declaración del IVA. Tuvimos esa conversación en algún momento entre París y el antro, y yo dije una vez al año por decir algo, porque no me quitaba el sueño. ¿Cómo lo íbamos a saber si nunca habíamos estado aún en un sitio así sin estar aturridos por la novedad? Me alegraba que lo viera de esa forma, más relajada. Luego, ya ves, pasan cosas cuando menos te lo esperas.

¿Me quieres? Más que nunca, le dije. ¿Por qué? Porque nos siento más cerca. La unión era extraña, no se espera que una pareja viva a la vez algo así. Los dos hemos follado con gente nueva, la misma noche, y podemos hablar de ello. Maya era fantástica, nos gustó mucho Maya. A mí me hizo sentir que le importaba, que me deseaba tanto como a Adam.

Me dio rabia no poder follar bien con ella, comentó Adam. La pobre intentó animarme de muchas maneras. ¿Estabas nervioso? Estaba superado, supongo, y ya fui con ese miedo en la cabeza después de lo que pasó con Jon. Para mí lo de Adrien fue excesivo, me dio mucha cosa que se hubiera tomado algo. ¿Por qué? Tengo la impresión de haberme follado a un tío drogado. Pero es buena idea, dijo Adam, así seguro que todo va bien. Creo que es mejor resolver el problema a tomarse una pastilla. Siempre estaré nervioso. Eres joven y estás sano. No importa si luego no funciona. Es normal que suba y baje. Pero no pude correrme, Sofía. Quizá el cuerpo te está avisando de algo. ¿De qué? De que estás forzando la máquina, no sé. Como no tenía ni idea de lo que era tener pene, no dije más.

CAPÍTULO 24

David, soy Sofia, d la uni.
Aún usas este móvil?

Hola! Qtal fue?

Fue bien

Si??

Fuimos seducidos x una
pareja

Q es ese uso d la voz
pasiva?

Ein?

Fuisteis seducidos. En la
voz pasiva el sujeto de la
acción no tiene relevancia

Este es el momento en el que piensas que igual es mejor dejar las viejas amistades en el pasado. Hace ilusión reconectar y lo haces con la energía de otra época hasta que PAM, un guantazo gramatical.

Vaaale FOLLAMOS con una
pareja. Mejor?

Wow

Qtal vosotros? No os vi más

Con una pareja, no pensaba
q estuvierais en esa fase

...

Si no sois swingers q sois?
Q pactos tenéis?
Nosotros nos acercamos al
liberalismo con curiosidad
intelectual

Q?

Somos politeóricos

No sé q es eso, David

Poliamorosos teóricos,
ninguno d los 2 ha tenido un
metamor

Vamos a ver. ¿En qué fase pensaba que estábamos? ¿Qué éramos? ¿Qué pactos? ¿Metamor? ¿Se habría dejado alguna letra? Tuve que buscar qué era exactamente el poliamor. Tener más de una relación íntima, amorosa, sexual y duradera de manera simultánea con varias personas, con el pleno consentimiento y conocimiento de todos los amores involucrados. Me alegré de haber donado quince euros a la Wikipedia. Suena peligroso, dijo Adam. ¿Por qué? No quiero que te meta ideas raras en la cabeza. A mí nadie me mete ideas.

No sé q somos, damos
oportunidad a inquietudes.
Cómo empezasteis con el
poli?

Se dice ser poli pero el
sustantivo es poliamor

...

Cuando Georgia y yo nos
volvimos exclusivos
pusimos en cuestión la
construcción

Tenéis algún problema con
los paletas? XD

La construcción dl amor, el
molde y no el contenido

Aburrido.

Y cuál es el contenido,
David?

El Amor, claro

Supuse que se refería a algo así como la hamburguesa con minúsculas, el pedazo de carne picada con pan y queso y cebolla y tomate y pepinillo y lechuga y ketchup y mostaza... y la Hamburguesa con mayúsculas, el Pedazo de Carne Picada.

A q llegasteis?

Nos inspiraba la
horizontalidad d las
relaciones amistosas

Horizontalidad?

Redes d amor infinito sin
jerarquías
Pero tenemos mejores
amigos y nos gusta estar y
q estén ahí cuando los
necesitamos
Infantil

Q?

Lo d los mejores amigos, es infantil
... Las prioridades se imponen sí o sí
No mola

Imagina q tienes 3 novias

Ok

Una se ha torcido un tobillo,
a otra le han dado el trabajo
d su vida y a la 3a se le ha
muerto el abuelo.
Q haces?

Lo mismo q haría con 3
amigas, Sofía

Quien no pueda tener tu
compañía en un momento
así buscará otra persona en
la q apoyarse la próxima
vez

A la del tobillo le llevaría
sopa un día, celebraría con
la q ha conseguido el
trabajo cuando a los 2 nos
fuera bien y a la del abuelo
la llamaría enseguida

No estarías con ninguna de
ellas físicamente?

Me vale saber q hay quien
se preocupa por mí, no
necesito más.

No todo el mundo necesita
lo mismo, hay q priorizar

Yo lo llamo compromiso
David

Sé poner límites

Según quién?

Hay cruces d caminos y
renuncias tb

Él por ej. tiene más prisa q
yo y lo respeto

Para mí la fantasía es
secundaria

Q?

Eso lleva a la dependencia

Hasta q alguien busque en ti
q cumplas todas sus
expectativas

Es muy fácil hacerlo mal

Con Adam todas las
fantasías son compartidas?

Q renuncias?

Él tb respeta q tú tengas
menos prisa?

Buf

Cuidado con las personas q
van d liberadas pero tratan
a las otras como objetos
con la excusa de la

subversión

Uhm...

Intenta someterte si dice q o
te lanzas a su fantasía
ahora mismo o es q no te
estás esforzando

Sé poner límites

Da igual, él sigue ejerciendo
capitalismo emocional

Parecía que hablaba con un libro mal escrito.

Explícate

Los hombres pensamos q
todo nos pertenece y si no
se nos da nos ponemos
autoritarios, paternalistas y
colonialistas

No estaba segura de si David me estaba aportando algo interesante o solo
estaba siendo autoritario, paternalista y colonialista.

No somos perfectos David
Lo sé
Adam es un hombre de
acción, y eso me gusta
aunq pueda ser tb impulsivo
y torpe, pero creo que los
dos podemos aprender

Pensad bien las cosas

Intento estar conectada a lo
que siento y no solo a lo
que pienso... y me queda
claro q piensas tú, pero

dime algo q sientas

Tengo miedo de q en algún momento el corazón me diga q solo quiero estar con 1 persona, o peor, q solo la quiero para mí

Ahí está la chicha

Hay un grupo de polis q quedan para compartir reflexiones, vente

Quedé con David frente al bar donde se celebraba el encuentro. A Adam no le había hecho mucha gracia, decía que aquello era otro mundo. Pues justamente. Le propuse que se apuntara, pero tenía turno en el restaurante. Yo sabía que el poliamor no cuadraba conmigo, de entrada, pero se me da mal renunciar a cualquier cosa con contundencia. De todo se puede aprender, Adam. Solo digo que esto es muy distinto a lo que veníamos haciendo. ¿Por qué? Porque una cosa es un trío y otra muy distinta es tener varias parejas. Viajar a Japón no me convierte en japonesa. Me preocupa que quieras mudarte allí, por así decirlo. Si es así, mejor saberlo cuanto antes. No me digas eso, Sofía.

Para mí siempre han sido algo más que fantasías, o quizá más bien han sido fantasías de otro tipo. ¿Qué más quieres que sea? Lo hemos hablado muchas veces, Adam... Tengo curiosidades. ¿Qué curiosidades? Explorar cómo quiero relacionarme en pareja. Somos monógamos emocionales. Sí, pero quién sabe. ¿Quién sabe? Adam, yo te quiero y, aunque pueda costarme, me complace respetar tu urgencia con tus fantasías... Respeta tú mis inquietudes, no te arrastran a ningún lado. De momento. Cogió sus cosas y se fue a trabajar.

Romper el paradigma de la escalera mecánica. Pensé que nos habíamos colado sin querer en un encuentro de ingenieros industriales. Un amigo de David introdujo el tema, era él quien lo había propuesto. A muchas de nosotras... Sí, paremos un momento. Aunque éramos tres mujeres y cinco hombres, hablaban siempre en femenino. Un placer indescriptible. A muchas de nosotras nos preocupa cómo medir el grado de compromiso en una

relación que no sigue el paradigma de la escalera mecánica, ¿sabéis todas de lo que hablo? Fui la única que sacudió la cabeza en señal de negativa.

Hablamos del guion más habitual que seguimos en una relación romántica, en el que de forma automática vamos subiendo unos peldaños predefinidos que van indicando si la relación es seria o no. Dejar de follar con otras personas, presentarnos a los amigos, hacer un viaje, irse a vivir juntos, comprar un coche..., casarse y tener hijos. Ahí terminaba la escalera. ¿Y luego? La relación se inmoviliza, acumulando legado hasta que muera una de las dos personas. Ese era el final del que yo hablaba y terminar de subir la escalera a los treinta resultaba muy deprimente.

Discutieron de cómo salirse del guion sin dejar de comprometerse, porque decían que si no subían esos peldaños, no se les tomaba en serio. Hay que construir otros, dijo David. Nosotras no medimos el amor por tiempo, añadió una chica, medimos el amor por transformaciones. Irse a vivir juntos es una transformación. Mucha gente toma esa decisión según el tiempo que llevan relacionándose, comentó el amigo de David. Salir con alguien diez años no garantiza un amor más profundo que un día con una persona con quien conectamos mogollón, dijo otro chico. Pero la costumbre, la dedicación... El amor es conexión, no es construcción.

¿Qué metas se os ocurren que podrían ser buenos indicadores de compromiso para una relación que no siga el paradigma de la escalera mecánica?, preguntó el amigo de David. Cuidarnos cuando estamos enfermas. Hablar de emociones incómodas. Ir juntas a un local liberal. Se me ha ocurrido una. Dinos, Sofía. ¿Dar apoyo a vuestra pareja cuando esta rompe con otra? Es muy buena, dijo una chica que llevaba la misma camisa que yo. Se llamaba Clara. Alguien me increpó por usar la palabra pareja. ¿Por qué? Si lo prefieres, hablamos de media naranja. No, estoy de acuerdo en que hay solo una persona adecuada en el mundo para cada uno de nosotros y sin ella no estamos completos.

Tampoco somos calcetines. Me refería a una relación a dos. Por eso, ¿y si no es a dos? Es una forma de hablar. Hablar de relaciones a dos establece una jerarquía, y si no es consensuada entre todas, es un abuso. No lo entiendo. ¿Te gustaría que la persona por quien sientes algo especial decidiera junto a otra más importante para ella qué es lo que puedes y no puedes hacer? Supongo que, en ese caso, no estaría con esa persona. Claro que no, Sofía. Nosotros creemos que es posible tener varios amores sin jerarquías, dijo

David, pero con la mentalidad de que hay una persona primaria en tu vida eso no es posible.

A partir de ese momento, me dediqué solo a escuchar. Lo de la jerarquía se quedó sobre la mesa. La falta de convenciones sociales hacía que el poliamor revoloteara constantemente alrededor de la logística. Si alguien tenía una pareja que le pedía que no estuviera pendiente de sus vacaciones porque le apetecía pasarlas con otra persona, ¿no la estaba menospreciando? Y de la otra forma, ¿dónde quedaba la libertad? Pensaban que había que llegar a un punto intermedio bueno para todos, pero yo soy de la opinión de que los puntos intermedios muchas veces no satisfacen a nadie. Puede haber acuerdos, decían, pero no privilegios... como no los hay entre hermanos. ¿Pero los acuerdos con alguien no se convierten en privilegios respecto a una tercera persona? Qué follón.

He estado leyendo mucho a Engels, me dijo David cuando la gente empezó a marcharse. Reubiqué la puerta de salida. Para él, la familia es un instrumento del aparato ideológico del Estado, ¿sabes que «familia» viene de *famulus*? No. Esa palabra, en latín, significa «sirviente» o «esclavo», con lo que «familia» es el grupo de esclavos bajo el techo de un hombre. Eso era en la antigua Roma. No ha cambiado tanto, Sofía. La familia contiene el germen de la servidumbre y este se extiende a la sociedad entera. Pensé en Lola, mi peluquera, que siempre se quejaba de tener que pagar a alguien para que le limpiara la casa cuando no le daba tiempo a todo y de no cobrar cuando lo hacía ella misma. A veces gano dinero en la peluquería para que alguien haga mi trabajo en casa, decía, pero a mí nadie me da nada. Suerte que mi marido me ayuda. ¿Por qué es cosa tuya? Porque él insiste en que no sabe hacerlo. Su marido era camarero.

Es un sistema con sus aparatos de propaganda y sus beneficios sociales, continuó David, con un origen que desfavorece a las personas que no son hombres, monógamos teóricos, heterosexuales y con cierta riqueza. Monógamos teóricos, los que luego se van de putas, ¿no? Para Engels, la monogamia y la prostitución son las dos caras de una misma moneda: la mujer como recurso explotable en casa y en la calle. Oye, David, ¿tus amigos saben algo de todo esto? Algunos sí, pero todos reaccionan igual. ¿Cómo? Les parece razonable, pero dicen que ellos no podrían hacerlo. Le pregunté por su familia y me dijo que solo cuando tuviera más de una compañera saldría del armario con sus padres.

Clara estaba pagando sus bebidas en la barra y me acerqué para decirle que llevábamos la misma camisa. David se fue, había quedado con Georgia. ¿Qué te ha parecido todo esto? No lo sé, Clara, la verdad es que yo tengo pareja. ¿Y? Somos solo él y yo, y hace poco hemos empezado a explorar. Está bien. ¿Tú estás con alguien? Con dos chicos, que ven a otras chicas. Con uno Clara llevaba cinco años y con el otro dos. ¿Sin jerarquías? No estoy segura. ¿Por qué? Se hace difícil, he pasado tantas cosas con el que llevo más tiempo... ¿Le sientes más próximo? A veces, pero él ya estaba en una relación poli cuando le conocí, con lo que seguramente no viva lo nuestro igual que yo. ¿Te importa eso? Nunca quise forzarle a cambiar su situación, al contrario, lo que me enamoró de él no fue cuánto podíamos llegar a fundirnos el uno con el otro en el futuro.

¿Y cómo os va a ti y a tu novio, Sofía? Seguro que la palabra «novio» no estaba en su vocabulario, que le sonaba aún más antiguo que «pareja», pero agradecí que Clara hablara mi idioma mientras me enseñaba el suyo. No lo sé. ¿No te sientes bien con él? Estamos hablando mucho, o nada, no estoy segura.

CAPÍTULO 25

Clara me había dado su teléfono y nos escribimos un par de días más tarde para volver a vernos pronto. Tengo una pregunta para ti, me dijo, para que me respondas cuando quedemos. ¿Cuál? Si no tuvieras que preocuparte por Adam, ¿qué te gustaría hacer? ¿Con otras personas? Sí. Lo pensaré. No era un trío lo que habría contestado, aunque me parecía una experiencia divertida. ¿Creía Clara, como Jenni, que me estaba adaptando a lo que Adam quería? Yo no lo pensaba, pero era cierto que en mi camino me veía a menudo distraída por la impulsividad de Adam. Es que tampoco quería perderle de vista.

Si no tuviera que preocuparme por él, seguramente conocería a un tío con moto que me gustara, le pediría dar una vuelta por carreteras secundarias, le olería el cuello como si estuviera enamorada —pero solo lo estaría durante aquel rato—, quizá le mordería suavemente la piel, discutiríamos sobre el premio nacional de ensayo y me iría a casa sin expectativas. Quizá Adam no lo entendería, pero lo que para él era un rollo sin importancia para mí era eso.

El jefe de Emma cogió sus cosas y salió de la oficina. Si no tuviera que preocuparme por Adam, ¿qué más haría? Viajaría más. Recogí mis cosas y salí disparada hacia la calle. Sabía que Joel acostumbraba a subir Las Ramblas desde la salida principal de la plaza Real y hasta la entrada del metro. Tomé el atajo por la calle Ferran para aparecer justo delante de él. Quería que me viera y fuéramos a tomar algo. Cobarde. No llegué a tiempo: le vi entrar en la boca del metro que quedaba un poco más arriba. Lo intenté una segunda vez aquella semana. Creí haberlo conseguido, pero no podía girarme para ver si le tenía detrás, tampoco le escuché llamarme. La tercera vez pensé que de nuevo había llegado tarde y que ya había entrado en el metro. Esta vez bajé las escaleras, pagué un viaje y me subí al tren que estaba parado en el andén. Lo recorrí de arriba abajo pensando en la excusa que me inventaría si le encontraba. Me senté, abatida, a la cabeza del convoy; me fijé

en la palanca de emergencia y pensé que sería muy fácil accionarla.

Me gustaría conocer más a Joel, le dije a Adam al llegar a casa. Asegúrate de contarle que no tienes una relación tradicional. ¿Crees que es importante? Preferiría que supiera que yo estoy al corriente de tu interés. Claro. ¿Vendrá a la cena de Navidad? No lo sé.

Emma se estaba encargando de organizarlo todo y la acompañé a cerrar los precios con el restaurante. ¿Por qué lo estás haciendo tú? Me lo pidió Joel, tiene negocios con los socios de la oficina y conoce a la propietaria del Ocaña.

Este sitio se llama así porque José Pérez Ocaña vivió doce años en una de las buhardillas de encima del local, me contó Emma. Era un artista sevillano que se ganaba la vida pintando paredes. Ajá. Fue una de las figuras clave de los movimientos alternativos de la transición en Barcelona, fomentó la cultura libertaria, la liberación sexual, el teatro experimental... Decía que la plaza era real porque estaba llena de realidad. Qué bueno. Ocaña se vino a Barcelona a los veinticuatro años, continuó, escapando de la ignorancia, la hipocresía y la marginación a la que estaba condenado en su pueblo natal. Aquí se vestía de flamenca, con mantón, peineta, pulseras, abanicos y sin ropa interior. ¿Sin ropa interior? Era muy conocido en el barrio... Cuando la gente menos lo esperaba, se levantaba las faldas, decía que lo hacía para que no estuvieran tan tristes. No puedo imaginarme eso en la época de Franco. Ten en cuenta que eran los últimos años de la dictadura, la gente tenía muchas ganas de liberarse.

Pero seguía existiendo la Ley de la Peligrosidad Social que se había aprobado durante el régimen franquista. Siempre me hizo mucha gracia el nombre de esa ley. Se usó sistemáticamente para la represión de gays, lesbianas y transexuales. A Ocaña lo encarcelaron a finales de los setenta por escándalo público, continuó Emma. La gente salió a protestar en contra de su arresto, fue una de las primeras manifestaciones a favor de los derechos de gays y lesbianas. ¿Sigue vivo? Murió, como cualquier ídolo. Se fue a su pueblo para celebrar los carnavales, se hizo su propio disfraz, iba vestido de Sol... y ardió por accidente.

El viernes siguiente llegamos al Ocaña sobre las nueve de la noche. Nos recibieron en la entrada dos travestis impecablemente vestidas y maquilladas. Una de ellas llevaba una peluca rosa hasta la altura de los hombros, sobre la cual se había colocado cuidadosamente un ramo entero de lirios que

conjuntaba con su kimono de geisha. La acompañaba La Fernanda, amiga de la infancia de Ocaña, que trabajaba durante el día en uno de los puestos de flores de la Rambla. Entramos. Todo tenía un aire aristocrático y a su vez hogareño.

¡Sofía! Emma estaba sentada en uno de los taburetes metálicos frente a la barra. La sala fue llenándose de gente y comida, canapés arriba y abajo, tortilla de patatas, ceviche de pulpo y langostinos, huevos estrellados con jamón ibérico, anchoas del Cantábrico, croquetas, pescadito frito, ñoquis de remolacha... Hacía un rato que no veía a Adam; me encantaba que se espabilara solo en ambientes que no conocía. Tampoco había señales de Joel. ¿Por qué no les escribes un mensaje?, le pedí a Emma. No, si le escribo, seguro que no viene. ¿Por qué? Joel es así, puede aparecer o no, pero es mejor no presionarle. Todo lo que oía de él me gustaba, esa incertidumbre que poetizaba su ausencia, en mi cabeza se estaba tomando un whisky en el bar de al lado. Y de repente apareció, buscando caras conocidas. ¿No viene con su mujer? Nunca.

Al vernos, se dirigió hacia nosotras. Cuando trabajaba de camarero en el tablado, a pocos metros de aquí, siempre aprovechaba para pasearme por la plaza. No te veo entre heroinómanos con tus jerséis de cachemira. Soy un hombre de calle, Sofía, pijo, de acuerdo, pero de calle. En ese momento apareció Adam. Joel, te presento a mi novio. ¿Novio? Por el anillo pensaba que estabas casada. Jamás había caído en que llevar el anillo que Adam me había regalado en Las Vegas le iba diciendo al mundo que estaba casada. ¿Tú no lo llevas?, le preguntó a Adam. Ella me regaló este collar, dijo sacándose de debajo de la camisa una llave de plata que le había encargado a una artesana. ¿Qué lleva inscrito? Tú eres la llave. Joel se fue a hablar con un grupo que estaba tomando un cóctel de ginebra con citronela.

¡Este es Joel!, exclamó Adam excitado. Entiendo por qué te gusta. ¿Bailamos? Nadie lo hacía, pero la música estaba alta y me apetecía pasar un rato con Adam. Empezamos nuestro pequeño espectáculo de movimientos sin sentido, tirabuzones y coreografías inventadas. Cada vez que pasaba un camarero con una bandeja de comida, parábamos en seco, saludábamos con seriedad, engullíamos y seguíamos. Poco a poco se fueron uniendo a nosotros el resto de los invitados y finalmente aquello se transformó en discoteca. Los travestis de la entrada nos acompañaron un rato, hasta dejar la fiesta en el punto más álgido.

Salí fuera a fumarme un cigarrillo. De camino hacia la escalera me crucé con Joel. ¿Quieres venir? Nos quedamos en la entrada, bajo el pórtico. No sé muy bien cómo empezamos a hablar de mi relación con Adam. Sois una pareja muy atractiva, dijo, ¿cuánto tiempo lleváis juntos? Casi cinco años. Parece que os acabáis de enamorar, ¿cuál es vuestro secreto? Apareció en aquel momento Adam, que me estaba buscando. Me preguntan cuál es nuestro secreto. Nos sonreímos con complicidad. Bueno, respondió él, encuentras formas de seguir divirtiéndote. Decidí ir a saco y preguntarle a Joel si creía en la monogamia. No. Joder, no te lo has pensado nada. Le expliqué que Emma me había regalado un libro que me había impactado mucho en ese sentido, el de Daniel Bergner. De repente, Joel se despidió y se fue para casa.

Adam y yo seguimos bailando hasta que los pies nos dijeron basta y le propuse tomarnos la última en la oficina, que quedaba unos números más allá. Compramos un par de latas de cerveza a un señor que las vendía junto a la puerta y, una vez arriba, evitamos encender las luces para que los que salían del Ocaña no vieran que estábamos ahí. Nos sentamos en el sofá de la entrada para comentar la noche. Me sabe mal haberte interrumpido con Joel, no sabía que estabais juntos. Me lo he encontrado. Hagamos un juego, propuso Adam. ¿Qué? ¿Cuál es su mesa? Le llevé de la mano hasta ella, con cuidado de no tirar nada, estaba todo muy oscuro. Se sienta aquí. ¿Ah, sí? Sí. Cierra los ojos un momento, imagínate que soy él. Me dio un beso, como si fuera el primero, diferente de los suyos. ¿Qué te gustaría que pasara? Después de este beso está claro, ¿no?

Me giró y me inclinó sobre los papeles de Joel; tenía la cara pegada a su letra. Me levantó el vestido y me bajó las bragas hasta las rodillas. Me acariciaba con tacto nervioso y vacilante como si mi cuerpo fuera nuevo, distinto. Fue un gran polvo. Al bajar las escaleras del edificio para irnos a casa, me quité el anillo de casada y me lo puse en el pulgar de la misma mano. ¿Qué haces? Prefiero llevarlo como tu llave, de manera que no le grite a la gente que no estoy disponible. Buena idea. Y me gusta más aquí, nos casamos por diversión y no para poner nuestro amor en un contrato. Pero también por compromiso, Sofía. Sí, también por eso... El pulgar es el dedo que me chupaba de pequeña, me hacía sentir segura y tranquila.

CAPÍTULO 26

Adam y tú habéis salido de excursión, dijo Jenni cuando le conté lo de los franceses. Tú te guías por las estrellas y él va tras los animales que le llaman la atención. ¿Yo me guío por las estrellas? No lleváis brújula y, mientras tú vas buscando el norte, él está pendiente de dónde quedan los pastos más verdes. Es un buen trabajo de equipo. No sé si es así como lo habéis establecido, pero no dejes de orientarte o no sabrás cómo volver. También quiero divertirme. Lloverá, dijo Jenni, porque lloverá tarde o temprano... incluso quizá un día pierdas de vista a Adam. Espero que no.

Lo que estoy intentando decirte es que creo que sois valientes de salir para ver qué hay ahí fuera, ¿pero estás segura de que no os habéis dejado la chimenea encendida y que vuestra casa no está en llamas? Joder, ¿por qué dices eso? Porque no tengo claro que hayáis salido con una mochila bien preparada, Sofía, que sepáis quién está al cargo de qué...

Y tú, ¿qué tenías que contarme? ¡Me caso! ¡Qué dices! Era la primera amiga que se casaba. Jenni lo había dejado con su primer amor hacía apenas dos años. Llevaban una década juntos y él se agobió al verse tan joven y tan comprometido. Le propuso a Jenni hacer una pausa y ella intentó tomárselo lo mejor posible. Al ver que se adaptaba con tanta dignidad, él fue incapaz de tener ninguna historia. Jenni, sin embargo, se enamoró de otro hombre.

La boda será en verano. ¿Y por qué? Porque hace buen tiempo. No, que por qué os casáis. Porque nos queremos. Pero no hace falta casarse por eso. Nos hace ilusión celebrarlo con la familia y los amigos. Tenemos un hogar tan bonito que queremos compartirlo con vosotros. Me di cuenta de que yo estaba lejos de eso. Alejarnos tanto de casa nos alejaba también de la comodidad, de cuidar de las plantas, de acurrucarnos bajo nuestra manta favorita. Jenni siempre me trastocaba.

Le propuse a Adam ir a la casa de la montaña. El contraste con los últimos fines de semana fue inmenso. De repente estábamos solos, despeinados, en

pijama frente a la chimenea, comiendo Nutella directamente del bote. Me gusta estar sola contigo, sin televisión, sin cobertura, sin la ciudad al otro lado de la puerta. Me apetecían unos días de amor sin riesgo..., pero teníamos aquello otro pegado a las neuronas y resultaba difícil cambiar el chip. Recuerdo que estaba avivando el fuego con un fuelle viejo que en algún momento se había agujereado. Lo habíamos desatendido y se había apagado. Prueba con esa brasa, dijo Adam señalando un pedacito de carbón que latía en el centro. Acerqué la punta metálica tanto como pude, sin llegar a tocar la brasa candente, y empecé a apretar. La mitad del aire se escapaba. Me arrodillé, me arremangué y empecé a darle al fuelle tan rápido como pude. Vamos, Sofía, un poco más. La brasa rugía, pero no lograba prender los troncos que la resguardaban. Grité: «¡Córrete yaaaaaaa!». Y pam, llama. ¡Argh! ¿Qué pasa? Odio ver sexo por todos lados. Volví a sentarme en el sofá, resoplando. Pobre brasa, dijo Adam, tan tranquila que estaba y ya has tenido que sexualizarla. Ella se lo estaba buscando, bromeé.

¿Preparamos la cena? ¿Tortilla de calabacín? Cuando subíamos a la montaña, siempre planeábamos las comidas en el coche y luego parábamos en un supermercado para comprar los ingredientes. Has cogido huevos, ¿verdad? Me has dicho que lo harías tú, cuando has ido a por la verdura. No, te he dicho que estaban al otro lado y que los cogieras tú. La tienda más cercana quedaba a diez kilómetros por una carretera de curvas. Fuimos, compramos y volvimos. Al salir del coche, todo estaba oscuro. Me quedé ahí parada, unos segundos. ¿Vamos? Aún no.

¿Qué quieres hacer? Imagínate que no estamos saliendo juntos, le dije acercándome a él, que no somos pareja. ¿Por qué querría imaginarme eso? Hemos subido a esta casa con amigos, tú has dicho que faltaban huevos y yo me las he apañado para acompañarte a comprarlos, porque me gustas. Así que te gusto. Tú no lo sabes seguro, pero este es el momento al que he querido llegar todo el rato, todos estos días, sola contigo en la oscuridad. Adam me miraba, quieto. Este instante de posibilidad, ¿lo notas? Lo sentía como cuando era adolescente y nunca me había besado con nadie, cuando compartía unos segundos inesperados de soledad con el chico que me gustaba en cualquier excursión del colegio. Antes, un momento así podía alimentar un invierno entero.

¿Lo notas? Adam se acercó a mí lentamente. Tú no estás segura de si me gustas, pero me gustas, aún no lo sabes, pero estás a punto de descubrirlo.

¿Ah, sí? Sí, porque ves que me estoy acercando muy despacio. Me estoy poniendo nerviosa. Adam me cogió la bolsa donde llevaba los huevos y aprovechó para rozarme la mano. Se me erizó la piel. Antes de volver a entrar, dijo, me gustaría decirte algo. ¿Qué? Vente a dormir esta noche a mi habitación. Me puso la mano en la mejilla y me dio un beso. Me agitó por dentro como si fuera el primero de mi vida.

La mañana siguiente la pasamos en unos baños termales que quedaban a una hora en coche. Las piscinas exteriores estaban esculpidas en un bloque de granito frente a un valle y al fondo se veían las montañas nevadas. El agua estaba a treinta y nueve grados y olía a azufre. Estuvimos en remojo al menos un par de horas, hasta que volvimos para comer. Descansamos junto al fuego y por la noche salimos a dar un paseo. Teníamos luces frontales que nos sujetábamos a la cabeza para no tener que dejarnos los dedos aguantando una linterna en el frío de la noche. Caminamos mucho tiempo en silencio, escuchando solo el sonido de nuestros pasos. ¿Qué crees que se estarán diciendo?, me preguntó Adam. ¿Nuestros pies? Claro. Cómo me gustaba ese hombre.

Comentan que les gusta el paisaje. Pobres desgraciados, si apenas ven nada ahí abajo. No, no, espera... Hablan de un suelo muy bonito que vieron. Es cierto, en Nueva York. ¿Les enseñamos el cielo? ¿Qué? Ven. Dejé el camino y me subí un prado a la izquierda. Me tumbé con la espalda en el suelo junto a unos grandes pedruscos que debían de haber caído rodando de la montaña unos cuantos siglos atrás y extendí las piernas en vertical para apoyar los pies sobre la roca. Adam hizo lo mismo. Apagamos las linternas y nos quedamos muy quietos. El cielo estaba muy limpio. Se veían capas y capas de estrellas, algunas tan pequeñas que desaparecían si las mirabas directamente.

Acerqué mi cabeza hacia el pecho de Adam y cerré los ojos. ¡Hala! ¿Qué? ¿No la has visto? ¿El qué? ¡Una estrella fugaz! Mierda, tenía los ojos cerrados. Ha sido increíble, Sofía, era enorme, casi le podía ver las llamas. ¡Pide un deseo, pide un deseo! Ya lo he hecho. ¿Y qué has deseado? No se puede decir, Sofía. Pide uno tú también. Pero yo no la he visto. Tus pies sí. No, no, dije interpretando sus voces, no vemos una mierda. Bueno, pero puedes pedirlo igualmente. Se me daba fatal eso de pensar rápido. Cuando tenía que soplar las velas el día de mi cumpleaños, siempre acababa preguntándome por qué no había escogido con tiempo el deseo. ¿La paz en el mundo?, me preguntó Adam, burlón. Sí, ya sabes que ese es mi deseo por

defecto. No se me ocurría nada más bajo presión.

De vuelta a casa, me vibró el móvil en el bolsillo de la chaqueta; debió de recibir cobertura. Unos minutos más tarde miré la pantalla con poco interés. Hola, soy Joel, empezaba el mensaje. Me dio una especie de calambre por el cuerpo, como si me hubiera atravesado una flecha ardiendo. Apagué el móvil y sostuve ese momento, revolcándome en el placer de saber que tenía un mensaje de Joel. ¿Cómo había conseguido mi número? ¿Por qué me escribía? Si no le dije nada a Adam enseguida no fue para esconderlo, sino para disfrutarlo un rato sola. Hola, soy Joel, acabo de terminarme el libro del que hablaste en la cena de Navidad. Gracias por la recomendación, se lo regalaré a todas las mujeres que amo. Un abrazo.

No me dio la sensación de que se hubiera quedado con el título y menos que fuera a leérselo, no me pareció que le interesara. ¿Quiénes son las mujeres que ama? Le mandé la conversación a Emma. Es un gran fucker, respondió. Cuando se lo conté a Adam, me dijo que aprovechara que tenía su móvil para flirtear con él. No sé. ¿Por qué no? No quiero enrollarme con él, lo que me gusta es este momento, lo alargaría mucho tiempo. Flirtear es divertido. Me atrae de la misma forma que cuando me gustaba un niño en clase, con una pasión ciega. Eso era suficiente, pero también pensé que sería un buen terreno de pruebas para mí, me sentía torpe ligando. Quizá lo haga.

El primer día en la oficina le saqué el tema del libro a Joel y le propuse tomar algo para hablar de ello. Lo haremos, dijo, pero al final se quedó en nada. Me contó que se lo había regalado a mujeres importantes para él, entre ellas su esposa, a quien no le interesó leerlo. ¿Y qué te parece como hombre? No me asusta, respondió, pero me habría asustado a los veinte años.

Fóllatelo, dijo Laura. Qué pesados estáis todos. Está claro que le gustas, por lo menos un poquito. ¿Por qué? Las conexiones acostumbran a ser mutuas y esto del libro... Me parece raro que se quede con algo así, que se lo lea entero y luego te escriba. A mí me alegró que le interesaran esos temas. Lo que no entiendo, dijo Laura, es por qué tienes que contárselo a Adam. ¿Que me hace gracia este tío? Sí. Así es mucho más divertido. Lo siento, pero no lo creo, nada supera un secreto. A mí los secretos me comen viva muy rápido. A Laura le encantaban. Pero esto que estáis haciendo es una locura, ¿no te parece que os habéis metido en algo muy raro? Inusual, quizá, pero no creerías la cantidad de gente que he conocido que... Es muy sórdido, Sofía.

CAPÍTULO 27

Quizá sí, quizá tenía que follarme a Joel, ser la chica mala que seduce al señor casado para pasar el rato. Porque puedo, me decía, sin embargo, aunque era muy atractivo, no sentía una urgencia sexual. Le mandé un mensaje desde la oficina, sin moverme de la silla. Escuché cómo le vibraba el móvil. La verdad es que esto lo había olvidado, pero Joel me lo recordó hace unos días. Si lo había olvidado era porque no quería acordarme, mandarles aquel mensaje fue algo raro. En este punto casi no habíamos hablado y le escribí que me gustaba, que por qué no quedábamos un día, que Adam me animaba. Me respondió cuando ya había llegado a casa, decía que le había sorprendido. Fue amable y usó muchos emoticonos, pero no me propuso nada. Seguimos relacionándonos como lo hacíamos, es decir, poco. Sin que se notara, yo intentaba que nos quedáramos a solas, pero iban pasando los días entre holas y adioses y a veces ni eso.

Unas semanas más tarde, al final de la jornada, se sentó en la silla que quedaba a la derecha de mi puesto. ¿Qué tal, Ros? Le gustaba usar mi apellido para dirigirse a mí, lo que me parecía un gesto cariñoso. Me contó que en verano haría un retiro Vipassana. No me sorprendió, aunque Joel no tenía ninguna pinta de encerrarse en un sitio a meditar durante días. Oí resoplar a Emma. Intento hacerlo una vez al año, siguió Joel sin darse cuenta de que su empleada volteaba tanto los ojos que parecía que intentaba verse la nuca. A mí me resultaba interesante. ¿Y cuántos días son? Diez. Joder. Sí, diez días en silencio, sin contacto con nada, ni siquiera dejan que me lleve una libreta. ¿Y tu familia? Ya saben cómo soy.

Me encantaría hacer eso alguna vez, le dije, había empezado a buscar refugio de todo el sonido e intensidad de los últimos meses. ¿Sí? Sí, por el reposo forzado, el no hacer nada, tan solo estar... En realidad, no sé de qué va el Vipassana. Va mucho de eso, dijo Joel, clavando sus ojos en los míos. Tenía una mirada suave, tranquila, pero nada vacilante. Me traspasaba.

Vipassana significa ver las cosas tal y como son, y ese es el objetivo... ni recordar ni imaginar. Parece increíble, dije, que algo aparentemente tan sencillo nos cueste tanto esfuerzo. Porque estamos siempre rodeados de estímulos. Le pregunté si le gustaba el submarinismo. Sí, he hecho varios cursos. Yo también, y para mí estar bajo el agua es como una meditación sin esfuerzo. ¿Por qué? Porque no puedo hablar ni escuchar demasiado realmente, solo oigo mi respiración y todo va despacio. Tiene que ir lento o se termina el aire más rápido. Exacto, de hecho, uno se mueve bajo el agua controlando el oxígeno en los pulmones.

También lo pienso cuando como, le dije. ¿El qué? En centrarme en la comida, en observarla, olerla y tocarla. A menudo cuando comemos aprovechamos para hacer otra cosa: ver la tele, mirar el móvil, leer el periódico, dijo él. Cuando me di cuenta de eso me pareció horrible, con lo que me gusta comer. A mí también me pasa. Por eso disfruto de los restaurantes caros, dije. ¿Caros? Bueno, no caros porque sí, los buenos restaurantes, esos que son todo un espectáculo, como un Cirque du Soleil en la boca. La meditación sería eso pero sin estímulos, explicó Joel, sin baile, sin sexo, sin comida. Ha dicho sexo. Por eso a la mente le cuesta tanto esfuerzo volverse invisible, porque la concentración se gira hacia ella misma. Y uno puede asustarse con lo que se encuentra ahí dentro, dije.

¿Qué crees que te encontrarías? ¿Cómo? La pregunta era solo para ganar tiempo. Que qué eres, Sofía. Un momento, que me explota la cabeza. Se rio. Me quedé unos minutos en silencio mirando la mesa. Seguramente fueron segundos. Soy una chula pringada, respondí. Me hago la chula para esconder que en realidad soy bastante zopenca. Y una niña lista que no termina de creer en ella misma también un poco, ¿no? Me sonrojé. Soy menos lista de lo que parezco, a Ferran Adrià le pasa al revés. Me has respondido con ese comentario. No, no, cambio mi respuesta: solo a veces. De acuerdo. Se levantó de repente, se puso la chaqueta y se fue.

Joder, siempre se iba así, me enfurecía y me maravillaba a partes iguales. Llené su ausencia de inmediato con una película mental de alto presupuesto en la que subíamos todos los peldaños de la escalera mecánica al ritmo de *Locuras*, de Silvio Rodríguez. «Hay locuras que son poesía, hay locuras de un raro lugar». Era su mirada, su mirada, seguro, me arrastraba por un túnel oscuro que parecía llevarme hacia un sitio al que no me había invitado ni por el cual me acompañaba. «Hay locuras que son como brazos de mar, te

sorprenden, te arrastran, te pierden y ya». Había algo escondido en el fondo. Era como si me hubiera dejado un objeto preciado en el interior de su cuerpo, algo que no recordaba qué era, pero que reconocía cada vez que le miraba, de modo que alargaba las conversaciones para conseguir verlo mejor. No me atraía tanto él como aquello.

Los pasajeros sentados delante de mí miraban sus pantallas, excepto una mujer mayor sentada con las piernas muy juntas entre dos hombres. Incluso aquí intentamos ocupar el mínimo espacio, pensé. Era increíblemente atractiva. Miraba al vacío, sus ojos de azul nublado parecía que retuvieran todo lo que habían visto y lo reflejaran hacia afuera. Bonitas grietas hendidas por decenas de aires, inviernos, veranos, mares salados, lágrimas de dolor y de alegría. Eran pequeños microclimas esos ojos. Aparté la vista cuando en la siguiente parada se subió un acordeonista y, al volver a mirarla, ya no estaba.

Cogí de nuevo el móvil y me descargué Brenda, una aplicación de citas entre mujeres de la que me había hablado Emma. ¿Qué día es hoy? Jueves. Quedaré cada jueves con una mujer distinta. Sola. Rellené mi perfil con sumo cuidado. No iba a poner una foto de mi cara: ¿y si alguien que conozco me encuentra? Pensará que soy lesbiana. Lesbiana. No quiero que nadie lo piense porque no lo soy. Subí algunas fotos en las que no se me veía el rostro y escribí en el perfil que tenía una relación heterosexual abierta, aparte de rellenar los datos requeridos como la edad, la altura y el peso.

Vaya, que buscas un trío. Ese fue el primer mensaje que recibí. Veintitrés años, un metro cincuenta y cinco, cuarenta y cinco kilos, a 7,52 kilómetros de distancia de mí. Todo lo que tengo de estupenda me falta de tetas, decía su descripción. Yo no he dicho eso, le escribí. Anda ya, ¿por qué iba a querer una chica con novio enrollarse con una mujer? Por ganas. Te has metido en un mundo que no es el tuyo y a tu novio le debe de encantar, verás como propone lo del trío antes de que llegues a quedar con nadie. Él querría hacerlo, admití, pero no me he metido aquí para satisfacerle. ¿Y no te molesta? ¿El qué? Que le dé igual que te enrolles con una chica, pero en cambio, si fuera un chico, se pondría muy celoso. Estás suponiendo muchas cosas. Lo único que sé es que al final siempre llega la pregunta de si estaría dispuesta a meterme en la cama con tu novio peludo. Me envió un enlace para contratar una escort y cerró la conversación.

Inicié chats con otras chicas. Algunas no respondieron, otras eran lentas o aburridas. Hola, qué tal. Bien, y tú. Bien, qué haces. Comprando en el súper y

tú. Yendo a casa. ¿Largo día de trabajo? Sí, y mañana más. Ese tipo de cosas, saludos eternos, romper el hielo con la aguja de un compás. Veintiséis años, un metro sesenta y dos, cincuenta y cinco kilos, a 9,85 kilómetros de mí. Si eres heterosexual, ¿cómo es que te gustan las chicas? Las etiquetas no van conmigo. Explícamelo con tus palabras. Siempre he estado con chicos, empecé a contar, excepto una vez hace unas semanas y me encantó. Es la historia de la vida de la lesbiana pura, respondió. Excepto que yo no me he enamorado nunca de una mujer. ¿Es solo sexual? ¿Tengo que sentirme mal por eso? No puedes sentirte mal por lo que sientes..., a veces nos acercamos a personas desde el corazón y otras desde el cuerpo. ¿Y tú? Yo soy una lesbiana típica, tardía pero típica. ¿Por qué? Hace seis meses conocí a una chica y no podía dejar de pensar en ella. Nunca me había pasado, hacía dos años que había roto con mi último novio, las mujeres no me interesaban de esa manera. ¿Y cómo sabes que te gustan y no es solo este caso? Porque nos enrollamos y desapareció. No me dio tiempo a encariñarme, me volvió la duda, pero no duró nada y ya no he podido cambiar.

Después de cenar, en el sofá, seguí con Brenda. Me habían escrito dos chicas más. Adam me preguntó qué hacía. Me he bajado una aplicación de citas entre mujeres. ¡Qué divertido! ¿Has hablado con alguna? Sí. ¿Me dejas ver? Prefiero que de momento sea algo mío. Pero si vamos a hacer un trío, debería participar. Te avisaré cuando sea buen momento para que participes. Por el momento, me gustaría quedar con una cada semana. ¿Sola? Sí. ¿Me enseñas algunos perfiles, por lo menos? Era muy hábil ganando terreno. Recibí un mensaje y aparté el móvil de la vista de Adam. ¿No enseñas la cara en las fotos porque eres bizca?, preguntaba una chica. Me reí sonoramente. No sé si me gusta esto, dijo Adam. ¿El qué? Que hables con otra gente sola. De acuerdo, quitaré la aplicación. No, quizá esto nos acerque al trío. Primero quiero sentirme cómoda con ellas, nada más.

La chica que me había preguntado si era bizca tenía un dibujo de Sailor Moon como foto de perfil. Lo soy, le respondí. Dios, qué morbo. Volví a reírme. A mí me da morbo Sailor Moon, le dije. ¿Por qué? Porque el flequillo le dibuja un corazón en la frente. ¿Te gustan las chicas dulces? Me gustan. ¿Y las malas? Las malas también. Me gustaría llamarte y hacerte feliz, dijo. ¿Hacerme feliz? Decirte cositas en la orejita, pequeñas travesuras. Me encanta la idea, pero no quiero que sea incómodo. ¿Por qué incómodo? Que sea raro. Será raro y bonito. Le pedí que me mandara una foto, para hacerla

más real, pero no quiso. No quiero tu cuerpo, quiero tu voz. Qué mona. Me gustaría oírte. ¿Y que te cuente qué? Tus secretos. Solo si primero me cuentas tú uno a mí, le propuse. Tienes que empezar tú. No estoy preparada. No pasa nada.

Joel. ¿Cómo se llama el club de fumadores al que fuiste con Emma? Me ha escrito Joel. Le enseñé el mensaje a Adam. Podría escribirle a Emma directamente, está jugando. ¿Tú crees? Si te pregunta, es porque quiere ir contigo. ¿Y qué le digo? Que si quiere un día le acompañamos. ¿Los dos? Decidí responderle con la dirección del club, añadiendo que un día podría acompañarle. Perfecto, ¿qué tal el jueves? Genial, salimos juntos para allá desde la oficina. Ok. Joder, he quedado con Joel. ¿Al final solos? Estarás en el restaurante. Es verdad. Joel no apareció por la oficina ni el lunes, ni el martes, ni el miércoles ni el jueves. Cuando terminé mi jornada, tampoco me había escrito. Voy para allá, le dije, ya tienes la dirección.

Estaba sentada en el club cuando me mandó un mensaje. Se lo quiero enseñar a un amigo, ¿podré entrar con él? Envié una nota de audio a Adam. Oye, que dice que se viene con un colega. Vaya. ¿Qué crees? Bueno, es un plan distinto, pero puedes darle la vuelta. ¿Cómo? Dile que es una pena, que esperabas poder estar sola con él. Pero puede ser divertido que venga acompañado. Pues añade algo sugerente, como que la noche es larga; te tengo que dejar, que estoy con las salsas. No sé si vamos a llegar, escribió Joel antes de que pudiera responderle el mensaje anterior. La noche es larga, contesté. No dijo nada más ni habló de ello cuando volví a verle en la oficina.

Edité mi perfil de Brenda. Me enamoro de hombres, pero las mujeres me interesan sexualmente. Recibí muchas menos solicitudes para hablar, aunque por lo menos ninguna se tomaba la libertad de increparme por tener novio. ¿Sofía? Soy Clara. Clara, ¿qué haces aquí? Lo mismo que tú, imagino. No sabía que te interesarán las mujeres. Como a ti, no me he enamorado nunca de una. ¿Y cómo te va? Cuesta mucho quedar. Yo me la instalé la semana pasada. Creo que cuando dos chicas se conocen y se gustan tienden a asumir el rol de ya me vendrán detrás y, claro, así vamos mal. Ellos se arriesgan más. Quizá están más acostumbrados al rechazo que nosotras, escribió Clara, siempre me ha gustado esa vulnerabilidad de los hombres... Bueno, no quiero generalizar, pero me entiendes, ¿verdad? Te entiendo, ¿quedamos pronto? Claro, ¡nos escribimos!

Treinta y un años, un metro setenta y seis, cincuenta y ocho kilos, a 2,37

kilómetros de mí. Yo tampoco busco nada serio. ¿Y qué tal va eso? Brenda no da mucho de sí en este aspecto. Miré sus fotos: era estrábica, tenía el flequillo cortado en una línea recta perfecta, los labios rojos. Te pareces a Emily the Strange. Era mi heroína de adolescente. Se nota. Me pidió que le contara una fantasía. Quizá te asustes. Lo dudo. Se me ocurrió en el momento: quedar en un cine con una desconocida. Vale. Llego cuando ya ha empezado la película. Para poder entrar a oscuras. Exacto... Nos hemos puesto de acuerdo en los asientos y en que ella llevará falda. ¿Sin medias? Sin medias. Tendría que ser en verano. Es una fantasía de temporada, genial. Yo llevo una sudadera negra con la capucha puesta, para evitar que nos veamos las caras. Qué calor. Es cierto. Continúa. Al sentarme, le digo algo en código, para asegurarme de que es ella. ¿El qué? Hola, Gertrudis. Qué risa, ¿y qué tiene que responder ella? Bonitas manos. ¿Bonitas manos?

Me siento a su lado y le pongo la mano bajo la falda. Ya veo por dónde vas. Le aparto la ropa interior y la toco primero con suavidad, hasta mojarme la mano. Luego con menos suavidad. Luego sin disciplina, hasta que se corra. Me estoy poniendo enferma. Me levanto y me voy de la sala. ¿Lo llevarás a la práctica? Sería divertido, pero me pone bastante nerviosa. Lo mismo pienso yo. ¿A ti te gustaría tocar o que te tocaran en esa situación? Tocar, igual que a ti. Anda, cuéntame tú una fantasía. Entrar en una casa llena de gente, escribió, pasearme por las habitaciones, follarme a desconocidas e ir cerrando puertas. ¿Una casa llena solo de mujeres? Y de hombres también. ¿Ah, sí? En ese caso, igual me gustaría solo observar, sacar mi lado voyeur. Le dije que había un sitio como ese en Barcelona. ¿En serio? Sí. Si tú cumples la tuya, yo cumplo la mía. De acuerdo, te escribiré el día que esté sentada al lado de una desconocida en el cine. Un año más tarde me sentaría junto a ella en un autobús, por casualidad, pero ella no tendría manera de reconocermme.

Habían pasado dos semanas y no había quedado con ninguna mujer. Tampoco lo había propuesto. Estaba disfrutando de las conversaciones, pero empezaba a apetecerme de verdad. Un martes por la noche me escribió una chica de treinta y dos años que en sus fotos parecía Sandy Olsson después de tres días seguidos bailando *You're the one that I want*. ¿K buscas? Un trío, le dije a lo loco, por probar, ¿has hecho alguna vez alguno? No, respondió, xo depnde d komo sean ls compañant@s, yo no me asusto d na. Me ponía nerviosa que escribiera tan mal, ¿qué se ahorra poniendo «cómo» con k?

Así que también te apetece. ¿Xo eres hetero con pareja y buscas 1 tía o eres bollo y buscamos 1 tío? ¿Es que te interesa? Dpnd dl plan, ¿eres la de la foto?, ¿tienes pareja? Soy la de la foto y tengo novio. Miaaaaaaaau, dijo, estoy ntrando en 1 bar y tardaré en kontestart, tngo k bailar a Fairmont. El grupo sí lo escribía bien, la muy jodida, mayúscula incluida. Pues si eres la d la foto me encantas d cuello xa abajo, pk no t veo la cara, y tndria k ver a tu chico y vamos k nos hacemos unas fiestaaaaaaas aber k sale. «Haber» sin hache, eso SEGURO que no iba a pasar.

Al día siguiente le enseñé a Adam la fotografía de la Sandy Olson falta de sueño. ¿Te enrollarías con ella? ¿Por qué? Dime, ¿te revolcarías con sus rizos ochenteros? No especialmente, respondió. ¿Y tú? Tampoco. ¿Y por qué me lo preguntas? Hablé ayer con ella en Brenda, ha expresado un claro interés por hacer un trío si yo le mandaba una foto tuya. ¿Le has mandado una foto mía? No, claro que no, quería verla para decidirse. ¿Por qué no se la has mandado? Qué más da, no te enrollarías con ella y yo tampoco. ¿Cómo ha ido la cosa? Yo he sido directa, se lo he soltado tal cual. Y ha reaccionado bien. Sí, ha reaccionado bien. ¿Era simpática? Ha sido una conversación breve y hablaba fatal, bueno, en realidad escribía fatal.

Adam le había explicado lo nuestro a un compañero del restaurante. Correrá de boca en boca como la pólvora. No dirá nada, le pillé enrollándose con una responsable de sala. ¿Y qué? Ella está casada con uno de los socios. ¿Y qué te ha dicho? Me ha preguntado si yo también estoy chateando con chicas en alguna aplicación, dice que Tinder es muy divertido. ¿Te gustaría hacerlo? Quizá sí... Estoy un poco ansioso mientras espero y la verdad es que me da envidia que tengas esas conversaciones. ¿Te bastaría con hablar por mensaje? Sí, nada más... Tú estás muy distraída con Joel y con Brenda y yo me siento fuera de juego. Lo entiendo, aunque no hay nada con Joel. Pero podría haberlo. No lo sé. Sea como sea, tienes un juego ahí y a mí también me gustaría jugar, porque en la práctica yo sigo siendo monógamo. Hicimos un trío con Jon, los dos, y estuvimos con una pareja, los dos. Pero yo solo, ¿sabes? ¿Con qué objetivo? Pasarlo bien. Vale.

Veinte años, un metro setenta y dos, cincuenta y cuatro kilos, a un kilómetro de mí. Una chica muy guapa. La foto había sido tomada en algún local de fiesta. De fondo se veían manos sosteniendo vasos largos y en primer plano estaba ella, sonriente, deslumbrada por el flash, con la mejilla pegada a la de otra persona que había recortado dejando un trozo de una cara peluda.

¿Qué haces? Estudiando para un examen, ¿qué buscas por aquí? A alguien como tú. ¡Toma, Sofía! Lesbiana lesbiana no soy, respondió. Yo tampoco. ¿Ah, no? Qué alivio. ¿Sientes alivio? Bueno, me siento un poco culpable. ¿Por qué? Porque no sé si soy un fraude, dijo. Eso seguro que no. Tampoco me atrevo a decir que sea bisexual. No hace falta que le pongas nombre, eres lo que sea que eres... Me contó que siempre le había gustado la idea de estar con su novio y otra chica. ¿Lo conseguiste? No..., solo he tenido dos novios y se lo propuse a los dos, pero no hubo manera, así que mira... ¿Ya no estás con nadie? Los dos tuvieron miedo de que un día les dejara por una mujer y terminaron dejándome ellos. Pues no tenían mucha razón si ahora estás sola y no te consideras lesbiana. Supongo que es verdad... ¿Tú has hecho algún trío alguna vez? He hecho algo, hace unas semanas, respondí. ¿Tienes novio o fuiste la otra? Tengo novio, está resultando muy interesante. ¿Sí? Sí. Eso pensaba yo..., aunque nunca me he visto como la otra. ¿Y qué buscas aquí entonces? No lo sé. No pasa nada.

Veinticinco años, un metro sesenta y ocho, cuarenta y nueve kilos, a 0,2 kilómetros de mí. Estaba en el trabajo cuando recibí su mensaje. Hola, no hablemos por aquí, ¿tomamos algo esta noche? ¿Como a qué hora? No muy tarde, para cenar algo. Dijo que no era una criatura nocturna. A mí la idea de conocer a alguien comiendo no me gustaba. ¿Podrías antes? Antes tengo clase en la uni, pero estoy libre a las cuatro. Joder, en dos horas. Estás muy cerca de la plaza Real, ¿verdad? ¡Sí! Pues tomemos un café, bar El Glaciar, a las cuatro en la terraza, que hace solecito. Ahí estaré. Mi primera cita.

A las tres y media estaba muy nerviosa. Salí al balcón que daba a la plaza, con el móvil en la mano, temiendo que anulara en el último momento. Pero no lo hizo. Eran casi las cuatro cuando me encendí un cigarro y fijé la mirada en la terraza de El Glaciar. Varias parejas tomaban café en las mesas exteriores, pero no había ninguna chica sola. Me esperaba a verla para bajar. Un mensaje, vaya... Ya estoy aquí. La vi cruzando la plaza y sentándose en una de las mesas libres. Mierda, mierda. Apagué el cigarro a medio fumar, cogí el bolso y me fui volando. Dónde vas, me preguntó Emma. Le susurré que había quedado con una chica y volé escaleras abajo hasta salir a la calle.

Hannah miraba hacia la plaza. Le sonreí, pero ella no estaba segura de reconocerme. ¿Eres Sofía? ¡Soy Sofía! ¿Trabajas por aquí? Sí, ahí. Le señalé, sin mirar, los balcones de la oficina. ¿Donde está esa chica? Emma fumaba en el lugar que yo había abandonado hacía escasamente dos minutos,

seguramente nos espiaba. Ahí mismo. Sé que parezco una niña de quince años, pero tengo veinticinco, estoy estudiando un máster. No lo había pensado, pero era cierto que tenía un aspecto aniñado. A mí me resultaba atractivo. Nos sentamos y le pedimos al camarero un café con hielo sin azúcar para mí y un agua mineral para ella. ¿No te gusta el café? Soy bastante sosa, respondió, y su dulzura se convirtió demasiado rápido en aburrimiento. No seas tan exigente, Sofía. Me preguntó qué buscaba en Brenda, y en lugar de contestar le hablé de Adam. ¿Pero qué buscas en Brenda?, insistió sonriente. Supongo que por el momento una amiga con derecho a roce. Tiene que ser muy tolerante tu novio, dijo ella, bajando la mirada. Es increíble. Me alegro, nunca entenderé a las personas que se ponen celosas. Yo sí, le dije. El amor sin libertad no merece llamarse amor, respondió, y dio un sorbo a su agua gasificada. Me contó que tenía una relación a distancia con un chico de Polonia, hacía ya dos años que había decidido irse de Varsovia para estudiar en Barcelona. Dos años a distancia, no sé si podría... Es difícil, él es muy celoso y está siempre preocupado por si conozco a alguien. Tiene motivos, ¿no? Sí, aquí estoy, pero no me he enrollado con nadie desde que me fui, dijo Hannah, muy seria. ¿Entonces qué buscas tú? No me gusta el compromiso y él lo sabe, es lo que le pone celoso, pero a la vez le engancha mi desapego, que no quiera casarme. No me había respondido. Así pues, dije, somos dos mujeres con novio. Qué curioso, ¿no?

Mis padres siempre me han educado para ser libre, comentó, les daría igual que saliera con una japonesa que con un congolés..., pero el resto de mi familia y mis amigos no podrían entenderlo y eso me ha limitado mucho. Yo tenía que volver al trabajo. Podríamos ir un día al cine, me escribió Hannah al minuto de separarnos. Al cine. Sí, podríamos, le respondí. No estaba segura. Pensé que era una chica interesante, pero parecía que la hubieran cogido del cuello de la blusa y la hubieran metido un segundo en agua hirviendo sin sal. ¿Cómo ha ido?, preguntó Emma. Reto superado. ¿Y ya está? Dice que quedemos para ir al cine un día, pero no sé... ¿Qué tipo de chica era? Si fuéramos al colegio, sería la tímida empollona con un mundo interior agitado. Tú das esa misma impresión, Sofía.

La siguiente fue Gemma, otra estudiante que se había venido a Barcelona desde la isla donde había crecido. ¿Tienes acento balear?, le pregunté cuando empezamos a hablar por Brenda. Claro, siempre se me hace raro que la gente no lo note cuando escribo... Qué tonta. Me gustaría oírlo. Quedamos el

jueves siguiente, vendría a tomarse un café en El Glaciar. De nuevo, esperé a verla llegar desde mi balcón privilegiado. Me fijé en alguien que podría ser ella, pero estaba paseando a un perro. Sacó el móvil del bolso y entonces sonó el mío. Ya estoy aquí. Era ella. Esa tarde Gemma no tenía clase y había aprovechado para pasear a su husky; además vivía cerca. Se movía como si estuviera enchufada a una suave corriente eléctrica.

Sonreía constantemente y olía a melocotón. Llevaba una chaqueta vaquera y mechas californianas, que estaban de moda. Tenía las facciones dulces, la nariz pequeña y redondeada, y los labios tan carnosos como los pechos. Aquella combinación de candidez y voluptuosidad me atraía mucho. Estoy estudiando psicología, dijo, y también francés y ruso. Eres inquieta. Lo soy, respondió con orgullo. Miraba fijamente a los ojos cuando hablaba, apartándolos solo de vez en cuando para centrar la vista más allá, a lo lejos, como si hubiera previsto que iba a suceder alguna cosa y luego quedara decepcionada. Cuando hacía eso, yo aprovechaba para mirarla de arriba abajo y volvía a sus pupilas dilatadas cuando regresaba a mis ojos.

Me da que no te costó demasiado marcharte de casa. No creas, un poco... Estaba con una chica de allí cuando tuve que tomar la decisión. ¿Una novia? Acabábamos de conocernos y ella no tenía planes de mudarse. Hiciste bien en irte. Sí, y tampoco tenía mucha elección, ya había alquilado un piso junto con mi mejor amigo y dos amigas más. ¡Qué divertido! No lo fue al principio. ¿Por qué? Una de las amigas vino con su novio, que también se instaló en casa. Hacía muy poco que estaban juntos y una noche me enrollé con él... Fue un drama. ¿Y se fue? Se marchó él, sí. Con mi amiga fue duro, pero nos prometimos que nunca nos separaría un tío. Eso está muy bien...

¿Pero entonces te gustan los hombres también? Soy bi, dijo Gemma, pero tiro más hacia las chicas. Alucino. ¿Por qué? Por la cantidad de mujeres a las que les gustan hombres y mujeres. ¿Te sorprende? Yo tengo muchas amigas heterosexuales y muchas otras lesbianas, aseguró Gemma, pero sobre todo muchas, pero que muchas, a las que, sin etiquetarse, les apetece tener experiencias con ambos sexos. Será algo generacional, yo las estoy conociendo a todas ahora... Ninguna amiga mía realmente entra en esa categoría. Tampoco nos llevamos tantos años, dijo Gemma. Los suficientes.

¿Entonces tú eres lesbiana de las de toda la vida? Qué va, yo soy como tú, pero quizá un poco a la inversa, aunque no diría que bisexual. O sea, que tiras más hacia los hombres. Exacto. Me voy a borrar de Brenda, dijo. ¿Y eso?

Pensaba que todo iría más deprisa. A ti te gustaría quedar y rematar sin mucho más. Exacto: quedar un día, pasarlo bien y adiós muy buenas. Interesante, me atreví a decirle finalmente, con cierta intención de seducir. Podríamos quedar un día por la tarde, propuso, tomar unas cervezas. Me encantaría.

Emma estaba fumando en el balcón cuando volví a la oficina. Era muy joven, ¿no? Sí, y aún lo parecía más. ¿Te gusta eso? Pues sí, es curioso, nunca me fijaría en un chico más joven que yo. Es normal que te gusten cosas distintas en unos y en otros. ¿Pero qué interés puede tener ella en mí? Pues el mismo que has tenido tú siempre por hombres más mayores. Mi cerebro dio un vuelco. Le debe de gustar tu experiencia, prosiguió Emma, que trabajes, ese punto más serio o quizá más sereno que nos dan los años. Estoy segura de que ella tiene mucha más experiencia que yo con las mujeres, dije. No tiene por qué saberlo. Pero odio no ser honesta. Sofía, por favor, hay una gran diferencia entre mentir y ocultar. ¿Sí? Claro... ¿Qué hacéis aquí cuchicheando como unas pescaderas? Era Joel. Nada, dijo Emma, vuelvo al trabajo. ¿Es que estáis arreglando el mundo?, preguntó él con ganas de hablar. Por el momento, el nuestro. Volvimos a nuestras mesas.

Adam estaba muy excitado por mi cita con Gemma. Tranquila, tengo claro que por el momento es algo solo tuyo. ¿Te importa que vuelva a quedar con ella? Claro que no, respondió, ¿quieres que te dé algunos consejos? No lo sé. Tienes mucho que contar, Sofía, lo que le va a poner más de ti son tus aventuras. Supongo que sí. Además, eso te da pie a llevar la conversación a un terreno más sexual. ¿Cómo? Le puedes preguntar si se ha enrollado alguna vez con una chica extranjera, si ha follado en otro país, qué tipo de mujeres le gustan. ¿Y luego? Pues luego ella te preguntará cómo te gustan a ti y entonces la describes a ella al detalle. Qué bueno eres. Escríbele un mensaje, dile que te ha gustado conocerla.

Hola, guapa, ¿qué tal? Me gustó conocerte el otro día. Aburrido, pensé. Me gustó conocerte el otro día, tienes morbazo. Huy, no, qué horror. Me pones. Anda ya, Sofía. Me gustaría verte otro día. No, no, ya dijo ella de vernos. Lo pasé muy bien el otro día. ¿Qué estamos, en el siglo XX? ¿Cuándo volvemos a vernos? Suena desesperado. Lo dejé en un soso «Hola, guapa, qué tal». Estresada, respondió, he quedado con una amiga y voy tarde... ¿Tú? Saliendo del trabajo, con ganas de divertirme un rato. No contestó. Volví a escribirle unos días más tarde... Conozco un bar en Gracia que creo que te gustaría.

Casi no voy por Gracia. Te doy un tour. Los bares cierran a las tres, ¿verdad? Sí. Días más tarde... ¿Estás de fiesta, Gemma? Sí, pero me iré a casa pronto, estoy cansada. Ok. ¿De copas otra vez? No, charlando con una amiga. ¿Una amiguita? Una amiga. Vale, pasadlo bien. Y así unos días más hasta que la conversación sufrió una muerte natural. Me dio pena lo de Gemma, me gustaba, pero por lo menos lo intenté.

CAPÍTULO 28

Tiene un cociente de inteligencia superior al del noventa y nueve por ciento de la humanidad. Qué mala suerte tengo. Adam había estado chateando con una italiana pelirroja, con los ojos verdes y superdotada. No me habías dicho nada. Solo hemos estado hablando unos días. Con lo pesado que has estado tú con que te hablara de mis conversaciones... Tampoco me preguntaste. Era verdad, y le envidié por eso. ¿Y qué tal? Divertido. Le pedí a Adam que me enseñara una foto de la chica y lo primero que comenté fue que su pelo pelirrojo era teñido. Él no se había dado cuenta. Necesitaba que fuera menos perfecta. Celos. Me alegro, Adam, dije, apretando los dientes. La cuestión es que la conversación se está estancando y ella no entiende por qué no podemos vernos. ¿Tú entiendes por qué? Le he contado que estoy contigo y le da igual, pero le parece un poco exagerado que solo pueda chatear. Solo querías eso. Ahora ya no. Vale, dije después de unos minutos, pero sin sorpresas. Quedaremos para hablar y ya está. No estoy preparada para que vengas un día a casa y vuelvas a decirme que te has besado con otra. Eso no pasará. Pues corre, díselo, ¡tendrás una cita con una chica!

Se lo conté a Clara. Sentirás cosas distintas antes de que quede con ella, mientras se vean y después. Imagino. ¿Cómo estás ahora? Un poco ansiosa, pero bien. ¿Qué es lo que te pone ansiosa? Imaginarme a Adam seduciéndola, haciéndole las mismas bromas que a mí. Estás celosa. Lo sé, me avergüenzo. No te avergüences, escúchate a ti misma aunque no te guste lo que oigas. Me gustaría que le fuera mal, Clara, que ella le decepcionara... Soy terrible. ¿Cuándo han quedado? Mañana. Pues veámonos tú y yo a la misma hora.

Llegué tarde, siempre llego tarde. Diez minutos, un cuarto de hora. No lo hago adrede, el tiempo siempre me pilla por sorpresa cuando aún estoy acostumbrándome al espacio. Si fuera yo quien determinara la longitud de los minutos, les daría unos segundos de más para que incluyeran ese factor correctivo. Clara ya estaba sentada en una mesa cuando entré en el bar,

sujetaba una taza humeante entre las manos y observaba con curiosidad a la gente que charlaba a su alrededor. No estaba pendiente de mi llegada. Me acerqué hasta ella y me fijé en que tenía un libro sobre la mesa. *Ante el dolor de los demás*, de Susan Sontag. Un rato después me diría que no era lo suficientemente culta como para entenderlo del todo. Clara. Al verme dio un pequeño salto. Llego tarde, perdona. No te preocupes, no sé qué hora es.

¿Cómo estás? Llevo peor el durante, fue buena idea quedar, pero espero no agobiarte demasiado. No te preocupes. Me senté en la silla donde había dejado su mochila, que colocó sobre la mesa. ¿Sabes?, no tiene por qué ser simétrico. ¿Con Adam? Solo se trata de saber lo que quieres y lo que no quieres tú. Ahora preferiría que no hubiera quedado con ella. Está bien ponerse a prueba, pero si lo pasas demasiado mal, pídele que no vuelva a hacerlo... Igual te faltan unos pasos para llegar a estar cómoda en ese punto. ¿No es injusto? ¿Por qué? Porque yo he estado viendo a chicas. Me volvió a hablar de simetría. ¿Qué quieres decir con eso?

Te pondré un ejemplo extremo. Vale. Quizá quieres enrollarte con gente por tu lado, pero no te gusta que Adam haga lo mismo. Eso es tener doble moral. Las personas somos así. Pero puedo esforzarme, le dije. Está bien que lo hagas, pero hasta ciertos límites. Se quedó callada unos segundos y, como me pareció que estaba pensando, no la interrumpí. Clara se tomaba su tiempo. Yo creo que lo importante es tener conciencia y perdonarse si no queremos para los otros lo que queremos para nosotros. ¿Y cómo se resuelve eso? Con generosidad. Mi experiencia me dice que es mejor sacrificar lo que uno quiere que no hacerlo y acceder a que te hagan daño para compensarlo.

Salimos del bar para andar un rato por el Raval. ¿Con qué frecuencia te masturbas?, preguntó de repente. ¿Perdona? Es por curiosidad. Eso es algo muy íntimo, Clara... ❖ ¿Te da vergüenza? Me da vergüenza compartirlo. A mis amigas también les da mucho apuro hablar de ello. ¿A ti no? Sí, pero me sorprende que, por otro lado, compartamos sin problema tantos detalles de lo que hacemos en la cama con alguien. Eso es porque no lo hacemos solas. A veces estoy en casa, dijo Clara, y de repente me viene a la cabeza una fantasía muy guarra. A mí también me pasa. Me levanto, me tumbo en la cama, cojo un vibrador con una mano y el móvil con la otra. ¿Miras porno? Demasiado. ¿Por qué demasiado? Antes no me hacían falta ni el vibrador ni el móvil. Igual que a mí... No sé qué cosas ves, le dije, pero ¿no te sientes mal justo después? Veo vídeos lésbicos, tríos y *gangbangs*... Me gusta ver tíos un poco

agresivos. Admiro tu coraje al contármelo. Yo agradezco que no seas tan distinta a mí. No soy nada distinta a ti, Clara.

En ese momento me llamó Adam. Voy a cogerlo. Claro. ¿Qué tal, cómo va? Se ha ido al baño. ¿Lo estás pasando bien? Hemos estado a punto de besarnos. Ah. No te preocupes, le he dicho que no querías que sucediera algo así y que en todo caso ya volveríamos a quedar. Vale. Clara me preguntó qué pasaba, seguramente estaba frunciendo el ceño. Colgué. Algo me chirría. ¿El qué? Le ha dicho que yo no quería que se besara con ella. ¿Cómo? Eso ha dicho Adam, ahora, por teléfono. Ya. ¿Soy muy exigente si me suena mal? Te gustaría que Adam tomara la decisión por sí mismo. Exacto, no me gusta que la italiana sepa que depende de mí, ni que lo sepa ni que dependa de mí. Depende de los dos. Podría haberle dicho que él no quería, o mejor, no haberlo llevado hasta el punto en que fuera posible. Creo que necesitáis pactos, Sofía.

Me gustaría que no lo hicieras por mí, le diría la Sofía del futuro al Adam del futuro, al llegar a casa. El Adam del futuro no la entendería. Hazlo por ti. Ella sabía que tengo novia. Y aun así no tenía claro si podía o no podía enrollarse contigo. No mola llegar a una cita y decirle a la otra persona que no va a pasar nada. ¿Por qué? Porque entonces, para qué quedar. No va a pasar nada hoy, pero quién sabe otro día. Pero si antes de que surja cualquier cosa ya le digo que no ni a un beso, todo se quedará siempre en un punto amistoso. Yo no lo creo, puedes hacer crecer la tensión. ¿Entonces te parece bien si vuelvo a quedar con ella? Le habría dicho que no, que por favor renunciara, que no me gustaba cómo había empezado todo aquello. Pero a él le pesaría. Queda con otra si quieres, pero hagamos un pacto. ¿Cuál? Nada de sexo en la primera cita, dame tiempo para hacerme a la idea. Pues claro, no se me ocurriría. Pero porque tú quieres que sea así. Lo quiero. Si surge un beso, adelante. ¿Estás segura? Sí.

Seguí hablando con Clara de porno. Me explicó que le estaba interesando la pospornografía, que incluso le daba morbo la idea de hacerse actriz ocasional. ¿Qué es el posporno? Una corriente alternativa del porno que busca más realismo. ¿Como el rollo amateur, con gente de la calle? Con cuerpos más normales, pero también con variedad de conceptos de género y respetuoso hacia la mujer y las etnias. Eso está bien, las palabras clave en ciertas webs dan mucha grima. El posporno intenta no rebajar a las personas a objetos, porque el sexo de verdad es lo contrario.

¿Has visto porno para mujeres? Alguna cosa. Dicen que nos gusta que nos cuenten cuentos, pero tengo que decirte que si yo veo un vídeo, voy directa a la acción. Yo también, busco vídeos cuando ya estoy cachonda perdida, para nada me apetece tragarme cinco minutos de diálogo. Unos meses más tarde me mandaría un enlace a un vídeo que había grabado con una directora de posporno. Lo que más me sorprendería sería una costra que se le veía en la rodilla derecha. Me caí patinando con los niños del cole, me contaría.

El fin de semana siguiente, Adam quedó con otra chica. Se besaron en la terraza de su piso y más tarde en el sofá. Iban solo a beber algo, terminaron cenando y luego tomaron la última copa en su casa. Llevaban hablando unos días cuando decidieron verse y Adam me lo había ido contando todo. Era muy guapa y decía que también le gustaban las mujeres. Sabía de mi existencia. Cuando la cosa se caldeó en el sofá de su casa, Adam le dijo que tenía que marcharse porque se levantaba pronto al día siguiente. Aquel domingo habíamos quedado con unos amigos para desayunar. Puedes dormir aquí, le dijo ella. Por supuesto, Adam le había encantado, decía que le ponía mucho que fuera cocinero, su inconformismo en materia de amor, sus bromas, su altura y sus ojos. No me quedaré a dormir, no me gusta follar en la primera cita, le dijo él. No era cierto, pero le pareció una buena forma de seducirla y a la vez facilitarme a mí que digiriera todo aquello. Funcionó, porque no tuve ningún tipo de celos cuando me lo contó al llegar a casa.

Hablamos del siguiente paso, follar con ella. Si pasa, le diré que me gustaría que te unieras la próxima vez. Ya veremos si a las dos nos apetece eso, pero no te quedas a dormir, por favor. Me parece bien. Me encantaría que te guardaras algo de energía para follar conmigo cuando vuelvas. Así, mientras lo hacemos, me cuentas todo lo que ha pasado con ella. ¿En serio? Después de darte una ducha. Pensé que quizá a ella no le gustaría esa idea y le propuse a Adam que antes se lo comentara. No hizo falta, no se tomó bien que él se fuera aquella primera noche. Mientras charlábamos, le escribí un mensaje a Adam, decía que no le gustaba ser segundo plato. Pero sabías que yo tenía novia. Os estoy imaginando sentados en el sofá hablando de mí y no me gusta nada. Era exactamente así. Le dije que le preguntara si no estaba cómoda con la situación. Al principio pensaba que sí, respondió, pero me gustas y no quiero competir con nadie ni tampoco compartirte. Su apego con Adam me revolvió el estómago. Él intentó quedar de nuevo con ella para hablarlo, pero las conversaciones se volvieron amargas y terminó por dejarla

pasar.

No está funcionando, Sofía. Es normal, cada uno tiene su realidad, sus neurosis y sus expectativas. Querría que fuera más fácil. No sería humano. Pero mira los swingers. Es cierto, ellos han encontrado el sistema, ¿pero no crees que le falta alma? Quizá sí, y además van siempre en pareja. Si quieres, quedamos juntos con chicas. ¿Sí? Puedo intentarlo. Cambié mi perfil en Brenda. Pareja hetero busca trío. Sí, así es. No sabemos si vamos a querer hacerlo, pero por el momento nos apetece tener citas con chicas y no descarto noches de sexo sin él.

¿Tomamos algo mañana? Bruna hizo como Hannah, no quiso hablar por chat. Iré con mi novio. Si te lías conmigo, ya no querrás más hombres. Quedamos en El Glaciar. Adam y yo llegamos antes. ¿Qué tal sus fotos? Solo tiene una, pero casi no se la ve. Espero que seáis buena gente, porque yo lo soy mucho, me escribió Bruna a la hora a la que habíamos quedado. Me enterneció. Claro, no te preocupes, ¿estás de camino? Llego en cinco minutos. Bruna era de Goiás, Brasil, pero hacía diez años que había llegado a Barcelona. Iba muy arreglada, como si aquello fuera una entrevista de trabajo. Tenía por lo menos treinta y cinco años, aunque esquivó la pregunta de la edad. Era tímida y poco agraciada, tenía un poco de bigote y el pelo grasiento recogido con una goma fluorescente. Trabajaba en una empresa de limpieza, pero soñaba con ser frutera. Era muy digna, eso sí.

Teníamos muy poco en común y no nos preguntaba nada, con lo que le pedimos recomendaciones por si algún día viajábamos a su país. Apenas miraba a Adam cuando hablaba. No había salido del armario para no darle un disgusto a su padre, que era muy mayor, y decía que no se entendía muy bien con los hombres. Tengo que ir al restaurante, dijo Adam media hora antes de lo previsto. Es cierto, respondí; no valía la pena seguir alargando aquello. Pedimos la nota y pagamos. Bruna ni se inmutó, pero me pareció justo invitarla. Se levantó y se fue.

La siguiente fue Natalia, una estudiante de periodismo de veintiún años. Lo primero que me preguntó por el chat fue qué opinaba de los cuartetos. Muchas cosas, respondí, ¿has hecho alguno? Ayer, quizá un día te lo cuente. Hablamos de cuartetos de cuerda, ¿no? A Natalia no le iban mucho las bromas. ¿Quién es él? ¿Él? ¿Por qué pusiste lo del trío? Porque sí. ¿Es que tenéis curiosidad por ver cómo reacciona la gente que lo lee? No. ¿Os consideraréis una pareja liberal? Sí, supongo. ¿Supones? ¿Es que no habéis

hecho nada con otra gente? Natalia iba a saco. Sí, respondí, hicimos un cuarteto no hace mucho... y un trío. Ah, pensaba que eras de esas. ¿De esas? De esas mojigatas que no saben lo que quieren. No sé de quiénes hablas. Da igual. Era muy sabelotodo para tener veintiún años, pero desde que le dije lo de nuestra historia con los franceses la conversación empezó a fluir mejor. Además, era atractiva.

Estaba saliendo con una chica, pero también le gustaban los hombres. A mi novia no. ¿Entonces eres bisexual? Sí, aunque emocionalmente solo me gustan las mujeres. ¿Lo saben tus amigas? ¿Que soy bisexual? Sí. Claro, de hecho, todas mis amigas hetero tienen curiosidad. ¿Tomamos algo un día? ¿Haríais algo los cuatro? ¿Nosotros contigo y tu novia? Sí. No lo sé, conozcámonos y ya vemos. Me parece bien. ¿El jueves? Vale, en El Glaciar.

La mañana del jueves, Natalia me pidió que le mandara una foto mía con Adam. Llegamos al bar donde habíamos quedado un cuarto de hora antes y recibí otro mensaje suyo. Hola, soy la novia de Nat, mándame una foto de tu cara. Os he enviado una foto esta mañana, ¿estáis viniendo? Queremos otra donde se te vea más de cerca. Me vais a ver en diez minutos. Depende de la foto. ¿En serio? Hay un reflejo del sol en la que has mandado antes y queremos estar seguras de que nos gustas. No me molaba ese rollo. Nos vamos a ver en nada. Pues mira, ya no. Aluciné. Queríais a Natalia, ¿no? ¿Qué? Que a quien queríais era a Natalia, para vuestro trío. Pero si no la conocemos. Vamos a un local liberal, si nos mandas una foto de cerca, os podéis venir con nosotras. Adiós.

Qué desastre. Es normal, Adam, y la verdad es que, a pesar de todo, me estoy divirtiendo. Treinta años, un metro setenta y dos, sesenta y un kilos, a 1,57 kilómetros de nosotros. Hola, tu perfil me ha llamado mucho la atención. ¿Ah, sí? Soy apasionadamente curiosa. Le pregunté dónde le había llevado la curiosidad. No demasiado lejos. Tiempo al tiempo, la vida es muy corta para andar con prisas. Cierto, dijo Lucía, ¿y qué tal va la búsqueda de la tercera? Va curiosa. ¿Estáis con ese trío pendiente? Sí, aunque hemos hecho alguna que otra cosilla. Yo estoy viendo a un tío con el que hago cosas raras, escribió, quedamos en ciudades porque no vive aquí, él es escocés. Vaya, relación a distancia. Sí, a distancia y abierta. ¿Y te gustan las mujeres? Soy bisexual, pero solo me enamoro de ellos.

Le iba contando a Adam lo que hablaba con Lucía. Conoció al escocés por trabajo, lo describía como un alma libre en el cuerpo de un hombre casado.

¿Está con un casado? Con hijos, dice que él y su mujer son swingers. Joder, ¿hemos conocido a alguien que no tenga algo poco convencional? Me contó que viaja por trabajo y aprovecha para encontrarse con él, que está en la misma situación. La hemos liado por media Europa, me escribió Lucía. Los detuvieron unas horas en el aeropuerto de Hamburgo porque una empleada de limpieza la encontró en el baño de hombres follándose al escocés con un *strap-on*. En sus fotos, Lucía se veía la mar de corriente, su imagen podría haber aparecido en Wikipedia como representación de la mujer española común. Nada destacaba en su físico.

Le hacía mucha ilusión conocer a otra gente del lado oscuro, decía, y le propuse tomar algo con nosotros el jueves siguiente en El Glaciar. Tardó mucho en llegar, se había dado cuenta de que su moto no había pasado la ITV, tuvo que ir a pie y encima se le rompió un tacón por el camino. Era divertida, inteligente y muy próxima, pero no nos atraía sexualmente. Nos contó que conoció al escocés en una convención. Él le pasó un papelito con una nota, antes de intercambiar palabra. La citaba en su hotel a las doce de la noche, le había dejado apuntado el número de la habitación y le pedía que se presentara en su puerta y se pusiera de espaldas a ella al llegar. Eso de irme a la habitación de un desconocido me pareció una locura, contó Lucía, no diré que no tenía miedo, pero había visto al tipo haciendo un FaceTime con su hija el día anterior y un criminal no hace eso.

Lucía se presentó en la habitación, picó la puerta y se esperó de espaldas. Cuando se abrió, notó cómo le ponían una venda en los ojos, unos auriculares en los oídos y una cinta ancha para sostenerlos. Me gustó tanto la canción que sonaba que le pedí que me diera un segundo para hacer un Shazam. *A New Error*, de Moderat. El escocés la guio al interior de la habitación, hasta los pies de la cama. Supuse que era él. ¿Follasteis? Ya te digo, con la música a todo volumen, como salvajes. Me pareció que había alguien más en la habitación, pero nunca ha querido decírmelo. La ayudó a vestirse sin quitarle la venda, la dejó de nuevo en el pasillo y cerró la puerta.

De vuelta a casa, Lucía me mandó un mensaje. Sois una pareja genial, guapos, abiertos y con la cabeza amueblada que da gusto. Gracias, Lucía, lo hemos pasado muy bien. Al día siguiente volvió a escribirme. Quería mandaros reflexiones del encuentro, decía, ya os dije que me encantó conoceros, que me encantasteis. También quería que supierais que por mi parte estoy abierta a que pasen cosas. Primero contigo, Sofía, si lo prefieres, o

con los dos... Para vosotros la decisión es doble. Y si las cosas no se dan, me parecería genial volver a veros otro día para compartir historias increíbles de lo que estamos viviendo. Seguid así, sois una pareja muy especial.

Tardamos en responderle porque no sabíamos cómo decirle que no nos interesaba de esa manera. Es como llamarla fea a la cara, le dije a Adam, y me da pena porque es una chica fantástica. ¿No harías algo con ella? No me atrae. Pero es mejor aprender a desabrochar sujetadores con Lucía para saber cómo hacérselo luego a la guapa. No voy a usar a Lucía. Os usaríais mutuamente. Da lo mismo. Piénsalo. No voy a pensarlo, no me gusta. A mí tampoco me atrae mucho físicamente, pero podría enrollarme con ella si estuvieras ahí... Ya te he dicho que no. Vale, vale. Además, es todo tan crudo... Hace nada que la conocemos y ya estamos hablando de follar. Es como van estas cosas. Me gustaría que fueran de otra manera. Eres muy exigente, Sofía. Pues sí, lo soy. Le dijimos que por el momento encantados de ser colegas, pero que otra cosa no iba a funcionar.

CAPÍTULO 29

¿Iremos al marroquí del *Marché des Enfants Rouges*? Claro, uno del restaurante me ha dicho que cerca de allí venden los mejores caramelos de mantequilla y sal. Llegó la primavera y nos escapamos un fin de semana a París. Bajamos hasta *La Grande Épicerie* para comprar algunas delicatessen, escogimos quesos en *Quatrehomme* y pan en *Poilâne*. Nos lo comimos todo al llegar a casa de la tía *Lucette*, mientras decidíamos qué íbamos a hacer esos días. Mis padres guardaban una libreta en la entrada donde apuntaban sus últimos descubrimientos en la ciudad. La cogí por si había alguna novedad. Han abierto una cafetería dos esquinas más abajo, mi madre dice que los *éclairs* son excelentes. Ya, *Sofía*, pero ya sabes qué pasa con los *éclairs*. ¿Qué pasa? Que si te los comes tú, se considera canibalismo. Serás tonto. Y te encanta.

Por la tarde me compré un vestido y un sombrero en *Le Marais* y visitamos el *Pompidou*. Cenamos en un restaurante de la libreta. Podríamos salir de fiesta. ¿Dónde? Mi hermano me había recomendado algunos sitios. ¿Por qué no vamos al bufé africano? No me apetece, *Adam*, pero te propongo pasear por *Pigalle*. ¿Por los sex shops? ¿Por qué no? Vayamos, puede ser divertido. Nos podemos tomar unos chupitos en cualquier bar, recorrer el *Boulevard de Clichy*, hacer bromas en las tiendas, quizá comprarnos algo y estrenarlo en alguna calle sin salida tras el *Moulin Rouge*.

Entramos en un sex shop de tres plantas. Recibí un mensaje mientras inspeccionaba un terrorífico spray que servía para insensibilizar el cuello y facilitar las gargantas profundas. Era una notificación de *Brenda*: debí de pillar wifi. *Kim* me preguntaba qué ponía en mi perfil, si se lo podía traducir al francés. Decidí cambiarlo y poner solo «*À Paris*». ¿Dónde estás de París? En *Pigalle*. Yo estoy tomando algo con unas amigas en el cuarto, ¿por qué no te vienes? *Adam*, una chica me propone ir a tomar algo en el distrito cuarto. ¿Tú sola? Podríamos ir los dos. ¿Ha visto que buscas un trío? No. Pues

vayamos como amigos. Kim me volvió a preguntar si me apuntaba. Estoy con un amigo. Que se venga también. *Parfait*, mándame la dirección.

De camino hacia el bar nos inventamos nuestra historia. Tú eres mi mejor amigo, estás en París por trabajo, he venido a visitarte y me dejas quedarme en tu piso. Pero ¿y si me preguntan dónde trabajo? Pues te lo inventas. Pero no puedo inventarme un barrio, una calle, el nombre de mis compañeros... Joder, no me acuerdo ni en qué calle está el piso de tu tía. Puedes decir que solo hace unos días que estás aquí y que yo he venido a ayudarte con la mudanza. ¿Y de qué nos conocemos? Nos presentó mi hermano. ¿Cuándo? Hace muchos años. ¿Los mejores amigos no suelen conocerse en el colegio? Pues nos conocimos en el colegio. ¿En qué colegio, en el tuyo o en el mío? No le demos más vueltas, Adam, si nos metemos en algún lío, nos vamos y ya está.

Nos encontramos cogidos de la mano saliendo del metro en la parada de Saint-Paul. Soltémonos, tenemos que ir con cuidado. Vale, cariño. Y con el «vale, cariño» también. Vale, cariño. ¡Adam! Es broma. Ese es el bar. Al otro lado de la calle había una pequeña terraza con tres mesas. Una de ellas estaba ocupada por cuatro chicas. Kim es la asiática. ¿Es asiática? Sí. Qué morbazo. No hagas que me arrepienta de esto. Claro que no, cariño. Adam. Claro que no, *mon ami*. Estamos preparados. Yo creo que no lo estamos, se nos va a escapar algo raro, Sofía. Tú sígueme el rollo.

Los padres de Kim eran vietnamitas, pero ella había nacido y crecido en París. Parecía una chica muy formal. Estas son mis amigas, Jessica, Julianne y Marianne. Me hicieron un sitio al lado de Kim y Adam se sentó entre Marianne y Julianne. Estaba muy lejos de mí, era extraño. Así que sois de Barcelona, dijo Marianne. Vivimos en el centro, respondió Adam. ¿Los dos? Me refería a mí y a mis compañeros de piso, aunque me estoy mudando a París por trabajo. ¿En qué trabajas? Kim captó rápidamente mi atención y me alegré de que me sacara de esa conversación tan incómoda. Adam fue hábil en cambiarla de dirección y ya estaba haciendo reír a las amigas de Kim. Qué poco acostumbrados estábamos a estar así, separados. Kim me contó que era disk jockey, que tocaba en fiestas y en verano también la contrataban en hoteles para que pusiera música en los brunchs de los domingos. Se han puesto muy de moda. Nunca habría dicho que eras DJ. Normalmente no me visto así, es que he tenido una cena familiar.

Era la primera vez que Kim quedaba con una chica por Brenda, sus amigas

la habían animado a instalársela porque hacía unos meses que había dejado una relación muy larga y le costaba volver a salir. ¿Qué pasó? ¿En mi relación? Sí, ¿por qué lo dejasteis? Me enrollé con un amigo. ¿Un tío? Sí, no sé, estaba borracha y hacía tiempo que las cosas no iban bien con mi novia. ¿Eres bisexual? Se puso a reír. No, soy muy lesbiana, pero ese día me apeteció... quizá por despecho. Pasé un buen rato hablando con ella, pero no podía dejar de mirar a Adam de reojo. Las chicas se lo estaban pasando bien con él. Yo me lie con Adam una vez, le dije a Kim por si en algún momento notaba algo raro. ¿Pero hay algo entre vosotros? Somos amigos.

Kim se levantó para ir al baño y la acompañaron Jessica y Julianne. Tardó mucho en volver. Adam tiene un acento muy mono hablando francés, dijo Marianne. ¿Has hablado francés? *Desolé*, dijo retorciéndose un rizo. Solo sabe decir eso, pero le sirve para todo. Cuidado con este, que es un seductor, le dije a Marianne, quien respondió que a ella le gustaban las mujeres, pero que si algún día le apetecía estar con un hombre, no dudaría en llamarle a él. Aquí somos todas lesbianas. *Desolé*, dijo Adam. Aún no había conocido a una lesbiana que no tuviera ningún tipo de interés por los hombres, aunque estaba segura de que las había a montones.

Cuando volvió Kim, me contó que en el baño había un señor tratando de limpiarse una mancha de vino. La tenía aquí, dijo, subiéndose la falda. Aha. Sus amigas se levantaron de golpe. Nosotras nos vamos. Te has terminado la copa, Adam, ¿tú también te vas? Adam se levantó. Solo tenemos unas llaves, dije de repente asustada. Marianne le tiraba del brazo. ¡Pasadlo bien! Intenté pedirle a Adam con la mirada que no se fuera, que no desapareciera de repente de ahí.

Tomemos otra copa, me dijo Kim, y luego unos chupitos. Solo tenemos unas llaves. Puedes quedarte a dormir en mi casa. No había pensado en ningún momento que aquella noche podía quedarme sola con una chica, en medio de París, con el metro ya cerrado. No sabía si Kim me gustaba, no lo había pensado, no me había dado tiempo. Adam, no te vayas, grité al verle alejarse con las amigas de Kim. Ella me miró extrañada. ¿No estás a gusto? Prefiero dormir en casa. Puedes coger un taxi después. Me lo he pasado muy bien, Kim, pero prefiero marcharme ahora.

Me mandó un mensaje. Creí que nos estábamos gustando, me ha sorprendido que te fueras. Me metí en la ducha pensando en todas las formas de decirle que no me interesaba. Cuando salí, me había escrito de nuevo, que

lo sentía, que suponía que solo estaba cansada. Buenas noches, le respondí. Mañana vamos a una fiesta que organiza un fanzine para lesbianas que cumple diez años, en Le Point Éphémère, al final del canal de Saint Martin, ¿quieres venirte? Apagué el móvil. ¿No te ha gustado Kim? No lo sé, es interesante, guapa, pero también muy contenida. Mira quién habla... No me he hecho a la idea de que estaba en una cita. Ha sido divertido. ¿Crees que le he dado señales de interés? No he podido fijarme demasiado. Dice que si queremos ir a una fiesta mañana. Vamos, ¿no? ¿Crees que somos malas personas? ¿Por qué? Por mentir. Solo es un juego. Quizá sí.

Almorzamos unas crepes a la vuelta de la esquina. Los dos queríamos la misma, pero decidimos pedir dos distintas para poder compartirlas. Anduvimos hasta el Campo de Marte porque a Adam le hacía ilusión ver de cerca la Torre Eiffel. El césped estaba lleno de gente haciendo pícnicos. Extendimos un pareo que yo siempre llevaba encima por si acaso. Adam se tumbó, sacó su cuaderno y empezó a dibujar a una pareja que tomaba el sol. Yo aproveché que llevaba gafas de sol para observar a los grupos que teníamos más cerca. Delante, un grupo de chicas bebían champán con frambuesas. Todas vestían color pastel y se habían traído una manta azul cielo. El pelo les brillaba, todas tenían las puntas sanas. Cerré los ojos y aspiré. Olían a melocotón. Sofía. ¿Qué? ¿Estás oliendo a esas chicas? Joder, sí, las estoy oliendo. ¿Tienes ganas de ir hoy a la fiesta? Sí, aunque creo que voy a pasar de Kim. Soplé un diente de león que había en el suelo. ¿Paz mundial? Hoy, solo pasármelo bien.

Decidimos salir por separado de casa y encontrarnos junto con Kim y sus amigas en la entrada de Le Point Éphémère. Yo me fui antes. Mierda, el móvil. Volví a entrar. Cuando estaba por segunda vez a medio tramo de la escalera, me di cuenta de que no tenía dinero. Volví a entrar. ¿Has sacado dinero esta tarde? Sí. Dame veinte euros, por si no encuentro un cajero. Al cerrar la puerta por tercera vez, pensé que no había mirado cómo llegar. Joder, dije, entrando de nuevo en casa, esto de no ir contigo es muy raro. Busqué rápidamente qué línea de metro me iba mejor y por fin me fui. Me he dado cuenta de que me apoyo demasiado en ti, le escribí a Adam desde el vagón. Me has hecho muy bien la raya de los ojos, por cierto. No respondía. Estoy escuchando Peaches a todo volumen, subidón.

Al llegar al canal, vi a Marianne vestida con corbata y botas militares. ¡Sofía! ¿Ya has perdido a tu amigo? Quizá venga luego. Kim no va a venir.

¿Y eso? Dice que está muy cansada..., aunque dentro de un rato, cuando haya bebido demasiado, te contaré que no cree que tengas interés por ella. No supe qué decirle y aproveché para saludar a Julianne y Jessica, que iban cogidas de la mano. Sois pareja, ayer no me di cuenta. Estabas muy distraída. ¿Dónde has aparcado tu camión?, le gritó una chica a Marianne desde el final de la cola. ¡Putain! Es su ex, me dijo Julianne al oído, tienen muy buena relación. ¿Qué tal las fiestas de chicas en Barcelona? Bien, divertidas, respondí intentando recordar las dos veces que había salido con Emma por el ambiente. Estaba en blanco, con lo que empecé a inventarme nombres que sonaran creíbles. Tenéis que ir un día a la Bolloparty, se celebra una vez al mes, también está muy bien el Lenguado, uno de los locales más antiguos, aunque mi preferido es la Tijereta. Lamentable.

Entramos, el local estaba a reventar y aún no habíamos cruzado el vestíbulo. Me alegró ver unos pocos hombres, eso significaba que iban a dejar pasar a Adam. No le echaba de menos, pensé, y no me siento culpable por ello. La mayoría eran mujeres alrededor de los veinticinco años que correteaban dentro y fuera de la sala principal, donde tocaba una DJ. Me distraje mirándolo todo y perdí de vista a Marianne, Julianne y Jessica. Adam me mandó un mensaje, ya estaba en la cola. En media hora me acerco a la entrada, le escribí. Fui a echar un vistazo a la sala, la música electro era buena y la fiesta estaba en su punto álgido. Me fui escurriendo entre mujeres hasta llegar al centro de la pista, mientras me quitaba la chaqueta de cuero; hacía mucho calor.

Alguien me puso la mano en el hombro. Me giré esperando ver a Adam, pero era una chica menuda que me miraba sonriente. ¿Vamos a liarla? ¿Qué? ¡Bailemos! Emilia estaba como una cabra, daba brincos por la sala sin soltarme la mano. ¿Has venido sola? He perdido a mis amigas. ¿Y tú? Mi amiga está en el baño. ¡Esta fiesta es la caña! Empezamos a hacer el idiota, como si nos fuera la vida en la música. Emilia se puso de espaldas delante de mí, encarando el escenario donde pinchaba la DJ, y empezó a bailar restregándose el culo en las rodillas, porque era mucho más baja que yo. Se giró, le cogí las manos, me las puso sobre sus pechos y soltó un aullido de loba solitaria. Tenía que ir a la entrada en busca de Adam. Le encontré perdido en el vestíbulo. Me alegré mucho de verle. He conocido a una chica. ¿Qué chica? Emilia. ¿Y Kim? No ha venido, y he perdido a las otras. Cogí a Adam de la mano y lo llevé hasta la sala. Había mujeres bailando en topless.

Joder. Adam estaba alucinado. Nos pedimos una copa en la barra y me pareció ver a Emilia. Ahí, ¿la ves?, la loca que intenta subirse al podio. Es muy guapa. Le he tocado las tetas. ¿Qué?

Fui corriendo hasta Emilia, que al verme me dio un abrazo como si nos conociéramos de toda la vida. He encontrado a mi amiga, dijo, y me presentó a una alemana aún más menuda que ella. Emilia y yo nos pusimos a bailar de nuevo, esta vez muy pegadas. Alzamos los brazos y nos restregamos cuerpo con cuerpo. Hueles muy bien. Muérdeme. ¿Qué? Muérdeme el cuello. Le aparté el pelo hacia un lado y le di un mordisco. ¡Más fuerte! Me cogió la mano y me la puso bajo sus pantalones. ¿Lo notas? Estás mojada. *For you, baby*. La cogí de la cintura y la elevé del suelo, no pesaba nada. ¡Hazme girar! Das muchas órdenes, tú. Se rio como si estuviera poseída. Al volver a dejarla en el suelo, me acerqué a su boca y me hizo la cobra. Sacó un paquete de tabaco y dijo que iba a fumarse un cigarrillo.

Adam estaba con la amiga de Emilia, que parecía mucho más tranquila. Al verla marcharse, se fue tras ella. Es mona. Sí, ¿verdad? Le conté a Adam que había intentado besar a Emilia, pero que me había apartado la cara. Tiene novio. ¿Qué? Me lo ha dicho su amiga. ¿Qué tal con ella? Me pone ojillos, dice que ella tampoco es lesbiana. ¿Pero no ha pasado nada? No, claro que no, Sofía, pero podría haber pasado. La amiga de Emilia volvió a aparecer a nuestro lado. ¿Emilia se ha ido? No, ahora volverá a entrar. La alemana le cogió la mano a Adam, que le hizo dar media vuelta y, colocándose de espaldas a él, empezó a bailar moviendo el culo contra sus tejanos como había hecho Emilia conmigo. Adam sonreía. No me dejes sola, pensé, pero decidí darme una vuelta por la sala. No había rastro de Emilia.

Al volver a encontrarme con Adam, vi que tenía la mano en el culo de la alemana. Parecía que fueran a darse un beso en cualquier momento. Me puse a bailar con ellos. Ella aceptó bien mi llegada. Adam extendió el brazo que tenía libre por debajo de mi espalda. Estás tocando dos culos, le dije. Creo que le gustas, le susurró Adam a la alemana. Ella sonrió. Tendría que buscar a Emilia, nos dijo. Salimos los tres a un patio exterior donde había gente fumando. Emilia estaba sola sobre una mesa de plástico. Adam y la alemana cogieron unas sillas y se sentaron; ella colocó la cabeza en su pecho. Emilia no soltaba el móvil. Les pregunté si vivían en París. Yo vine de Múnich cuando empezó el curso, Emilia es mi compañera de piso, dijo la alemana sin apartar su cabeza del pecho de Adam. Es muy raro verte así, le dije,

confiando en que las otras no me entenderían. Pero fíjate a quién miro, respondió él, mirándome a mí. La alemana le cogió una mano y se la colocó entre sus muslos, por debajo de la falda. Es muy impactante, insistí. ¿Qué decís?, preguntó Emilia. Cosas nuestras. Ella y su amiga se pusieron a hablar. ¿Qué vas a hacer con esta chica? No lo sé. Está contigo como si acabarais de enrollaros. Pero no ha pasado nada. La veo muy encariñada, Adam. ¿Quieres que pase algo? ¿Yo? Le puedo proponer que se venga a casa con nosotros.

Guapa, le dije a Emilia de repente, me has hecho la cobra ahí dentro. De reojo veía cómo Adam le susurraba algo a la alemana, que se reía. Lo siento, solo estaba bailando, respondió Emilia, muy seria y sin quitar los ojos de la pantalla. No hace falta que te disculpes, pero debo de haber interpretado mal que me hayas puesto la mano bajo los pantalones. Me apetecía, pero no puedo. No te preocupes. Adam y la alemana seguían susurrando: ella le dijo que vale y Adam se levantó. ¿Os vais? Le he dicho que me gustaba, pero que no quería dejarte sola... y que a ti también te hace gracia. La alemana se separó de Adam y se acercó a su amiga. Le he preguntado qué le parecería que nos fuéramos los tres juntos a casa. ¿Y qué ha respondido? Que vale. No podía contener la excitación. Dejémoslas solas un rato.

Volvimos a entrar y bailamos y bailamos y bailamos. No vuelven. Seguirán hablando fuera. Salimos a la terraza, pero ya no estaban donde las habíamos dejado. Las localicé unos metros más allá, bajando el muelle de Valmy con los abrigos puestos. Adam, se han ido. ¿Sin decir adiós? Le sentó muy mal. Quiso ir tras ellas, pero le pedí que no lo hiciera. No vas a conseguir nada increpándola por marcharse. Pero me había dicho que sí. Lo habrá hablado con Emilia y se lo habrá repensado. Mierda, no tendría que haberla calentado tanto sin hacer nada, si le hubiera dado un beso o algo... No creo que eso hubiera cambiado nada. Pero quizá se habría quedado. No lo sabes. Yo creo que sí. Ella pensaba que se iba a enrollar contigo y de repente se ha encontrado en un trío. O quizá le ha parecido que si a ti te gustaba Emilia, ella era un segundo plato. No lo sabemos. No deberíamos haber jugado el doble juego. ¿Qué doble juego? Tú con Emilia y yo con ella, tendríamos que habernos centrado solo en la alemana. Yo me lo he pasado muy bien.

Pensé que estaría dándole vueltas a lo mismo todo el viaje en taxi a casa, pero estaba contento. Ha sido la mejor noche de fiesta de mi vida, dijo. ¿En serio? He ligado cuando no lo esperaba y al final de la noche follo seguro.

Recosté mi cabeza sobre su pecho. Olía a mujer.

CAPÍTULO 30

No puedo con esta tía. ¿No te ayuda? Pasa de todo. Joel había contratado a una becaria, Marta, para que le echara una mano a Emma. Un florero, decía ella. Aspira a casarse con cualquier hombre con dinero que acceda a que le laman el culo una vez por semana a cambio de libertad y caprichos. No me parece el tipo de persona que quiera depender de nadie. Es que no lo es, Sofía, por eso tiene el banquillo reventado de hombres, para no depender solo de uno. A Marta le gustaba compartir, con sarcasmo, detalles de las conversaciones que tenía con todos aquellos que le iban detrás. Se pasaba el día chateando con ellos, con una mano pegada al móvil y la otra peinándose el pelo.

Otras veces se transformaba durante unos minutos para hablarnos de su novio con admiración y ternura, ensortijando ahora el largo collar de perlas que llevaba todos los días. Nos explicaba con orgullo lo bien considerado que estaba en su trabajo, lo mucho que tenía que viajar y la cantidad de mujeres que querían estar con él, mientras recorría con los dedos las perlas como si fueran cuentas de un rosario. Emma no podía con ella y pensé que seguramente estaba celosa por las pasiones que levantaba.

También podía entender que fuera una carga para Emma, porque Marta hacía lo mínimo y además nos distraía al resto de nuestras responsabilidades. Se movía con tal seguridad y desvergüenza que no veía el sentido a reprocharle que no mostrara ningún tipo de interés por aprender. Cuando se cansaba de estar sentada, Marta se daba un paseo por la oficina hasta que conseguía captar la atención de alguien. Entonces apoyaba los codos en su mesa, la barbilla en los puños y apretaba los pechos entre los brazos mientras preguntaba cualquier cosa. Antes de que terminaran de responder, volvía a su móvil.

Solía vestirse con ropa cara que podría haber salido de cualquier tienda de señoras de la zona alta, tenía un aspecto muy clásico para lo joven que era.

Llevaba siempre tejanos ajustados y zapatos con plataforma, caminaba con la espalda arqueada intensificando su perfil de diosa de la fertilidad, tan voluptuosa como maternal. Marta no era una damisela en apuros, más bien una guerrera armada con un arsenal de seducción. Parece que Joel haya hecho un casting, dijo Emma, seguro que se la quiere tirar. ¿Ya no se enrolla con tu amiga? No, pero hoy la conocerás.

Entró Abril por la puerta. Sí, Abril, la camarera. Se me congeló el cerebro unos segundos. Joel, ha llegado tu visita. Él se levantó de prisa al verla y le dio un abrazo largo y cariñoso. Emma hizo lo mismo. Abril. Sofía, ¿qué haces aquí? Trabajo aquí. Cuánto tiempo. Muchísimo. ¿Os conocéis? Sofía y Adam eran clientes del bar. Emma se giró hacia mí con la cara desfigurada por la sorpresa. ¿La camarera? Lo preguntó solo con los labios y yo asentí. Nosotras nos conocemos desde pequeñas, dijo Abril, crecimos en el mismo pueblo. Emma se fue al baño. Qué cruce de caminos, dijo Joel, ¿nos ponemos con el trabajo? Abril había cambiado de vida. Trabajaba en la prisión, como tanto había deseado, y Emma la había puesto en contacto con Joel para un proyecto en el que estaban colaborando. Tomemos algo, Sofía, y nos ponemos al día. Avísame cuando termines, podemos ir a El Glaciar. Díselo a Adam, me encantaría verle. Era jueves.

A él también le encantó verla. ¿Ya habéis hecho vuestro trío? Hemos hecho otras cosas. O sea, que no. No es que fuera el objetivo de mi vida. Ni de la mía, dijo Adam, estábamos un poco desquiciados en aquel entonces, pero ahora para nosotros es algo más profundo. Me sorprendió que dijera eso, pero me alegré de que quisiera dar una imagen de solidez después de lo que había pasado con ella.

¿Desquiciados? Pues os convertisteis en mi referente. ¿Nosotros? Ahora estoy con un chico, tenemos una relación abierta. Cuando vi que no volvíais por el bar, empecé a plantearme cosas, pensé que podía diseñarme la vida a mi medida... Además, enrollarme con clientes dejó de ser excitante después de la posibilidad de hacerlo con vosotros. ¿En serio? Pensé que podría encontrar a alguien como Adam, que respetara mi interés por otras personas, dijo. Todo es más cutre de lo que parece, dije yo. Ya no soy camarera y tengo novio, ¿os lo podéis creer? Claro que sí. Aunque este chico... creo que solo acepta lo de la apertura para no perderme. También le estás dando una oportunidad a él. Él no quiere hacer nada con nadie más. Hasta que quiera, dijo Adam. Sois fantásticas, continuó, nosotros hemos tenido impunidad para

tener esposas y amantes y pagar a prostitutas..., pero vosotras lo estáis haciendo mejor porque buscáis fórmulas que incluyan también nuestra libertad. Brindemos por la libertad y por el amor, exclamó Abril y yo tardé unos segundos más que ellos en alzar mi copa.

Adam se fue al restaurante apurando el reloj y con una expresión extraña. Me pareció reconocer en ella admiración y entusiasmo. Pensé que verse en el pasado le había permitido reordenar sus ideas y darse cuenta de que las cosas le habían ido bien. Aunque aún no hubiéramos hecho ese trío. Abril se despidió enseguida, me pareció que le incomodaba la posibilidad de quedarse a solas conmigo. Acompañé a Adam hasta la parada del autobús que le llevaba al trabajo. Los tres hemos madurado, dijo antes de subirse.

Volvió del trabajo tarde, como siempre, pero a mí aún no me había entrado sueño. Me ha escrito Abril un rato después de despedirnos. ¿Qué dice? Me propone cenar, contestó. He pensado en plantearle volver a vernos, pero no estaba segura de si era buena idea remover el pasado. Cenar ella y yo, me aclaró. ¿Solos? Dice que le ha hecho mucha ilusión reencontrarse conmigo y que siempre hubo algo especial entre nosotros. Ah.

Le he propuesto quedar el sábado. Me puse el pijama. Te noto tensa. No entiendo qué buscas. Ya sabes que me apetece quedar con chicas, igual que tú. ¿Te gusta Abril? Sí, me gusta. Vaya. No tendría que haberlo dicho. No, claro que sí, es lo que es. Pero te has puesto seria de golpe. Bueno, Adam, es normal, nunca pensé que te gustara tanto como para quedar a solas con ella. No tendría que haber dicho nada. ¿Es que solo me vas a contar las cosas que me gustan? Preferiría que esto te alegrara. Entiéndeme tú también. Creo que hay algo especial entre nosotros y tú siempre me has hablado de este tipo de cosas. ¿De cuáles? De la conexión, de la chispa, el click. Pensaba que solo querías hacer un trío. Es lo que quiero. Y también cenar con ella sin mí. Sofía, llevas un tiempo liderando tú y no ha pasado nada. Han pasado muchas cosas. Pero no hemos avanzado. Yo creo que sí. Y, sin embargo, no hemos hecho nada. Esto es algo más. No tiene por qué serlo. Parece que sí. Y qué quieres que haga, Sofía, ella quiere verme a mí.

Retrasa un poco la cena, hablémoslo con calma, le dije finalmente. Sofía, te quiero mucho y nada me gusta más que estar contigo, pero no quiero perder la oportunidad con Abril. ¿No puedes frenar un momento? Freno constantemente, joder... Sofía, déjame ser feliz. Adam, esto no va de hago lo que me da la gana y que nadie se queje. No, va de que confíes en mí.

Adam y Abril cenaron solos el sábado. Ella llevaba un vestido sin tirantes, de esos que se aguantan gracias a las tetas. Yo nunca pude llevar uno. Abril pensaba que eso era una cita. Adam le dijo que nosotros no hacíamos nada por separado y que estábamos abiertos a tener una relación con una mujer si se daba la situación. ¿Una relación? Bueno, no quería que sonara a queremos follarnos a una pava y fuera. Pero es lo que tú quieres. No forzosamente. Abril se lamentó de no poder seguir viéndole a solas. Adam dijo que quizá en el futuro. Ella accedió a que siguiéramos quedando los tres. Accedió, qué bien.

También me ha dicho que hace tiempo que tiene curiosidad por estar con una mujer y que tú siempre le gustaste. Entonces, ¿qué problema tiene conmigo? El mismo que tenía entonces, que le impones. ¿Yo? Te excluiste. No, me excluiste tú. Te pareció bien que yo siguiera hablando con ella. No me diste alternativa, tenías tanta prisa que no querías esperarme... y al final lo corté. Quiere cenar un día con los dos. Qué raro es todo esto. Venga, Sofía, será divertido. ¿No te das cuenta de que de nuevo vosotros sois la pareja y yo el unicornio que hay que cazar? Con lo bonitos que son los unicornios. No bromees, Adam. Nos ha invitado a su casa, solo tenemos que poner fecha. De acuerdo. Le escribí que estaríamos encantados de cenar con ella. ¿El próximo fin de semana? No podemos, vamos a ver a un amigo fuera de la ciudad, si es que conseguimos encontrar coche. Coged el mío, me haría ilusión, y cuando vengáis a buscarlo ponemos día para cenar. Tenía un piso bonito cerca de la playa. Una botella de vino llena de arena aguantaba la puerta que separaba la entrada del salón, donde había un poema, en una gran pared de pizarra. Volveremos mañana por la tarde, ¿estarás aquí para darte las llaves? Avisadme un poco antes. Muchas gracias, Abril, nos haces un favor. Ya te dije que me hacía ilusión que usarais mi coche. De vuelta en Barcelona, al día siguiente, paramos en una gasolinera a repostar. Mientras Adam llenaba el depósito, saqué mi diario y escribí que me daba miedo ser un peaje para Abril. Adam volvió a entrar en el coche. ¿Qué escribes? Le mostré la página. ¿Un peaje para llegar a mí? Siempre me dio miedo eso. ¿Te acuerdas de Adrien? Claro. Él fue tu peaje para llegar a Maya. Es cierto. A él le dio igual, es más, lo aprovechó al máximo. Yo no sé hacer eso. Arranqué la hoja, la doblé y la escondí bajo la alfombrilla. ¿Qué haces? Dejarle a Abril un secreto en el coche. ¿Me das un folio? Me da miedo no estar a la altura, escribió Adam. Lo dejó tras su parasol.

¿Algún miedo compartido? Le podríamos decir que la echaremos de menos este verano, dijo Adam. Abril se marcharía en pocas semanas a una universidad chilena, donde se quedaría tres meses. Yo no voy a echarla de menos. Decidimos escribir que habíamos follado hablando de ella y escondimos el papel en el maletero. Y follamos, hablando de ella, en el asiento trasero... aunque su cara se desdibujó pronto en mi mente para convertirse en la de Gemma, la estudiante con acento balear. Cuando llegamos a su casa para devolverle las llaves, le contamos que le habíamos dejado algunos secretos en el coche. Le encantó el gesto. Me ilusiona esto que comienza, nos dijo. Yo me siento el hombre más afortunado del planeta, respondió Adam. Yo les pisé sin querer. Abril nos propuso cenar en su casa el sábado siguiente.

El viernes, Emma montó una barbacoa en la azotea de la oficina. Te has convertido en la organizadora oficial de eventos. Es por Joel, que necesita cualquier excusa para llegar tarde a su casa. Celebrábamos la llegada del verano. Al caer la tarde, cocinamos por turnos hamburguesas bajo la sombra de la estatua de la cornisa. Cuando anocheció, llegó un cuarteto de jazz y empezó la fiesta. Joel le pidió a Marta que fuera a comprar tequila en alguna tienda y ella le recordó que aquello no formaba parte de su trabajo. Hazlo como un favor personal. Yo no hago favores, o vienes conmigo o vas solo. Tardaron en volver. Marta nos contó más tarde que Joel la había invitado a tomarse un chupito en un bar después de comprar la botella. Este tío quiere rollo conmigo. Lo quería, pero no con ella.

El grupo se había ido juntando en el centro de la azotea para bailar. Joel daba vueltas alrededor de la gente bebiendo de un vaso como una gárgola inversa. ¿Bailas? Yo no bailo, Sofía. Se giró hacia una chica a la que todos conocíamos como Superman porque tenía por costumbre cambiarse de ropa en el baño antes de irse a última hora: salía enfundada en un atuendo de deporte de última generación. Joel le susurró algo al oído, ella sonrió, se cogieron de la mano y se fueron escaleras abajo. Unos minutos más tarde apareció Emma por la puerta abrazada a un saco de hielo. ¡Joel se está enrollando con Superman! Estaba en la cocina cuando les oyó entrar en los baños. Quizá están probándose modelitos de running, bromeó Marta.

Adam pasó a buscarme cuando empezamos a recoger. Marta no movió un dedo. Cuando subí a por más cosas, los encontré charlando recostados en la repisa que daba a la plaza. Ve con cuidado con esta, dijo Emma al verlos. No

negaré que a la chica le gusta mamonear, ¿pero qué hay de malo en eso? Que ellos creen que tienen alguna posibilidad y se quedan atrapados en su red hasta la locura. No son tan tontos. Me acerqué. Marta le estaba enseñando a Adam un vídeo gracioso que había compartido aquella tarde en Facebook. Tienes suficiente criterio con la mierda digital como para que te añada, dijo él sacándose el móvil del bolsillo para mandarle una solicitud de amistad que ella aceptó al momento. Ahora solo te falta mi número, contestó Marta. Adam le cogió el teléfono de las manos, se mandó un mensaje a sí mismo y se lo devolvió. A los pocos segundos recibió la notificación en su móvil y, mirando la pantalla, leyó lo que se había escrito. Eres un tío muy guapo. Gracias, Marta, tú tampoco estás mal, y ahora dame un respiro, que quiero socializar con más gente. Cargó con los altavoces y bajamos a la oficina.

Joel estaba sentado en el sofá de piel de la entrada y Superman recostaba la cabeza sobre sus piernas. Él le acariciaba el pelo. ¿Y estos dos? Se ve que se han liado hace un rato. ¿Estás bien? Claro que sí. Era la verdad. Aún no lo sabía, pero pocos días más tarde yo también haría guarrerías en ese mismo sofá. ¿Has visto los mensajes de Abril? No he estado pendiente del móvil. Nos había escrito sobre los papeles que le habíamos dejado en el coche. Os diré mi secreto, escribió, a mí me da miedo ser un juguete. Que tengamos ganas de jugar contigo no te convierte en un juguete, le había respondido Adam. Tú, Sofía, eres una mujer demasiado increíble para ser un peaje. Y tú, Adam, estarás a la misma altura que nosotras, la que los tres decidamos. La buena intención de todos nos protegerá, respondió él. Mandé un emoticono de un mono.

Marta me está escribiendo, me contó Adam. ¿Qué dice? Tontea conmigo. No estoy segura de que sepa que eres mi novio. No pienses que Sofía no se entera de todo esto, le escribió Adam, y a ver si bajas aquí a ayudar, que tú trabajas en esta oficina. Me encantaba su rollo. Abril volvió a escribir. Lo que no he podido hacer es follar pensando en vosotros. Podríamos hacer un viaje juntos un día, respondió Adam. Me encanta la idea, dijo ella, os echaré de menos hasta que nos veamos mañana. Envié un mono más. Marta dice que le gustas más tú. ¿Qué? Me enseñó la pantalla. Pongamos fecha, respondió Adam. La oímos reír mientras bajaba las escaleras. Le pedí que me añadiera a la conversación. ¿Así que te gusto más yo? Claro, escribió Marta, eres una mujer muy sexy. La tenía detrás. Nos dio las buenas noches y se fue, su novio se iba a Hong Kong por trabajo a la mañana siguiente.

Los mensajes de Abril son muy raros, me siento como si estuviera interpretando un papel. No te preocupes, Sofía, no lo estás haciendo. ¿No te parece todo muy forzado? Tú no dices las mismas cosas que nosotros y, aunque yo sí las diga, solo le estoy siguiendo el rollo. Le das coba. Para mantener el interés. ¿No es deshonesto? Es solo seducción.

Al día siguiente llegamos al piso de Abril con media hora de retraso. Había cambiado el poema de la pizarra por uno de Bukowski, *Tira los dados*. Sobre la mesilla, frente al sofá, tenía el libro de Daniel Bergner que Emma me había regalado. Este libro es fantástico. Sí, estaba volviendo a leerlo. ¿Te lo regaló Emma? No. Encontré una dedicatoria en la primera página: «Para una mujer que corre con lobos, Joel». ¿Joel? Sí, me lo regaló él. Así que Abril era una de las mujeres que amaba. A Sofía le gusta Joel, dijo Adam, burlón. Se había sentado en la barra que separaba el salón de la cocina, mientras ella preparaba unas bebidas. ¿Hace mucho tiempo que sois amigos? Unos meses, nos enrollamos cuando nos conocimos. Ayer se lio con Superman. ¿Con Superman? Da igual. No te lo recomiendo, me advirtió. Tampoco he dicho que... ¿Sabes que Joel tiene mujer e hijos? Lo sé, respondí. Su cabeza está en guerra, continuó Abril, es infeliz..., está contrariado. Es cierto que me atrae, pero no necesito hacer nada al respecto. Tampoco te perderías demasiado. ¿Y eso? Deja mucho que desear. Pensé que así sonaba el resentimiento, pero qué sabía yo.

Nos sentamos a cenar a la mesa, con Abril en la cabecera, Adam a su izquierda y yo a su derecha. No me queda nada para irme a Chile. Te echaré mucho de menos, dijo Adam. Dios, qué exagerado era. Abril sonreía desviando la mirada hacia el plato. Yo no sentía lo mismo ni quería fingirlo. Era especial, pensé, oyéndola hablar en el contexto de su casa. Adam se había ido inclinando hacia ella, estaba cada vez más cerca, su barbilla apoyada en una mano, la otra buscando constantemente el contacto. Tienes razón, le contestó apartándole un mechón de pelo de la cara. No lo había pensado, añadió poniendo la mano sobre su muñeca.

Abril, ¿te importa que hable un momento con Adam? ¿Queréis que me vaya a hacer pipí? No hará falta, ahora volvemos. Chasqueé los dedos, aparté el culo de la silla y me agaché bajo la mesa. Adam hizo lo mismo. Adam, acuérdate, no juegues si no me uno al juego, ¿vale? Vale. Volvimos a subir y reanudamos la conversación como si nada. Un rato después, Abril nos propuso pasar al sofá. La maldición de los triángulos o, más bien, la

maldición de los grafos con tres vértices y dos aristas, que se creen triángulos, pero son solo dos parejas en un conjunto de tres personas. Todo es un poco triste. Me parecía que Abril tenía interés en que ambos estuviéramos cómodos en su casa y yo sin duda estaba preocupada tanto por el bienestar de Adam como por el de Abril. A él, sin embargo, el mío le estorbaba y me hacía la única responsable de nuestro vínculo. Se sentaron uno junto al otro y yo acerqué una butaca. Ven aquí, dijo Adam. No cabemos. Si nos apretamos... Va a ser muy incómodo hablar. Como quieras. Tenemos ritmos diferentes, solté.

¿Cómo? Que tenemos ritmos diferentes Adam y yo. Os iba a decir que esto es algo asimétrico, no sé si vas por ahí. ¿Qué quieres decir tú? Que hay un chispazo con Adam, y también estoy más acostumbrada a tontear con tíos, y en cambio tú y yo... Tú y yo partimos de cero. Exacto. Adam tendrá que esperar. Me pueden las ganas de vivir, aseguró él, y empezó a acariciarle el brazo. Yo soy más de disfrutar del camino al ritmo del *Chan Chan* de Compay Segundo, dije. Entonces perfecto, respondió Abril, porque yo soy un mix. Pensé en hacer las maletas e irme a la China.

Seguimos hablando por lo menos tres horas más, de lo que habíamos estado haciendo todo ese tiempo, del novio de Abril, de Jon, de Maya y Adrien, de Clara, de lo que pensaba Jenni, de Emma, de la cantidad de mujeres que se sentían atraídas por chicos y chicas. Adam se puso a contarle las pecas a Abril. Adam, dijo, apartándose de él. Me incomoda que ignores a Sofía. A ella me la conozco de sobra, contestó guiñándome un ojo. Me levaté y cogí mi chaqueta. ¿Es que te vas? Abril, me caes muy bien y me apetece seguir viéndote, pero hay algo entre vosotros que no tiene nada que ver conmigo. Estás contrariada. Estoy incómoda. Adam no se inmutó. ¿Tú te quedas? Yo me quedo, respondió. Abril se levantó. Creo que tendrías que irte con Sofía.

Estoy rabioso. ¿Tú? Sí, Sofía, lo has echado todo a perder. Al final nos habíamos marchado los dos juntos y estábamos buscando un taxi. Abril se sentía incómoda y yo también; hemos hablado bajo la mesa y has ignorado lo que te he dicho. Me he contenido, pero ha pasado un rato y el sofá era el lugar perfecto para empezar a generar un clima distinto. Siempre decides por los demás, Adam, éramos tres ahí arriba. Alguien tiene que mover las fichas. Sí, cada uno la suya. No se estaba moviendo nada. Estoy muy enfadada contigo, ibas a quedarte. No iba a quedarme, Sofía, solo quería darte un

escarmiento. ¿Perdona? Que pensaras que me quedaba para enrollarme con ella y luego demostrarte que no, que puedes confiar en mí. ¿Un escarmiento? Quería demostrarte que te equivocabas. Estás loco. No digas eso. Eso no se le hace a alguien a quien quieres.

Me he quedado con una sensación muy extraña, nos escribió Abril. Quizá es buena idea conocernos por separado. Salí del grupo. Adam y ella siguieron hablando un rato más. Abril le dijo que se alegraba de haberlo convencido para que se marchara porque se habrían arrepentido. Se piensa esta que iba a dejarte sola, me dijo Adam. Ibas a dejarme sola. No es cierto, solo quería darte una lección. Tendría que haberme marchado a la China. Sofía, Abril me parece aburrida. Nadie lo diría. Que quiera follármela no significa que te quiera menos, tú más que nadie deberías saberlo. No me gusta este Adam. No me digas eso. ¿A mí también me camelas cada vez que te apetece follar? Claro que no. Pues ahora no estoy segura. Claro que no, Sofía, a ti te quiero. O te calmas un poco o a la mierda todo, ¿me has oído?, le advertí. Adam le escribió que queríamos hacer un trío, no formar una familia, y que era mejor que no volviéramos a vernos. Abril, por supuesto, no se lo tomó bien. Sentía que habíamos jugado con ella. Pero se lo dejé todo claro cuando cenamos los dos, dijo Adam. Y también que quizá en el futuro podríais estar solos. Ni que nos hubiéramos enrollado, no le debemos nada, Sofía. Solo respeto, como a todo el mundo.

CAPÍTULO 31

Ya se ha ido, me siento muy sola. Abrázate a un cojín, Marta, ponle una camiseta de tu novio. Pero, sobre todo, no le pintes la cara, escribió Adam, no traspases esa línea. Suerte que tengo buena imaginación... Hong Kong está tan lejos... Adam, tenemos que espabilarnos o no vamos a llegar. Jenni se casaba. Lo celebraba en una finca de finales del siglo XIX a cuarenta kilómetros de la ciudad, en el litoral del Maresme, que se reconocía desde la carretera por la torre modernista que despuntaba al este. Allí era donde estaba cuando me llamó aquella mañana, horas antes de la boda.

Veo el mar desde aquí, dijo. La imaginé como la princesa encerrada en la torre que ve pasar la vida a través de la ventana más elevada.

No me gustaban las bodas, quizá porque mis padres se casaron solo para que mi madre pudiera salir del país y estudiar en Francia bajo la protección de mi padre. ¿Estás apoyada en un alféizar esperando a que llegue tu príncipe? Estoy intentando alcanzar una roca del jardín con un escupitajo. Así era Jenni. No es el día más feliz de mi vida, añadió, quiero que sepas que no me siento mal al decirlo. Lo sé y me alegro de que no lo sea. Pero soy feliz porque nunca había estado tanto tiempo tan tranquila. Eso es muy bueno, lo celebraremos. ¿Puedes creerte que la torre está vacía? ¿Vacía? Por dentro es solo una larguísima escalera de caracol que termina en esta habitación de piedra. Joder, Jenni, qué mareo subir hasta ahí. Pero la vista compensa. ¿Y no hay nada más ahí arriba? Solo un espejo y tres ventanas.

Cuando llegué, por la tarde, no me dejaron acceder a la torre, pero la estuve mirando mucho rato subida a la roca del jardín donde había escupido Jenni, mientras esperábamos a que llegara la última, como manda la tradición. Le gustaba jugar a ese juego. Las tres ventanas de la torre estaban terminadas en un arco falso, con ladrillos escalonados en vertical. Los arcos verdaderos se distinguen por estar colocados en horizontal, presionados por el esfuerzo de compresión. Jenni apareció de la mano de su padre, que no

lloraba como el día que su hija se graduó para convertirse en la primera universitaria de la familia, pero la agarraba con la misma fuerza con la que aquel día la había abrazado. No pude evitar perderme su caminata a lo largo del pasillo que formaban las sillas forradas de seda blanca, con tal de mirar cómo su enamorado la miraba a ella desde el altar. Estaba nervioso y pegaba las palmas de las manos contra el pantalón para que absorbiera el sudor. La observaba con incredulidad y sorpresa, concentrado en la elaboración del que seguramente sería uno de sus mayores recuerdos. Me pareció que los ojos se le volvían de un azul más claro. Aquel chico amaba a Jenni como al cielo, satisfecho con cualquier climatología.

Al final de la ceremonia y antes de la cena me subí al altar para dar un pequeño discurso que había preparado, como tantos otros de sus amigos. Hola a todos, yo soy Sofía, amiga de Jenni desde hace más de quince años... y aunque su abuela murmure desde la primera fila que eso no es nada, puedo decir que por lo menos he tenido la suerte de ver cómo se conocieron estos dos. No fue paseando por el parque como le contaron, señora. Durante los últimos meses he estado en contacto con las amigas de Jenni y ha sido fantástico descubrir lo diferentes que somos. No escuchamos la misma música ni tenemos los mismos sueños, pero me he dado cuenta de que todas compartimos la sensación de que somos la más especial para ella. Esa es su magia, y sabéis tanto como yo que ella nunca os engañaría sobre eso, porque Jenni no intenta contentar a nadie. Ama bien y ama sano, ¡que sea así toda la noche y toda la vida!

Fue una dulce inmersión en el más cremoso helado de vainilla, después de muchos meses construyendo un amor con Adam que quizá tuviera algo de falso arco. Jenni y su novio se sostenían por el esfuerzo de la compresión creando una curva invencible o, por lo menos, eso parecía. No pasaron la noche pegados el uno al otro, como la mayoría de parejas que habían venido a celebrar su unión. Disfrutaron de su fiesta sin ansiedad, buscándose con la mirada sin ser prisioneros de un afecto, tan solo haciéndose ofrendas de vez en cuando. Una copa de vino, un beso por sorpresa, la mano para un baile más. Observé, sin embargo, actitudes muy distintas en algunos de sus amigos. Pablo le pidió a Anna que no fuera a bailar sola. Elena le dijo a Pol que frenara con la bebida. Raquel toleraba que Juan hablara todo el rato de trabajo porque decía que le había robado el corazón y Juan simulaba que lo que ella contaba era más o menos interesante, supongo que por la misma razón. Me

parecieron almas que buscaban una mitad en vez de recordarse que cada uno ya estaba completo. No era una cuestión de parecerse, de tener más o menos cosas en común, sino de celebrar sus diferencias. La pareja de novios, ya marido y mujer, no podían tener más. Él era un querubín; ella, una amazona.

Adam y yo tampoco estuvimos demasiado pendientes el uno del otro cuando la fiesta se movió de nuevo al jardín, bajo una enorme pérgola donde se pinchaban los éxitos de los últimos quince veranos. Los meses anteriores nos quitamos de encima la congoja de controlar todos nuestros movimientos y aquella noche lo vivimos con alegría. El falso arco se componía de otra cosa que no sabía poner en palabras. Le vi hablando con una de las camareras, seguro que le estaba poniendo en el bolsillo de su chaqueta una servilleta con su número. Yo estaba pensando mucho en el amor aquella noche, en el más esencial. Pensé en cómo a veces Raquel o Pol dejan de quererse a sí mismos por la obstinación del enamorado de ver tan solo a la otra persona, y terminan por exigirle a Juan o a Elena que llenen ese vacío porque, si no lo hacen, les culpan de haberles vaciado. Cuando a las cuatro de la mañana miré la hora en el móvil, encontré un montón de mensajes de Clara. Había roto con uno de sus novios. Decidí alejarme hasta el bosque para llamarla.

Las mujeres tenemos que ir con cuidado con esto de poner en cuestión la monogamia, me dijo, es un reclamo para depredadores... Hay gente que va de que se replantea las relaciones, pero solo quiere follar más y con más personas y evita todo lo que se interponga en su camino. ¿Sabías que él era así? No pensaba que lo fuera, Sofía, tenía la teoría muy estudiada y ha sido muy hábil moviendo los hilos para que yo me cortara cuando algo le hacía sentir inseguro, pero gestionara los celos para que él pudiera hacer lo que le diera la gana. ¿Pero qué ha pasado, Clara? Ha hecho un trío con dos de mis mejores amigas. Hostia. Les dijo que yo lo sabía, que estaba de acuerdo, que la cosa me ponía... y no era cierto, Sofía, mis amigas son intocables. ¿Y cómo estás? Muy rabiosa, pero también le echo de menos. ¿Quizá podéis hablarlo? No, yo soy muy flexible y me cuesta llegar a partirme, y él se ha aprovechado justamente de eso. Descánsalo, Clara, esto es como romperse un hueso. Mañana me quedaré todo el día en la cama, mi novio se ha ofrecido a hacerme todas las comidas. Me alegro de que esté ahí contigo. Siempre buscan unicornios, Sofía. ¿Los chicos malos? Los que se abren convencidos de que son el centro del mundo y de que nada dejará de girar a su alrededor.

Cuídate. Tú también, cuídate mucho.

Mientras Clara perdía a uno de sus amores, David me escribió para contarme que tenía uno nuevo. Por fin había conseguido ser poliamoroso. Se lo contó a sus padres unas semanas más tarde, tal y como se había prometido a sí mismo. Se lo tomaron mejor de lo que se esperaba. El gran drama, me dijo, no fue que quisiera tener varias parejas. ¿Es que hubo otro? Sí. Los padres le preguntaron cómo lo iba a hacer cuando tuviera hijos y David les contó que no quería tenerlos, con lo que eso no era un problema para él. Ese fue el gran drama. Bueno, tendrán que acostumbrarse. Por supuesto.

¿Nos veremos antes de que os vayáis de luna de miel? Seguro, respondió Jenni cuando nos despedimos, tengo cosas que hacer en Barcelona antes de marcharnos. Llámame. Lo hizo una tarde mientras bajaba las escaleras de la oficina. Voy a un sitio que te va a encantar. ¿Cuál? Una amiga ha montado una subasta muda y le prometí que me pasaría por allí, ¿por qué no te vienes? ¿Qué es una subasta muda? ¡Sofía! Me giré, era Joel. Mándame la dirección y voy para allá, tengo que colgar. Pareces Caperucita, dijo Joel al acercarse. Llevaba una chaqueta roja aquel día. Y tú el lobo, podría haberle contestado, pero se me ocurrió dos días más tarde. Anduvimos juntos hasta el metro. Jenni me mandó la dirección y me dijo que estaría allí en diez minutos. ¿Tú también entras por aquí? Como si no lo supiera. Sí, hasta la siguiente parada. Voy a una subasta muda, ¿te apuntas? Tragué saliva. No, ya vuelvo a casa. Se bajó del tren. Cuando salí del metro, vi que me había mandado un mensaje. Lo he pensado mejor, pásame la dirección.

La subasta muda consistía en una serie de piezas de jóvenes artistas colocadas a lo largo de la pared de un bar, sobre mesas altas y estrechas. Cada pieza tenía una pequeña libreta al lado donde la gente escribía su puja, que debía ser más alta que la anterior que había quedado anotada. Para poder pujar había que pasar por un mostrador donde la amiga de Jenni apuntaba los datos y asignaba un identificador a cada participante. Yo no iba a pujar por nada, así que me quedé hablando con ellas. Joel entró con el móvil en la mano y me giré como si no le hubiera visto llegar. Pidió un whisky en la barra y se acercó a nosotras.

Jenni y Joel se entendieron enseguida. Estuvimos todo el rato hablando los tres, de pie, en el centro del bar, mientras la gente pujaba silenciosamente. Parecía que le hubiera contado a Jenni que aquel hombre me gustaba y que le hubiera pedido que me echara una mano generándole interés. ¿Sabes que

Sofía aprendió a tocar el violín sola? Lo dejé hace años. Pero estuvo mucho tiempo en una orquesta, sin saber solfeo. También le dijo que era la persona más inteligente que conocía, que cocinaba mejor que las monjas de clausura y que nadie hacía retratos como yo. Te hace una foto recién levantada y es la mejor que te han hecho nunca. Jenni, por Dios, pásame tu número de cuenta y te hago el ingreso. Es que en otra vida fuimos pareja, le dijo a Joel, y en todas las siguientes seguiré enamorada de ella.

Jenni me mandaría una foto que su amiga nos tomó aquella noche mientras charlábamos. Tienes que contarme qué pasa aquí. Abrí el archivo. Joel aparecía con la boca abierta a media palabra, Jenni estaba de espaldas junto a él y yo cerraba el círculo en el centro mirando a Joel con orgullo y ternura. ¿Qué es esa mirada? No sé qué quieres decir. Este hombre te gusta. Le conté que Joel me había propuesto cenar algo después de la subasta. Le acompañé a una hamburguesería fina que hacía tiempo que quería probar, en aquella época estaban abriendo sitios como ese en Barcelona cada semana. Nos dijeron que era demasiado tarde para sentarnos a una mesa, pero que podíamos quedarnos en la barra.

Estaba demasiado excitada para devorar con gracilidad una hamburguesa de dos pisos como la que se pidió Joel, así que decidí dedicarme al vino. Tú y yo tenemos una conexión especial, dijo, es evidente, ¿verdad? Asentí, contenta. Nunca he sabido muy bien cómo hablar contigo, Sofía, me alegro de que me hayas invitado a venir. Me contó que tenía una relación complicada con su mujer y que estaba trabajando mucho para resolverla. ¿Tiene solución? Creo que voy a dejarla, dijo, y sé que será un proceso largo y doloroso. Me di cuenta de que me interesaba su situación, pero no me importaba, no pensé en qué podía sacar de ello. Tan solo quería acompañarle. Y gustarle, sin objetivo alguno, pero sé que me dediqué a explicarle lo mejor de mí, que no consiste en excluir lo malo, sino en exponerlo sin vergüenza. Como cuando busqué un pañuelo de papel en mi maltrecha bolsa de algodón y me quejé del agujero negro que se había formado en ella. Sofía, creo que una bolsa de basura sería más elegante que esto. Tienes razón, y eso que no sabes lo que hay dentro. Vamos a hacer una cosa. Dime. Imaginemos que lo que llevas aquí es tu inconsciente. Podría serlo, porque sé que lo he ido llenando yo, pero no tengo ni idea de qué hay exactamente. Vacíalo sobre la barra. Antes necesitamos un chupito de tequila. En mi cabeza volaban helicópteros, de aquellos que cargan agua en los pantanos para vaciarla sobre

los bosques en llamas.

Giré la bolsa abierta sobre la barra. Había varios paquetes vacíos de pañuelos. Un libro, *Sobre el miedo*. Dos lápices y un sacapuntas. Una navaja de madera de olivo. El monedero. Monedas. La petaca donde Laura había hecho grabar mi nombre. Un blíster de ansiolíticos. Dos libretas. Tres clips. Las llaves de casa. Las llaves de casa de mis abuelos. Una factura del gas de hacía cinco meses y una notificación caducada de correos para recoger un sobre de Hacienda. Todo esto dice mucho de ti. No quiero saber el qué. Pero lo sabes. Que tengo ansiedad, o la he tenido, porque igual que las cartas este blíster podría llevar aquí meses. Que tienes miedo, dijo Joel cogiendo el libro de Krishnamurti. Que lo tengo y que necesito lápices para expresarlo. Y clips y sacapuntas y navajas y petacas, por si acaso. Y llaves de sitios. Parece la maleta de alguien que quiere escaparse, dijo Joel. De alguien que quiere tener la opción de hacerlo, respondí yo.

Pagué la cena, no sé exactamente por qué: yo no había comido nada. Ahora te debo una. Eso era. Joel tenía el coche aparcado al lado del restaurante. Pensaba que ibas y volvías a casa en tren. Solo una parada, hasta el parking. ¿Podrás conducir? Estoy acostumbrado a hacerlo con unas copas de más. Quiero pensar que en el futuro esto será lo que nos hará mayores, haber conducido coches y haberlo hecho borrachos. Te acompaño a casa. Me subí a su coche. Estoy aquí, pensé. Dentro olía a él, a colonia cara de señor cortés. El olor de las personas me da siempre mucha información, no tanto sobre ellas como sobre lo compatibles que son conmigo. Husmeé en silencio durante unos minutos, intentando aislar el fondo, la esencia, y me di cuenta de que nunca me enamoraría de aquel hombre. Los hombres de los que me enamoraba olían de otra forma.

Se detuvo. ¿Te dejo muy lejos? No, serán diez minutos de aire fresco. Vale. Desde mi asiento, me abalancé sobre él para abrazarle. Al bajarme del coche, tuve que esforzarme en andar recta. Y entonces me di cuenta. Aquello que Joel llevaba dentro y de lo que ahora volvía a alejarme lo había dejado yo en su cuerpo la primera vez que le vi. Era un frasco de posibilidad, un frasco que conservaba una energía que siempre había querido mantener y nunca transformar. Quizá por eso dejé que fuera él quien lo protegiera. El amor platónico tenía mucho valor en el siglo XXI. Las emociones infantiles que no necesitan retorno, los incendios periféricos provocados por manos, los relojes, la ortografía impecable, el dominio del GIF, la bondad, el ingenio, el

respeto inconsciente, el amor animal, escuchar a Dylan o saber hacer trenzas. Con Joel se trataba de los sentimientos no hablados, cuando se extingue la atracción física, pero el nombre de aquella persona sigue llenándote la boca. El misterio eterno en un frasco que muy pocos valoran. Aunque lo intentamos, nunca fuimos amigos. La amistad es que te llamen a las dos de la madrugada. Aquello nuestro sin nombre se desmoronaría con el primero que quisiera cargarse el bote o darle demasiada importancia.

CAPÍTULO 32

De verdad que me siento muy sola, escribidme cosas bonitas. Cosas bonitas. Muy graciosos... un poco de piedad, que mi novio se ha ido un mes entero a Hong Kong. ¿No decías que tenías mucha imaginación? Mucha. Pues ya sabes. Le pregunté a Marta si podíamos hacer algo por ella. Algo se os ocurrirá, respondió. A mí se me ocurren muchas cosas, escribió Adam. Dejad el móvil y follad vosotros que podéis. Marta nos había metido en su bucle de mensajes, éramos una conversación más de las que la distraían durante su jornada.

Adam, hoy Sofía está muy guapa. Me giré hacia su mesa, estaba pegada a la pantalla de su teléfono y se peinaba con la mano. Dímelo a la cara, escribí. Adam, tu novia me distrae del trabajo. Adam aún estaría durmiendo. Que alguien le ponga una foto al grupo. Tú misma, Sofía, pero que sea sugerente. Subí una mía del blog, tumbada en la cama con una vieja camisa de pijama. ¿Así de sugerente?

¿Eres tú? Claro. No se te ve la cara. Fíjate en el anillo y gírate. Marta se dio la vuelta, cerré la mano izquierda y levanté el pulgar para que viera el anillo de la foto. Me lo regaló Adam cuando nos casamos en Las Vegas. Voy al baño, escribió. Dejó el móvil sobre la mesa, se levantó y se fue. Al poco rato volvió. Adam, Sofía no me ha seguido. Tú ve jugando, Marta, dije yo, que estaba disfrutando mucho del juego. ¿Es una amenaza? Es un aviso.

Marta se está comiendo un cruasán. ¿Ah, sí? Sí, Adam, y no quieras saber dónde le están cayendo las migas. Pero si estoy de espaldas a ti, Sofía. Con el escote que llevas hoy ya debes de tener unas cuantas en el ombligo. ¿Me ayudáis a quitármelas? Me estáis poniendo un poco enfermo y yo así no puedo ir al restaurante. Debes de estar tan guapo cocinando, ¿hueles los melones como un experto? Lo hace, respondí yo, y rompe huevos con una mano. Marta se levantó de la silla y se acercó a mi mesa. Apoyó los codos junto a mi teclado, la barbilla sobre los puños cerrados, y bajó la mirada hacia

sus pechos. Tienes una miga, le susurré esperando que nadie me oyera. ¿Dónde? Ahí. ¿Me la quitas? Miré hacia los lados, la oficina estaba en silencio. Coloqué el dedo índice disimuladamente sobre la clavícula de Marta y lo deslicé hasta llegar a la miga que se le había quedado al borde del escote. Al apartar la mano, alcé el pedacito de cruasán pegado al índice y me lo comí.

Lo siento, Adam, escribió Marta, pero no he podido esperar y le he pedido a Sofía que me ayudara con la miga. Te la habría quitado con la lengua si hubiéramos estado a solas, añadí yo. Joder, Sofía, ¿cómo voy a seguir trabajando?, dijo ella. Tú no trabajas, guapa, le solté. ¿Qué ha pasado? No tenía opción, Adam, a Marta se le había quedado una miga entre los pechos y alguien tenía que ayudarla. No me hagáis esto. No he podido controlarme. ¿Eso ha pasado en medio de la oficina? No lo ha visto nadie. ¿Qué estaba haciendo? Marta tenía novio y no me gustaba hacerle eso a otra persona, aunque a él no lo conociera. Le excitaría mucho si lo supiera, me dijo Adam. ¿Porque somos mujeres? Claro. Me chirría la doble moral. Eso es cosa de Marta. Lo que yo haga es responsabilidad mía. Lo está pidiendo a gritos. Da igual.

Adam vino a buscarme a la salida del trabajo con una bolsa de cruasanes para Marta. Mejor que los guardéis en casa y me los como con vosotros. ¿Quieres venir ahora? He quedado, tonto, ¿me invitáis otro día? Eso está hecho. Cuando se fue, recibimos otro mensaje. Espero que ya hayáis follado pensando en mí. No calientes nada que no te vayas a comer, respondí yo. Atrévete, me dijo Adam. ¿A qué? A ser mala. Pero yo no soy mala. Cada uno sabe hasta dónde puede llegar, ¿estás segura de que quieres ser la policía moral de Marta? Solo la mía. Estás asustada. No. Si cada vez que queremos hacer algo pensamos en cómo afectará al resto del mundo, nunca haremos nada. No estoy segura, Adam. No sabrás nunca si hacer lo que te apetece le hace bien o mal a ella o a su novio. En eso estaba de acuerdo. Además, Marta me gustaba.

La noche de San Juan quedamos para salir por el centro con gente del trabajo. Marta tenía una cena en casa de una amiga, pero dijo que se pasaría hacia la medianoche para tomar unas copas con nosotros. Adam estaba ansioso. Nos escribió cuando nos sentamos a tomar algo en el Manchester, después de la verbena del barrio Gótico. Voy para allá. He dejado a mis amigos por vosotros, así que quiero vuestra atención absoluta. Cuando la

vimos llegar, nos alejamos del grupo y nos sentamos con ella en la barra. ¿Qué quieres tomar? Tequila. Solo si la sal la lames de mi cuello, le dije. Contaba con ello. Pero para que se pegue necesitarás que te chupe yo primero, dijo Adam. Marta cogió el salero y lo vertió sobre mi piel, húmeda de la saliva de Adam. Lamió, se tomó todo el tequila de un trago y mordió un trozo de limón.

Nos movimos con el grupo hacia el Jamboree para bailar un rato y Superman me cogió por banda. No hemos hablado nunca. No. ¿Te gusta el deporte? Me gustaría que me gustara, dije, mirando hacia la pista. Adam y Marta charlaban en el centro. ¿Qué tal con Joel la otra noche? Se sonrojó. Fue muy raro. ¿Por qué? Estaba muy borracha. Lo estábamos todos. No recuerdo muy bien cómo fue la cosa, pero bajamos y empezamos a enrollarnos. Emma os vio. Qué vergüenza. Qué va, mujer. Quería pedirle que me diera el teléfono de Joel. Emma no estaba, se había ido al pueblo. Tampoco Joel, que supuse que estaría con la familia. ¿Me lo podrías dar tú? Sí, supongo. Le pasé el número y le escribí a Joel para avisarle. Cuando volví a levantar la cabeza, parecía que Superman hubiera visto a Lex Luthor bailando R&B. ¿Qué te pasa? Señaló la pista. Adam y Marta se estaban besando. Corrí hacia ellos. ¿Qué hacéis sin mí? Te estábamos esperando. Preferí hacerlo mal que no hacerlo y besé a Marta. Tenemos que irnos de aquí.

Marta me había cogido de la mano y no me soltaba. Al cruzar la puerta del local, nos giramos buscando a Adam y le vimos agachado con las rodillas en el suelo, alzando los puños en un gesto de victoria.

¡Adam! Compramos unas latas de cerveza en la plaza y subimos a la oficina. Mientras desconectaba la alarma, Marta y Adam se sentaron en el sofá de la entrada. Él le había colado la mano bajo el vestido. Ven aquí, Sofía. Me senté al lado de Adam, dejándole en el centro. Sin quitar la mano de entre las piernas de Marta, colocó la otra entre las mías. Soy el rey. Me dio un beso y, al cerrar los ojos, me di cuenta de lo mucho que había bebido. Luego la besó a ella, le bajó los tirantes del vestido y le desabrochó los pequeños botones de nácar que sufrían apretados sobre su pecho.

Me coloqué sobre el reposabrazos que quedaba al lado de Marta y puse una mano bajo su escote. Los dos queréis tetas, por lo que veo. Queremos. Aún no, yo quiero otro beso de Adam. Mientras volvían a besarse, me deslicé hasta el suelo y le bajé la cremallera de los pantalones. Empecé a chuparle. Marta no tardó en acompañarme. A las 4:52 de la madrugada del 24 de junio,

Adam estaba en el centro de su ansiado trío. Hasta que a las 4:58 empecé a marearme y corrí hasta el baño para ponerme agua fría en la nuca. Seguid, grité justo antes de vomitar. Oí un portazo.

Adam apareció en el baño, desesperado. ¡Se ha ido! ¿Qué ha pasado? Le ha sonado el teléfono, le he dicho que no lo cogiera, pero ha visto que era la amiga con la que había quedado antes y le ha extrañado. ¿Qué quería? Se ha peleado con el novio y le ha pedido a Marta que fuera a su casa. Me alegré de no haber sido la única obligada a abandonar el campo de batalla. No me lo creo, gritaba Adam con los ojos llorosos. Yo seguía muy mareada. Volví hacia el sofá agarrándome a las paredes y me tumbé intentando fijar la mirada en una mancha que había en el techo. Adam, necesito volver a vomitar, pero no me veo capaz de llegar otra vez hasta el baño. ¿Y qué quieres que haga? Tráeme una bolsa. Vomité de nuevo. Adam daba vueltas por la oficina, furioso, descontrolado, maldiciendo su mala suerte.

Le escribió a Marta. ¿Vas a volver? Estoy yendo a casa de mi amiga. ¿Quieres que vayamos? Le ha arrancado las cortinas, le ha roto los platos... Joder, leí al día siguiente que le había respondido Adam, ¿pero entonces te piras? Lo primero es lo primero, no voy a dejar a mi amiga tirada. ¿Y qué propones? Os aviso cuando salga, ¿cómo está Sofía? Mejor. Estaba fatal. Sofía, llevas mucho rato tumbada, incorpórate y vamos a buscar a Marta. No puedo, Adam. Le dio una patada a un archivador metálico que había al lado del sofá. Por Dios, no hagas eso. Estoy muy cabreado. Adam, me encuentro muy mal. Lo teníamos, Sofía, lo teníamos.

Se ve que han tomado setas, escribió Marta. Pues lo mejor que pueden hacer es irse a dormir, respondió él, ¿te vamos a buscar? No sé cómo pensaba hacerlo si no era arrastrándome de una pierna. Mi amiga está destrozada, el muy cabrón la ha pegado y se ha marchado. Joder, ¿necesitáis ayuda? Adam, me encuentro mal. Él se había sentado en el suelo y solo estaba pendiente del móvil. Han cortado para siempre, escribió Marta. Adam, deja a Marta en paz con su amiga y ayúdame, por favor. ¿Puedes levantarte? No. Vomité de nuevo en la bolsa. Marta, ¿quieres que quedemos por la tarde? Cuando llegue a casa os escribo, id a dormir... o a follar. Lo haremos, pero ¿te va bien si nos vemos por la tarde? Os escribo luego. Ok.

Adam me ayudó a incorporarme. Al llegar a casa, me desnudó y me metió en la ducha. El agua fría me ayudó a que se me pasara el mareo y, cuando me vi capaz, salí para secarme y meterme en la cama. ¿Te vas a dormir? Sí. Vale,

duerme, así estarás bien después de comer. Por la mañana me contó que se quedó en el sofá chateando con Marta, se masturbó y se fue a dormir. Pero no hay nada en el grupo desde las seis, había leído la conversación que tuvieron mientras yo me moría. Nos escribimos en privado. ¿Por qué? Para no despertarte. Qué tontería. No sé, Sofía. Ayer te volviste loco. Estaba muy frustrado. Te la chuparon dos tías. Pero muy poco rato. ¿Cómo puedes ser tan desagradecido? Me quedé muy frustrado. ¿Tanto como para abandonarme con una bolsa de vómito mientras le escribías a Marta que ya me encontraba bien y la presionabas para quedar a pesar de lo que le había pasado a su amiga? Sí. Pues me parece inadmisibile.

¿Cómo estás, Sofía? Estoy mejor, gracias, guapa, algo me sentó muy mal... Y tu amiga, ¿cómo está? Fatal. Lo siento. Voy a pasar el día con ella. Por descontado. ¿También la noche? Quizá también la noche, Adam. ¿Es que ya no nos vamos a ver más? ¿Por qué no íbamos a vernos? No sé. Ayer me sentí mal, escribió Marta. Solo faltaría, dije yo, por mucho que Adam te dijera lo contrario, yo estaba fatal. Me da pena que te encontraras mal, Sofía, pero me alegro de no haber sido solo yo quien cortara el rollo. Que descanses, Marta, ya encontraremos el momento.

Pasaron diez días sin Marta. Se pidió unos días en el trabajo para irse a un apartamento en la Costa Brava con su madre, que acababa de separarse. Adam no se lo tomó bien cuando se enteró, pero tuvo que adaptarse. Con los días se calmó y terminó incluso por disculparse conmigo. No me gustó nada cómo me trataste. Lo sé, fui un gilipollas, pero lo vi tan cerca después de tanto tiempo...

Ambos echamos de menos a Marta, aunque nos seguimos escribiendo. Nos mandábamos fotos y nos contábamos el día, casi minuto a minuto. Pero el universo se confabularía contra Adam y a Marta le vendría la regla el día después de volver de su escapada. Ya estoy en Barcelona, con un dolor de ovarios que me está matando, pero con muchas ganas de veros. ¿Cómo puedo tener tan mala suerte?, me dijo Adam guardándose el móvil en el bolsillo. A ver, campeón, que aquí la que sangra es ella. Pero ya sabes lo que quiero decir, aparece la tía perfecta para un trío y a los cinco minutos se tiene que ir corriendo. Luego se va unos días con su madre y, cuando vuelve, le viene la regla. ¿Qué va a ser lo próximo? Lo próximo sería que me vendría a mí. ¿Es que no queréis quedar conmigo si tengo la regla? Pues claro que queremos quedar contigo, vente a cenar.

Después de cenar la llamó su novio desde Hong Kong. Estoy pasando el rato en casa de una amiga del trabajo y su novio. Qué inofensivo sonaba. Adam y yo nos retiramos a la cocina para darle intimidad. ¿Estamos haciendo mal? ¿Por qué? Porque queremos follar con la novia de ese tío. Ella quiere follar con la novia de este tío, dijo Adam señalándose. Pero nosotros lo sabemos y él no. Ya te dije lo que opino, Sofía, eso es cosa de Marta. Tenéis objetos muy especiales, oímos que gritaba desde el salón. Cuando viajamos, solemos comprar algo que nos transporte de nuevo al lugar, comentó Adam. Solo lo habíamos hecho una vez. Pues os he traído algo de mi escapada, aunque no vais a poder ponerlo en una estantería.

Cuando cruzamos el umbral de la puerta, Marta tenía un pequeño sobre en cada mano. Para vosotros. Eran dos pulseras de hilos de colores. Yo me compré una igual, dijo mostrándonos la muñeca. Nos ayudó a ponérselas, primero a mí y luego a Adam. Gracias, le dije yo. Adam le dio un beso en la boca. Toma. Los miré, besándose con cariño y ternura, y sentí miedo, la amenaza de un desastre que se disipó cuando ella se apartó para incluirme. Ven aquí, Sofía, tengo ganas de abrazarte. Nos sostuvimos unos segundos la una a la otra como si ambas nos fuéramos a caer y entonces Marta me susurró al oído si me apetecía terminar lo que habíamos empezado la noche de San Juan en la oficina. Claro. Nos acercamos a Adam, le empujamos hasta el sofá y lo terminamos.

La cama quedaba unos pasos más allá, tras las cortinas de terciopelo. Me senté sobre el colchón. Marta seguía en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá, y Adam había corrido al baño. Me duelen los ovarios. Échate un rato. ¿No te importa? Claro que no. Me deslicé hasta el otro lado de la cama y, colocándome sobre un costado, invité a Marta a subirse. Nos miramos mucho rato. Le cogí una mano y se la olisqueé. Hueles a Adam. Qué fina, ¿quieres decir que huelo a polla? A la de Adam. Ajá. Me pregunto si tu boca sabe a lo mismo. Seguramente. Acerqué mi cara a la suya. Mmm... sí. Me gustaría notar tu piel. Me incorporé para desnudarme y me quedé en ropa interior. Ella hizo lo mismo. Nos abrazamos. Su cuerpo estaba caliente. Cuando Adam entró en la habitación, quiso meterse en medio. No, le dijimos las dos a la vez. Déjanos un rato solas, anda. ¿Por lo menos puedo miraros? No, respondimos.

Después de aquello seguimos mandándonos mensajes, sin que nadie de la oficina notara lo que pasaba. Era muy excitante. Emma nunca sospechó que

Marta y yo éramos amigas, y ni mucho menos podía imaginar lo que habíamos hecho juntas. Pensé que no podría soportar saberlo. Tengo muchas ganas de verte totalmente desnuda, le dije una vez que nos encontramos en los baños. Tengo que confesarte que me da un poco de apuro, respondió ella. ¿Por qué? Encendió el secador, que hacía mucho ruido. Me da vergüenza decirlo. La cogí de las manos. Tengo las tetas muy grandes. Me reí. No te rías. ¿Es una broma? No, no lo es. Pero si es una de tus armas de seducción. En el cole me llamaban vaca lechera. Los mismos que después se tocaban pensando en ti. Quizá sí, pero me da vergüenza.

Yo las tengo muy pequeñas. Pero eso es fantástico. A mí los niños del cole me hablaban desde atrás porque decían que no sabían nunca si estaba de espaldas o de frente. Se rio. No te rías. A mí me parecen elegantes. ¿Tetas elegantes, qué mierda es esa? Pues sí, no se te van a caer nunca. Pues a mí me gustan las tuyas. Es un exceso de sexualidad. No digas eso. Soy pequeñita, mis tetas son desproporcionadas. Yo soy alta, las mías también son desproporcionadas. Pero desnuda en una cama no eres todo tetas. Tú tampoco. Yo sí. Las tetas tienen mucho morbo, Marta, y no te negaré que tengo muchas ganas de pasar un rato con ellas, pero si eso ocurre, me gustará oírte gemir, notar tus pies contra mis piernas, tu pelo en mi cara. Sofía, eres demasiado bonita para ser verdad.

Tuvieron que pasar dos semanas más para eso: cuando a Marta se le fue la regla, me vino a mí. Adam estaba desesperado. Mantenía una odiosa cuenta atrás de los días que le quedaban a Marta para irse a Hong Kong a pasar las vacaciones y traer de vuelta a su novio. La volvimos a invitar a casa el primer día que estaba sin la regla, la noche antes de su viaje. Para despedirnos, dijimos. Decidimos hacer un pícnic en la sala. Queremos tenerte a menos de tres metros de la cama en todo momento, bromeó Adam. Pero no bromeaba, me había dicho lo mismo muy serio unas horas antes. En la cena, Marta nos explicó que iba a contárselo todo a su novio. Me da miedo estropear el verano juntos, pero es un tipo razonable. No quisimos preguntarle por qué había hecho todo eso con nosotros, yo pensé que no era cosa mía y Adam no quería que nos pusiéramos a hablar del tema.

Adam se sentó junto a Marta y la besó. Yo rellené los vasos. La tumbó sobre los cojines y se puso encima de ella. ¿No queréis beber más? Le levantó la camiseta y le bajó una copa del sujetador. Yo quiero más vino, pidió Marta, nerviosa. Me acordé de la vergüenza que le daba desnudarse del

todo. De acuerdo, dije, pero nos lo tomamos en la cama. Adam saltó sobre el colchón, Marta y yo nos sentamos a un lado. Le aparté el pelo del cuello y le di un pequeño mordisco en la oreja. Adam se quitó los pantalones. Me senté con las rodillas sobre la cama y me desnudé. Adam daba vueltas a nuestro alrededor. Ella se desnudó de cintura para abajo, recostó la espalda en el cabezal y estiró las piernas. Adam se puso entre ellas, le besó los muslos y la ropa interior. Me alcé sobre el colchón y le pedí que me dejara sentarme detrás. Marta retiró la espalda y me hizo sitio.

Le olí el pelo, le acaricié los brazos, se me escapó una mano sobre su pecho y la otra bajo las braguitas. Le busqué el clítoris con el dedo, recogí un poco de humedad más abajo y seguí tocándola mientras le daba besos en el cuello. Adam le bajó las bragas y las lanzó hacia el techo. Le cayeron en la cabeza y nos reímos. La chupó entre las piernas mirándonos fijamente. Yo le acariciaba el pelo. Adam hundió un poco más su cara en ella y aproveché para subirle los brazos y deslizar fuera su camiseta. Enterré las manos en cada copa de su sujetador, notando el peso de sus pechos. ¿Estás bien? Sí. Aún con las manos dentro, levanté el sujetador, sin desabrocharlo, y lo pasé por encima de su cabeza. Ella se cubrió con un brazo.

La dejé un rato así, acercando mi oreja a su cara para escuchar cómo gemía con lo que le estaba haciendo Adam. Cuando estaba a punto de correrse, retiró el brazo sin darse cuenta. Tenía estrías, me daba completamente igual. Adam levantó la cabeza. Al salir de entre sus piernas, ella las cruzó y Adam subió hasta mí para darme un beso, tenía la boca caliente. Marta volvió a separar las piernas y abrazó con ellas a Adam, que se apartó un momento para mirarnos, antes de penetrarla. Noté la presión de su embate contra el cabecero y me entró mucha curiosidad por verlo de cerca. Qué buena estás, cariño, le dijo Adam a Marta, y me sorprendió. ¿Cariño? Salí de detrás de Marta y me coloqué al lado de Adam, que tenía un pezón en la boca mientras seguía follándosela. Me dirigí hacia el otro y, aunque me habría quedado con ese pezón en la boca media hora más, me aparté y le dije: te echaré de menos. Bajé hasta recostarme junto a las piernas de Marta, que temblaban.

Y lo vi, cómo Adam salía y entraba. Le chupé los restos de Marta de la piel y luego hundí mi cara ahí donde él acababa de estar. Hervía de calor. Marta le pidió a Adam que le cambiara el sitio contra el cabecero mientras se giraba boca abajo con las piernas cruzadas. Se puso su polla en la boca, escondida tras su propio cabello. Se lo aparté para verla. Me la ofreció y bajé la cabeza,

con mi pelo también suelto. Adam ató con cada puño una cabellera, rubia a la izquierda, morena a la derecha, y así estuvimos un rato.

Marta se giró sobre el cuerpo de Adam y, cogiéndome de los pies, me empujó hacia ella. Me pasó una pierna por debajo de la suya y la otra sobre su muslo derecho, hasta que encajamos. Adam nos miraba movernos buscando la fricción mientras sostenía entre sus manos el cuerpo de Marta. Ella me cogió el pie que le quedaba más cerca y me succionó los dedos. Eso no me excitaba, pero me corrí igualmente. Él la cogió por la cintura, se la montó a horcajadas, de espaldas a él, y volvió a penetrarla. Marta se corrió. Adam continuó hasta que se le pusieron los ojos en blanco, salió del cuerpo de Marta y eyaculó en mi boca. Nos quedamos en aquella posición por lo menos una hora, como si el Vesubio nos hubiera cubierto de lava.

Pensé que nada me había puesto celosa, que era imposible. También pensé que a mí apenas me habían hecho nada. Intenté dejar pasar ese pensamiento y les propuse dormir. Me gustaría que esta no fuera nuestra última noche, dijo Marta. ¿Crees que podremos ser amigos? Claro que sí, ¿por qué no? A ver qué tal te va en Hong Kong. Mi novio es muy comprensivo, le explicaré lo excepcional que ha sido todo esto. Cuando vuelvas, ya veremos. Nunca he estado tan feliz, dijo Adam. ¿Nunca? Estoy eufórico. Porque acabas de follarte a dos pivones, soltó Marta. A mí no, corregí yo. ¿Quieres que lo haga ahora, Sofía? Estoy bien, vamos a dormir.

Adam se puso entre las dos, estiró las sábanas para cubrirnos, apagamos las luces y Marta me pidió un beso de buenas noches. Pasé por encima de Adam y se lo di. Volví a mi lado de la cama, me abracé a un cojín y cerré los ojos. Estaba contenta. De repente, me desperté. Marta estaba dando botes sobre Adam. No me lo podía creer. Me levanté, cogí una manta de un cajón y me encerré en la habitación contigua. Oí un portazo. Adam abrió mi puerta gritando que Marta se había ido, que se había ido. Pues que se vaya. La has incomodado, Sofía. ¿Yo? Por favor, ve a buscarla, Sofía, por favor. No voy a ir a buscarla. Se vistió llorando. Si te vas, no hace falta que vuelvas, Adam. ¿Qué? En unas horas coge un avión hacia Hong Kong para contárselo todo a su novio, deja que esto acabe. ¿Por qué te has ido de la cama? Estabais follando mientras yo dormía. Nos ha entrado un calentón. Pues te aguantas y cierras los ojos contento de haber hecho tu trío. Por favor, Sofía, dile que vuelva, que no estás enfadada.

Marta nos escribió dos días más tarde desde Hong Kong, ya se lo había

contado a su novio. Me ha preguntado si estoy enamorada de vosotros y le he dicho que, obviamente, no. Dice que si vuelve a pasar, se ha terminado todo, pero vamos a seguir el viaje sin volver a hablar de ello. Me alegro, respondí. Siguió escribiéndonos, cada día, nos mandaba fotos de los sitios a los que iba y contaba cosas como Macao es muy bonito. Adam le dijo que la echaba de menos, pero ella no respondía nada personal ni mostraba ningún tipo de cariño. Solo describía cosas. Le dije a Adam que creía que había que cerrar esa historia, que nunca más volvería a pasar nada y que estaba claro que nos estábamos despidiendo poco a poco. Estaba triste. ¿Te gusta Marta?, le pregunté. Siento un apego que supongo que debe de ser normal después de lo que ha pasado, pero tengo muy claro que no tendría nunca una relación con ella. Pues cerremos esto antes de que se ponga raro. ¿Crees que no volveremos a vernos jamás? La gente siempre vuelve tarde o temprano. En ese caso, fue temprano.

El día que Marta regresó de Hong Kong, Adam y yo quedamos en encontrarnos en un bar para tomar un café e ir de compras. Cuando llegué, estaba sentado en la barra, sonriéndole al móvil. ¿Con quién hablas? Con Marta. ¿Ya está en Barcelona? Acaba de aterrizar. Saqué mi teléfono, no había ningún mensaje en el grupo. Le he escrito yo directamente esta mañana. ¿Por qué solo a ella? No lo sé, pero no tengo problema en que veas la conversación. Me enseñó la pantalla. Adam le escribió que se moría de ganas de verla y le mandó un corazón. Joder. Es una forma de hablar. Ella le había respondido que estaba loca por besarle y que no sabía si podría resistirse. Joder. ¿Qué? Que esto no me huele bien. ¿Por qué?

No pasáis página, Adam, Marta ha vuelto a su vida vainilla. Pero si quiere volver a complicarse, es cosa suya. Claro, es cosa suya, pero tú la estás animando. Eso no es cierto. Eres tú quien le ha escrito primero. Yo no tengo el conflicto que tiene ella. Pero también tienes pareja. Y está claro que sin ti esto no sería ni la mitad de divertido. Pues estás volviendo a excluirme, una vez más. No, para mí sigues dentro. Pero es que quizá yo ya no quiero seguir dentro, ¿te interesa seguir tú solo con Marta? No, si no estás, no tiene sentido. ¿Has hablado más veces con ella desde que se fue? Ni una sola. Adam se levantó del taburete, le pidió unas tijeras al camarero, se cortó la pulsera de Marta y la dejó sobre el mostrador junto con el dinero de los cafés, como propina.

Terminemos de cerrar bien las cosas, dijo Adam. ¿Qué propones? Una

cena, en un restaurante, los tres. Marta tiene algo para nosotros de Hong Kong. Quedamos con ella en un restaurante de Gracia. Llegó tarde, estaba muy morena; nos contó el viaje entero y no nos preguntó nada. Su novio la llamó durante los postres y ella le dijo que estaba cenando con nosotros y que pronto llegaría a casa. Adam y yo salimos fuera a fumar. Ha estado bien. ¿Lo dejamos aquí? ¿Ya? Se irá pronto. Quizá podemos tomar una copa más en otro bar. O irnos a casa y abrazarnos un rato. ¿Te importaría que me quedara yo media horita? No lo entiendo, Adam, el otro día decías que o los tres o nada. Solo me apetece alargar la noche. Si es una copa más, puedo quedarme. ¿Confías en mí? En él puedes confiar al cien por cien, aseguró Marta desde la puerta, había salido a buscarnos. En mí, al doscientos por cien. Me fui.

Al llegar a casa, me pregunté si había hecho bien marchándome. Adam me escribió. No habrá sorpresas. Me fui a dormir tranquila y llegó dos horas más tarde. Me puse nerviosa al oír la puerta. ¿Ha sido divertido? Sí. Entró en la cama y me abrazó muy fuerte. Entonces lo pensé. Cuando Marta nos dio los regalos que nos había traído, me sorprendió que fueran unas zapatillas chinas. Mi talla era la exacta; la de Adam, demasiado pequeña. Le pregunté cómo sabía mi número. Dijo que se lo había chivado un pajarito. ¿Habían estado hablando todo este tiempo o solo estaba paranoica? No podía ir por ese camino, o confiaba o no lo hacía. Intenté dormirme.

CAPÍTULO 33

Marta fue disolviéndose de las superficies de casa y nos mimetizamos con la calma de agosto. Calma chicha. Tampoco la vería más en la oficina: su beca había terminado y Joel no tenía ninguna intención de incorporarla al equipo. No nos apetecía hablar del tema y menos aún quedar con otras personas, tan solo disfrutar de la comodidad de no plantearnos nada. No era algo que hubiéramos acordado, simplemente sucedió de esa forma y yo me alegré de descansar un poco de tanto reto. Aun así, me parecía importante hablar de lo que habíamos hecho los últimos tres años. Pero aún era pronto para hacerlo. A él le pareció bien. En unos días. ¿Quizá en Formentera? Habíamos comprado pasajes para pasar un fin de semana en la isla antes de volver al trabajo. Nuestras vacaciones de verano. La última tarde en la isla hablamos, ¿vale? Vale.

Al llegar fuimos directamente a la playa. Queríamos descubrir un lugar nuevo, lo nuestro no tenía remedio. Condujimos hasta el extremo oriental y caminamos cogidos de la mano a través de los pinares, hasta que vimos una pequeña cala vacía. No hablábamos mucho. Sobre una roca a un extremo de la orilla, alguien había hecho un castillo de arena que no tendría muchas horas. Cuatro torres circulares se conectaban con un camino de ronda, al que habían añadido un puente levadizo sobre un foso vigilado por un pequeño dinosaurio de plástico. Cubrimos los pocos metros de arena que había con dos grandes pareos que clavamos con palos de bambú en cada esquina. Plantamos una sombrilla de rayas de colores y resguardamos del sol dos botellas de agua. Nos desnudamos, leímos y dibujamos.

Voy a construir tantos castillos de arena con mis hijos, dijo Adam con los ojos cerrados, cuando llevábamos un buen rato echados en silencio bajo el sol. Me apetece tener hijos. ¿Ahora? Pronto, respondí. Será divertido. Ya no me da miedo transformarme por completo. Te transformarás. Lo sé, y me apetece, pero creo que no voy a perder la cabeza porque hemos creado un

espacio solo para nosotros. Será genial, murmuró Adam, aún con los ojos cerrados. ¿Pronto entonces? Pronto. Pensé que una decisión como aquella llegaría con mucha más emoción, pero entonces oí que Adam moqueaba. ¿Estás llorando? Estoy contento.

Dijo que nos lo íbamos a pasar muy bien como padres. Si en algo coincidíamos, era en nuestra disposición a hacer las cosas de una forma única. Antes incluso del bufé africano de París, Adam y yo ya habíamos hablado de todos los juegos que disfrutaríamos con nuestros hijos, de los viajes que haríamos con ellos, de las historias que nos inventaríamos para intentar que sus vidas estuvieran llenas de magia, de cómo nos sentaríamos cada año con una libreta en las manos y el desayuno en la cama para acordar lo más importante que queríamos que aprendieran cada curso. Hacía mucho que habíamos aparcado esa conversación y me alegré de recuperarla. Seremos los típicos padres motivados, nos van a odiar. ¿Y si tenemos un hijo que nos cae mal? Abrió los ojos esperando mi respuesta. Le querremos de todas formas, aunque tenga manías odiosas o muy mal humor. Solo ten en cuenta, dijo Adam, que a veces las cosas no salen como esperas. Eso es lo mejor.

Llegó la última tarde. El silencio, que tanto había agradecido en la isla, se me hizo incómodo aquel día. Sabía que todo lo que Adam no estaba diciendo lo estaba pensando, y me sentí muchas horas como en un área de servicio. Mi estado de ánimo transformó el aire y lo volvió triste, la luz lánguida, el mar deshabitado. Estaba siendo una escapada solitaria y pocas cosas hay peores para mí que estar sola en compañía de alguien. Cuando el sol empezó a bajar, puse todas mis energías en encontrar el lugar perfecto, pensando que todo cambiaría una vez lo hubiéramos vomitado. Encontramos un pequeño hostel en el puerto que ponía a disposición de los clientes grandes camas de exterior sobre la arena. Nos apoyamos en los cojines que quedaban en el cabezal y estiramos las piernas. A cada lado caían largas cortinas de algodón blanco. Nos dieron una manta por si empezaba a refrescar, decían que aquella noche habría tormenta. Sonaba *Alone Together*, de Chet Baker. Empieza tú, dijo Adam. Respiré hondo. Saqué unos papeles donde me había estado apuntando cosas los últimos meses, pero que había tachado por completo la noche anterior. Tenía un resumen y no quería que se me escapara ninguna palabra. Seré breve.

Nos hemos puesto en situaciones muy vulnerables, con lo que quiero

empezar diciendo que no creo que valga la pena arrepentirse de nada de lo que hemos hecho. Adam sonrió. Lo más destacable para mí es que tú te has convertido en el corazón de la relación y yo en la cabeza... y si siempre necesitaba más tiempo, era para lograr escuchar mi propio latido bajo el tuyo. Necesito escucharlo, Adam, y eres intenso de cojones. Bajó la mirada. Sí, no voy a suavizarlo, cuando te obsesionas, eres muy pesado. Pero bueno, ahora ya lo sé. Te propongo que volvamos a casa y nos centremos en nosotros. Me hace mucha ilusión tener hijos y me gustaría tenerlos contigo. Creo que nada nos iría mejor ahora que ese tiempo de recogimiento para fortalecernos. Y cuando todo esto vuelva, porque volverá, tomémoslo paso a paso y pongamos en práctica lo que hemos aprendido. Fin.

Adam estaba de acuerdo. ¿Con todo? Sí. Vale, pues es tu turno. No he preparado nada. ¿No hay ningún pensamiento que quieras compartir? Lo has dicho todo. ¿Ya está? ¿Qué quieres decir? ¿Así se pasa página? Supongo. Adam, ¿tú estás bien? Se puso a llorar, de emoción aseguró. ¿Quieres que lo dejemos aquí? Sí, de lo que tengo realmente ganas es de ir a casa y ver una película. Empezó a llover, nos fuimos del hostel y regresamos al apartamento. Nada parecía haber cambiado, pero yo estaba un poco confundida. Sin embargo, a la mitad de *La vida de Pi*, y abrazados bajo una manta, pensé que había echado eso mucho de menos. Adam empezó a llorar de nuevo. ¿Es por la película? Lo siento. Se puso la mano en el pecho. ¿Qué pasa? Creo que tengo taquicardia. ¿Y eso? No lo sé. No te había ocurrido nunca. Se me pasará.

Al poco rato se levantó, fue corriendo hasta el baño y vomitó. Salió con los ojos llorosos y las dos manos sobre el corazón. Vayamos a urgencias, esto no es normal. No pasa nada. Algo pasa. Estoy triste. ¿Por qué? Da igual. No, no da igual, ¿qué pensamiento en concreto te está provocando esto? De acuerdo, dijo, hablemos a las claras. Me asusté. El día de la cena con Marta, cuando te fuiste, dejó de hablar de su novio y empezó a tontear mucho conmigo. Mierda. Estuvo calentándome, salimos del restaurante para ir a tomar una copa en un bar e intentó hacerme una mamada en un portal. ¿Qué? Le dije que no hiciera eso, la ayudé a levantarse y me dio un beso. Joder, Adam. Sofía, hacía muy poco que habíamos estado juntos, y cuando dos personas follan... Yo también follé con ella. No es lo mismo. ¿Cómo puedes decir eso? Ella ya no siente ningún feeling contigo.

Unos días después quiso volver a verme. ¿Os visteis? Sí, pensé que se lo

debía. ¿Por qué? La metimos en nuestra relación, no podíamos dejarla tirada. Claro que no, yo habría estado encantada de volver a quedar con Marta si lo necesitaba, pero no me lo pareció... Se pasó la cena hablando del viaje, del novio y de las ganas que tenía de casarse, le recordé. Cuando te fuiste, dejé de hacerlo. ¿Y qué quería decirte cuando te pidió que os vierais? Me propuso que fuéramos amantes. Pero eso es absurdo. No, no lo es para ella, porque tiene novio. Es cierto, tampoco lo es para ti si lo hablaste a mis espaldas. No sabía cómo gestionarlo, se justificó. ¿Y qué le respondiste? Que me diera un tiempo. Entonces, ¿te lo estás planteando? Sofía, tenemos una relación abierta.

Fue como ver el humo sobre los árboles en un bosque que ya resulta familiar. Nuestra casa estaba en llamas, como me advirtió Jenni que podía pasar si salíamos corriendo por la puerta sin estar seguros de haber apagado la chimenea. Para ti nuestra relación es lo que tú necesitas que sea cada vez para que se adapte a tus caprichos. ¿Entonces no quieres que vuelva a ver a Marta? ¿Y todo de lo que hemos hablado? Yo no he dicho nada. Has dicho que estabas de acuerdo. No lo sé. Pues reposemos primero. Pero Marta... Te prometo que hablaremos de Marta si es importante para ti. Esto está pasando ahora, Sofía. También un incendio. Siempre encuentras la manera de que posponga lo que realmente quiero hacer. Pues no lo pospongas, Adam, no lo pospongas más..., pero solo te recomiendo que atiendas primero lo importante. ¿Hasta que se me pase? No, pero reposar lo que sientes te irá bien, hemos hablado de tener hijos, joder.

Me apetece estar con Marta. ¿Me estás dejando? No, no quiero renunciar a ti. Pues tendrás que pararte un momento y hablar con calma de esto. ¿Solo un momento? El tiempo que haga falta. Pero Marta está aquí, ahora. Pues vete con ella. ¿Entonces te parece bien? Adam, escoge. Si de verdad quieres que nos demos la libertad de la que hablabas esta tarde, demuéstremelo dejándome estar con Marta, sin amenazas. Hablaba del futuro, ¿es que no ves que aún no estás a la altura? La taquicardia le volvió de nuevo, empezó a respirar muy rápido, parecía que se ahogaba. Cogí las llaves del coche y le llevé al hospital.

Un ataque de ansiedad, nos informó la doctora. Fuera diluviaba, la lluvia chocaba contra el cristal de la consulta como intentando alcanzarnos. Le dieron una pastilla y se calmó. Tienes que responsabilizarte de tu parte, le dije de vuelta a casa, esto es como el sexo anal. ¿Qué? Si no se hace bien,

puede doler mucho, pero tú prefieres pensar que si me duele es que quizá no me gusta. Esto es distinto. ¿Te he hecho daño yo durante este tiempo, Adam? No, porque lo he llevado bien. Podría haberte dicho que Joel me parecía un hombre perfecto, pero me mesuré hasta aclarar lo que sentía. Podría haberte hecho sufrir mucho, seguí, machacándote porque no se te levantaba con los franceses, podría haberle dicho a Jon que me moría de ganas de volver a verle. ¿Por qué me echas en cara todo esto? Me alegro de no haberlo hecho. Tú, en cambio, pensabas que ya sabías cómo hacerlo y me la has metido muchas veces de golpe y sin cuidado... Eso duele muchísimo, Adam, y aunque me ha jodido que lo intentaras sin saber realmente lo que hacías, he sido clara contigo sobre lo que no funcionaba y te he animado a seguir probándolo. Pero ya no. Ya no.

Yo quiero tener hijos contigo, Sofía, no mentí sobre eso. Respiré. Pero antes necesito estar con Marta. Por favor, Adam, piensa en qué es más importante ahora, follarte a Marta o venirte a casa conmigo. Pero es que no creo que funcione si vuelvo ahora a casa, porque quizá entonces pierda la oportunidad con Marta. Quizá la pierdas, pero habrá más. No estoy seguro. ¿Por qué? Porque siempre has tenido conflictos, Sofía. Porque siempre me has dado mal por culo, Adam. Pues eso, si volvemos a casa sin más, seguirá todo igual, insistió. Si no vas a hacer nada nuevo, está claro que todo seguirá igual. Para mí, poder estar con Marta sería la prueba de que esto ha funcionado realmente. Todo lo contrario, piénsalo bien, por favor.

No lo hizo. Cuando llegamos a Barcelona y salimos del aeropuerto, Adam me anunció que no vendría a casa conmigo. Necesito quitarme esta espina, dijo, si no lo hago, te lo reprocharé siempre. Qué conveniente creer que nuestra salvación pasaba por follarse a Marta. Estás obsesionado. No lo estoy. Si fuera así, te darías un tiempo. Pero es que no quiero dármele. Entonces estás rompiendo conmigo. Sabes que no es lo que quiero. Pues vayamos a terapia de pareja, hablemos de todo esto. No quiero perder el momento. Me rompió. Adiós, Adam.

Cogí un taxi y lloré el mar entero, incluyendo la cala del castillo de arena. Al llegar a casa, arranqué de un tirón las cortinas tras las que se escondía nuestra cama. Mi cama. Las sábanas estaban deshechas de la última noche antes de partir a la isla. Me puse a gritar. Giré el sofá y lo empujé hasta la pared contraria, así como la tele, las estanterías y las lámparas. Durante unos minutos conseguí convencerme de que estaba en un universo paralelo en el

que no había ocurrido nada, pero pronto volvió el malestar. Pensé en aquel cuento en el que un hombre fastidiado cambiaba de sitio los muebles de su habitación esperando que la novedad le animara. Funcionaba durante un rato, pero enseguida se acostumbraba y volvía a caer en el hastío. Probó otras combinaciones que, cuando dejaban de ser sorprendentes, solo resultaban incómodas, hasta que decidió dormir en el armario porque el dolor de espalda haría que acostumbrarse fuera imposible. Le di la vuelta al sofá y lo puse boca abajo. El personaje del cuento terminaba volviendo a su cama y durmiendo tres días seguidos. Al despertarse, descansado, ponía de nuevo cada mueble donde había estado al principio y cuando le consumía el aburrimiento recordaba los tiempos en los que había sido revolucionario. Yo no podía descansar tres días seguidos en aquella cama. Llamé a Clara por si quería pasar la noche en la calle conmigo.

Me encontré con ella en el Raval. Llevaba una mochila llena de esprays para hacer grafitis. ¿Te apetece? Me apetece lo que sea. Cruzamos las Ramblas y caminamos hasta un callejón sin salida. Le conté lo que había pasado con Adam. Necesitas vaciarte de rabia, me dijo, ofreciéndome un rotulador de pintura acrílica de color turquesa. Esta es la señal que estabas esperando, escribí sobre la pared de piedra, con una caligrafía impecable. Clara inspeccionó mi pintada con la mano en la barbilla y dijo que, cuando la gente la viera, pensarían que había una profesora de plástica desbocada por la ciudad. No podía reírme. Adam volverá, Sofía, siempre vuelven tarde o temprano. No sé si quiero que vuelva. Volverá y te dirá que él nunca quiso dejarlo contigo y tú decidirás lo que te dé la gana. Ha escogido a Marta por miedo a perder la oportunidad de estar con ella, pero no ha tenido el mismo miedo a perderme a mí. O cree que te encontrará luego o le da igual no encontrarte. En cambio, a Marta no piensa que la encontrará luego ni le da igual no encontrarla. Lo siento, Sofía. Me subieron las lágrimas a los ojos e intenté que no saltaran al vacío, pero cuando Clara se acercó y me dio un abrazo, dejé que se mudaran a su cuerpo.

Quizá eran todos los años que habíamos pasado juntos, quizá él pensaba que me quedaría aguantando los marcos de las puertas durante el terremoto y que eso Marta no lo haría por él. Y, aun así, prefería estar con ella. El sexo con otras personas ha sido central en vuestra relación durante mucho tiempo. ¿Y qué? ¿No crees que Adam se ha obsesionado con eso? Sin duda, Clara, y ahora no puede renunciar a ello. La obsesión por el sexo hace desaparecer a

las personas, te lo digo por experiencia. ¿Qué quieres decir? Que me parece que Adam ha dejado de verte tal y como eres y solo le interesa que sigas alimentando su gula. Y si no quiero hacerlo, se marcha. Está en un bucle de insatisfacción permanente, lo tenía todo, pero no ha sabido gestionar la abundancia. Gestionar la abundancia.

El primer día de vuelta al trabajo anuncié que me iba. ¿Dónde? Aún no lo sé. Pero ahora no, Sofía, me aconsejó Emma, lo necesitas más que nunca. Quizá no, si dejo el piso. ¿Por qué ibas a dejarlo? Porque no estoy bien ahí. Pero no has pasado ni una semana sola en casa, no estarás bien en ningún sitio. Quizá no, pero tampoco me veo capaz de trabajar, así que de todos modos no podré pagarlo. El trabajo te distraerá, no dejes que Adam acabe con todo. Justamente lo que quiero es cuidarme. ¿Y quieres irte ya, ahora mismo? Cuanto antes. ¿Dónde? A un lugar donde me sienta arropada. Le mandé un mensaje a Adam preguntándole si él quería seguir pagando el alquiler, porque yo me marchaba. Cuando me respondió que sí, me fui corriendo a casa, pasé por el colmado para pedir cajas vacías y empecé a empaquetar todas mis cosas como si el piso se estuviera quemando.

Llamé a mi primo y le pregunté si aún tenía el coche del abuelo, un Volvo de los años noventa que se quedó cuando murió. Hace tiempo que no lo nuevo, dijo, pero pasó la última inspección. Mi primo era pastor y se ofreció a bajar de la montaña con el coche si lograba encenderlo. Lo consiguió. Aquella noche me ayudó a cargar las cajas en el maletero y cogí la carretera. ¿Dónde vas a ir? No lo sé. En el equipo de música había puesto un casete de Bruce Springsteen parado a mitad de *Paradise*. Vamos a casa.

CAPÍTULO 34

Al bajarme del coche y poner los pies en la tierra, recordé la peor pesadilla de mi vida. En aquella ocasión me desperté llorando y lo hice de nuevo tantos años más tarde, mientras andaba hacia la casa. En el sueño, mi padre conducía por una carretera serpenteante en la montaña. Mi madre estaba sentada a su lado, mis hermanos y yo detrás. Creo que llovía. El coche se salía de repente de la carretera y volaba unos segundos con la tracción del movimiento, hasta que el peso gravitaba hasta el morro y nos precipitábamos al vacío. Nadie decía nada y yo me preguntaba por qué caíamos en picado si detrás éramos tres y solo dos delante. Impactábamos contra el agua y el coche descendía un poco más hasta posarse en el fondo. Mi padre se giraba hacia nosotros y nos decía: «Ya no hay nada más que hacer». Aquel era mi infierno personal, no poder hacer nada.

La puerta de la casa estaba cerrada con tres llaves, al cerrojo superior había que darle siete vueltas. Cuando finalmente la abrí, me invadió un fuerte hedor a humedad. Busqué a tientas el armario de los plomos y los levanté todos a la vez. Se encendió una luz en el recibidor. Al volver a cerrar el armario, me dio la bienvenida una fotografía que siempre estuvo colgada en esa puerta. Había sido tomada en los años cincuenta en el patio de aquella casa y en ella aparecían cuatro generaciones de mujeres, una sentada al lado de la otra, en sillas de madera. A la izquierda, mi tatarabuela, seguida de mi bisabuela, luego mi abuela y finalmente mi madre, en el extremo derecho. Ella tendría ahí uno o dos años. Allí vivieron mis abuelos, hasta que él murió y ella se trasladó a Barcelona para estar cerca de mi madre. No siempre fue su casa, antes fue la de sus abuelos. Y para ellos, la de los suyos. En ella se retiraban las mujeres de mi familia con sus parejas para vivir los últimos años de sus vidas. Era una casa de piedra de dos plantas con grandes bóvedas en los techos. Cuando mi madre era pequeña, la parte inferior era un conejar. Mis abuelos lo habían rehabilitado para construir una sala y una cocina que salían

al patio inferior. Como la casa estaba edificada sobre una calle en pendiente, había otro patio más arriba, pequeño y alargado, al que se accedía por unas escaleras cruzando una puerta de hierro forjado.

Descargué todas mis cajas en el recibidor con las pocas reservas de energía que me quedaban y me tumbé en el sofá de la sala. Me quedé así, sin apenas moverme, durante dos semanas. Era un sitio acogedor, pero desconocido para mí, había pasado algunos veranos allí con mis padres y mis hermanos, pero desde que murió el abuelo y la abuela se trasladó a Barcelona, apenas había venido. No quería subir al piso de arriba, donde quedaban las habitaciones, porque no estaba preparada para asumir que aquello era todo lo que tenía. Hasta que un día oí un gato maullar. Había empezado a refrescar y me di cuenta de que ya era otoño.

Busqué al gato entre los trastos que se habían acumulado durante generaciones. Viejas bicicletas, un cortacésped, estanterías, sillas y cajas de otras personas que siguieron adelante sin ellas. El gato lloraba, pero no podía verle. Sal, joder. Me irritó que no dejara de maullar, pero tampoco saliera y me distraje inspeccionando una bici. Pensé en restaurarla, pero no me apetecía subirme a ella y no sabía cuánto tiempo me iba a quedar. Tres meses.

Al volver a entrar a la casa aquel día, evité el sofá y recorrí por primera vez todas las habitaciones, con cautela. En la cocina, una hilera de hormigas marchaba sobre la encimera hacia un trozo de algo irreconocible y de vuelta a su nido. Seguí mi propio camino. Una pequeña puerta en la cocina llevaba a una diminuta capilla del siglo XVIII que, con los años, había quedado anexionada a la propiedad y que se usaba como despensa. Crucé el recibidor y subí las escaleras hacia el piso de arriba, en el que un pasillo cubierto de estanterías con los libros de muchas generaciones conducía a los dormitorios. El primero había pertenecido siempre a la mujer con más edad de la familia. Allí murieron mi tatarabuela y mi bisabuela. Decidí dejar el sofá para dormir en esa cama.

Recorrí el resto de habitaciones abriendo los postigos para que empezara a entrar el sol. Al final del pasillo, a la izquierda, quedaba el costurero. Tenía una salida al patio superior, en el que antiguamente se mantenía un pequeño huerto. Lo miré a través de la puerta de cristal: todo estaba muerto. Me pareció ver algo moverse en el patio y se me ocurrió bajar a darle comida al gato.

Encontré pan seco, que mojé con un poco de leche de un brik polvoriento

que había en la despensa, y lo dejé en una esquina bajo el cobertizo. Volví a subir al costurero esperando ver salir al animal, atraído por el olor, pero no lo hizo. De repente pensé que tenía que prepararme algo para mí, hacía días que no comía. Encontré una caja nueva de galletas que roí sentada frente a la gran mesa redonda de la cocina que había construido mi abuelo, con los pies sobre la silla y las rodillas contra el pecho.

De vuelta hacia la habitación, abrí algunas de las cajas que había dejado en la entrada, pero me invadió el olor de una vida que ya no era mía y volví a cerrarlas. Hacía más de dos semanas de mi llegada y aún no me había desnudado. Me daba miedo hacerlo. Me metí en la ducha con la ropa puesta y encendí el agua para obligarme a quitarme lo que llevaba puesto. Me senté en el plato de ducha y lloré con desconsuelo porque sentía que me había caído en un pozo y que ya no había nada más que hacer.

Me puse las primeras prendas que encontré, de mi abuela o mi tatarabuela, y me dejé caer sobre la alta cama de madera. Crujió. Apagué la luz de la mesilla antes de cerrar los ojos. Me paralizó el cosquilleo de un abrazo, o quizá eran dolores y cargas de otras épocas. Mi tatarabuela había tenido a mi bisabuela a los cuarenta y cinco años. Mi bisabuela vivió una guerra, se le murió el marido siendo joven y luego perdió un hijo. Tenía dos hijas más. La mayor pasó el duelo en un barco hacia Cuba, donde se quedó. La menor era mi abuela y dedicó su vida a cuidar de su madre. Conoció a mi abuelo en un tranvía en Barcelona. Él era francés. Los dos habían nacido por accidente y tuvieron una sola hija. Mi madre vivió una dictadura y también el asedio de un hombre que la siguió cada día desde que ella era un bebé, hasta que se marchó a París con mi padre. El hombre convenció a mis abuelos de que tan solo la estaba protegiendo. Aquella mañana me desperté con un susurro. Eres una guerrera. Qué voy a ser una guerrera.

El gato se había comido el pan con leche, pero seguía sin dejarse ver. ¿Dónde estás? Sal, venga, no pasa nada. Hice ruidos con el cuenco, pero no había rastro de él. Maulló. Venga, Sofía, nos haremos compañía. Sofía. No sé por qué la llamé así, pero unos días más tarde confirmaría que era hembra. Quería oírla, porque no había nada más. Solo las campanadas de la iglesia que me recordaban que el tiempo estaba pasando. Dejé morir el teléfono móvil cuando se le terminó la batería, después de avisar a mis familiares y amigos de que iba a desaparecer unas semanas. Sabía que no iba a cargarlo en un tiempo. Estuve a punto de hacerlo, porque por primera vez me sentí

aburrida, pero en vez de eso se me ocurrió subir al costurero donde mi madre guardaba objetos de nuestra infancia.

Pasé una tarde y una noche enteras abriendo y cerrando cajas, abstraída con el pasado. Encontré viejas libretas del colegio, álbumes de dibujos, de fotos; varios números de la revista que escribía para los vecinos de nuestra escalera, así como casetes que les mandaba a los abuelos desde Estados Unidos y cuentos que escribía en casa de mi abuela americana con su vieja Smith Corona de color turquesa. En la agenda que mi madre usaba para comunicarse con mi profesora de párvulos, el conductor del autobús escolar había escrito que yo escupía a los niños. Yo había dibujado un pajarito en una de sus letras. Me gustaba mucho dibujar de pequeña y me decidí a colgar algunos de mis garabatos en las paredes de mi nueva habitación.

También el largo cuento del cerezo que se enamoró de un pino y una lista que hice a los diez años con todo lo que quería ser de mayor. En una caja de zapatos encontré una foto del día que nací y la enganché junto a la que estaba en el armario de la entrada, al lado de mi madre. Cinco generaciones. La caja estaba llena de fotos desordenadas, de muchos años distintos. Me paseé con ella y un rollo de celo, pegando instantáneas en todas las puertas. Una cena de Navidad a finales de los noventa, una foto de carné de mi bisabuela, mi abuela adolescente cogida del brazo de una amiga, mi madre en bicicleta pocos años antes de quedarse embarazada de mi hermana, mis padres sentados en unas sillas frente a la Torre Eiffel cuando estudiaban en París.

Con los días seguí decorando la casa con las hojas que aterrizaban en el patio desde los árboles cercanos y que ordenaba sobre los muebles en escalas de colores, de amarillos a rojos. Por las noches me dio por pintar retratos de mujeres para acompañar citas de mis libros favoritos. Hacía frío. Salí al patio y advertí que Sophie había vuelto a zamparse la comida. Ya no la llamaba Sofía, ahora la llamaba Sophie. Maulló al oírme fuera. Busqué el enorme baúl de madera donde mi padre solía guardar los troncos para la chimenea, pero al abrirlo me di cuenta de que había debido de colarse la lluvia, porque algunos estaban cubiertos de musgo.

Intenté prender un fuego. Fue imposible: de la madera húmeda salía un espeso humo blanco y nada más. Me desesperé y lloré de nuevo, me deshacía por cualquier cosa. Volví a sacar los troncos y los puse en el suelo para que se fueran secando. Entonces la noté, a Sophie, frotándose contra mi pierna derecha. Me senté en el suelo del patio y me quité los calcetines. La gata se

tumbó junto a mis pies y se refregó un buen rato contra ellos. Cuando acerqué la mano para acariciarla, huyó corriendo y volvió a esconderse entre los trastos.

Se estaban terminando los botes de conservas que mi abuela preparaba en verano. Llevaba días alimentándome de tomates pelados con aceite y laurel, champiñones en vinagre, limones confitados y sardinas en escabeche. Necesitaba salir de casa, pero llevaba tantas semanas sin hacerlo que me daba pánico. Me pesé: había adelgazado cinco kilos, sentí que estaba desapareciendo poco a poco. La mañana siguiente me decidí a ir al mercado que se celebraba en las calles del centro del pueblo, aunque no quise cambiarme y salí escudada bajo la ropa de la familia.

Me cubrí la boca y la nariz con una bufanda, los ojos con las gafas de sol y los oídos con los auriculares reproduciendo una versión folk de *Welcome to the Jungle*. Ningún orificio expuesto, no fuera que me entrara dentro la realidad. Pasé como un fantasma por el antiguo barrio judío, con los puños cerrados bajo las mangas de la camisa. Unos niños jugaban a lanzarse limones en una calle estrecha. Gritaban bajo la música, probablemente a mí, que debía de dar mucho miedo. Apreté los dientes y sobre ellos los labios, pero me asaltó el olor amargo y ácido de los limones reventados contra el suelo y las paredes. Dejé de respirar, hasta que no pude más, hasta que tuve que hacerlo para no morir, y entonces aspiré de golpe todo el aire alimonado. Al final de la calle encontré los primeros puestos de verduras, aceitunas y quesos. Me quité las gafas, apagué la música, me arremangué y toqué y olisqueé y compré más de lo que podría comer.

En la cocina de tus abuelos tienes un problema de hormigas, me dijo un señor que acababa de venderme media docena de huevos. Eres su nieta, ¿verdad? Le miré sin saber qué decir. He visto luz en la casa de la calle del convento. Sí. Cuando eras pequeña, me preguntaste si los huevos marrones los ponían gallinas negras, ¿te acuerdas, Sofía? Usted me dijo que sí, que los ponían las gallinas negras. ¿Tienes hormigas en la cocina? Sí. Debes acabar con ellas si no quieres que se te metan en la tortilla. Me da pena matarlas. Pero debes hacerlo. ¿Cómo? Me indicó el camino a una tienda donde vendían veneno.

¿No puedo ahuyentarlas y ya está? Nunca terminarán de irse, me dijo la señora que me atendió, tienes que eliminar el hormiguero. Me vendió una jeringa de un gel pegajoso que había que repartir a lo largo de la encimera.

Las hormigas se sentirán atraídas por él, lo comerán, volverán al hormiguero, alimentarán a su reina y, unas horas más tarde, todas morirán. ¿Les dolerá? No lo sé, bonita, pero hay muchas hormigas para preocuparse por las que se alimentan de tu comida. Sabía que era yo, con mi casa entera, la que estaba en su camino y no ellas en el mío, pero si quería seguir viviendo allí, teníamos que despedirnos. Después de depositar el veneno tal y como me había contado la tendera, me senté en una silla para observarlas. Las hormigas se fueron acercando poco a poco a las motas de gel mortal, entre las cuales se reorganizó la marcha. No dejaban de ir y venir, y terminé por dormirme allí sentada. Cuando abrí los ojos, habían desaparecido y con ellas el veneno. Sentí una pena profunda. Hasta que la vi, una diminuta hormiga daba vueltas sola y desorientada. Mierda. Era la única superviviente, tenía que salvarla. Puse mi dedo inmóvil frente a ella y esperé a que subiera. Vigilando que no se me metiera bajo la manga, salí al patio.

El sol estaba cayendo. Encontré un desfile de hormigas subiendo y bajando una pared en el patio de arriba. Posé el dedo sobre el muro y la hormiga se unió a la procesión. Primero subió para arriba, pero enseguida se giró y se unió al otro sentido de la marcha, para volver a cambiar de dirección unos segundos más tarde. Estaba confundida y chocaba constantemente con las otras. Siguió así por lo menos veinte minutos, hasta que anocheció y la perdí de vista.

Encontré entre los libros una guía de campo de las hormigas de Europa Occidental y me senté con ella para tratar de entender qué había pasado. Cada colonia de hormigas tiene su propio olor, leí, para poder reconocer a las intrusas que sirven a otra reina. No chocaban: se olfateaban. Cuando una hormiga se pierde y deja de percibir la huella de su hormiguero, ya no tiene ningún propósito en la vida. No se puede reproducir ni iniciar una nueva colonia y andará hasta que encuentre a las suyas o muera de frío, alejada del calor de su hogar. Joder, soy un monstruo. A veces, intentando salvar a alguien, te das cuenta demasiado tarde de que su desgracia era precisamente su salvación, escribí en un papel y lo pegué en la pared de la cocina como monumento conmemorativo de la matanza.

Sonó el teléfono de casa y me quedé paralizada. ¿Sí? Sofía, soy Jenni. ¡Jenni! Sé que dijiste que ibas a aislarte, pero hace un mes que tienes el teléfono apagado y solo quiero saber si estás bien. ¿Un mes ya? Sí. Voy tirando. Eso no está mal. Me he cargado una colonia de hormigas. Por lo

menos te las has cargado a todas. He dejado una huérfana. Sobrevivirá. No creo. La vida es así. Tengo ganas de abrazarte. Y yo, ¿te importa si voy a verte? ¡Me haría mucha ilusión! Salí fuera y metí en casa los troncos que había dejado secando. Me servirían para hacer un fuego. Sophie se paseaba tranquilamente por el patio y se acercaba a la puerta del salón, pero se marchaba corriendo cuando me levantaba para acercarme a ella. No tengas miedo, pequeña, le susurraba, solo quiero cuidarte. Se sentaba unos metros más allá, siempre dejando una distancia de seguridad que me retaba a acortar. ¿Dónde vamos a encontrar leña?

Saqué del baúl del cobertizo todo lo que quedaba para que se fuera secando. Calculé que me duraría como mucho una semana. Apilé en la chimenea los troncos que había entrado y prendí el primer fuego. Por primera vez, me sentí en casa. Mientras crepitaba la madera, limpié la cocina, guardé lo que había comprado días atrás en el mercado y puse a hervir verdura en una olla. Fue en aquella inesperada cotidianidad cuando finalmente volví a cruzarme con Adam. Había evitado pensar en él, aunque los recuerdos y algunas imágenes irrumpieran en algunos momentos y me hicieran llorar desconsoladamente durante un rato cada día.

Pensábamos que estábamos construyendo un amor sano, pero lo habíamos dejado en la unidad de cuidados intensivos. Qué cojones, yo creía que lo estaba cuidando y él lo asesinó. Ya no existía y lo peor había perecido junto con lo mejor. Echaba de menos nuestra magia particular, la energía infantil que nos dejaba agotados al final del día, el inconformismo que no supimos medir. Nadie puede definirse por sus peores errores, pensé, pero eso no significa que estos no lo cambien todo. No se podía tener una relación sin el derecho a equivocarse, pero tampoco sin el deber de intentar no hacerlo. Nunca entendimos hasta qué punto todo eso nos pondría en contacto con nuestros mayores retos, con nuestros mayores riesgos. Lo que había fallado era nuestro amor y no la forma que intentamos darle. Aunque había sido muy doloroso, con el tiempo llegué a la conclusión de que solo por darme cuenta de eso ya había valido la pena.

Resistí, íntimamente, en casa. Perseveré en hacerme la comida cada día, en lavar los platos, en ducharme y desenredarme el pelo. Me sentaba frente al plato caliente y pensaba que lo había echado terriblemente de menos. Observar el humo desprenderse y disolverse, tocar un trozo de pan, olerlo, notar la dureza de su corteza protegiendo la miga blanda. Un rayo de luz

atravesando el vaso de agua, el ruido del tenedor contra el plato. Comí con las manos, muchas veces, para notarlo todo. Lo esencial, lo próximo, lo sencillo. Empecé a notar el paso de los días, el rayo de sol que atravesaba el vaso aparecía cada vez unos grados más allá, ya no quedaban hojas verdes en los árboles ni se oían pájaros. No había estado huyendo del mundo, sino de mí misma.

Por las noches tenía los sueños más extraños, como que se me inflamaba tanto una muela que no podía hablar. También que buscaba a Sophie en una tierra que sabía lejana y no lograba encontrarla nunca. Y ella, pensaba, ¿qué estará buscando? Cuanto más la perseguía, más lejos estaba. En otra ocasión me vi clavada en el suelo con unas gruesas raíces que sobresalían entre grandes baldosas y, aunque el viento soplaba fuerte, sentí una paz inmensa. Era parecida a la que me había hecho sentir aquel sueño en el que observaba desde las rocas una fiesta en un barco en alta mar. ¿Por qué quise nadar hasta ahí si en ese momento estaba bien tan solo observándolo?

Una mañana, al despertarme, vi que Sophie se había subido a la cama y dormía acurrucada a mis pies. Desde ese momento me siguió allá donde fuera. Sonó el timbre de la puerta y no quise abrir. No espero a nadie, pensé. El timbre de la puerta sonó cada mañana a la misma hora durante tres días seguidos. Intenté averiguar de quién se trataba, pero no conseguía verle. El tercer día abrí la puerta. Hola. Era un señor de unos cuarenta largos, con una cara divertida. Tenía mucho cabello, muy desordenado, en grandes bucles canosos. Llevaba unas gafas que reposaban más abajo del puente de la nariz y bajo ellas tenía la mirada tan rápida como perdida. ¿Eres ocupa? Soy Sofía, esta es la casa de mis abuelos. Te he visto estos días por la casa y me ha parecido extraño, solo venís en verano. Me he instalado aquí durante un tiempo, está todo bajo control. Iba a cerrar la puerta cuando me preguntó si no le recordaba. Me sonaba.

Soy el veterinario. ¿El veterinario que escuchaba a Prince? ¿Cómo te acuerdas de eso? Había estado enamorada de él de pequeña, cuando tenía diez años y él unos treinta. Mis abuelos habían tenido varios perros y gatos y él pasaba a menudo por la casa a echarles un ojo y tomarse un café. A veces se quedaba jugando conmigo y mis hermanos, nos hacía reír y me enseñó a pintar con acuarelas. Las primeras veces que me masturbé, sin saber lo que hacía, pensé en él. Veo que sigues pintando, dijo, acercándose a los pequeños retratos de mujeres que había ido colgando en las paredes. Sí, ¿tú también?

Claro, ya te traeré algún cuento. El veterinario vio la gata y se acercó a ella, que enseguida se frotó contra sus piernas. ¿La has traído contigo? Estaba en el patio.

La cogió, la acarició y se la llevó hasta el sofá de la sala para inspeccionarla con sumo cuidado. ¿Qué le das de comer? Pan seco con leche, alguna galleta... Te traeré comida de gato. ¿Sabes dónde puedo comprar leña? Iremos a buscarla. La gata se había dormido en su regazo y me senté junto a ellos. Cuánto has crecido, Sofía, sabía que te convertirías en una mujer muy guapa. Se sacó una cajita del bolsillo frontal de la camisa, la abrió con mucha calma y me mostró una piedra de hachís. ¿Fumas porros? Vida de pueblo... ¿Te importa? Le observé mientras calentaba con un mechero una esquina de la piedra, pellizcaba pequeños trozos y los deshacía entre los dedos sobre el tabaco. Era el veterinario, la misma sonrisa y las pintas de loco rural sin malicia alguna.

El verano antes de que nos fuéramos a vivir a Estados Unidos tenías una novia que también era veterinaria. Lo dejamos, estuve diez años en duelo. ¿Y ahora? Hace quince que estoy con otra mujer, tenemos dos hijos. Me alegro. ¿Por qué estás aquí, Sofía? Le miré sin saber qué decir. No hace falta que respondas..., somos amigos. Encendió el cigarrillo, aspiró profundamente y sacó con lentitud un humo blanco y denso. Lo dejó sobre un cenicero y me ofreció un abrazo. Fue extraño, hacía mucho tiempo que no tocaba a nadie con cariño y, aunque pensé en besarle, no lo hice. Le llamó su hija para que fuera a buscarla. Tengo que marcharme. Le acompañé hasta la entrada, hizo una reverencia y se fue.

Jenni llegó un sábado con un saco grande de leña. ¿Cómo sabías que la necesitaba? Pensé que si la quemas cuando me vaya, será como si me hubiera quedado un poco más tiempo contigo. Pasamos la noche hablando. Tenía mis dudas de que esto fuera lo mejor cuando me dijiste que dejabas el trabajo y el piso, pero ahora me doy cuenta de que tenías razón. No voy a quedarme aquí para siempre, Jenni, pero necesitaba sentirme resguardada. Hablando con ella observé que yo estaba triste y rabiosa, pero también tranquila, porque no me arrepentía de nada de lo que había hecho ni de cómo lo había hecho y ahora podía finalmente descansar.

Quizá me he equivocado, pero nunca dejé de intentar entender a Adam sin perderme. Estás a salvo contigo, dijo Jenni. Es un buen pensamiento. Siempre me extrañó que necesitarais hacer esto. Lo sé Jenni, pero ya sabes que

pensamos diferente... Lo que para ti es un signo de que algo no va bien para mí es una exploración que pienso que a la mayoría nos asusta hacer. Yo estoy bien como estoy. No me extraña, Jenni, envidio tu relación. ¿Entonces? Eso no quiere decir que la quiera para mí sin plantearme nada más, que no dude... y dudar del mapa no es lo mismo que dudar del territorio. Supongo que no me sale plantearme algo distinto porque estoy contenta con lo que tengo, Sofía, porque es lo que soñé que tendría al crecer. Me alegro mucho. ¿Tú no soñabas lo mismo? Yo soñaba cosas contradictorias, Jenni..., que viviría en la carretera, recorriendo el mundo con un novio en cada puerto, despertándome borracha en el suelo de un hotel en Costa Rica. Yo también te veo así. Pero, por otro lado, siempre quise un clan, un lugar donde encajar, que fuera cómodo, estable y fiable. Sí, también te pega mucho.

Para mí una cosa no se puede dar sin la otra. ¿Tener un novio en cada puerto y una familia? Sé que suena contradictorio, pero cuanto más cómoda estoy en familia, más segura me siento para salir a la aventura y, cuanto más salgo a la aventura, más ganas tengo de disfrutar de la familia. Supongo que a todos nos pasa un poco. Y nos lo cargamos, ¿no crees? ¿Cómo? Escogiendo un extremo, como si hubiera que escoger, como si no pudieran convivir. Pero tú, Sofía, ¿te has sentido cómoda en tu familia con Adam? Sabía que no y me dolía aceptarlo porque, aunque lo pasamos muy bien juntos y teníamos una magia especial, me quiso menos cuando tenía miedo, cuando estaba confundida o me sentía aturdida.

Yo sé que nunca más estaré sola, dijo Jenni. Qué sensación más agradable, espero que no se termine nunca. Eso ya es imposible. ¿Porque te tendrás a ti misma? Eso está muy bien, pero solos nos morimos de pena. ¿Entonces? Nunca, dijo mirándome a los ojos sonriente, nunca, volveré a estar sola. Estaba embarazada. De muy pocos meses, pero ya siento que el amor por lo que está creciendo aquí no necesita ningún tipo de retorno, continuó, con las manos en la barriga.

Sentí que había sido egoísta aislándome todo aquel tiempo, porque también me había alejado de lo que le estaba pasando a la gente que amaba. Y yo con lo mío, lo siento, Jenni. No pasa nada, ¡pero tenía tantas ganas de contártelo! Antes de marcharse me dijo que cuando se cierra una puerta, se abre una ventana. Solo tienes que encontrar esa ventana, Sofía. Enchufé el teléfono y recibí un mes y medio de mensajes. Ignoré la mayoría, entre ellos los de Adam, que no me apetecía leer. El veterinario me había dejado su número

apuntado en un papel pegado a la nevera y le escribí un mensaje: necesito leña. Mañana a las once en tu portal.

A las once y diez se detuvo delante de casa una furgoneta que, por el aspecto que tenía, había cumplido su función. Los mejores coches son los que están llenos de cicatrices, dijo el veterinario. ¿Dónde vamos? Al bosque de unos amigos, me dejan recoger árboles muertos y de paso les voy limpiando el terreno. En verano se agradece. ¿Por los incendios? Claro. Conducía con la mano izquierda en el volante y el brazo apoyado en la ventanilla bajada. La mano derecha le bailaba en el aire todo el rato, ahora dando la vuelta a un casete, ahora cogiendo algo del suelo y tirándolo en los asientos de atrás, ahora liándose un cigarrillo. Apenas miraba el camino. El coche daba sacudidas, aunque esquivaba todos los hoyos y piedras con una precisión sorprendente y me fue señalando los distintos tipos de árboles que, como me sucedía con los coches, yo veía iguales. Esos son pinos, queman rápido y tienen poco poder calorífico. Los alcornoques, esos de ahí, ¿los ves?, no hacen mucha llama, pero queman lento. Los robles los reconoces porque sus hojas son peludas, la leña es dura y buena para la hoguera.

Paramos bajo un encinar. El follaje de las encinas es verde todo el año, dijo. Arraigan en terrenos pizarrosos, profundos y húmedos, y normalmente las acompañan alcornoques y robles. ¿Ves las hojas peludas? También hiedras, zarzaparrillas y madreselvas. Sacó del maletero una sierra mecánica. Buscaremos troncos caídos, les quitaremos las ramas y los cortaremos en trozos de unos tres palmos como máximo. Empezó a caminar con la sierra en la mano y las gafas caídas sobre la nariz, parecía un loco. ¡Aquí! Ven, corre, fíjate bien. La sierra tiene un bulbo cebador en el carburador, tienes que bombearlo cuatro o cinco veces. ¿Qué? Coloca la palanca del cebador en esta posición para que el carburador aspire el combustible, engrana el freno de la cadena, presiona el botón, tira del cable de arranque las veces que necesites y *voilà!* Cuando apagó la sierra, sonaba *Raspberry Beret*, de Prince. Era su teléfono. «*She had the...*». ¡Dime! Ajá, vale. Tengo que dejarte, Sofía, voy a pinchar a una oveja. ¿Cómo vas a dejarme aquí? Sigue trabajando, recuerda bombear el carburador. No se detuvo ni un segundo, anduvo hasta la furgoneta sin girarse, cerró el maletero, gritó que volvería pronto y se fue.

Me senté al pie de un árbol durante al menos veinte minutos, esperando su regreso. Esto no es seguro, pensé, no voy a encender esta máquina. Es un peligro, estoy sola y si me pasa algo, ¿qué? Me levanté. Paseé por el bosque

con la sierra en la mano, aquello que me daba tanto miedo también me protegía. Entonces identifiqué un roble, con mis propios ojos, y pensé: madera dura. Luego, una encina con sus hojas puntiagudas y, más allá, un alto pino blanco. Entonces me olvidé de que estaba sola. No sé cómo lo hice, pero me encontré arrastrando troncos caídos hasta un claro. Cuando tuve cinco o seis en fila, encendí la sierra y empecé a cortar ramas y luego leños que fui apilando con pulcritud. Recordé bombear el carburador. Entonces él volvió. ¡Olé, Sofía! Has cortado un invierno y medio de calor.

Apagué la sierra, di un paso atrás y me di cuenta de lo que había hecho. Cargamos la leña en el maletero, en cadena, él cogía los troncos del suelo y yo los colocaba sobre una manta vieja llena de pelos de decenas de especies animales, hasta que terminamos. Bajo el último tronco había una pequeña brújula de cobre, algo abollada. Se te ha caído esto. No es mío... ¿No? La cogí para inspeccionarla y, como tenía una arandela, la colgué de mi juego de llaves. Sí, es mía.

Cuando Emma me propuso hablar por Skype, las cosas habían mejorado mucho. Salía cada noche a pasear con la bici, los martes por la mañana iba al mercado, los jueves leía un nuevo capítulo del cuento de la princesa Arena que el veterinario me dejaba en el buzón cada semana. Estaba ilustrado con acuarelas de colores indescriptibles que narraban la leyenda inventada de una princesa fuerte pero desarmada. Coge una cerveza, dijo Emma, yo haré lo mismo. Hablamos cara a cara como si estuviéramos en un bar, a pesar de la distancia. Me preguntó si Adam se había puesto en contacto conmigo. Sí, pero no he mirado sus mensajes. ¿Crees que está con esa chica? No lo sé, aunque estoy segura de que por lo menos se la habrá follado..., por algo se fue. No le había contado a Emma que aquella chica era Marta. Adam es un inmaduro, Sofía. Quizá sí. Siempre me pareció que te miraba con el entusiasmo de un niño al que su madre deja comer pipas y piensa que podrá seguir comiéndolas hasta que le digan que pare. Se lo dije y no paró. Porque no aprendió que si le dejabas comérselas, era porque confiabas en su capacidad de regularse. Exacto. ¿Ya estás saliendo al mundo exterior? Sí. Vete lejos. ¿Lejos? Una casa no es una casa hasta que vuelves a ella.

Fui a ver a Jenni, una hora y media en coche me parecía suficientemente lejos. Ya tenía barriga. Por primera vez, no hablamos de Adam. Me alegré de poder acompañarla yo a ella durante unas horas. Al volver hacia el pueblo y enfilar la calle del convento, oí el aullido de un perro y pensé en Sophie.

Aunque siempre debió de ser una gata salvaje, ahora me preocupaba por ella. Espero que se haya quedado en el patio, pensé, le había dejado agua y comida y una caja forrada por dentro con mantas viejas.

Al aparcar, vi a Adam en la puerta con seis tappers en las manos. ¿Qué haces aquí? He venido a verte. Tendrías que haberme avisado. Te he escrito, Sofía, no me has respondido a ningún mensaje. ¿Y esto? Son seis de tus platos favoritos, he pensado que te irían bien. Dudé si debía o no invitarle a entrar. He conducido dos horas y hace una más que espero. Una copa de vino, le dije, solo una.

Quiero volver, Sofía. Me quedé callada mucho rato, no sabía qué responderle. ¿Te alegras de verme?, me preguntó. Yo nunca tiré la toalla, le dije. Lo hice fatal, soltó. ¿Follaste con Marta? Sí. Oírlo me dolió, menos de lo que habría esperado, pero la herida no estaba del todo cerrada. Luego me sentí muy vacío, siguió, nunca quise dejarlo contigo. Y, sin embargo, lo hiciste. Lo sé. Salí al patio para ver si estaba Sophie, pero se había ido a dar una vuelta. Tenemos que darle la importancia que tiene, prosiguió Adam cuando entramos de nuevo en casa. Mi evaluación de los hechos está bastante clara, dije yo. Con lo que estábamos haciendo, lo que pasó fue normal. Yo no lo creo. Todo aquello de abrir la relación nos intoxicó. Quizá a ti, a mí no. Era una bomba en un polvorín, de tanto querer mantener la llama encendida quemamos la casa. Puedes encontrar los argumentos que necesites, Adam, pero nadie más que tú será responsable de tus actos.

Los hombres somos unos salvajes. Otra excusa más. Te veo muy cerrada, Sofía. Pues claro, llevo prácticamente tres meses aquí intentando ordenar de nuevo mi vida. ¿Y has podido hacerlo? Lo estoy haciendo, a mi ritmo, sin pausa, pero sin prisa... A veces ir poco a poco te lleva muy lejos, aunque nunca quisiste creer en eso. Ahora lo creo, si te hubiera hecho más caso, habría aprendido a ser más paciente. No lo sabemos. Sí, lo sé. Quizá no hubiéramos llegado a ningún lado, Adam, lo nuestro no puede ser siempre algo en potencia. Me duele que lo veas así. Para mí, tu dolor es mi dolor, y a ti mi dolor no solo no te importaba, sino que te molestaba. Enloquecí. Seguramente ha sido todo para bien, le dije terminándome el vino de la copa. Cómo puedes decir eso... Si no estamos juntos, no está bien. El amor se gana, no se exige. Estábamos bien. Aunque para mí lo importante nunca fue hacer un trío, Adam, si eso tenía que mejorarnos como pareja, quizá lo hizo. ¿De qué manera? Sacando a relucir cosas que podríamos haber tardado

décadas en descubrir. Y en arreglar. Hay cosas que se rompen, Adam, están destrozadas por tantos lados que ya no se pueden reparar. Este no es nuestro final. Lo es por hoy.

Aquella noche, no sé por qué razón, subí al costurero. Sin encender las luces, cogí una silla y me senté frente al gran ventanal. De algunas chimeneas salía humo y en el convento de enfrente algunas luces estaban encendidas. El silencio era absoluto, no se oía el murmullo de las copas de los árboles ni campanadas ni perros. No había ningún coche en la calle, ninguna ventana cerrándose. Todo era calma en la cima de la casa y sin embargo el silencio se hacía condición esencial para escuchar. Y de repente la vi. A Sophie, su silueta en el tejado más elevado, contra la luna. Me pareció que me miraba, por un instante, antes de dar un brinco y alejarse por los tejados hasta desaparecer. Me levanté de la silla para intentar seguir su camino en la oscuridad. Se había ido y algo me decía que no volvería. Recibí un mensaje. Era el veterinario, me mandaba un haiku. Al marcharse, el ladrón se había dejado la luna en la ventana.

Por la mañana me desperté con una idea fija. Conecté el teléfono a un altavoz y escogí una canción. *Podría ser peor*, de La Casa Azul. «Va a costar hacer ver que no hay dolor, que todo sigue igual, esconder los desperfectos y disimular, qué bonita es la felicidad». Bajé hasta el recibidor deslizándome sobre la barandilla de la escalera y salí al patio. Lancé la caja de Sophie boca abajo sobre los trastos en el cobertizo, volví a entrar y eché la llave. «Podría ser peor, nuestra frase favorita de despertador, el recurso eterno, socorrido y sanador». Vacíé los ceniceros, cerré todos los postigos de la planta baja, las luces y las puertas. «Déjame gritar, hasta que ya no tenga fuerza, hasta que ya no quede nada... ¡Nada más! Que los restos y desechos de la eternidad, no nos queda más remedio que entrar a matar, porque ya no nos amamos como amábamos entonces, como amábamos en Shangri-La».

Arranqué las sábanas de la cama cantando a todo pulmón, como una plegaria, con el alma vacía. «El temporal hace tiempo que amenaza con explotar, qué brutal y qué terrible es la sinceridad, cómo solo dos palabras pueden destrozarnos los tímpanos, el corazón y la bondad». El último postigo que cerré fue el de la ventana del costurero, no sin antes cantarle al patio. «Podría ser peor, nuestro mantra favorito, nuestra religión, la premisa incontestable, el quid de nuestro amor, déjame gritar, hasta que ya no tenga fuerza, hasta que ya no quede nada... ¡Nada más!». Me pareció ver a una

monja observándome desde su ventana. «Que los restos y desechos de la eternidad, no nos queda más remedio que entrar a matar, porque ya no nos amamos como amábamos entonces, como amábamos en Shangri-La». De lo que no había duda era de que una vecina me miraba refunfuñando desde el patio de al lado.

Bajé todos los plomos de golpe después de mirar por última vez la foto de las cinco generaciones. Cogí las bolsas de basura, cerré la puerta de la entrada, di siete vueltas a la llave del cerrojo superior, disfrutando de cada giro, y me subí al coche.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a la reencarnación de un sabio egipcio, al niño que vivía en una estrella, a Eddy y a Brooks, a la que enganchaba la bici al tranvía, al que robaba narices, a mi amor de otra vida, a los mejores entrenadores que han tenido los Lakers, a la tía muda, a la que las manzanas siempre le parecieron algo distinto, al chaval de aquel videoclip en el que destripaban pescados, al abuelo de las croquetas, al que secaba mantas, a la hermana de Shakespeare y a sus amigas italianas. Y también a Pepe, a Marcela y a Laia. Y gracias, especialmente a ti, que llorabas cada vez que pisabas Times Square.

Mi casa en llamas

Sofía Ros

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño, 2018

© de la imagen de la portada, Kevin N. Murphy

© Sofía Ros, 2018

Por el fragmento de «Locuras», de Silvio Rodríguez © cortesía de Ojalá, S. L.

Por la reproducción de «Podría ser peor», de Guillermo Vilella Falgueras, La Casa Azul © cortesía de Elefant Publishing, S. L.

© Espasa Libros, S. L. U., 2018
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-670-5396-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es

¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!

